



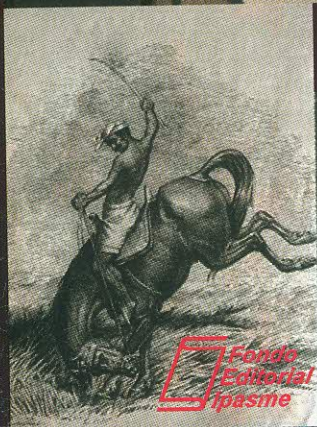
Gerónimo Pérez Rescaniere

COLECCIÓN

Pensamiento Crítico / Luis Beltrán Prieto Figueroa

De Cristóbal a Hugo Colón Chávez Frías

Tomo III



Fondo
Editorial
Epasme

DE CRISTOBAL COLÓN

A

HUGO CHÁVEZ FRÍAS

TOMO II

COMANDANTE HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

ING. HÉCTOR NAVARRO DÍAZ
Ministro del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme
PROF. FAVIO MANUEL QUIJADA SALDO
Presidente

ING. JOSÉ ALBERTO DELGADO
Vice-presidente

PROF. PEDRO MIGUEL SAMPSON WILLIAMS
Secretario

Fondo Editorial Ipasme
LIC. JOSÉ GREGORIO LINARES
Presidente



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

GERÓNIMO PÉREZ RESCANIERE

DE CRISTOBAL COLÓN

A

HUGO CHÁVEZ FRÍAS

TOMO II

De Cristóbal Colón a Hugo Chávez Frías

Autor: Gerónimo Pérez Rescaniere

Depósito Legal: ?????????????

ISBN: 978-980-401-????????????

Diagramación y Montaje: Duiliana A. Medero Cornejo

Impreso por: ???

Comité Editorial

José Gregorio Linares
Sagrario De Lorza
Alí Ramón Rojas Olaya
Ángel González
Nelly Montero

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Victoria
(Presidente Medina) Urbanización Las Acacias,
Municipio Bolivariano Libertador, Caracas. Distrito
Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax: +58 (212) 632 97 65

E-mail: fondoeditorial.ipasme@yohoo.com

Página Web: <http://fondoeditorialipasme.wordpress.com>

A Lourdes

INDICE

VI.	El siglo de los liberales y los conservadores	1
VII.	Cipriano Castro	155
VIII.	Juan Vicente Gómez	257
IX.	1936-1945. Eleazar López Contreras – Isaías Medina	
	Angarita – 18 de Octubre de 1945	329
X.	Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos	363
XI.	1948-1958. Carlos Delgado Chalbaud – Marcos Pérez Jiménez – Wolfgang Larrazábal.....	399

VI

EL SIGLO DE LOS LIBERALES Y LOS CONSERVADORES

«La Riqueza de las Naciones» – Balcanización de Centroamérica – Robert Schomburgk, geógrafo – Rescatando los huesos de Bolívar – Manuel Mallarino y el anexionismo colombiano – Giuseppe Garibaldi en Uruguay – Fusilamiento de un Congreso – Los revolucionarios de Maracaibo solicitan a Estados Unidos intervención en Venezuela – Fermín Toro también – Historia de «La Ladronera» – Canales centroamericanos, Tratado Clayton-Bulwer – Antonio Leocadio Guzmán a Estados Unidos – Filibustero en Nicaragua – A no juzgar a Monagas – Separatismo inglés del Estado Bolívar – Guerra Federal de Zamora y revolución social – Creada Colombia, intentos de Gran Colombia – Imperio francés en México – Lo que no tragaba Falcón, lo que no tragó Páez – Tratado de Coche – La república del Zulia otra vez – Apoderarse de la Parima y del Orinoco – Trabajos de anexión a Estados Unidos de América del sur «hasta el remoto Plata» – Laudo de límites con Colombia – El diputado Cipriano Castro tiene un secreto – Alemania se siente potencia– La lámpara de Cúcuta – La huella Habsburgo en la masonería.

Capítulo 1

«La Riqueza de las Naciones»

En Venezuela se odia el nombre de Bolívar entre 1830 y 1842. Está prohibido pronunciarlo. El general José Antonio Páez preside un gobierno donde prepondera el Partido Conservador, con destaque grande del doctor Miguel Peña. Gobiernan los remanentes del mantuanaje y sobre todo los veteranos de la Independencia, recompensados con la adjudicación de tierras y esclavos. Pero no estaban contentos, no gobernaban. Lo impedía la burguesía comerciante, principalmente caraqueña y de puertos, enriquecida en el abastecimiento de las campañas militares, cuyos miembros se habían convertido en amos del Partido Conservador. También disminuía a los militares el propio general Páez con la centralización del poder, reductora de caudillos locales. Hacendados y comerciantes propendían a enfrentarse.

Los hacendados harán la llamada Revolución de las Reformas, un intento de derrocar al presidente mampara de Páez, José María Vargas, visto como instrumento de los comerciantes, y de limitar el poder de éstos. Fracasán, Páez restituye, con ayuda del general José María Carreño, hombre eficaz, al doctor, tras derrotar a los que fueran sus compañeros de vivac. Está mostrándose un enfrentamiento de culturas y técnicas de poder que, con las variantes y acomodos personales necesarios, reaparecerá en la Guerra Federal, al menos en sus orígenes de reivindicación de ricos arruinados,

previos a que adquiriera su tremendo carácter de reivindicación de los pobres.

A Santos Michelena, el ministro de Hacienda de Páez, debería suponerse conservador y lo era en cuanto a partido, pero estudiaba con entusiasmo las teorías de David Ricardo y otros clásicos del liberalismo económico. Por sugerencia de Santos Michelena, Páez actualizó la economía venezolana de acuerdo al modelo liberal inglés. Para ello, borró la ley española, que subsistía a pesar de la Independencia y, basada en la condena cristiana de la usura, ponía un tope de 6 por ciento a los intereses de préstamos y le garantizaba al deudor una mora o plazo si podía probar que una fuerza mayor le impedía pagar el préstamo en el plazo contratado. Michelena legalizó la usura al hacer promulgar una ley según la cual el interés en los contratos es el que escribe el prestamista y acepta quien recibe el préstamo. Si el endeudado aceptaba regalar su vida ése era exclusivamente su problema, porque el Estado se ha retirado del control de los negocios y reina la libertad. Así, el Partido Conservador es el que impone el liberalismo económico en Venezuela en 1834. El momento de proponer esta ley era propicio, las futuras víctimas estaban anestesiadas por unos años de relativa bonanza económica, particularmente en las zonas agrícolas de los valles centrales, de gruesa capa vegetal. Hay unanimidad en la aprobación de la Ley de Libertad de Contratos del 10 de abril de 1834.

¿Qué pasó entonces? Los intereses alcanzaron cien por ciento al año. Vino una crisis de origen internacional en el precio del café y los propietarios de haciendas que estaban endeudados no pudieron pagar y fueron a la ejecución tribunalicia. Rápidamente, porque se había eliminado la espera. Las haciendas pasaron a las manos de los bancos, cuyos dueños eran del Partido Conservador. Pronto los hacendados arruinados hablaban de revolución en las esquinas de los pueblos y ciudades, en las habitaciones de pensión a las que habían debido mudarse, en las bodegas. Se comentaba la conve-

niencia de matar al general Páez, de quemar los bancos, incluso de matar a Venezuela.

Un brillante prosista político, Fermín Toro, participante en la instauración del liberalismo económico (y de otras políticas gravísimamente entreguistas del Partido Conservador), comentará, arrepentido, las terribles consecuencias en su libro *Reflexiones sobre la ley de 10 de abril de 1834*¹. Recapitulará el caso de un agricultor que recibió tres mil pesos en préstamo y en el plazo de un año debía 18.000. Recuperará ejemplos de soldados del Imperio Romano, que ante la asamblea de jueces se retiraron la cota, mostrando el pecho cruzado de heridas recibidas defendiendo a Roma y después se volvieron, mostrando la espalda, marcada por los latigazos de sus amos, que los habían adquirido mediante las deudas.

Al odio de los dueños arruinados se sumaba al de los peones, ex-soldados y esclavos. Bolívar había propulsado leyes de liberación de esclavos y de hecho, liberó los suyos, pero no era fácil golpear la propiedad de los oligarcas, nuevos y viejos. Respecto a los soldados, de origen esclavo o no, el Libertador legisló entrega de parcelas en pago a sus sacrificios en la guerra de Independencia pero tras su desaparición, Páez y los otros libertadores, lo hemos dicho antes, compraron esas parcelas por unos pocos pesos y una botella de aguardiente. Los que fueran guerreros mitológicos devenían los principales propietarios de Venezuela. La masa vivía en la borrachera y la enfermedad. Son los «pata en el suelo», olorosa la piel a sudor y a alcohol barato, frecuentemente ocupados en extraerse las uñas de los dedos de los pies con una astilla de madera.

Páez no era ingenuo. Conocedor de las manadas de la llanura y de las de los hombres, percibe en el aire el incendio que todavía no se ha prendido. Pero allí están sus doctores, Miguel Peña, Diego Bautista Urbaneja y Ángel Quintero, o el conde de Tovar, que se han sacado los ojos con alfileres de oro y están creídos en que

pueden reírse de todos. Se dice que el dinero no tiene nacionalidad, tampoco tiene política distinta al dinero mismo, y eso se ve y se prueba en Venezuela. Antonio Leocadio Guzmán y Tomás Lander, periodistas e intelectuales del Partido Liberal, escriben denuncias contra el Partido Conservador, acusándole de latrocinio usurero. No contento con escribir, Guzmán se da a la acción, una acción lo suficientemente grave como para que se le «coja» preso y se le condene a muerte. Asociado con Guzmán anda Ezequiel Zamora, guerrillero joven y poco conocido que se ha alzado junto al indio Rangel y lee proclamas en las que figuran consignas subversivas como «tierra y hombres libres» y «respeto al campesino» y otras que ya son guerra, como «desaparición de los godos», «echar por tierra a los oligarcas a hierro y plomo». Zamora escribe invitando a los campesinos «a seguir adelante como una imperiosa necesidad, para quitarnos el yugo de la oprobiosa oligarquía y para que, opóngase quien se opusiera y cueste lo que costare, lleguemos por fin a conseguir las grandes conquistas que fueron el lema de la independencia». Al año siguiente se estará pegando en las puertas de las bodegas de los pueblos llaneros un papel de requisitoria dirigido a alcaldes parroquiales, jueces de paz y demás autoridades de la República, para la aprehensión de un hombre llamado Ezequiel Zamora, de quien se acotan los siguientes signos fisonómicos:

«Pelo rubio pasudo y bastante poblado, color blanco y algo catire, frente pequeña, ojos azules y hundidos, nariz larga perfilada, boca pequeña y algo sumida, labios delgados, barba roja y escasa, estatura regular, cuerpo delgado, muy junto de muslos, y piernas manetas. Tiene las manos largas, descarnadas y cubiertas por un vello áspero; los pies son también largos y flacos; es de un andar resuelto, y tendrá como treinta años de edad».

Capítulo 2

Balcanización de Centroamérica

Centroamérica es un volcán. El fuego empezó algo más al norte, en Texas, provincia de México que se rebeló y proclamó su independencia pronorteamericana en 1835. Inglaterra reaccionó indignada y, al tiempo que ella apuntala posiciones de poder texanas, se inicia, con apariencia de casualidad, un proceso de balcanización del istmo, hasta ese momento unido políticamente en las Provincias Unidas de Centro de América. Había creado a esa federación Francisco Morazán, incluía a Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Costa Rica comenzó en 1834 a significarse adversa a la federación centroamericana, acusándola de ser un sistema dispendioso e inadecuado. Desde Comayagua, actual Guatemala, partió una iniciativa del mismo signo que degeneró en una guerra civil generalizada en 1837, cuando Rafael Carrera, líder campesino, se alzó en armas contra Morazán, aduciendo desacuerdo con la política anticlerical de éste. En 1837, el comisionado norteamericano Stephen aconseja la ruta de Nicaragua como más a propósito que la de Panamá para un canal, lo cual parece aumentar las exigencias de las elites localistas, pues el 30 de abril de 1838, la Asamblea Constituyente de Nicaragua la proclama libre, soberana e independiente, sustrayéndose al pacto que le unía a la República de Centroamérica. Honduras también encuentra graves defectos a la federación centroamericana y el 5 de noviembre del mismo año la Asamblea Constituyente decreta que «el estado libre y soberano de Honduras es independiente del antiguo gobierno de la República Federal Centroamericana, del de los demás estados y de cualquier otro gobierno o potencia extranjera». El motivo arguido es que

«...el gobierno federal no ha solucionado los principales problemas que el país tenía planteados, pues al presente

se encuentra en plena bancarrota, con una deuda exterior creciente y sus industrias abandonadas y gravadas con fuertes impuestos».

Prolífico en eventos es este año 1838. A los ya enumerados se aúna que una flota de guerra francesa fondea ante Veracruz, México, ciudad portera del canal de Tehuantepec, y bombardea el castillo de San Juan de Ulúa en la guerra llamada «de los pasteles». Los barcos se retirarán el año siguiente sin capturar el paso. También el año siguiente el Congreso hondureño acordará el ataque a El Salvador con la ayuda de Costa Rica y Nicaragua, por intentar el país salvadoreño impedir la disgregación de la República Federal Centroamericana. Francisco Morazán tuvo que exiliarse en 1840. El 12 de agosto de 1841, fuerzas británicas atacan y dominan San Juan del Norte e imponen una monarquía miskita que taponan el canal nicaragüense. También en 1841, El Salvador se separa de Centroamérica y promulga su propia constitución. Al año siguiente, Morazán regresó, con la intención de restablecer la confederación, pero fue fusilado por sus propias tropas. Dejó estas palabras:

«Excito a la juventud que es llamada a dar vida a este país, que dejo con sentimiento por quedar anarquizado, y deseo que imiten mi ejemplo de morir con firmeza antes que dejarlo abandonado al desorden en que desgraciadamente hoy se encuentra»².

Cuando en 1846 se firme el Tratado de Mallarino-Bidlack, estudiado en capítulo posterior, se le explicará como concebido «para contrarrestar la influencia inglesa en el centro de las rutas interoceánicas de América». En este punto y en general en la documentación histórica sobre Centroamérica hemos utilizado el útil Boletín del Centro de Información y referencia sobre Centroamérica y el Caribe, referenciado en la nota 2.

De la balcanización han surgido el protectorado miskito y cinco repúblicas independientes: Guatemala, Honduras, El Salvador,

Nicaragua y Costa Rica, a las que se suma Belice, territorio secesionado de Honduras y México por Inglaterra en décadas previas a la Independencia del continente, y se añadirá Panamá en 1903. Esta secesión ya es norteamericana aunque, según Nicomedes Zuloaga Pocaterra, la secesión como técnica política es básicamente británica. «Los ingleses la habían aprendido de los romanos»³.

Así permanecerán hasta hoy las diversas regiones centroamericanas. Serán caracterizadas por la miseria en grados diversos y por espantosas guerras genocidas, con asesinato abundante de indios, a contrapelo de que forman en su conjunto el sitio más valioso del mundo.

Robert Schomburgk, geógrafo

Pero Latinoamérica es más que Centroamérica. Respecto a la problemática del Orinoco hemos acotado que

«El proyecto humboldtiano-napoleónico continuará luego de la muerte de sus autores. Se convertirá en estrictamente norteamericano y creará una guerra secreta británico-norteamericana que tuvo su última gran floración pública en 1982, con la guerra de las Malvinas».

Bien, con fecha 1841, en paralelo con la balcanización de Centroamérica, Robert Schomburgk, geógrafo alemán-británico y militante de grupos neorrománticos europeos, recorre los territorios de la Guayana Esequiba, comisionado por el estado británico para trazar un mapa que coloca las bocas del río Orinoco y los actuales estados venezolanos Delta Amacuro, Sucre y Monagas dentro del territorio dominado por Gran Bretaña. Por su parte, los norteamericanos no se están mirando la punta del dedo. El libro *La integración iberoamericana*⁴ stampa en la página 182 lo siguiente: «No hace mucho se demostró la factibilidad técnica de conectar las redes del Orinoco, el Amazonas y el Plata; los estudios de ingeniería se remontan hasta 1840». Sigue una extensa descripción técnica,

que copiamos en el capítulo dedicado al gobierno de Ramón J. Velásquez, lo que importa en esta página es la fecha: 1840, pues muestra que al tiempo que los norteamericanos ingenieraban el canal, Schomburgk actuaba en la región. En octubre de 1841 escribe confidencialmente al gobernador de Guayana británica sobre tema conexo⁵:

«Demerara, octubre 23 de 1841

SEÑOR:

“En mi carta de esta fecha, informé a Vuecencia de las razones en que fundé el derecho de posesión de Su Majestad al Barima, y ahora tengo el honor de señalar la importancia que va unida a esta posición, si el Gobierno Británico pusiere en el Amacuro el límite entre la Guayana Británica y Venezuela.

“El Río Orinoco puede llamarse el camino real de lo interior de los territorios de Venezuela y Nueva Granada. Tiene en su boca la apariencia de un océano, y por él pueden transportarse a 400 ó 500 leguas artículos de comercio. Hacia él corren casi trescientos ríos tributarios suyos, más o menos importantes, y que pueden servir de nuevos canales y facilitar el comercio de lo interior. Por uno de sus tributarios, el Meta, puede llegarse a la distancia ocho millas de Santa Fe de Bogotá, y por medio de los llanos ponerse en efecto operaciones de comercio o de guerra, combinadas con otras desde el Pacífico. Una flotilla puede remontar el Orinoco y el Meta hasta la distancia de quince o veinte leguas de Santa Fe, y por el mismo camino puede bajarse la harina de Nueva Granada.

“Y el único acceso a esta vasta comunicación interna para buques de vela de más de diez pies de calado, es por medio de la Boca de Navios, que se domina desde Punta Barima”.»

En el mismo sentido actuaba el embajador inglés en el extremo opuesto del Orinco, Bogotá, como lo señala el general Alberto Müller Rojas⁶ al aludir a

«...la carta que escribiera el general Daniel Florencio O'Leary al gobernador de la Guayana Británica el 4 de agosto de 1841, en la cual le llama la atención a esta autoridad sobre la conveniencia para Inglaterra de completar su proceso de conquistas espaciales obteniendo el control de la región del Barima con lo cual se controlaría el Orinoco y por medio de él, a Venezuela y Nueva Granada. Para ese momento el general O'Leary era agente británico en Bogotá, pero había sido uno de los oficiales británicos que participaron en la guerra de Independencia sudamericana, llegando a actuar como edecán del Libertador Simón Bolívar».

Sí, la tensión británico-venezolana está creciendo y también, en consecuencia, la británico-norteamericana, que tiene otro de sus escenarios en Nicaragua.

Rescatando los huesos de Bolívar

Una acción inteligible como de propaganda política organiza el general Páez: el regreso de los restos de Bolívar a Venezuela. Es un gesto de reconciliación, de solicitud de perdón y vale la pena contarla por ello y por los detalles siniestros y fantasmales que acompañan al hecho, con ecos un siglo después y proyección hasta hoy. Una comisión viaja a Nueva Granada (porque el nombre Colombia se ha borrado), presidida por el doctor José María Vargas e integrada por Mariano Ustáriz y el general José María Carreño. El día 22 de noviembre de 1842, los restos del Libertador fueron entregados por las autoridades neogranadinas cuyo presidente era el general Pedro Alcántara Herrán. Por Nueva Granada actúan el médico Próspero Reverend, que asistió a Bolívar en los últimos momentos, y el general Joaquín Posada Gutierrez. El cuerpo fue

revisado y reconocido por Reverend y por un Manuel Ujueta, quienes encontraron que el cráneo y el tórax estaban aserrados. Los delegados granadinos piden en el momento sublime, que el corazón de Bolívar sea dejado en Nueva Granada, a lo cual acceden los venezolanos. Como dejó escrito el presidente de la comisión granadina: «A nosotros nos quedó una caja pequeña de plomo que contenía el corazón y las entrañas de Bolívar». Pero, insólito, más adelante el general Posada escribirá: «Durante la exhumación del cadáver del Libertador, la urna abierta sólo contenía tierra..! esa tierra o polvo en que todos nos hemos de convertir». Texto que contradice lo declarado por él mismo y la versión publicada por el médico Reverend en 1866, en Francia: «A la Nueva Granada sólo le quedaba como único recuerdo material su corazón, guardado en una caja de plomo». El féretro con los restos fue embarcado en la goleta de guerra *Constitución*. La goleta iba escoltada por el bergantín *Caracas*, la británica *Albatros* y la francesa *Circe*. A la altura de la isla Los Roques la nave encalló, hubo grave peligro de hundimiento, como si se tratara de un accidente planificado para hacer desaparecer también así al héroe americano.

Al llegar a Caracas, los restos del Libertador fueron lavados con una solución de cloruro de sal,

«...los secaron y luego los barnizaron. El esqueleto fue ensamblado con hilos de plomo y plata. Los médicos notaron la ausencia de algunos huesos pequeños de las manos y los pies, así como la muela del juicio superior izquierda, que estaban presentes en la inspección previa»⁷.

Un siglo después, el ingeniero Edgard Pardo Stolk en ocasión de una mudanza de los restos por razones de derrumbe en el edificio del Panteón Nacional, escribió:

«La urna es de plomo, del largo de un hombre. La tapa ha debido estar en su origen abovedada hacia arriba,

pero con el tiempo las paredes laterales se separaron y la tapa se asentó sobre el cuerpo y se la ve sostenida por la frente, el pecho y los pies. Da la impresión de un manto muy grueso colocado sobre un cuerpo humano».

En 1946, un médico famoso, José Izquierdo, escribirá que, en su opinión, el cráneo venerado como perteneciente al Libertador no es auténtico. Es una versión que afina con historias de secuestro del cadáver, de envenenamiento de Bolívar, vertidas por el historiador Mier Hofman en su libro *La Carta*, que involucran el nombre de José María Vargas, político y médico que actuó en la autenticación de los restos y mucho dependía de Páez. Las afirmaciones de Izquierdo generaron una polémica sonadísima y pronto olvidada.

Capítulo 3

Páez intenta componendas

Como si estuviera contactado al príncipe de Salina, sobrenombrado «El Gatopardo», que en esos mismos años ponía a actuar en Sicilia, su lema, «Las cosas tendrán que cambiar para que sigan siendo iguales», José Antonio Páez llama al gobierno a los liberales criticones. Claro, no a Antonio Leocadio Guzmán o a Zamora, llama a los «de por las buenas», cuyo jefe es José Tadeo Monagas, que es tan de por las buenas que aparece como conservador aunque en verdad es un liberal. Llamarlo al poder es un sacrificio pero no un gran peligro porque él tiene sus propiedades que cuidar y se contendrá. Si se compara al poder con una casa y a Monagas y su cohorte de políticos con el agua, se podría decir que con su entrada al gobierno vendrá inundación del patio, pero sólo hasta la altura del zócalo y que, tras un choque con la pared del fondo, el agua perderá impulso, se amansará, y no mojará más arriba de la

rodillera de los pantalones, cosa fastidiosa desde luego, pero muy distinta a una avenida de agua que llene la casa hasta el techo y ahogue a todo el Partido Conservador.

«José Tadeo Monagas es el hombre de las circunstancias», declara Páez, y se da a apoyarlo a través de otro de sus presidentes mampara, Carlos Soublette. Poco después le entrega la presidencia. Lo anterior es la versión conocida de los hechos. El contexto internacional y la correspondencia diplomática sugieren otras cosas⁸. El embajador norteamericano de la época, Benjamin Shields, escribiría dos años después, el 7 de enero de 1848, atribuyendo la nominación de Monagas a «intrigas de los diplomáticos (británicos) aquí». Los hombres de la páfida Albión mueven demasiadas cosas en Venezuela según Shields, pues también escribe:

«...de quienes es dicho promovieron, en no pequeño grado, la rebelión de 1846, (la de Guzmán y Zamora) así como las defecciones, cambios y confusión que han caracterizado las operaciones del Poder Ejecutivo apenas se inauguró el presidente (Monagas)».

¿Qué había tras esto? Realidades. Con base en los mapas de Schomburgk, Inglaterra comienza a ejercer informal posesión sobre las regiones esequibas venezolanas. Los pasos de balcanización y control del Orinoco dados en 1797 y 1814 y 1815 están siendo retomados por Inglaterra. La guerra secreta británico-norteamericana late.

Manuel Mallarino y el anexionismo colombiano

En 1844 un político estadounidense, James Polk, se constituye en la punta de lanza contra México. Su extensa campaña de opinión reclama la captura norteamericana de Texas, California, Arizona, Colorado, Nuevo México, Nevada, Utah y Wyoming. Resultó tan popular la idea que en 1845, Polk es electo presidente de los Es-

tados Unidos. Pero la guerra cuesta dinero y para convencer a los financistas no bastan llamados «jingoístas» al Destino manifiesto de los Estados Unidos, debe mostrárseles que Dios objetiva tan militante disposición a favor de la empresa mexicana con ganancias concretas y masivas. Y sobre todo posibles. ¿Cómo triunfar militarmente? Y luego, ¿cómo explotar los territorios una vez conquistados? Para explotarlos convenientemente se necesitaban vías de comunicación. ¿Cómo movilizar personas que lo hagan desde los territorios originales, pegados de la costa atlántica, hacia los nuevos, lejanos de los primeros como puede estarlo Caracas de Buenos Aires? Había tres caminos: uno, a campo traviesa por las enormes llanuras a bordo de las caravanas de carretas que el cine de vaqueros nos ha hecho mirar, dos, por el río Orinoco en su concatenación con el Meta, desarrollado desde ahí hasta el océano Pacífico por un posible canal Bogotá-Buenaventura, y tres, por el mar Caribe y los estrechos centroamericanos. La vía de tierra presentaba dificultades tremendas, la del Orinoco estaba condicionada por Inglaterra. La vía caribeña y centroamericana lucía más rápida y evidente.

Para esta última, los Estados Unidos gestionan del gobierno colombiano —al tiempo que disparan los primeros tiros en México— la concesión para construir un canal por Panamá. Tan pronto como diciembre de 1846 se firma el tratado Mallarino-Bildack, por el que los Estados Unidos se garantiza la posesión de la franja canalera panameña. Primero construirá un ferrocarril. Queda así posibilitada empresarialmente el asalto a México. Si imaginamos por un momento que ni Colombia ni Nicaragua hubieran concedido sus estrechos veremos que posiblemente el plan sobre México se hubiera frustrado, hubiera resultado demasiado grande para ser llevado a la práctica, al menos en aquella época. Ello muestra el Tratado Mallarino-Bildack en toda su jerarquía mundial, que no es más que una manera de visualizar el rol trascendental de Centroamérica en

la construcción de los Estados Unidos y del mundo moderno. Mallarino y su presidente Mosquera resultaron definitivamente más útiles para los Estados Unidos que para Colombia, lo que nos permite evaluar lo que estuvo en las manos de Simón Bolívar y el manejo que hizo de ello.

Si el tratado Mallarino-Bildack había posibilitado en mayor o menor grado la constitución de los Estados Unidos en potencia continental en 1846, constituirá un elemento clave en la toma definitiva de Panamá por la potencia americana en 1903. Una cláusula fundamental del contrato por la cual Norteamérica «se compromete a garantizar la posesión colombiana del istmo» será citada justamente para despojar a Colombia de Panamá en el referido año.

Además del tema panameño, se abordan otros por el canciller y el embajador norteamericano. En la colección de Correspondencia diplomática de William Manning⁹, se inserta una carta de Bildack al secretario de Estado, Buchanan, donde se reproduce una conversación sostenida por él con Mallarino. La exposición del colombiano muestra que era el hombre ideal para firmar la entrega de Panamá a cambio de aire.

Mallarino resulta más norteamericano y más hostil a Inglaterra que el representante del país en tensión con ella. Y en su hostilidad está lleno de ideas para colocar a los Estados Unidos en integral posesión de América Latina. Integral y sobre todo pronta, porque los *yanquis* parecen al preocupado Mallarino, distraídos ante los peligrosos avances de la madrastra británica. Mallarino explica que Inglaterra (traducimos respetando la estructura inglesa de las frases) presiona los ríos de Argentina y también en el Orinoco y en la costa de Mosquitos, mostrando una meditada intención de capturar los lugares mercantiles más importantes de América española, entrando en competencia con los Estados Unidos y dictando las leyes para controlar el continente. El hombre ha estudiado bien

el canal intersuramericano y la que hemos llamado «llave inglesa» metida en el Orinoco, porque explica a Bildack que:

«El Orinoco se comunica naturalmente con el Amazonas y este río se intercepta con el río de La Plata y ellos reciben en su curso varios tributarios laterales que pueden ser también por muchas leguas navegables hacia diversas direcciones. El asentamiento de Gran Bretaña podría (en consecuencia) realizarse en las bocas del Orinoco y continuar por toda Suramérica con sus productos y sus barreras aduanales».

La preocupación de Mallarino por los avances británicos en América del sur es la del anexionista y está bien documentada.

«Sería muy importante que los Estados Unidos se interpongan con su influencia, tanto moral como material, ante la debilidad de las nuevas repúblicas y las ambiciones británicas. La mediación hacia las pequeñas repúblicas debe ser de manera pacífica y de manera convencional y siempre tocando el tema de la libertad de los mares americanos y de los intereses mercantiles del hemisferio, por ende la exportación de sus producciones que sea siempre basada en el libre intercambio y la libre competencia y cree condiciones legítimas a los importadores».

Más adelante alerta:

«Incluyendo asimismo las bocas del Orinoco y las bocas del Plata, en Argentina. Este dominio ascendente (inglés) sería ruinoso para los Estados Unidos así como para las naciones latinoamericanas. Lo cual causaría disturbios a la democracia y la paz del continente».

Finalmente, generalizando su proposición, Mallarino precisa:

«Con este giro, los Estados Unidos pudieran firmar tratados similares con Venezuela, respecto al Orinoco, y con Buenos Aires respecto al Plata y cualquier otra región que fuera navegable y conectara con los ríos.

Así se abriría el espacio para que el poder americano pudiera usar de manera más eficiente su vigilancia en el mantenimiento del existente orden de cosas a favor de su tranquilidad y engrandecimiento».

Grande es la jerarquía de esta declaración por varias razones: primero porque quien la vierte es el ministro colombiano que está firmando el tratado por el cual los Estados Unidos obtienen en la práctica la soberanía de Panamá, segundo porque se produce en la confidencialidad diplomática y el ministro colombiano desnuda su alma anexionista, realidad tal vez universal en las posturas latinoamericanas de etncones -anexionismo hacia los Estados Unidos o sumisión y alianza con los objetivos británicos- pero que universalmente se mantiene oculta, tercero, porque muestra los canales como la principal llave de riqueza del continente.

Giuseppe Garibaldi en Uruguay

En nada carecían de base las advertencias de Mallarino. Las actividades británicas en la boca sur del virtual canal eran públicas y militares, se expresaban en bloqueos al puerto de Montevideo, donde sonó mucho el nombre de Giuseppe Garibaldi. Para la historia, Garibaldi es un héroe italiano por definición, pero en verdad la mayor parte de sus hechos de armas los realizó en Uruguay. Actuaba en nombre de la Joven Italia, un movimiento extendido por Italia y toda América Latina, muy político, muy conspirativo, muy masónico, que en las guerras de liberales y conservadores que llenan el siglo XIX latinoamericano y el europeo actuaba siempre del lado liberal. Había sido fundada en 1831 por Giuseppe Manzi- ni y era una versión de los Carbonari, nombre derivado del carbón, pues los miembros hacían sus reuniones clandestinas en «ventas», vale decir depósitos de carbón situados en los bosques. Los carbonarios reclutaron miembros en España, Grecia, Francia y Rusia, expresaban un partido probritánico donde estuvieran. Garibaldi

actuaba en la independencia de Uruguay, país del estuario del Río de la Plata. Escuadras francesas y británicas merodeaban las costas y radas de Montevideo, prestas a intervenir en aquella independencia que también se puede llamar secesión y preocupaba a Mallarino.

Abandonando en cierto momento Uruguay, Garibaldi cruza el Atlántico hacia Italia, donde hará las guerras de unificación de aquella península. Las camisas rojas que pondrá a sus seguidores en el Resurgimiento italiano repiten las que utilizaban sus combatientes en Uruguay, por causa de ser la prenda normal de los empleados de los mataderos.

Quien mire el artículo «Uruguay» de la *Enclopedia Encarta*¹⁰ encontrará como primera ilustración las amarillentas ruinas expuestas en ladrillos de las misiones de Sacramento, que hemos nombrado en el capítulo dedicado a las guerras jesuítico-hispano-portuguesas de 1750-1777. Nombrarlas esa vez fue obedecer al hecho de ser la misma guerra la que se movía en las bocas del río de La Plata y en las del Orinoco, guerra esta última que influyó en la creación de Venezuela como país separado del vireynato de Nueva Granada. Los escenarios platense y orinoquense se repetían en 1846, lo cual invita a pensar que tal vez los planes de canal intersuramericano ya movilizaban hombres y política en el colonial año de 1777 e influyeron en la creación de Venezuela como provincia separada de Nueva Granada.

Centro América es también objeto de la preocupación del canciller colombiano. Párrafos antes ha señalado que Inglaterra presiona en la Mosquitia, aquí acota:

«Ninguna otra potencia manufacturera podría competir con Inglaterra en la usurpación del istmo y su canalizable porción, y ello puede ser aplicable a estos planes. Inglaterra adquiriría (en caso de ejecutar estos actos de control) poder sobre América, incluyendo el interior de México, pretendiendo proyectos mineros, se anexionaría California y el istmo».

Capítulo 4

Menciones numerosas de la palabra dependencia

Mallarino considera que la obtención de la concesión de Panamá por Estados Unidos debía estar generando envidias y planes en los británicos, y acerca de eso advierte al estadounidense:

«Una de las razones de este despertar de celosías (británicas) es la promoción de tratados que garanticen la posesión territorial por los Estados Unidos. Incidentalmente, introduciendo tratados de comercio con esas repúblicas»¹¹.

Para el ministro colombiano la solución está en la aplicación de la Doctrina Monroe:

«La libertad de los mares sería asegurada, las naciones de Europa deben ser compelidas a retirarse e Inglaterra a renunciar a sus planes de intervención. En ningún caso se debe abandonar el comercio, por los daños que puede ello traer a las franquicias que los Estados Unidos están adquiriendo».

Por *franquicia* debe entenderse principalmente la concesión sobre Panamá. Sobre ella continúa Mallarino precisando conceptos y al fin pide algo, la neutralidad del futuro canal:

«El tratado de (Nueva) Granada garantiza la propiedad y neutralidad del territorio del istmo, desde su extremo hasta su frontera con Costa Rica. Estas estipulaciones estarán contenidas en el tratado entre Estados Unidos y Nueva Granada y en cualquier acuerdo complementario sobre el tránsito interoceánico, garantizando la permanente neutralidad. Con los planes de Inglaterra esto se iría al desastre.../...Inglaterra ha intentado hacer un tratado garantizando la neutralidad del istmo a favor de Nueva Granada. También Francia. Estados Unidos podría aceptar esa misma cláusula de

mantener neutralidad y libertad de los mares de América y las ventajas que gozarían los Estados Unidos por su vecindad con esos mercados. Los Estados Unidos podrían aceptar esta cláusula a cambio de (el cumplimiento de) las intenciones de los Estados Unidos, bajo la bandera de que el futuro de los mares de América debe ser la libertad de comercio».

La exposición del ministro concluye con ofertas de alianza y menciones numerosas de la palabra *dependencia*:

«Los Estados Unidos no tienen nada que temer de las democracias vecinas, sino más bien son su negocio y su esperanza. Más bien estos países quedarán bajo su influencia directa en políticas si la influencia institucional de Europa no se institucionaliza en las regiones de Suramérica. Así los Estados Unidos podrían demostrar que no son tan feroces como los conquistadores sino más bien deseosos de preservar el respeto y la integridad territorial de los países. Con ello los Estados Unidos pasarán como una potencia abierta. Realmente, la afec- ción de este tesoro de gloria generaría una dependencia a los intereses mercantiles de los Estados Unidos y es un paso que el gabinete de los Estados Unidos puede tomar sin dubitación ni retardo, y agregar honor, necesidad y facilidad que todos pueden pedir a estas medidas».

El anexionismo sólo fue público en políticos cubanos de esas décadas, pero crecía, público o secreto, intensamente, en otras partes de América Latina, incentivado por la apabullante hinchazón del «Destino manifiesto» de los Estados Unidos que preparaba el asalto a México. Se firma el tratado que será conocido como Mallarino-Bildack aunque en verdad el general Tomás Cipriano Mosquera es quien lo firma como presidente de Colombia. Queda garantizada la autoridad estadounidense sobre la zona panameña. También la colombiana, pues a hacerla respetar se compromete Estados Unidos. La verdad se verá en 1903.

Capítulo 5

La reaparición de Jean Laffite

1846 es año fértil en episodios. Algunos son remezones mundiales, como la invasión de los Estados Unidos a México, otros tienen aspecto mínimo aunque con el tiempo mostrarán consecuencias sonoras. Uno de estos es la intervención de Inglaterra en la Mosquitia nombrada por Mallarino, otro, la entrada de Monagas en la presidencia venezolana, según la conflictiva lectura que de ella hace Shields, otra, la huida de Luis Napoleón Bonaparte de una prisión en Francia. Feo, carbonario y talentoso, sobrino de Napoleón Bonaparte, Luis Napoleón había escrito en su juventud ensayos y tratados con el propósito de adquirir popularidad ante el electorado francés y presentarse como un reformador social de talante saintsimoniano. En esta época pudo tener una relación conspirativa con Karl Marx, también interesado en el discurso del conde de Saint Simón, creador del socialismo utópico.

Los textos de Luis Napoleón Bonaparte impresionaron bien, pero no más. Entonces encabezó dos rebeliones destinadas a derrocar al rey Luis Felipe de Orleáns, una en 1836, otra en 1840. Fracasado, en la primera no se le aplicó mayor rigor, tras la segunda fue condenado a cadena perpetua a cumplirse en el castillo de Ham. Pero no estuvo inmóvil en la celda. Sin salir de ella obtuvo que grupos del partido liberal nicaragüense presididos por Francisco Castellón, ministro de Nicaragua en Europa, le firmaran una concesión para organizar una Compañía que construyera el canal de Nicaragua. Ello era coherente con su militancia saint-simoniana, pues el filósofo del socialismo utópico tuvo los canales por tema obsesivo y bien estudiado. Y un día los nicaragüenses se presentaron en el castillo lóbrego y en una operación comando rescataron al sobrino de Bonaparte. Jefe de la operación había sido el mismo don Francisco Castellón. No

se sabe si Luis Napoleón Bonaparte viajó a Nicaragua, si que publicó un libro que lleva por nombre «El Canal Napoleón de Nicaragua»¹², donde estudia técnica y políticamente el proyecto y lo bautiza con el nombre de su tío ilustre. Luego se instala en Londres, supuestamente a gestionarlo.

Otro hecho de ese 1846 es la reaparición de Jean Laffite, el corsario de Cartagena y la isla Amelia. Había fundado en la costa de Galvestown una colonia o ínsula que denominó Barataria y constituyó un experimento comunista, y en ella hizo erigir una estatua de Bolívar que fue la primera a él dedicada y un homenaje excepcional por estar el personaje en vida. Fundó otra colonia comunista en la costa de Texas. El presidente Jackson lo «convenció» de salir de Barataria y de la Florida, porque los Estados Unidos estaban controlando toda la península. En ese punto Jean Laffite desaparece de la historia. Sólo un libro francés¹³ rescata su segunda vida. Se casó con «la deliciosa» Mortimore, hija de un armador millonario de Nueva Orleans y se dió a la vida burguesa con uso de nombre y apellido ligeramente cambiados: John Lafflin. Tal estatus debió ser el pago con el que el general Jackson lo convenció, además de amenazas. Su experiencia marina debió servirle en el rico negocio del suego, al que se se le ve integrado. En 1846 el ex- corsario viajaría a Bruselas con una carga de dinero donada por una organización de comunistas norteamericanos, para entregársela a Karl Marx, a fin de que pudiera escribir sin angustias el Manifiesto comunista. Deben notarse las afinidades con la versión oficial del origen del Manifiesto:

«En 1847 Marx llegó a Londres y entró en relaciones con la Liga de los Justos, una organización secreta integrada principalmente por artesanos alemanes emigrados, que le pidieron que escribiera sus estatutos. Engels los relacionó con los obreros ingleses, y ambos intelectuales trabajaron desde diciembre hasta enero de 1848 en la carta fundacional de la Liga, que se publicó como *Manifiesto comunista*».

Laffite bien pudo ser miembro de la secreta Liga de los Justos. En principio, los hechos de Laffite no vinculan a Bolívar con grupos comunistas y la vida del Libertador tampoco, pero debe señalarse como un hilo al menos intrigante, que cuando el pirata colaboró con Bolívar en Cartagena, pertenecía a una sociedad bucanera confesa y rabiosamente igualitaria, comunista: luego funda colonias comunistas, una de las cuales llama Barataria y a la vez crea una ciudad llamada Bolívar.

Otro dato novedoso o exótico se inserta en el libro de Bordiot, se refiere a la relación del Manifiesto Comunista con Abraham Lincoln. Bordiot lo toma de *Histoire de la Filibuste*, de George Blond. El 9 de enero de 1848, Laffite escribe a su esposa: «Tengo los manuscritos y espero que ellos serán presentados a Abraham Lincoln». Abraham Lincoln era en 1848 senador por Illinois. «Mi cuñado John Mortimore está relacionado con su amigo íntimo Josuah Spedd, negociante en Springfield», escribió Lafitte en otra carta. «... Será conveniente utilizar ese canal para hacer llegar al senador un ejemplar del Manifiesto Comunista». Finalmente, asienta Blond, fue el propio John Mortimore quien le habló a Lincoln del Manifiesto. La verdad de este encuentro esta probada por una carta de Lincoln a John Mortimore.

Capítulo 6

Gran Bretaña ve con agrado las intrigas

Volvamos a la colocación de José Tadeo Monagas en la presidencia por mano de José Antonio Páez y al carácter británico que atribuía el embajador Shields al poder de Monagas. La colocación es muy poco aceptada por los conservadores, cada doctor o general conservador se siente un casi presidente y está dispuesto a fastidiar al que considera monigote y no presidente de verdad. Monagas,

máxima inverecundia, ha perdonado a Antonio Leocadio Guzmán, cambiándole la condena a muerte por el exilio. Monagas, dicen, es un «vagabundo» incumplidor, parece que no moja y empapa. Los ministros conservadores conspiran contra su presidente, el partido ya organiza su destitución por el Congreso. *La Prensa*, el periódico conservador, saluda el año 1848 en artículo del 1º de enero: «...con el grito de alegría que arranca la vista de cercano puerto a míseros navegantes en destrozada nave, próxima a sumergirse para siempre».

¿Cuál es el ansiado puerto? ¿Hacia dónde apunta la brújula que a él conduce? ¿Hacia el sur? ¿Hacia el norte? Nadie sabe. Casi en esta fecha, exactamente el 7 del mismo enero de 1848, el embajador estadounidense Benjamin Shields¹⁴ emite una carta llena de anuncios terribles: Venezuela está a punto de ser capturada por Inglaterra.

«Creo de mi deber transmitir al gobierno de los Estados Unidos una impresión profunda que tienen algunos de los políticos mejor informados de aquí, fundada en ciertos hechos e indicaciones, en parte de fuente privada y en parte de carácter público y relativa a la política del gobierno británico en cuanto a la provincia de Guayana, que comprende toda la región de la República situada al sur y al este del gran río Orinoco y está cruzada por innumerables corrientes navegables y ofrece los recursos de un territorio extenso, elevado y fértil. Una cuestión de límites entre la Guayana británica y esta provincia fue suscitada hace tiempo por el gobierno de Inglaterra, y es de temerse que termine por la toma de posesión por dicho gobierno de la mayor parte, si no de la provincia entera y a la larga con el dominio completo de las bocas y de la navegación interior del Orinoco».

Este párrafo de introducción era como para hacer saltar en su silla a mister Buchanan. Resultó apenas el abreboca de la comunicación. Añade:

«...o esto con el propósito de provocar la desmembración de la República y producir un estado de cosas que pueda favorecer su designio final de incorporar las dos provincias orientales de Cumaná y Barcelona a la isla británica de Trinidad y a la Guayana venezolana, con los cuales y su propia colonia de este mismo nombre, echaría los fundamentos de ese futuro imperio de negros libres, tan cautamente prefigurado en el artículo editorial del *Sunday Times* de 11 de noviembre, que contiene la circular del ministro de las Colonias con la autorización de comenzar de nuevo la colonización de Sur-América con africanos, o mejor dicho, el restablecimiento del tráfico de esclavos africanos en otra forma que fuere practicable».

He aquí el plan británico, del que participa el gobierno de Monagas, según Shields. Grandes son las aprehensiones de los hombres que informan a Shields:

«Hay aquí el temor de que aun cuando esa política pudiera suministrar a las colonias británicas un complemento de labradores africanos contratados, o en términos de servicio, que ofrezcan garantías para su servidumbre perpetua, una inmigración a estas costas de la casta de negros libres de dichas colonias, al aumentar de tal manera la desproporción ya existente entre blancos y gentes de color, produciría una situación en la cual los primeros no podrían vivir sin protección extraña, y para obtenerla se verían compelidos a buscar la dominación extranjera».

He aquí el final, Inglaterra posesionada de Venezuela por petición de su población blanca. Pero todo no se ha perdido, pues acota Shields que:

«Si la emigración negra puede ser evitada y las intrigas de la política británica neutralizadas, la independencia de la república (de Venezuela) puede ser mantenida, su

prosperidad asegurada y un gran peligro, con la forma de ascendencia británica en los asuntos del continente, evitado...»

La «ascendencia británica en los asuntos del continente» ya la conocemos en sus factibilidades derivadas del amago ejercido por los británicos sobre el río Orinoco, se le añaden interesantes apuntes de geopolítica y economía:

«Venezuela bajo la dominación británica, podrá obviamente mantenerse por todo tiempo. La gente blanca y los indios podrán seguramente sobrevivir de esta dominación, y los blancos, en consideración de las garantías sociales, estarán encantados de apoyar esto. Ninguna otra posesión americana daría la mitad de ventajas a la Gran Bretaña. Las fronteras de este territorio llegan a los Andes por el Oeste y a las cabeceras del Amazonas por el Sur (ojo a la derivación hasta Bolivia); su vasta línea de costas ofrece varios de los mejores puertos y puntos de comercio del Continente; y la admirable posición ocupada por la Tierra Firme con relación al océano, a las potencias marítimas y a las cuatro partes del mundo, junto con su proximidad a la mayor colonia británica en la región, se combina para hacer de esto un objeto de muy primera importancia a los ojos de los ingleses, y traer tarde o temprano la anexión de Venezuela o de gran parte de ella a los dominios británicos en América».

¿Quiénes podían formar ese «grupo de los políticos mejor informados de aquí» que dateaban a Shields con tan tremebundos detalles? Obviamente, los políticos conservadores, diputados, etcétera. También el ex presidente José Antonio Páez, por causas que señalamos más adelante. Nótese que las acusaciones contra Monagas, de britanismo, corroboran las alarmas de Mallarino que, aunque no nombró a Monagas, sí señaló a Venezuela como alineada con Inglaterra. Pero, ¿estaba complicado José Tadeo Monagas en un

plan para poner en manos de la Gran Bretaña una parte de Venezuela o su entero territorio?

Algunos antecedentes hablan del tema. En 1844, tras la virulenta presentación cartográfica de Schomburgk, que llegó a colocar postes británicos en Barima, un doctor Alejo Fortique fue enviado a Londres a discutir el punto. Topó con que *lord* Aberdeen temía que los norteamericanos pudiesen ocupar la desembocadura del Orinoco o fundar allí una colonia. Puso como condición para que el gobierno británico le reconociera a Venezuela la posesión legal del territorio disputado, que ésta firmase un tratado perpetuo comprometiéndose a no cederla jamás a una potencia extranjera. Esta proposición resume la relativamente pasiva ambición británica en ese momento: que los Estados Unidos no controlen el Orinoco. Es continental.

«Puede notarse —señala el historiador Caracciolo Parra Pérez— la coincidencia de que casi al mismo tiempo trató el gabinete británico de imponer a Texas la condición de no anexarse a los Estados Unidos como precio del reconocimiento de su independencia por México».

Volviendo al punto de la neutralización de la bocas del Orinoco exigida por Inglaterra, con toda probabilidad, según Parra Pérez, el gobierno de Venezuela habría accedido a esta exigencia si no se hubiese producido la muerte de su ministro (Fortique) antes de la llegada de *Lord* Palmerston al gabinete británico. No se firmó en ese momento y la verdad es que, entrado a la Casa Amarilla el «británico» José Tadeo Monagas, tampoco se firmó el papel que tanto exigía Inglaterra y tampoco en los diez años que le quedaban de poder al monagato se firmó la cosa. Ello no destituye las afirmaciones de Shields, hubo tensiones británico norteamericanas, conatos, vaivenes, amenazas de fragmentación de Venezuela, incluso un bloqueo naval. Cronológicamente, la primera de estas crisis fue el fusilamiento del Congreso.

Capítulo 7

Fusilamiento de un Congreso

Los diputados adictos al general Páez habían sostenido una reunión secreta el 19 de enero de 1848 y allí juraron solemnemente que, al instalarse la Cámara en sesión especial, se procedería a la formación de causa contra el Presidente de la República, ciudadano José Tadeo Monagas, por infracción de las leyes, presentada por la Diputación Provincial de Caracas. Tras de lo que se procedería a su destitución. Antes se decidiría la traslación del cuerpo legislativo a Puerto Cabello.

Y llegó el día 24 de enero de 1848. Los diputados se saludan, pronto están en sus sillones. Juan Vicente González, importante intelectual y político paecista, lee la comunicación del general Páez al cuerpo legislativo. El general y jefe les impetra, porque se prevén peligros, a, «llegado un momento extremo, morir como romanos». Comienza la sesión. Es lógica la escogencia de Puerto Cabello para una acción paecista: es el puerto de salida de Valencia, la segunda ciudad en importancia de Venezuela, en algunos sentidos la primera y la «ciudad santa» del paecismo, de la Cosiata que destituyó a Bolívar. Los que impulsaron a Páez en la separación de Venezuela de la Gran Colombia han gobernado a Venezuela desde entonces, desde ciertas casas de Valencia con frente sobre la Plaza Mayor. Hace dos años ese mandar valenciano se debilitó con la entrega de la presidencia a Monagas, pero ahora el general Páez está decidido a derrocar al que llamó alguna vez «el hombre de las circunstancias».

Las posibles causas internacionales apenas se hablaban, si, y mucho, motivos estrictamente venezolanos: además de que Antonio Leocadio Guzmán y Ezequiel Zamora están sueltos por decisión de Monagas, hay otro, Tomás Sanavria. Con la evidente anuencia

pasiva de Monagas, este ministro estaba anulando las leyes que permitían la usura. Ello no era cualquier cosa para los paecistas, poseedores de pagarés que se volverían sal y agua de salirse Sanavria con la suya. Sabiendo que el día será fuerte, el Congreso ha creado una guardia armada que lo protege. Ante ésta se mueve, desafiante, una turba de monaguistas mayormente pataenelsuelo. Algunos portan armas, visiblemente. Debe ser cosa de Monagas, que no es de aquellos que si les ponen un dedo entre los dientes no muerde. Así las cosas, el ministro Sanavria entra al recinto legislativo a leer un documento. El vicepresidente del Congreso, José M. Rojas, sacó un puñal y se fue sobre Sanavria, diciéndole: «¡Si los asesinos entran por esa puerta, usted será la primera víctima!». Se interpusieron los diputados Santos Michelena, Pedro José Rojas, Madriz y José Hermenegildo García, este último diciéndole a Rojas: «¡No ensucie este salón con la sangre de un canalla!».

El licenciado Cristóbal Mendoza saltó por sobre los espectadores pistola en mano, apuntando a Sanavria y gritándole: «¡Malvado, éste es el fruto de tus doctrinas!». Salvaron a Sanavria de la muerte esta vez los representantes J.M. Rojas y J. Hermenegildo García. También Julián García iba a matar de un pistoletazo al ministro, otros lo amenazaban con darle un bayonetazo, porque no accedía a asomarse al balcón para que el pueblo viera que estaba sano y salvo. Abajo corría el rumor de que el ministro estaba muerto, los monaguistas están más inquietos. Los diputados se proponen usar a Sanavria como escudo pero ya la multitud viola puertas y ventanas y entra repartiendo tiros. Cayeron muertos los representantes por Maracaibo, don José Antonio Salas y Juan García y Argote. Convencido de que había llegado el momento de despedirse, el diputado por Valencia Delfín Carrero, se arrodilló ante el diputado presbítero José Vicente Quintero y le pidió que le absolviese de sus pecados; el representante por Barquisimeto, doctor Soteldo, lloraba tras una mesa volcada, según unos, de miedo, según otros, de

rabia. Más tiros estallan. En medio del zaperoco, un diputado que se disponía a huir, como lo estaban haciendo muchos, es tomado del brazo por un estudiante de apellido Sucre, sobrino del mariscal de Ayacucho. Sucre le recuerda la obligación de cumplir el mandato del general Páez: «Morir como romanos». El doctor Miguel Palacio, presidente de la Cámara, que era el increpado, permanecía inmóvil, silencioso. Sucre continuaba citando el ejemplo de los senadores de la Roma antigua en situaciones donde estaba en peligro la Patria, cuando Palacio, que parecía haber ya analizado el punto, le respondió: «¡No seas pendejo! Yo nací en Naguanagua» y dándose al escalamiento de una pared, como muchos otros diputados, pronto alcanzó los tejados.

Herido gravísimo por clavadura de una bayoneta en la espalda, quedaba Santos Michelena, el hombre que había traído el liberalismo económico a Venezuela y aparece en una comunicación de Shields como quien señala la conveniencia de que algún barco de guerra norteamericano toque en los puertos venezolanos para advertencia de díscolos. Iba a morir días después.

Cuando la escena dentro del Congreso ha amainado, Monagas aparece por la esquina sobre hermoso caballo marrón. La tropa que trae pone orden en la calle, los congresantes van descendiendo de los techos, agarrados a las verjas de las ventanas.

Diez días después, el 4 de febrero, Páez ya está en armas. Quizá pensaba que José Tadeo Monagas se iba a asustar ante quien era el guerrero más prestigioso del subcontinente, que evaluaría los peligros nacionales y los internacionales y buscaría retiro. Pero Monagas, además de astuto, era hombre valiente. De hecho, en la guerra de Independencia había sido lancero emérito, sólo superado por el propio Páez. No huye, parece pensar que si llegó al poder tiene butría suficiente para continuar en él. El 29 de enero, el embajador Shields escribe al Secretario de Estado¹⁵ narrándole los hechos.

Añade: «... solicito al gobierno muy enfáticamente el envío de uno o dos barcos de guerra, con buena fuerza, dirigidos a La Guayra o Puerto Cabello». También pide «...el embarque a bordo de dichos barcos, de una fuerza suficiente incluyendo una o dos compañías de artillería».

La función de tales barcos sería, según Shields, proteger vidas. ¿Cuáles vidas? Se aclara líneas después:

«El Poder Ejecutivo [o sea Monagas] proclama a la sociedad que es abundantemente hábil para asegurarse protección y mantiene en sus manos a miles de víctimas marcadas, literalmente con dagas y bayonetas a sus espaldas, como un medio de impedir el avance del general Páez hacia la capital».

Pasando eso a lenguaje llano, lo que se está diciendo es que el general Páez estará en posición de avanzar hacia la capital, si tal movimiento es apoyado por una o dos compañías de artillería, descendidas desde barcos estadounidenses oportunamente anclados en La Guaira o Puerto Cabello. El siguiente párrafo dice:

«Muchas personas están tornando sus ojos hacia los Estados Unidos inquiriendo sobre la posibilidad de un formal tratado de defensa y alianza incluyendo la cesión de la isla de Margarita u otra o algún otro puerto marítimo apropiado para una estación naval, como un medio de asegurar su protección...»

O sea que, a cambio de la intervención, los Estados Unidos recibirán la isla de Margarita u otra apropiada para instalar allí una estación naval. Es muy lógico que en el plan de mudanza del Congreso a Puerto Cabello para desde allí sesionar destituyendo a Monagas, estuviera prevista esta presencia de los barcos y la artillería norteamericanos apoyando la «independencia» del Congreso contra las tropas del gobierno.

¿Una mentira prudente?

Acerca del fusilamiento del Congreso cabe registrar un acto de virtual «mentira prudente» de las que son muy comunes en la historia, y que todos mantienen porque a todos conviene. Ella parece estar implícita en la siguiente narración oficial: tras el asalto, los liberales estaban dispuestos a ser terribles con los conservadores y así se planteó en una reunión de Monagas con su grupo de amigos más cercanos¹⁶, pero entonces intervino uno de ellos y sugirió evitar el clima de guerra civil que esto conllevaría. Más bien, señaló, convenía «coger la arteria constitucional», vale decir tomar medidas legales y en el fondo conciliadoras. La idea cayó bien y así queda explicada la inesperada conducta de Monagas, que dirige un mensaje a los congresantes incitándolos a reinstalar sesiones, y la de ellos, más extraña, que aceptan. A algunos que no lo hacen, se les busca en sus casas amablemente, otros abandonan por su cuenta las sedes diplomáticas donde se sentían seguros. Y queda reinstalado el Congreso, que recibió de Monagas un mensaje lamentando «la ocurrencia» de días antes.

Obviamente, la dulzura de Monagas esconde una mano de hierro pero, atención, también un secreto. Su conducta y la de los diputados, que lo ayudan en su «coger la arteria constitucional» quita pretexto a la intervención extranjera que Páez y los jefes grandes conservadores y Shields buscaban. ¿Les garantizó Monagas la vida y la honra a los diputados? Lo cierto es que al día siguiente el ministro Sanavaria, obviando el susto que le hicieron pasar, informa noticias de placidez:

«Pasados los primeros instantes, después de tan lamentables sucesos, la tranquilidad pública fue restablecida, el Gobierno ha dictado y continúa dictando cuantas medidas están a su alcance para impedir que vuelva a ser turbada y ha dispuesto que se proceda contra los que resultaren culpables. Las H. H. Cámaras continúan tranquilas y siguen en sus importantes trabajos y todo ha vuelto al carril de la Ley».

Los cadáveres de tres diputados estaban bajo tierra pero los que quedaban vivos, habitados de conciliación, se dirigieron a los pueblos en la forma siguiente:

«Por la eficaz acción de las autoridades y por el patriotismo de los ciudadanos, el mal cedió en breves horas. Puede asegurarse que no está alterado el orden constitucional y las Cámaras Legislativas continúan tranquilamente sus sesiones ordinarias. (...) La paz es el primer bien de las sociedades —agregan—, porque sin paz son efímeros los otros bienes. Hoy para Venezuela no sólo es un bien la paz, sino su necesidad más imperiosa; y el Congreso que se esmera en su conservación, la recomienda, como el Constituyente recomendó la Constitución, a la fidelidad del Jefe del Estado, al celo de los Magistrados, a los ministros de la religión, a la constancia de los patriotas que proclamaron la independencia, al valor de los guerreros que la conquistaron con sus armas, al cuido de los padres de familia, y finalmente, al amor a la libertad de todos los venezolanos».

Y dado que la paz es el principal bien de una república, los diputados, esmerándose en conservarla, emiten explícita condena al general Páez que era su jefe e ídolo hasta una semana antes pero ahora disturba al país con sus malos y viejos hábitos de sangre.

Capítulo 8

Los revolucionarios de Maracaibo solicitan a Estados Unidos intervención en Venezuela

A pesar de tanta floración de buenas intenciones, se había cerrado el puerto de La Guaira, para impedir que huyeran los representantes del pueblo que persistieran en figurar en la lista de «los malcontentos», como empezaba a titularse a los paecistas, y permanecía

bloqueado a fin de que fueran la versión y la impresión emanadas del gobierno las que primero llegaran a conocimiento de toda la República y no otras, que pudieran sublevar los ánimos. Pero se frustraron estas previsiones, pues la goleta *La Lavinia* logró salir del puerto y llegó el 27 de enero a Coro y el 31 a Maracaibo con todos los pormenores del suceso. En Maracaibo prendió la noticia como vacuna que hace burbuja y pone fiebre alta. Entre los asesinados figuraba el diputado del Zulia, señor José Antonio Salas, por las calles circulaban manifestantes que gritaban «¡Abajo el Gobierno!».

El 4 de febrero llegó a Maracaibo el paquete de La Guaira, y confirmó las noticias traídas por *La Lavinia*. La juventud opinó por el desconocimiento de Monagas y el gobernador Aniceto Serrano emitió un documento que se iniciaba afirmando:

«Maracaiberos: el monstruo horrendo de la anarquía se ha desencadenado, y los últimos sucesos que han tenido lugar en la capital de la República nos revelan que se ataca nuestra libertad y garantías. El asesinato de nuestro Representante al Congreso, la violación de todos los derechos del hombre, arrancándole al resto despavorido de nuestros legisladores actos oprobiosos y tiránicos, son los frutos que ha recogido la actual administración de su arbitrario sistema de terror y de venganza. En la crítica situación, tócanos precavernos de las calamidades que nos amenazan, e impedir que se turbe nuestro envidiable reposo, dando una prueba más al mundo de que somos dignos hijos de Venezuela y fieles sostenedores de la Constitución y de las leyes que garantizan nuestros derechos sociales».

El 6 de febrero se proclamó el desconocimiento del general Monagas y se procedió a actuar con independencia de Caracas:

«Aprobada y publicada el Acta, se declaró el Gobernador Jefe de la Provincia con facultades omnímodas,

con una Junta. Apréstase, pues, el pueblo a la guerra: fórmanse cuerpos militares, ármase una escuadra —apunta Juan Besson¹⁷ con su tono de cronista que fue testigo de los hechos, y añade—: Preciso es confesar que la opinión pública se ostentaba hasta en el aire; no había un maracaibero que no perteneciera a la revolución oligarca».

Lo de «oligarca» viene de que el movimiento se gestaba en el Consejo Municipal de Maracaibo, formado en su totalidad por “notables” regionales, de fuerte vocación secesionista. El embajador Shields, en su comunicación de fecha febrero 17¹⁸ afirma:

«La provincia de Maracaibo, la más importante en toda la porción occidental de la república, es dicho haberse pronunciado con un acuerdo en oposición a la administración de Monagas y en favor de una separación de la República de Venezuela hasta la caída de dicha administración y el reestablecimiento de la Constitución y libertades del país».

Lo de «hasta la caída de dicha administración y el reestablecimiento de la Constitución y libertades del país» es un decir que saldrá cada tanto. Según el periódico regional *La Mariposa*,

«Al separarse, pues, Venezuela del resto de Colombia, el 26 de noviembre de 1829, debió caber a Maracaibo igual suerte puesto que componía parte de ésta; pero bien sea por la gran distancia y ningunas relaciones que para aquella época existían entre Caracas y esta plaza, o bien por el afecto que la generalidad de sus habitantes profesaban al general Simón Bolívar, Maracaibo no siguió el movimiento de los otros Departamentos sino que al recibir la noticia de la separación se convirtió en teatro de discusiones y de dudas. Unos pretendían unirse a la Nueva Granada, otros formar un estado independiente o hanseático, y otros finalmente seguir el pronunciamiento de Venezuela».

Es interesante lo que dijo en aquel momento de disolución de la Gran Colombia un diputado partidario del «estado hanseático», nombre que puede traducirse como «república del Zulia»:

«Desengáñese el que pretenda embaucarnos con ilusiones: Maracaibo lo que quiere es libertad neta, federación pura y limpia. Maracaibo aborrece de muerte el gobierno central aunque se lo pinten con los diversos colores del iris, y aunque se establezcan las Juntas Provinciales, porque siempre es centralismo, porque ya éste nos ha producido un tirano...»

Habla de Simón Bolívar: «...y las cadenas, como dice un antiguo, aunque sean de oro, no dejan de ser cadenas...»

El general José Antonio Páez, desde su cuartel de Calabozo, lanzó una alocución al pueblo venezolano, declarándose en campaña como jefe de un ejército que recuperaría las libertades públicas «mancilladas por el tirano», vale decir por Monagas.

Llegaban cada día a Maracaibo de todos los puntos de la República, personas de todas clases, ricos propietarios, comerciantes, literatos, políticos, etcétera, ansiosos de sumarse a la rebelión cuyo jefe, Aniceto Serrano, era muy «notable» y muy popular. El general Judas Tadeo Piñango y el coronel de marina José Celis, que aportó varios buques, llegaron. Y también otros buques, uno de los cuales se llama General Jackson y es regalo de la colonia estadounidense en Caracas. Se contaba en lo marinerío con el capitán Nicolás Yoly y en lo militar con Agustín Codazzi, que fuera uno de los hombres de Luis Aury, vale decir, poseedor de antecedentes napoleónicos, anexionistas hacia los Estados Unidos y antibolivarianos. Cada día se esperaba al General Páez. Paecistas se pronunciaron en Chaguaramas, Mérida, Casicure, Trujillo, Coro, Paraguaná; el único buque armado del gobierno, la goleta *Constitución*, defeccionó a favor de Páez. El gobierno decretó entonces la formación de un ejército de diez mil hombres y el 10 de marzo, en el banco de Los Araguatos,

el general José Cornelio Muñoz, al frente de quinientos lanceros, infligió una derrota al general Páez. Asombro, desconcierto corre por toda Venezuela. Shields atribuirá el hecho a una traición.

Mas se esperó a Páez entonces en Maracaibo, pero se supo que había pasado la raya de Nueva Granada. Entonces los revolucionarios de Maracaibo resolvieron enviar una misión al gobierno de los Estados Unidos.¹⁹ El vicecónsul británico, Mackay, lo informa al embajador de ese país, Wilson, con fecha 17 de abril (1848):

«Se dice que los señores Manrique y Palenzuela saldrán en un buque para Curazao y de allí para los Estados Unidos en demanda de la intervención de esa República y para tratar de obtener suministros. Los ha inducido a tal misión la opinión expresada por el presidente Polk sobre el suceso del 24 de Enero en Caracas, opinión que conocieron por el *New York Herald*...».

El coronel Wilson escribe a su vez:

«De los inclusos extractos de despachos del señor vicecónsul Mackay de 17 y 18 del pasado, aparece que, como último recurso, se ha enviado al señor Juan Manuel Manrique a los Estados Unidos en solicitud de la intervención de esa República en favor de la causa de los malcontentos».

Suena natural esto de «último recurso» tras el alejamiento de Páez. Añade Parra Pérez²⁰:

«Manrique marchó, en efecto, a Curazao, y de allí y con fecha 29 de abril, escribió a Shields una carta cuyos principales párrafos damos a continuación:

“El infrascrito —dice el antiguo secretario de Relaciones Exteriores de Venezuela—, debidamente autorizado por la Junta de Gobierno de la provincia de Maracaibo, y cumpliendo las instrucciones que de ella ha recibido, tiene el honor de dirigirse al Señor Encargado de

Negocios de los Estados Unidos cerca de la República de Venezuela, (Shields) llamando su atención hacia el estado en que ésta se encuentra desgraciadamente, y excitándole a que a nombre del Gobierno de los Estados Unidos obre de una manera eficaz cerca del que continúa ejerciendo el General José Tadeo Monagas, para impedir que consume la obra principiada de destruir la forma de gobierno reconocida por la República y que continúe el derramamiento de sangre en una guerra fratricida que acaso podrá durar muchos años”».

Después de presentar «una breve reseña de los hechos acaecidos recientemente», reseña que Shields no necesitaba porque los conocía a fondo, Manrique prosigue:

«El infrascrito haría un agravio a la conocida ilustración de S. Sria. si pretendiese extenderse sobre las fatales consecuencias que deben esperarse del inmoral atentado del 24 de Enero último, y sobre la necesidad en que, por simpatía y por la defensa de sus propios intereses, se encuentra el gobierno de los Estados Unidos de mezclarse en la cuestión política del país. Interponiendo su poderosa mediación para que el General Monagas, dejando obrar con entera libertad al Congreso, se someta al fallo de este Soberano Cuerpo, y cooperando de esta manera al restablecimiento del orden legal en Venezuela, el gobierno de V.S. haría un importante servicio a la causa de la humanidad y de la libertad americana».

Y para terminar, Manrique solicita formalmente la mediación de Shields:

«La junta de Gobierno de Maracaibo tiene conocimiento de las órdenes emanadas del Gabinete de Washington para la protección de sus nacionales y aun de los mismos venezolanos amenazados por los trastornos a que ha dado motivo el atentado del 24 de Enero, y de la desaprobación manifestada por el Gobierno y pueblo

de los Estados Unidos hacia un hecho tan bárbaro y criminal».

Lo que en realidad hay aquí es una secesión del Zulia. Cuando el cronista y testigo habla de «la revolución oligarca» nombra a los «notables», sus conocidos y amigos, siempre separatistas. Y separación del Zulia hace una combinación explosiva con los mapas de Schomburgk y con el interés de Inglaterra en las bocas del río Orinoco que señalaba Shields en la correspondencia de trascrita en páginas previas. Notemos que tales expresiones contrapunteaban con otras de maldisimulado entusiasmo por la república del Zulia y con las expresiones de solidaridad con Páez, abundantes en dicha correspondencia. ¿Qué hay aquí? ¿Por qué se están moviendo el Zulia y el Orinoco al mismo tiempo, en una simultaneidad conflictiva que sucedió en 1797, cuando los ingleses tomaron posesión de Trinidad y se hicieron presentes en Guayana?

Para explicar esto acaso convenga apelar a la geopolítica de los ríos Meta y Orinoco. Resumidamente, el poder del Orinoco se ejerce tanto hacia el sur, en vía a Brasil y río de la Plata, como hacia Colombia, donde se desarrolla por el río Meta llegando hasta la proximidad de Bogotá, como señala Schomburgk en una carta ya transcrita, y tiene virtualidades de canalización hacia el Océano Pacífico por la región de Buenaventura, lo que lo convertiría en un canal interoceánico. Un Zulia independiente taponaría esa vía, mejor dicho, está en capacidad de taponarla. Si la Guayana Esequiba es una llave inglesa al Orinoco, la república del Zulia es otra llave. ¿De qué nacionalidad será? El «canciller» Manrique no iba a Londres a buscar apoyo contra Venezuela, se embarcaba para los Estados Unidos, lo cual dice todo. Si el Orinoco está influido por el inglés, debilitar su influencia y sobre todo su alcance a Colombia, aparece como interés de Norteamérica. Y si tal Estado tapón fuera protectorado norteamericano propendería a estar garantizado en su supervivencia, incluso con barcos y cañones de los que pedía

Shields a Buchanan urgentemente. Estas razones no niegan otras, también de alta rentabilidad de una secesión de la región zuliana, por ejemplo la feracidad magnífica que el lago de Maracaibo le garantiza, por ejemplo, las ventajas del dicho lago como fondeadero de barcos muy protector. En esa época no se conocía el petróleo, o se lo empezaba a conocer...

La geopolítica de los ríos Meta y Orinoco será algo que citaremos cada vez que la república del Zulia aparezca en la restante historia de Venezuela, lo cual sucederá apenas unas décadas más tarde.

La interpelación central

Pero viene la interpelación central. ¿Por qué están sucediendo estas cosas en enero de 1848? La rivalidad británico-norteamericana es histórica, tiene pasado y tendrá futuro, ¿Por qué está acelerada en esos momentos? Otro contexto, el continental, parece ofrecer la respuesta a esta pregunta. De cuatro años antes venía el remezón, clima de amenazas en el Esequibo y clima de amenazas entre Estados Unidos y la Gran Bretaña, que en 1844 llevó a Alejo Fortique a Londres. Fortique no es enviado a Washington a impetrar ayuda frente al poderoso enemigo y las exigencias inglesas de neutralización del río estuvieron cerca de ser aceptadas, según Parra Pérez. En 1846 vino la colocación de Monagas en el poder, que tan incomprensible e injustificada le pareció a sus correligionarios pero que coincidió con el inicio de las hostilidades norteamericanas en México, tomadas por Inglaterra como una grave agresión. Si correlacionamos esto con que Shields califica la presidencia monaguera de fruto de las intrigas de los diplomáticos británicos y al tiempo denuncia planes británicos sobre el Orinoco, aparece la decisión de Páez como probritánica. No era fácil amenazar al gran guerrero pero la potencia involucrada era la más poderosa del mundo, la que después de la batalla de Waterloo imponía su voluntad en todas partes, la que humilló a los Estados Unidos en la guerra de

1812-1814, la que determinó, con su negativa, la derrota de los planes de Bolívar y la emergencia del propio Páez, la que ahora se disponía a entrar en combate con los yanquis otra vez. Las circunstancias de las cuales José Gregorio Monagas «era el hombre» y que alude Páez habrían sido, puede deducirse, las internacionales, la percepción del gran caudillo de que la tremenda Inglaterra se disponía a dar una nueva paliza a su hijo rebelde. Pero, sorpresa, los Estados Unidos han triunfado, la derrota mexicana es también de Inglaterra, que no actúa en Texas por temor a una respuesta norteamericana en su colonia de Canadá. Y se llegaba a 1848, a este enero en que se estaba firmando la rendición de México, su aceptación del despojo de la mitad de su territorio por los Estados Unidos. Cambia el mundo, se inicia una época de poder casi absoluto de los Estados Unidos y José Tadeo Monagas deja de ser el hombre de las circunstancias.

Y con la victoria viene la popularidad. Muchos ensayistas e intelectuales venezolanos habían pasado de antinorteamericanos a admiradores de mister Polk, o de su sucesor el general Zachary Taylor, conquistador de Texas, Arizona, California, Colorado, Nuevo México, Nevada, Utah y parte de Wyoming. Taylor emitió un mensaje (4 de diciembre de 1849) que se interponía entre las aspiraciones británicas y las naciones hispanoamericanas:

«Los Estados Unidos son la gran potencia americana a quien tendrán como su aliado y amigo natural los Estados de Hispanoamérica, primero en procura de su mediación y de su ayuda en caso de cualquier conflicto entre ellos y las potencias europeas»²¹.

La emoción es similar a la que invadió a la mayoría de las cabezas políticas del mundo cuando se derrumbó la URSS. Todos los políticos desean abandonar a la achacosa Inglaterra y adscribirse a corrientes que, dentro de los partidos, buscan la anexión de

los países hispanoamericanos a la nueva y potencia omnipotente. Claro, es cosa que no se puede nombrar, es renuncia a la Independencia, traición a la Patria, pero puede suceder o intentarse en aquel mismo año, sería una extensión militar de los acontecimientos mexicanos.

Una hipótesis factible sobre los planes nunca revelados en detalle de Páez y Shields en 1848 es que el Congreso venezolano, reunido en Puerto Cabello para destituir a Monagas, preparara una petición formal de anexión a los Estados Unidos, de las que las peticiones de intervención de Shields y de Maracaibo fueron pasos parciales y substitutivos. Tal vez el anexionismo cubano tenía un hermano gemelo en Venezuela, al cual frustró la violación y posterior humillación del Congreso por Monagas o por las «bandas irresponsables», que han permanecido anónimas hasta hoy.

¡Cuánta mayor elocuencia hubieran tenido los hechos del Congreso si los parlamentarios hubiesen cumplido el llamado de Páez a «morir como romanos»! El espectáculo de treinta o cuarenta diputados asesinados en sus butacas quizá hubiera logrado la conmoción de la opinión pública norteamericana suficiente como para hacer inevitable una intervención armada en Venezuela, en apoyo a un Páez alzado en el campo. ¿Se postulaba José Antonio Páez como el Sam Houston de estas regiones? ¿O más bien como el Santa Anna, siempre defensor derrotado? ¿Todo esto lo evitó la algarada y la posterior toma de «la arteria constitucional», que desmontó la guerra civil y compró a los diputados? Es una hipótesis que los próximos hechos pondrán a prueba. Una anexión hubiera requerido la remoción de la llave inglesa.

Volvamos a la narración cronológica de los hechos. A mediados de mayo llegó el general José Tadeo Monagas, autotitulado «Presidente en Campaña», a los Puertos de Altagracia, con tropas y un gran séquito.

«Tan luego llegaron²² pasaron allá los cónsules, el venerable vicario presbítero José María Angulo y otras personas de significación. Pintáronle el estado de la ciudad y las fuerzas, elementos, etc. de ella, pero que creían que todo se concluiría si él deseaba la paz».

Era una balandronada seguida de una oferta de rendición. José de Jesús Villasmil, también parlamentario por Maracaibo, habló con Monagas, quien manifestó estar dispuesto a dar un indulto general con excepción de 18 personas. «Villasmil, como era natural, rechazó tal excepción; en la discusión el señor (Antonio Leocadio) Guzmán estuvo porque no hubiera exclusiones; «Porque V.E. (observó al General Monagas) debe ser justo y magnánimo», pero el señor Rufino González sostuvo lo contrario y de consiguiente, no hubo avenimiento. «Rechazada pues la proposición, los beligerantes se aprestaban para decidir la cuestión por el derramamiento de la sangre humana». Los rebeldes contaban con una buena flota, protegida dentro del lago de Maracaibo, Monagas disponía de mayores fuerzas de tierra. Se apostaron los dos bandos en las posiciones militares. Mientras tanto sucedían cosas interesantes en Caracas.

Capítulo 9

Fermín Toro también

Los diputados sesionaban ordenadamente, obedientes al dictado del presidente José Tadeo Monagas sería mejor decir. Pero la historia registra una excepción; un miembro del cuerpo legislativo no asistía, Fermín Toro. Enfrentado a los que le trajeron la invitación monaguera, contestó: «Díganle al general Monagas que mi cadáver lo llevarán pero que Fermín Toro no se prostituye». Fue tan resonante y digna la respuesta que el áspero al tiempo que taimado Presidente no insistió en su oferta.

Venezuela miraba este gesto del importante hombre público, que contribuiría a colocarle en el pedestal que ocupa en el procerato venezolano. Sólo ochenta años después, en el libro erudito de Caracciolo Parra Pérez, *Mariño y las guerras civiles*²³ se transcribirán otras expresiones de Fermín Toro, de muy distinta —y lamentable— tesitura moral, que forman el fondo de la celebrada actitud. Las copiamos en sus tres cuartillas de extensión atendiendo a su gravedad y a que aún los párrafos más literarios constituyen vívida demostración del uso paradójal que pueden recibir las palabras bellas:

«Fermín Toro, former Minister of Foreign Affairs of Vene-zuela, to Benjamin G. Shields, United States Chargé d’Affaires at Caracas

“El que suscribe, ciudadano de Venezuela, teniendo a la vista la excitación que en las actuales circunstancias de esta República hace la junta gubernativa de Maracaibo al Señor Encargado de Negocios de los Estados Unidos para que interponga su mediación en los partidos beligerantes que hoy dividen la nación, ha creído oportuno hacer rápidamente algunas observaciones en apoyo de aquella solicitud y dirigirlas a dicho Señor Ministro por si creyere que merecen someterlas a la consideración de su gobierno.

El estado actual de Venezuela es aflictivo, y habría sobrado motivo para humillar profundamente el orgullo nacional, si un acontecimiento, por triste y desastroso que sea, fuera argumento bastante para calificar el carácter y el espíritu de una nación.

La historia de Venezuela es la de todas las Repúblicas hispanoamericanas, y puede resumirse en un grande hecho, el esfuerzo moral de pueblos nuevos que buscan una organización social no está en sus tradiciones, a la cual se oponen hasta cierto grado los antecedentes de su origen, de su educación y de sus hábitos.

Los embarazos que estos pueblos han encontrado en su transformación y carrera política se han atraído, injustamente, la desfavorable opinión de las monarquías europeas, las que por otra parte esperaban con mal disfrazada satisfacción el descrédito de las formas republicanas.

La política de los gobiernos que seguían más por intereses que por razones, acaso hallará motivo para justificar un fallo severo contra estas repúblicas; pero una razón ilustrada, analizando el problema que se propusieron estos pueblos y las instituciones que quisieron adoptar, encontrará más bien ocasión para admirar un ejemplo del progreso gradual de la inteligencia y de los principios de libertad, aun en medio de los obstáculos más formidables que se pueden oponer a su desarrollo.

A pesar de estos obstáculos, Venezuela ha adelantado hacia el fin que se proponen las sociedades humanas. En lo interior la paz se había conservado hasta hoy con muy leves alteraciones, y sus divisiones intestinas habían perdido todo carácter de barbarie y de crueldad; sus instituciones, basadas en los principios de la civilización moderna, han regido normalmente el país, y bajo su influencia, los progresos materiales han sido más rápidos que en ninguna época del régimen colonial. En lo exterior, su nombre y su crédito se habían mantenido con honra. Y sus pactos y sus relaciones con la mayor parte de los gobiernos constitucionales del mundo la mantenían sin mengua en todos los fueros del derecho de las naciones.

Este había sido hasta ahora el estado de la república, estado que revelaba el aumento de la riqueza pública y la mejora de la condición moral; pero esto se ha alterado súbitamente por la reacción inesperada de un resto de barbarie que resiste todavía al espectáculo del orden y al influjo de la civilización.

Un hecho nefasto ha cambiado en un momento la faz de la república. El Poder Legislativo, norma de los otros poderes, fuente de la Administración y de la jurisprudencia y principio vital del gobierno representativo ha sido atacado y violado, su independencia destruida y aniquilado su poder moral. Este atentado crece en enormidad al considerarse que ha sido cometido por el Poder en cuyas manos se deposita la fuerza pública para la conservación del orden legal.

No es la nación cómplice de este crimen: no es la mayoría de los venezolanos impotente para alcanzar la restauración del orden constitucional, no hay incapacidad moral en la nación para gobernarse con principios de honor y de justicia; no hay deshonor para ella en haber sufrido una reacción, que sin duda no se perpetuará, de la fuerza y de la violencia: sólo importa que la restauración no cause los horrores de una guerra civil.

Elementos de orden, amor a las instituciones, una sociedad culta y moral, existen en Venezuela, y estos elementos no deben perecer. Un reo de barbarie no debe aniquilarlos y basta el apoyo moral de una gran nación para darles, sin derramamiento de sangre, el triunfo y asegurarles sin violencia un imperio duradero.

¿Cuál es esa gran nación a quien la Providencia, en la profundidad de sus designios, ha conferido el humano y honroso destino de ejercer la protección, no de fuerza, sino de mediación y de consejo sobre esta sociedad que padece? Sin duda, los Estados Unidos. No en vano El que fija la suerte de las naciones la ha colmado de todos los bienes de la tierra, ha puesto en su seno las fuentes más abundantes de riqueza y de poder, y la ha colocado a la vanguardia de otros pueblos más atrasados y venturosos.

La política de los Estados Unidos en todo el curso de su existencia ha sido regida por el principio más estricto

y severo de no intervenir jamás en los negocios interiores de otras naciones. Tan severa e invariable ha sido esta línea de conducta, que los nuevos Estados suramericanos, al seguir su ejemplo buscando una existencia independiente han visto con asombro y dolor tanta reserva y tanto desvío de parte del pueblo modelo.

Algunos políticos han buscado una explicación a este alejamiento en cierta repulsión que aun en medio de la civilización más adelantada se encuentra siempre entre pueblos de razas diferentes. La razón plausible para un filósofo es que el trabajo interior de la formación de una gran nación no quiere ser turbado por complicaciones extrañas cuando necesita concentrar dentro de sí misma toda su actividad para poner las bases de su futuro engrandecimiento.

Este trabajo interior ha terminado para los Estados Unidos, y cualquiera que sea el esfuerzo de su gobierno por mantenerse en la línea de los antecedentes, una nueva fuerza de expansión le (impele) a ejercer los poderosos medios de su influencia exterior. Las antiguas máximas del gabinete de Washington, cualquiera que sea el respeto que merecen y el éxito con que han sido antes coronadas, comienzan a encontrarse estrechas para la dirección de un poder que imprime hoy un nuevo carácter a la política del mundo.

La Europa entera se conmueve: sus antiguas bases sociales, que se creían indestructibles, aparecen hoy carcomidas y vacilantes; sus doctrinas políticas, que se consideraban como la última expresión de la civilización del siglo, ni sostienen los gobiernos ni ofrecen mejor organización a la sociedad alarmada; la economía política ve desmentidos sus axiomas; y lo que se llamó libre concurrencia, industria y libertad, los pueblos, levantados en masa, lo llaman tiranía, vasallaje y opresión. En vano se procurará buscar la causa de esta gran

revolución en la simple lógica de los principios; la causa está en el ejemplo y en la influencia moral de los Estados Unidos; único pueblo en el mundo que ha resuelto prácticamente el gran problema del bienestar nacional.

Convencida de ese poder y de esta influencia, una parte muy principal de la sociedad venezolana dirige hoy sus miradas al Gobierno de los Estados Unidos y espera que por su mediación pacífica, por un consejo a que dan tanto peso su sabiduría y su experiencia, impedirá en un pueblo amigo el reino de la anarquía y los horrores de una guerra fratricida.

El medio indicado por la Junta de Maracaibo de suspender las hostilidades y reunir el Congreso extraordinariamente, para someterse ambos partidos a sus deliberaciones es el más conveniente, justo y legal. El ataque contra el Congreso ha sido el origen de esta división, y su situación moral es la causa de la continuación de la guerra civil. El Gobierno se apoya en los actos que arrancó a ese cuerpo, después del asesinato de sus miembros, para declarar facciosos a los que se armaron a consecuencia de este mismo asesinato, y otros, fundándose en este atentado y en la violencia sucesiva ejercida sobre el Congreso, deducen la ilegalidad del Poder Ejecutivo y combaten su usurpación.

La suspensión de hostilidades y la inmediata convocatoria del Congreso, compuesto de los mismos miembros que le compusieron originalmente, antes que nuevas elecciones manejadas por un poder opresor vicien su composición, son medios de conciliación que, propuestos en una intervención amistosa por el gobierno de los Estados Unidos, no serían rechazados por ninguno de los dos partidos, pues el que tal hiciera declararía injustas sus pretensiones y mentirosas sus protestas.

Esta mediación no parecería de ninguna manera extraña. Las naciones europeas no se descuidan en ejercer

su influencia ora por motivos políticos, ora por miras comerciales en las repúblicas hispanoamericanas. Ejemplos de esta influencia, muchas veces perniciosa, son recientes en Buenos Aires, Perú, Ecuador y Venezuela, echándose siempre de menos en estos países la influencia que con miras menos interesadas pudieran ejercer los Estados Unidos.

En último caso, suponiendo que ni intereses comerciales, ni intereses políticos muevan la atención de ese gobierno a cambiar la conducta excesivamente reservada que ha guardado con estos países, ¿son estos acaso los únicos móviles de un gobierno? ¿No hay otros motivos irresistibles para tomar parte en la suerte de otros pueblos? ¿La gloria, la honra, los deberes de humanidad, no son las últimas obligaciones que el Creador impone a una nación después que la ha elevado sobre sus iguales, colmándola de todos los bienes que puede dispensar? Sí, hay una necesidad pública, hay un deber imperioso impuesto a los grandes poderes de la tierra: hacer el bien por amor al bien, así se honran, honrando la humanidad, y así fijan en la opinión del mundo la alteza de su carácter y su dignidad moral.

Con toda libertad, pero con el más profundo respeto y admiración somete estas observaciones a la sabiduría, a la prudencia y a la humanidad del gobierno de los Estados Unidos.

El ciudadano de Venezuela, Toro.

Caracas, mayo 20/1848»

[Copiado con la grafía original]

Como conclusión del caso cabe la que redactó Parra Pérez, donde comenta también la comunicación escrita por Manrique. Las únicas diferencias entre las peticiones de Manrique y las de Fermín Toro

«...provenían sólo de la mejor literatura empleada por Fermín Toro, una y otra solicitud concurrían a un fin

idéntico, que era el de derribar a Monagas invocando la protección de ¡un país extranjero!, con el pretexto de defender las instituciones democráticas».

Como es común en este tipo de comunicaciones, lo más inmenso está implícito, lo más grande no se nombra. Revisemos tres de las frases de Toro sueltamente:

«Este trabajo interior ha terminado para los Estados Unidos [La conquista de la mitad del territorio de México es considerada por Toro un trabajo interior] y cualquiera que sea el esfuerzo de su gobierno por mantenerse en la línea de los antecedentes, una nueva fuerza de expansión le (impele) a ejercer los poderosos medios de su influencia exterior».

¿Cuál será la «nueva fuerza»? ¿Dónde y cómo debe ejercer su expansión?

¿Y qué decir de aquella expresión:

«Tan severa e invariable ha sido esta línea de conducta [no intervencionista, según Toro] que los nuevos Estados sur-americanos, al seguir su ejemplo buscando una existencia independiente han visto con asombro y dolor tanta reserva y tanto desvío de parte del pueblo modelo?».

Hay dolor en el intelectual al ver la reserva y el desvío norteamericano al limitar su intervención a México. La actitud de Fermín Toro es equivalente a la de Mallarino al firmar el tratado de entrega de Panamá que hacía factible comercialmente la guerra contra el país azteca. El firmante de este documento es el mismo hombre que seis años antes había sido encargado de presidir la comisión que preparó las honras fúnebres de Simón Bolívar con motivo del traslado de sus restos a Caracas. Y hay un liceo en Caracas que lleva el nombre de Fermín Toro.

Otra frase incita a repetir en Venezuela la expansión:

«Las antiguas máximas del gabinete de Washington, cualquiera que sea el respeto que merecen y el éxito con que han sido antes coronadas, comienzan a encontrarse estrechas para la dirección de un poder que imprime hoy un nuevo carácter a la política del mundo...»

Los Estados Unidos no intervienen lo suficiente y el escritor y político lo lamenta. Este documento corona conceptualmente el plan y la acción que inició de Fermín Toro al rechazar la intimación de Monagas a retornar al Congreso. Combatía el «tomar la arteria constitucional» que desmontó la guerra civil y privó a la potencia norteamericana de una justificación para intervenir en Venezuela. Incitaba con su gesto «de dignidad» a la guerra y la intervención.

¿Qué había visto Venezuela? Había visto una guerra nacional de Páez y Monagas. Nada más. Documentos como el citado estaban confiados al silencio eterno de los archivos de cancillerías extranjeras. No se podía prever que con el tiempo se legislaría en los Estados Unidos que los documentos diplomáticos tienen un período de conservación secreta de treinta años y los más comprometedores se benefician de una renovación de la incomunicabilidad por algunas décadas más, pero no para siempre.

Capítulo 10

Otros filos del asunto

Ahuyentado de los campos de guerra, el general José Antonio Páez se vuelca a la diplomacia. Viaja a los Estados Unidos en busca de mister Polk. Empezó esta nueva etapa escribiéndole a Benjamin Shields desde Saint Thomas, en julio 22 de 1848: «La patria de Vd. es la llamada a socorrer la mía; y si Vd. se interpone, si hace valer su

influencia en nuestro favor, estoy cierto de que pronto tendré medios para ocupar a Venezuela»²⁴. Shields, tras manifestarle a Páez su simpatía, y describirlo —y ello era una sincera, calculada y antipatizante alusión a Bolívar— como «un hombre a quien creo más digno de llamarse el Washington de este país que cualquiera otro de los producidos hasta ahora por la América del Sur», transcribe un párrafo de las instrucciones que ha recibido de su gobierno, que reza así: «...el presidente (Polk) no cree que el remedio adecuado de los desórdenes pueda hallarse en la intervención de un gobierno extranjero cualquiera en los asuntos de Venezuela, sino que sólo pueden aplicarlo con buen éxito, los propios ciudadanos de ese país». Páez pronto estará en los Estados Unidos.

Será inútil. Algo frena la acción de los Estados Unidos. Tal vez los sectores norteamericanos expansionistas, cuya existencia prueban las gestiones de Shields, Páez, Toro, no poseían una fuerza suficiente como para lanzar al país recién salido de una guerra, abocado a colonizar un territorio enorme, a una guerra de conquista de otro aún mayor. De una u otra forma, la derrota de Páez constituía un handicap gave para un proyecto de ese género, que subsistirá y subsiste a inicios de 2010.

A todas éstas hay alarma en la cancillería de Monagas y viene una avispadísima «arrimada» del monaguismo a los Estados Unidos. Una cosa es haber vencido a los adherentes nacionales de la potencia americana y otra echarse a ésta de enemiga. El doctor Acevedo, canciller de Monagas, viaja a Washington como embajador a pedir protección contra Inglaterra. Ahí clama que los Estados Unidos deben adquirir la deuda venezolana para evitar que los ingleses asalten a Venezuela con ese pretexto. Acevedo es bien recibido por Buchanan, pero no hay caso, la simpatía norteamericana parece estar acaparada por Páez en cien por ciento. Ya en enero de 1849 el canciller vuelve, derrotado aunque en verdad había amago británico,

fuerte amago británico sobre el Orinoco. En nada había exagerado Shields al alertar a Buchanan sobre eso y en nada nosotros al señalar la aparentemente eterna simultaneidad entre tensiones en las bocas del Orinoco y tensiones separatistas en Maracaibo.

Historia de «La Ladronera»

La Ley de espera (promulgada el 9 de abril de 1849) que tanto había indignado a los conservadores también enfurece a la Gran Bretaña. O parece enfurecerla. En todo caso advinieron crisis que trataremos a partir de un detallado trabajo del historiador de origen jesuita Pablo Ojer, titulado *La aspiración británica a dominar el Orinoco después de la Independencia*, contenido en su libro *Sumario Histórico de la Guayana Esequiba*.²⁵ Parece indignarla, decimos, porque pronto se mostró que la actitud inglesa vehiculaba aspiraciones más lejanas. La Ley de espera había otorgado a los deudores venezolanos de las casas comerciales inglesas una moratoria de 6 a 9 años.

Entusiasmado por la postura de Taylor, el Congreso de Venezuela aprobó una ley (24 de febrero de 1850) autorizando al Ejecutivo a negociar con los EE.UU. un tratado de comercio y navegación y de amistad y alianza para la defensa de la integridad del territorio Nacional «contra las pretensiones violentas en cualquier potencia y para la protección de los derechos de la República de Venezuela respecto a las potencias europeas...». Gravísimo era el ambiente donde tal ley se emitía, sobre todo cuando el embajador británico Bedford Wilson (que había sido muy amable edecán del Libertador) transmitió al gobierno de Venezuela un ultimátum remitido por el Almirante Dundonald desde Trinidad amenazando que, si no se derogaba la Ley de la Espera en el término de 14 días, bombardearía las costas venezolanas. Si Venezuela fuera una gran potencia, Inglaterra podría entrar a discutir el asunto, decía, pero que con las naciones débiles no hacía falta otro género de argumento.

En la reacción que esto despertó en Venezuela se unieran liberales y conservadores, gobiernistas y aquellos que se habían opuesto a la Ley de la Espera. Entre los grupos movilizados había uno al que, con razón o sin ella, habíase bautizado «La Ladronera». Hombres muy influyentes lo integraban: Aranda, Manrique, Sanabria, Level. Movían hiperactivamente la campaña antibritánica. También en la prensa norteamericana apareció una violenta reacción adversa a «la pérvida Albión». *The Weekly Herald*, el *New York Herald*, la *Gaceta de Filadelfia*, emitían la prosa más negra, vinculaban el ultimátum con sucesos de Honduras, donde el Comandante Paynter desembarcó para obligar a aquel país a pagar deudas. Y argüía: «Nosotros también le debernos dinero a Londres. Tiene tanto derecho a bombardear a Nueva York como a La Guaira».

«La Ladronera» dejó caer una bomba explosiva: Inglaterra planeaba anexarse la Guayana venezolana, dizque para compensarse de las pérdidas que traía a sus subditos la “Ley de Espera”. “Por causa del estado de atraso de la civilización en Venezuela, aún mayor que en el resto de las Repúblicas Hispanoamericanas —escribía Wilson al primer ministro Palmerston— no hay consigna popular que levante tanta agitación como la especie de que Inglaterra pretende apoderarse de Guayana”.»

¿Tenían razón los de «La Ladronera»? Otra carta de Wilson a Palmerston, de fecha 25 de marzo de 1850, señalaba que era de necesidad urgente para Inglaterra «controlar» el Orinoco. La razón, aparte del problema de la Ley de la Espera, estaba en el hecho de que la «American Orinoco Steam Navigation Co.», de los Estados Unidos, había obtenido del gobierno venezolano el monopolio de la navegación en el Orinoco y el Apure por el término de 18 años. Wilson se alarmaba ante «...la posibilidad de que EE.UU. llegara a dominar el Orinoco como vía navegable la más importante del Norte de Sudamérica, en conflicto naturalmente con los intereses de Gran Bretaña».

Se reparaban a toda prisa los ruinosos castillos de la antigua Guayana, los herreros de Ciudad Bolívar limpiaban las armas comidas de la herrumbre, los carpinteros fabricaban sin descanso ruedas para los cañones y cada uno de estos trabajos tenía un fin antiinglés. El Ministerio de Colonias de Londres recomendaba al de Relaciones Exteriores que los castillos fueran inmediatamente destruidos, de lo contrario sería demasiado costoso enviar una expedición a hacerlo. Del Almirantazgo se dieron órdenes que estuviera lista la escuadra del Vicealmirante de las Indias Occidentales pero que no procediera al ataque sin antes notificarlo a Londres por intermedio de Wilson.

Y estaba el oro. El Vicecónsul en Ciudad Bolívar Kenneth Mathison apuntaba los días 2, 8, 18 y 22 de marzo de 1850: «...si la frontera británica pasa del Amacuro hasta la horqueta del Cuyuní donde se junta el Yuruari, el territorio aurífero caerá dentro de los límites ingleses». Y había más, Ojer desliza una frase que, aunque está de paso, alude a lo principal: «el Orinoco como vía de comunicación fluvial comparable al Danubio en Europa».

Crecía un movimiento «autonomista» en Ciudad Bolívar. ¿Autonomista hacia donde? Mathison señala que «el sentimiento dominante está en favor de Gran Bretaña» mientras que el partido antibritánico está constituido por «pocos y de escasa significación». Y unos días más tarde: «apenas si habrá un hombre en la Provincia que estaría dispuesto a disparar contra ellos (los subditos británicos); en verdad el sentimiento dominante que abiertamente manifiestan en todas partes es un ardiente deseo de que aquí gobierne Inglaterra». El movimiento autonomista estaba ya maduro para 1850 cuando se produjo la visita oficial y descarada del Gobernador Barkley de la Guayana Británica a la punta Barima, sitio gravísimo, que toca el Orinoco. ¿Qué frena la guerra que parecía venir? «Se llegó al Acuerdo de 1850, mediante el cual ambos gobiernos se comprometieron a no ocupar el territorio en disputa», asienta el mismo autor en el artículo «Fronteras» del *Diccionario Polar*. Aunque no exactamente,

porque las tensiones venezolanas continuaron algunos meses después, el desinflamiento del proyecto Palmerston-Bedford Wilson-Mathison coincide con la firma del Tratado Clayton-Bulwer.

Capítulo 11

Canales centroamericanos, Tratado Clayton-Bulwer

La conquista de la mitad de México es el hecho más violento e imperial de la historia de América, el más crecido territorialmente, puesto que abarcó la mitad de Norte América, permitiéndole a los perpetradores adquirir el tamaño continental y la fisonomía de potencia mundial que ostentan hoy. Pero la gran posesión creaba a los Estados Unidos un problema. Hemos acotado antes que debería ocupar los nuevos territorios. En junio de 1848, al mes siguiente de la ratificación del tratado de rendición de México, se ratifica definitivamente el Tratado Mallarino-Bildack con Colombia por el que los Estados Unidos se garantizaban la ruta de Panamá, facilitadora de dicha ocupación. Poco después (1849) Estados Unidos firma un documento canalero con Nicaragua —pacto acelerado por el descubrimiento de oro en la región de California— y crea una compañía para construir el respectivo canal. Pero se atravesó la Gran Bretaña. Afirmaba tener derechos en la costa de Mosquitos, fortalecidos por el matrimonio de miembros de la casa real británica con miembros de la casa real miskita, situada, por pura casualidad, en las bocas del río San Juan, salida atlántica del canal nicaragüense. La posición británica se volvió amenazante, imposibilitando a los norteamericanos obtener el capital necesario para hacer el canal nica. Según Pereyra²⁶

«Para remover la primera de estas dificultades, el secretario de Estado, Mr. Clayton, se dirigió en 1849 al

gobierno británico solicitándole que abandonara sus pretensiones de dominio de la costa de los Misquitos. La respuesta fue una negativa a la que se unió la expresión del deseo de Inglaterra de celebrar un tratado para la protección unida del canal».

¿Inglaterra pedía participar en el negocio nicaragüense? En cierta manera. El Secretario de Estado Olney, historiando el tratado Clayton-Bulwer, explicaría que:

«...tuvo su origen en un deseo vehemente, por parte del gobierno y del pueblo de este país [Estados Unidos], de acortar la distancia y facilitar las comunicaciones entre nuestras posesiones recientemente adquiridas en la costa del Pacífico y el resto de los Estados Unidos. California fue adquirida en 1848, y la apertura de sus campos auríferos y el movimiento migratorio que siguieron casi inmediatamente hicieron más urgente la posesión de un canal...».

Un despojo hacía necesario el otro. Pereyra explica otras causas concomitantes para el tratado: se actuaba

«Bajo el supuesto indudable de que si el canal se construía bajo la protección británica, el otro obstáculo, o sea la falta de capital suficiente, desaparecería también. Se entablaron negociaciones entre los dos gobiernos, sobre la base de las propuestas británicas. Las negociaciones continuaron rápidamente y el resultado fue que en junio de 1850 se firmó el tratado Clayton-Bulwer».

Inglaterra y los Estados Unidos constituyen un condominio sobre Nicaragua. Pero no era sólo sobre Nicaragua, las potencias firmantes decidieron «proteger» todos los canales centroamericanos de una vez.

«En ese tratado —declaran— los gobiernos de la Gran Bretaña y los Estados Unidos, al concluir esta convención, desean no sólo alcanzar un objeto particular, sino

establecer un principio general, y al efecto convienen en extender su protección por medio de tratados, a cualquiera comunicaciones practicables, ya sea por canal o por ferrocarril, por la vía de Tehuantepec o por la de Panamá».

Con el Tratado Clayton-Bulwer quedaron borradas las sombras que la guerra 1846-48 pudo inferir a la Alianza Monroe. Quien había perdido netamente era México. Y, por supuesto, Colombia y Nicaragua. Si se recuerdan las instrucciones de Henry Clay a los delegados al Congreso Anfictiónico de Panamá, de 1826, donde Estados Unidos señalaban su aspiración a participar en el canal panameño, respetando que era colombiano, se puede sentir cuanto han cambiado las cosas con la desaparición del Libertador y su línea programática.

Los planes de expansión norteamericana a Suramérica a los que apelaron dos años antes Páez, los venezolanos paecistas y Shields, no se mencionaron más. También se deja de hablar del separatismo británico en el estado Bolívar.

«Tú has sido muy loco y muy sinvergüenza»

Definitivamente, Páez ya no es el mismo de antes, de regreso a Venezuela, es derrotado y capturado. De nada —o de poco, en última instancia— le han servido en el campo de batalla los amapuches a los que se entregaba con norteamericanos. En el castillo de San Antonio de Cumaná, donde le ha enviado el gobierno, aguardan al caudillo problemas que no había podido prever.

Cuando era joven, Páez conoció a Dominga Ortiz, nacida en Canaguá, estado Barinas, de quince años de edad, futura dueña por herencia de hatos y ganados. Páez contaba 17, llegaba a la región huyendo de la justicia por haber dado muerte a un delincuente en defensa propia. Dos años más tarde, el 1 de julio de 1809, fray José

Simón los une en matrimonio. Trabajaron juntos incrementando las propiedades pecuarias hasta que en 1810 él se sumó a la revolución de independencia. En los años difíciles, Dominga atendía a los heridos en los campos de batalla. Pero en 1821 Páez, siendo héroe de la batalla de Carabobo y general en jefe, abandonó a Dominga Ortiz para seguir a una linda aragüeña de Choroní, llamada Barbarita Nieves. Ésta vino a ser la «primera dama» en propiedad cuando Páez fue presidente de la República, en tanto que su legítima esposa se retiró a su hato barinés con sus dos hijos, Manuel Antonio y María del Rosario.

Transcurrieron tres décadas de separación de la pareja, lo que no impidió que las haciendas de doña Dominga fueran secuestradas por el gobierno de Monagas como baja retaliación contra el ex-Presidente alzado. Pero al saberlo preso, la digna mujer movió cielo y tierra buscando su libertad. Difícil era el asunto, el gobierno exigía que Páez se dirigiera oficialmente al gobierno solicitando la liberación, reconociéndolo con tal acto como legítimo. Sólo así se le concedería. Páez se negaba a producir el dicho papel, prefería continuar entre rejas indefinidamente.

En este punto el chisme político reprodujo y comentó una escena que quizá sucedió y que, de ser verdad, fue la siguiente: habría la señora visitado al ministro de Relaciones Interiores de Monagas exigiendo que, ya que no se acordaba la liberación de Páez, al menos se le permitiera a ella ir a acompañarlo en la prisión. El ministro, hostil a Páez y harto de la conversación, la interpeló de esta manera: «Señora, ¿Usted no sabe que el general Páez estableció otro vínculo sentimental y no desea estar con usted?». «Sí, señor Ministro, yo lo sé, pero soy su esposa legítima y es mi obligación acompañarlo en esta hora menguada que está viviendo». El ministro quedó en silencio, fastidiado, sin saber qué más decir, pero de pronto sus ojos se iluminaron con una expresión que correspondía a quien ha producido una idea genial. Con rostro y gesto de las

manos de quien pide excusas, habitado de civilismo y elevación de miras, habló de esta manera:

—Perdone doña Dominga. Las presiones del trabajo me obnubilan. Rectifico. El gobierno del general Monagas respeta el vínculo familiar legítimo, mucho lo respeta, y ya mismo voy a dictar un documento autorizando que a usted se le permita ir a acompañar al general Páez.

Rápido se produjo el documento y munida de él se presentó la señora en la cárcel de Cumaná. El carcelero la condujo al calabozo del expresidente y le abrió la puerta para que ingresara a éste con sus maletas, que había traído con ella, y una modesta cama. Apenas instalada y tras cortos saludos, la señora se dio a decirle al viejo caudillo todas las recriminaciones que no había podido comunicarle en treinta años de separación. Una de las frases repetidas muchas veces fue «Tú has sido muy loco y muy sinvergüenza». Y desde luego que Páez había sido muy loco y muy sinvergüenza, pero no estaba dispuesto a «calarse» la cantaleta y sostenida y repetitiva reláfica, de modo que, imposibilitado de huir, decidió humillarse ante el gobierno monaguista. Golpeando la puerta, llamó al carcelero y le comunicó su decisión de firmar cualquier documento con tal de ser sacado pronto del calabozo. El 24 de mayo sale otra vez hacia los Estados Unidos.

Las cartas que lleguen de allá anunciarán que es popularísimo en Nueva York y Washington, y al año siguiente y por temor a que los estadounidenses apoyen a Páez y sus «malcontentos», Venezuela firma un tratado con EE.UU., pagando reclamaciones de ciudadanos de ese país. El león británico no se arredra por eso y empezando el año 1850 vendrá un bloqueo británico. No buscan territorio, sólo dinero, y se lo llevan del país paupérrimo.

Doña Dominga por su parte, había regresado a Caracas, donde murió dos años después de su esposo, dentro de la mayor pobreza, sin haber podido desembargar sus bienes y los de Páez.

Capítulo 12

Antonio Leocadio Guzmán a Estados Unidos

La «Autocracia liberal» realiza algunas reformas en favor de los terratenientes arruinados, la principal la modificación de la Ley del 10 de abril de 1834 y de su corolario, la Ley de Espera y Quita de 1841; también hace abolición de la esclavitud (durante el mandato de José Gregorio Monagas) con pago de indemnizaciones a los antiguos propietarios de esclavos. Pero, por sobre todo acapara tierras, particularmente en la región oriental del país, controla baldíos y antiguos resguardos indígenas, todo lo cual queda en manos de los dos reducidos grupos que rodean, en sus respectivos turnos, al presidente José Tadeo Monagas y al presidente José Gregorio Monagas y a su familia. Los esclavos siguieron esclavizados en la práctica, asunto que sería pintado en profundidad por Rómulo Gallegos en su novela *Pobre negro*.

En 1855 el gobierno de Monagas parece emitir un nuevo tentáculo de alianza hacia los Estados Unidos. Envía a Antonio Leocadio Guzmán en una misión que Francisco Aranda, el más importante hombre de «La Ladronea» y ahora canciller, explica al embajador norteamericano²⁷ enfatizándole como principal objetivo de la misión Guzmán gestionar la firma por el gobierno de los Estados Unidos con Venezuela de un tratado equivalente al firmado por la potencia norteamericana con la Nueva Granada sobre Panamá. El tratado a repetir es el Mallarino-Bildack por el que los Estados Unidos se comprometían «a garantizar la posesión de Nueva Granada sobre el istmo de Panamá». O sea que el que gestionará Guzmán comprometería a los Estados Unidos a garantizar la posesión venezolana del Orinoco. En las palabras sería eso, pero si vemos que el tratado Mallarino-Bildack lo que garantizó fue la propiedad norteamericana sobre Panama factibilizando la rentabilidad de la guerra de conquista de México al asegurar que, una vez lograda,

sería fácil viajar a los nuevos territorios por mar atravesando el angosto istmo y con ello colonizarlos plenamente, y si vemos que en 1903 sirvió para racionalizar legalmente la quitada de Panamá a Colombia, se entiende la dimensión descomunal de la proposición que lleva en cartera Antonio Leocadio Guzmán.

Quedaría removida la llave inglesa, los Estados Unidos podrían proceder a colonizar la Guayana venezolana e intentar la unión canalera y consecuencial asimilación del resto de América del sur, hecho cónsono con la exaltación del Destino Manifiesto que vivía la potencia norteamericana en esos días. De 1852 venía una exigencia de los Estados Unidos de libertad de navegación por los ríos suramericanos que coincidía, hasta donde existen coincidencias, con un diferendo de límites entre Brasil y Venezuela. Fiel a su tradición filobritánica, Brasil negaba la aspiración norteamericana.

Ya habíamos visto a Francisco Aranda motorizar desde «La Ladronera» la denuncia de los intentos probritánicos de 1849. También envía —y es perfectamente coherente con la misión de Guzmán— a Francisco Michelena y Rojas a explorar el canal intersuramericano. Michelena figura en la historia venezolana con el mote de «el viajero universal» pues por décadas, recorrió en viajes de estudio Europa y Rusia. Es hermano de Santos Michelena, el mártir del asalto al Congreso, lo cual pinta de escándalo que trabaje para Monagas, pero es que Monagas parece lanzado en este momento a un abrazo cabal con los Estados Unidos.

Michelena se propuso navegar desde el Orinoco hasta la desembocadura del río de la Plata, aparentemente sólo llegó a las bocas del Amazonas. El único fruto conocido del viaje es un libro de 600 páginas titulado *Exploración Oficial*²⁸ en el cual se hace detallada descripción topográfica, de flora y de fauna, de las diversas etapas de la ruta intersuramericana. Defiende el postulado norteamericano de la libertad de navegación de los ríos suramericanos y corrige y

niega algunas aserciones geográficas de Alejandro Humboldt, que viene de dictaminar en el diferendo brasileño-venezolano a favor de Brasil, ubicándose ciertamente en una línea contraria a la pro-norteamericana en la que tanto se distinguió.

La edición del tomo *Exploración Oficial*, se realizará en 1864, ya muerto su autor, bajo auspicios de Aranda, ahora ministro de un gobierno conservador, e ingresará al silencio de las bibliotecas hasta 1984, cuando se reedita por cuenta de la gobernación del Estado Amazonas, anexo al caño Casiquiare. Ejercía el gobierno venezolano Jaime Lusinchi. La misión de Antonio Leocadio Guzmán debió morir en las enseñadas del Tratado Clayton-Bulwer, pues no se habló más de ella.

Capítulo 13 Filibustero en Nicaragua

Los hombres duran. Y así como vimos reaparecer a Jean Laffite, también lo hace Gabriel Lafond de Lucry. Había sido el capitán del barco que condujo al general San Martín a Guayaquil, a la entrevista fatal con el Libertador Bolívar. En el siglo veinte su nombre será famoso entre los historiadores argentinos y venezolanos a causa de la «Carta de Lafond» en la que el libertador argentino denuncia el trato descortés que le habría inferido Bolívar, creando un peligro de guerra entre las dos nacientes repúblicas suramericanas, que él habría evitado con su retiro del escenario político continental. La carta de Lafond es bastante posterior a 1822, lo cual muestra que el capitán francés y San Martín se mantuvieron en relación en las décadas siguientes.

El historiador Paul J. Scheips, en artículo de la HAHR²⁹, sitúa a Lafond en asociación con el ex-rey de Francia, Felipe de Orleáns,

dentro de una compañía dedicada a la construcción del canal nicaragüense. Esto no significa asociación de San Martín en la actividad canalera, que por otra parte no hubiera tenido nada de reprochable, pero si recuerda que el trasfondo del choque de Bolívar y San Martín en Guayaquil también fue canalero y centroamericano, hablamos del concretado en el paso amenazante de la armada argentina ante Centroamérica en los días de la citada entrevista. También el rey Orleáns tenía antecedente latinoamericano, fue asomado una y otra vez como candidato a monarca, ya de Buenos Aires, ya de Colombia, en los tiempos de San Martín y Simón Bolívar.

Los hechos que narra Scheips suceden casi treinta años después del encuentro de Guayaquil, Orleáns era ex rey, pronto a morir, igual San Martín. El historiador sitúa a Lucry realizando exploraciones al lago Nicaragua.

«La primera fue hecha en 1849, cuando Lafond obtuvo del gobierno de Costa Rica en su condición de director de la Unión de puertos, una compañía de seguros, una cantidad de tierras grande en la costa del Pacífico, en la bahía de Golfo Dulce, teniendo por límite Punta Gorda y el río Chiriqui, hasta el punto de Salsipuedes».

Aquí se impone una precisión. Aunque oficialmente se había separado en 1838, como los otros países centroamericanos, de la Federación que gobernó Francisco Morazán, Costa Rica evitó involucrarse en los numerosos enfrentamientos internos que asolaron esta federación. Sólo en 1848 el presidente José María Castro rompió los vínculos que ligaban a Costa Rica con la Federación Centroamericana, declarando al país «república soberana e independiente». A la vez, por decreto 147 del 29 de septiembre de 1848, Costa Rica adoptó como bandera nacional la azul y blanca de la Argentina. 1848 es año tenso, es el del triunfo final de los Estados Unidos en la conquista de México, que significa masivo acentuamiento del poder yanqui continental, pero también es año

de acentuación de la reacción balcanizante británica en la región ístmica. ¿Esta bandera nueva es una cita de la acción naval ordenada por San Martín en 1822? ¿Cómo se vincula al cambio mundial que está sucediendo? La cosa es digna de atención, máxime que otros estados centroamericanos irán asumiendo la bandera azul y blanca en el resto del siglo XIX y el XX, hasta ser cuatro en el presente: Costa Rica, Nicaragua, El Salvador y Honduras.

«La concesión —continúa Scheips— fue luego extendida hasta Boca del Toro.../...El objeto de esta segunda concesión —aproximadamente 700.000 acres— fue permitir la construcción de un canal interoceánico».

Entonces Cornelius Vanderbilt devino interesado en la ruta. Vanderbilt es un tiburón de las finanzas, hasta entonces llamado «El rey de los ferrocarriles» de Estados Unidos, pues construía el que debía atravesar el territorio norteamericano de costa a costa, pero debió atender a la diferencia de poder y funcionalidad entre transporte terrestre y transporte marítimo, diferencia clásica. El transporte marítimo moldea la historia univesal, es masivo y poderosísimo, el terrestre es útil pero limitado. Colocar rieles a través de un continente sería tarea de años y California hervía con la furia del Oro, de modo que el 13 de marzo de 1850 se firmaba la concesión Vanderbilt para construir un canal y un tren por Nicaragua que habría de cambiarle el nombre al magnate, haciéndole conocer del mundo como «El Comodoro».

Pero, cuidado, la concesión Vanderbilt es nicaragüense y la ruta era de Costa Rica y de Nicaragua con parecidos derechos. Por otro lado es, evidentemente, secuela del triunfo norteamericano de 1848. Su motivo declarado es «contrarrestar la presión británica», que se ha acentuado. Se hacía, en consecuencia, difícil obtener la participación capitalista británica. Finalmente, Vanderbilt organizó en 1851 la Accessory Transit Company, adaptándose al Tratado Clayton Bulwer. Explicitando esta decisión conciliadora, la Acce-

sory Transit nombra a sus dos barcos de hierro el *John M. Clayton* y el *Sir Henry Bulwer*. El grupo Lafond aceptó integrarse en la nueva compañía.

Organizaron un servicio por tierra, atravesando el país del lago mayormente a lomo de burro. Fue muy apreciado a causa de la diferencia de distancias con la ruta panameña. Pero se vió conflictuado por la parada que tira en Nicaragua el filibustero William Walker.

El episodio es visto por la historia bajo dos imágenes dominantes: la criminal acción de Walker y sus tropas en suelo centroamericano, que significó más muertes que la guerra de México e incluyó la quema de la ciudad de Granada, y el vergonzoso intento de instauración de la esclavitud en Nicaragua. Esas son verdades, pero a la historia le toca revisar causas y consecuencias. De varias versiones consultadas colocaré como exordio de una breve narración de esta aventura, el siguiente texto, tomado del libro *Epitafio para un filibustero*, de Nicomedes Zuloaga Pocaterra³⁰. Aunque está redactado como monólogo interior, constituye un acercamiento poderoso al fondo de los hechos:

«Claro que ya los norteamericanos habían descubierto mi sueño de unificar toda Centroamérica y Cuba en una sola nación compuesta por lo que llamaba “el elemento americano” y por los nativos que estarían divididos entre libertos y esclavos. Mi idea era peligrosa pues vendría a fortalecer los planteamientos de los estados del Sur de los Estados Unidos, que estaban a favor de la esclavitud. El plan era abiertamente subversivo a los ojos del gobierno americano. Por otra parte, si lograba mis designios, tanto Inglaterra como Estados Unidos, podían olvidarse de su canal. Si el esófago de América estaba controlado por un gobierno estable que mantuviera control del comercio, el Norte y Europa quedarían, sin tubo digestivo, a mi merced».

Sí, el intento de William Walker constituyó un conato de endiosamiento de su protagonista y un prólogo a la guerra de Secesión de los Estados Unidos. O más exactamente, un intento de triunfo del sur esclavista y algodónero sin guerra entre norteamericanos. De haber triunfado hubiese creado una América distinta y una América Latina distinta. Puso en juego dos de los factores dominantes de toda la historia latinoamericana: la rivalidad británico-norteamericana y el poder de las oligarquías locales, ejecutoras, como frecuentemente es su rol, de las balcanizaciones. Hay más, de alguna misteriosa manera, la aventura de William Walter muestra componentes del futuro norteamericano, pulsiones secesionistas. Siendo la geopolítica eterna, también la virtual fragmentación de los Estados Unidos parece serlo, y ser también eterna la vinculación de ésta al canal de Nicaragua.

Nicaragua para evitar la fragmentación de los Estados Unidos

En 1854, las disputas entre Inglaterra y Estados Unidos por el istmo centroamericano se habían vuelto a encender, mostrando la debilidad del tratado Clayton Bulwer que, para el juicio de muchos norteamericanos, constituía una vergonzosa suspensión de la Doctrina Monroe. Los yanquis lanzan un ataque armado sobre Nicaragua el 9 de julio de 1854. La nave de guerra *Cyane*³¹ bombardea el puerto de San Juan del Norte, reduciéndolo a cenizas. Como complemento, el gobierno de Estados Unidos, dirige un reclamo a Nicaragua por valor de 24.000 dólares en concepto de los gastos en que había incurrido al bombardearla. En ese mismo año se había terminado la construcción de la vía férrea panameña que propendía a acaparar el comercio centroamericano que hasta entonces habían ejercido los británicos a través de Belice. Eso y lo del río San Juan parecían disminuir la influencia británica en la zona pero no era así, El Salvador y Guatemala se percibían ame-

nazados por los norteamericanos y se inclinaban a pedir apoyo a la corona británica. Es en este marco que William Walter invade Nicaragua con un grupo de seguidores norteamericanos.

El país estaba encendido en una guerra, Frutos Chamorro, presidente conservador, había reformado la constitución y eliminado la fuerza del partido liberal con la expulsión del país de sus principales dirigentes. Los liberales se levantan en armas bajo las órdenes del general Máximo Jerez. Walker está asociado con ellos, particularmente con Francisco Castellón, el liberal que hemos visto presentar el canal de Nicaragua al rey Orleans y actuar en la liberación a mano armada de Luis Napoleón Bonaparte, por cierto ahora emperador de Francia en plena potencia. Castellón había firmado una concesión de colonización a Walker en la que los trescientos norteamericanos de éste tendrían derecho, a perpetuidad, para portar armas en el territorio de Nicaragua. Y se les distribuían las tierras. Walker y sus asociados sitian la ciudad de Granada defendida por los conservadores o legitimistas. Viejo ahora, Castellón aparece como el presidente mampara de Walker.

Comienzan las acciones militares de los filibusteros. *The five or none* era el lema de la publicación *The Nicaraguan* que Walker hace publicar. Esto responde a su aspiración a apoderarse de toda Centroamérica, a unirla, con lo cual se contraponen a las oligarquías de cada minipaís y al poder británico. También, aunque todavía no lo confiesa, está contra el poder norteamericano norteno. Tras él actúa el Sur de los Estados Unidos, que tenía urgencia en la construcción del canal de Nicaragua. Expliquemos: en principio tanto al norte como al sur urgía la explotación de las provincias quitadas a México. Por el oro en primer lugar, después vendrían riquezas infinitas extraíbles de ahí, un continente entero estaba esperando. Pero interesaba mucho más al sur, debido a que compensaría sus desventajas respecto al Norte industrializado. Las distancias era el punto. La existente entre Nicaragua y centros o emporios

sudistas, por ejemplo Galvestown, era la mitad de la que la separaba de Nueva York o Filadelfia. En consecuencia el tiempo del viaje era menor para el sureño, el flete era menor y el producto sureño resultaría más barato que el norteño en los nuevos territorios, o se igualaban. Si el Norte sacaba ventajas del carácter industrial de su producción, el Sur, más lento por basarse en la mano de obra esclava, compensaba con el canal nicaragüense.

Por el contrario, el canal de Panamá al ser más lejano, resultaba igualante entre Norte y Sur. Aunque también era más cercano al Sur, la diferencia resultaba poca, un quince por ciento contra tal vez cuarenta por ciento que establecía Nicaragua. Dicho de otra manera, mantenía la ventaja del Norte. Era lógico que Walker fuera visto como un héroe en el Sur, que gozara la simpatía de hombres influyentes, y que Panamá interesara más a los norteños.

Vanderbilt está en Europa, paseando en su yate, seguro de que cuenta con el pequeño William Walter para que le limpie a Nicaragua de británicos, pero el 17 de diciembre de 1855 llegó a San Juan del Sur W. R. Garrison. Garrison es un socio de la Compañía de Tránsito, pero ha organizado con otro socio, de apellido Morgan, una jugada para hacer descender el valor de las acciones de la Compañía en las bolsas de Nueva York y en San Francisco, porque se propone despojar a Cornelius Vanderbilt de ella.

La manera era la siguiente: la compañía había dejado de cumplir con su contrato. Se había comprometido a construir un ferrocarril y no cumplió y también a pagar diez mil dólares anuales a la República de Nicaragua y un diez por ciento de las utilidades por el transporte de pasajeros. Jamás pagó los diez mil dólares, y respecto a las utilidades, declaraba no tenerlas con el negocio del transporte. Eso era fraude, Garrison y Morgan lo conocían desde adentro de la compañía. Si se pudiera juzgar a la Compañía por fraude y retirarle la concesión, Garrison y Morgan podrían quedarse con la

Compañía del Tránsito y con las ganancias que ésta dejaba. Pero un proceso legal contra la Compañía sólo podía hacerlo una autoridad legítima de Nicaragua, como país independiente. Walter, buscador de poder político, era el socio perfecto. Se hizo nombrar presidente de la república de Nicaragua por medio de unas elecciones festinadas y en uso de esa autoridad y ejerciendo una actitud «nacionalista» revocó el contrato de la Compañía de Tránsito.

Enterado en Europa de estos asuntos, Vanderbilt arribó presto a puerto norteamericano y dejó salir su furor contra el pequeño William Walker y los pequeños gerentes traidores. Inútil, Walker ya ha firmado, como presidente en funciones de Nicaragua, acuerdos con los señores Garrison y Morgan para seguir adelante con el transporte de pasajeros. Con puntilloso legalismo, el presidente filibustero había nombrado a don Cleto Mayorga y a dos norteamericanos, Kewen y Alden, comisionados por el Estado nicaragüense para dar a conocer a los agentes de la Compañía del Canal las decisiones tomadas y hacerlos comparecer de inmediato ante ellos. Como primera medida, los tres señores, procedieron a embargar todas las instalaciones de la Compañía y hacer que éstas siguieran prestando sus servicios bajo la supervisión³² de la comisión. Continuaba atravesando la tosca vía interoceánica la corriente de hombres con trozos oro, en dirección a los Estados Unidos, y otra, de sentido contrario, de quienes viajaban a California a buscar fortuna. Otros muchos hombres llegaban a Nicaragua para instalarse allí, registrados como interesados en colonizar la tierra que parecía tan pobre e insalubre en comparación con la norteamericana. Significativamente, abandonaban las del país «del destino manifiesto». Entonces viene otra medida terrible de Walker: promulga la esclavitud en Nicaragua. Declara:

«La política de este acto consiste en señalar a los estados del sur el único medio distinto de la revolución que hace posible preservar la organización social presente»³³.

Por «único medio distinto de la revolución» debe entenderse «único medio distinto de la guerra». Es la Guerra de Secesión la que intenta Walker evitar a través de la instauración de la esclavitud. Según Zuloaga,

«Soñaba con la prolongación de los valores sureños en toda la América Central. Con la decidida ayuda de esos estados de la Unión y con una evidente guerra civil que se desataría, se podría construir un poderosísimo Estado esclavista.../...De haber tenido éxito en el establecimiento de un Estado esclavista en la América Central, el final de la guerra civil norteamericana hubiera sido diferente. Esa curiosa institución pudo haber sobrevivido hasta nuestros días».

La ideología de Walker es la del Sur: el negro existe para equilibrar la capacidad del blanco. Las razas inferiores están para compensar a las superiores. La verdad económica detrás de estas filosofías era que la producción algodonera sudista recibía un golpe mortal con la abolición de la esclavitud. Los hacendados sureños percibían una conspiración de los estados del Norte para quedarse con las tierras del sur, que tendrían que venderseles a precio de gallina flaca. Los nortños las explotarían sin mano de obra esclava, pagando salarios de hambre en una explotación de índole liberal, como la que se llevaba a cabo en las fábricas que empezaban a proliferar en Inglaterra.

Walker quiere, con el poder que el control del paso de Nicaragua le otorgará, invadir Honduras y El Salvador, y también Cuba, donde tenía una conspiración propia. Pretende conquistar después a México y, si tiene éxito allí, añadiendo el resto de Centroamérica, hacer un enorme país esclavista, independiente o aliado con el sur de los Estados Unidos.

Asombroso, el gobierno de Walker es reconocido por John Wheeler, el representante del gobierno de Franklin Pierce. Esta posición no era unívoca, el despacho de Pierce era visitado cada día

por delegados de Vanderbilt que exigían la ruptura de relaciones con el filibustero. También delegados ingleses exigen en nombre del tratado Clayton-Bulwer, un respeto que, en caso de no hacer nada los norteamericanos, sería impuesto por los cañones británicos.

En un cierto momento, Walker ofrece su proyecto a Inglaterra, pero ya el Imperio no necesitaba mano de obra esclava. Tenía un ejército de hambrientos que hacían fila en la entrada de las fábricas. Los habitantes de Nicaragua empezaban a huir y esconderse ante la posibilidad de ser esclavizados. Entonces

Walker repite su decisión de hacer la unión centroamericana:

«Nuestros esfuerzos no pretenden sólo cimentar el orden en Nicaragua; nuestra labor se extiende a fundir en uno solo los cinco estados de Centroamérica. Por eso, el emblema Five or none será un timbre de gloria. Nuestra tarea tendrá fin cuando empujemos con nuestros aceros las fronteras de Nicaragua por el Norte y por el Sur»³⁴..

Error mortal fue esa proclama. Colocó en guardia a los vecinos centroamericanos. El presidente Mora se movilizó desde Costa Rica. Rafael Campos y Francisco Dueñas, en El Salvador también. Tropas de ese país atacan las filibusteras. Han venido en bongos, pero fueron escoltados por la goleta francesa Embuscade. Los franceses querían participar de la repartición que, pensaban, se produciría cuando Inglaterra y Estados Unidos intervinieran abiertamente. Pronto la acción contra Walker combinaba los ejércitos nicaragüenses, de Guatemala, El Salvador y Costa Rica, que recibía armamento gratuito de Inglaterra, interesada en convertirla en protectorado británico. Las actividades de los ingleses en la zona llegaron a su clímax cuando apareció en el horizonte, en septiembre de 1856, una poderosísima flota. Eran ocho barcos artillados, anclaron en la bahía de San Juan del Norte. Parecía increíble que

el presidente norteamericano Marcy hubiera permitido semejante violación de la Doctrina Monroe. Para Walker era muy grave, la Doctrina era el burladero tras el que se escudaba. Pero lo cierto es que el capitán Norvell Salmon entró a la fortaleza de Trujillo, donde Walter se había atrincherado, y dijo:

—Escuche Walker: cuando usted tomó este puerto causó daños irremediables que incluyen varias vidas y se apoderó de la aduana, que está dominada por Su Majestad británica. Le doy veinticuatro horas para abandonar este lugar.

Walker huyó a los Estados Unidos y el 17 de octubre de 1856 se firmó el Tratado Dallas-Clarendon en el que mister Marcy estuvo de acuerdo en que Inglaterra se quedara con Belice para siempre, una Belice aumentada, pues si antes alcanzaba a 6.000 kilómetros cuadrados, a partir de ese momento poseía a 22.270.

Pero no se había agotado el afán de Walker. Se moviliza en Estados Unidos haciendo propaganda, obtiene dinero y pronto está en Centroamérica nuevamente, decidido a volver a las andadas. En 1860 intentó una nueva maniobra invasora, desembarcando en Honduras, pero fue capturado y ejecutado. La versión oficial presenta la ejecución como un fusilamiento, la figura que corrió por Centroamérica fue la de un rubio y flaco cadáver que cuelga de una cuerda pendiente de la rama de un árbol, imagen más coherente con el que fue el conato de William Walker: constituirse en soberano de un imperio basado en el dominio del esófago de América. Pocos meses después, en 1861, estallaba la guerra de Secesión estadounidense.

Walker en cine

De la aventura de Walker y del abundante filo brujérico que ésta tuvo habla una película que salió en medio del boom del tema nicaragüense de los años 1980, titulada *Walter*. El director, Alex Cox,

habla a través de un cine poético, teatral, expresionista. Indirecto también ya que aborda la anécdota de William Walker para hablar de la Contra, dramatiza rituales de aquellos tiempos para aludir a los que tal vez estaban sucediendo en 1982, por mano de la secta *Skull and Bones*, a la que pertenecía Georges Bush padre, jefe de la CIA, y había pertenecido el padre de éste, Prescott Bush y pertenece Georges W. Bush, el segundo presidente norteamericano de ese apellido.

La primera alusión a un fondo esotérico en la película es previa a la etapa nicaragüense de Walker, se ubica en sus primeras correrías político-guerrilleras en Texas, entonces mexicana. Intentando secesionarla a favor de los Estados Unidos, derrotado, lo rodean los mexicanos pero le salva un viento enviado por Dios, que envuelve a su tropa en arena y le permite huir. Regresado a los Estados Unidos, le vemos estudiando la biblia mientras avanza hacia el campamento de Cornelius Vanderbilt, con quien tiene cita pactada. Vanderbilt está construyendo el tren de incorporación de los territorios quitados a México, contrata a Walker para que conquiste Nicaragua. Le señala en un mapa la factible ruta de un canal interoceánico. Walker acepta al tiempo que su novia muere, en lo que se sugiere una negativa de ella a vivir en el mundo pautado por Vanderbilt. ¿Cómo es ese mundo? La película no lo describe, Vanderbilt es pintado como vulgar y prepotente, nada se dice de su pertenencia a la orden de *Skull and Bones*.

Walker viaja a Nicaragua, camina en las batallas, el plomo masacra a su tropa, la sangre salpica todo, pero él camina, simplemente camina y dispara, sin que lo alcancen las balas. Ello es dado en el film como verdad natural, sin énfasis o comentario, ingresándose en el realismo mágico. Walker reacciona contra Vanderbilt. Sus amigos lo alertan sobre la locura que sería poner entre los enemigos del gobierno que han formado en Nicaragua al hombre más poderoso del mundo pero el caminador desprecia las advertencias,

está en contacto con cosas superiores. Ya lanzado Walker contra Vanderbilt, adviene una escena, de índole teatral, donde dialogan dos hombres enterrados por orden de Walker dejándoles fuera de la arena sólo las cabezas. Respiran y sufren el caminar y picar de hormigas y arañas gigantes en los rostros. Dialogan:

— Walker dice que el fin justifica los medios.

— ¿Cuáles son los fines de Walker?

— Los he olvidado.

Nunca se dirán los fines de Walker, se los aludirá en una magistral escena donde los nuevos socios de éste, Garrison y Morgan, van ante Vanderbilt a negociar «civilizadamente». El magnate regaña y humilla a los banqueros. Luce enorme. De pronto toma un gran florero negro entre las manos y lo alza. Todo sugiere que lo estrellará contra las calvas cabezas de sus víctimas, arrodilladas ante él, pero no, vierte agua sobre la propia, que está demasiado caliente por el disgusto. En la gran frente de Cornelius Vanderbilt ha quedado pegada una flor. El hombre poderoso la toma y latiguea con ella a los banqueros, ordenándoles retirarse, olvidarse de todas las porquerías que traían para discutir. Es una flor mojada, nada más, pero en manos de Vanderbilt es un látigo que hace huir a los hombres gateando de rodillas. Squier, secretario siguió del magnate le interpela

— ¿Qué haremos con Walker?

— El tendrá el destino de los fracasados de la historia.

Capítulo 14

A no juzgar a Monagas

El régimen monaguista ha sobrevivido dando alguno que otro tumbo. Pero en 1858, un grupo donde figuran Julián Castro y Fermín Toro por el Partido Conservador, y otros líderes por el Liberal, lo

derroca. El 18 de marzo de 1858 Castro entra a Caracas y asume el poder con el lema: *Unión de los Partidos y olvido de lo pasado*. Son expulsados del país Falcón, Zamora y Antonio Leocadio Guzmán. Monagas no, él se asila en la Embajada francesa, lo que da origen a una tensión internacional que tiene por centro el Protocolo Urrutia. El entrante canciller Urrutia ha protestado contra el asilo dado a Monagas, a quien acusa de delincuente, y el embajador francés le presenta una cara dura, muy dura. Y a él se une el embajador británico Bingham³⁵, que se viene caracterizando por un intenso y descarado apoyo a Monagas que habla de reconciliación no menos intensa, tras el abandono del intento Aranda-Guzmán-Michelena. Urrutia, evidentemente asustado, firma un documento por el cual Venezuela se compromete a no tocar y sobre todo a no juzgar a Monagas sino dejarlo salir perfecto e indemne hacia el exterior. Sólo pide que el ex-presidente salga de la Embajada francesa y regrese a su casa, donde será bien cuidado por el gobierno. Los conservadores habían impetrado una intervención norteamericana en Venezuela una década antes pero no podían aceptar el Protocolo Urrutia que era, proclamaron, humillante, legalizador de una intervención extranjera en los asuntos internos venezolanos. No mentían y, obligado Urrutia a renunciar humilladamente, se intentará suavizar la cosa con comunicaciones donde se asume la buena intención de los diplomáticos extranjeros que se han interesado en el caso de Monagas sin haber pretendido intervenir en los asuntos venezolanos. El Protocolo Urrutia, como tal, no existe, es la conclusión.

Una Convención Nacional sesiona. La dominan los conservadores, que la convocaron, y se ha reunido en Valencia, con objetivo de redactar una nueva Constitución. Como quiera que se demora la expatriación del Presidente Monagas, dos buques de guerra, uno inglés y otro francés, bloquean el Puerto de la Guaira, amenazando con mantenerlo así hasta tanto el gobierno de Julián Castro cumpla con el Protocolo Urrutia. El expresidente aguarda en su casa.

Y por pura casualidad está resurgiendo el secesionismo en Maracaibo. El caudillo Aniceto Serrano ha regresado del exilio que le impusieran los Monagas y está en la casa de gobierno del caliente puerto occidental. Su relación con el gobierno de Caracas es ambigua o, más exactamente, condicional. Participa, como todo el Zulia, o cuando menos los ricos del Zulia, de las alegrías que levanta la caída de los Monagas, pero es atacado por el periódico *La Estrella del Sur*, paecista. Unos treinta años más tarde, en un libro personal, editado bien lejos, en la República Dominicana, Serrano mostrará las cartas de solidaridad que Páez, y su alma civil, Ángel Quintero, le enviaban en secreto. Quizá es asunto de intriga entre el máximo caudillo conservador, que todavía estaba exiliado, y el presidente conservador, Julián Castro. En todo caso, lo importante es que ante el nombramiento por Castro de nuevo gobernador de la provincia de Maracaibo en la persona del general Roque Rebolledo, y comandante de armas de la misma en la del coronel Durandegui, los maracaiberos recorrieron las calles en manifestación y en una reunión comandada por los notables más ricos de la ciudad, pidieron a Serrano que no entregara el mando. Serrano participó a Julián Castro que él no lo desconocía, sino que el pueblo rechazaba las autoridades enviadas de Caracas. Los zulianos tenían derecho de darse un gobierno propio, clamaban; también Castro “defrauda las esperanzas de un gobierno netamente zuliano». Lo que flotaba en el aire era una nueva secesión porque un gobierno que no puede nombrar autoridades y no maneja aduana no gobierna. La frustrada por Monagas en 1848 tal vez podía hacerse en 1858.

La «bella locura»

Casualmente, el incendio secesionista está en los dos lados de la raya de frontera colombo venezolana. Y para mostrar cuán perfecto puede ser el trabajo de la casualidad, la República del Zulia postulada en el departamento de Santander, se declaró justamente el

18 de marzo de 1858, el día que Caracas era ocupada por la revolución de Julián Castro y el gobierno de Monagas caía. Pareciera que el debilitamiento inglés desata cosas en el Zulia. El movimiento colombiano es elegantemente conceptual, lo comanda un doctor y general Vicente Herrera³⁶. «Bogotá —explica— ha cometido el error de legislar ignorando las autonomías regionales, cuando que éstas existen de hecho». Egoísmo, imprudencia, ignorancia hay en los políticos de la capital según él, y atropello. El estado soberano de Santander se declara, en consecuencia, en rebeldía.

El doctor Manuel Murillo Toro es el presidente de la novísima república, pero el doctor y general Herrera era más, era la estatua de esa libertad. «Bella locura» se decía de su postular que la República del Zulia no necesitaba armas. Y no necesitaba guerras; le bastaba con dejar de pagar los impuestos para derrocar al gobierno improbadado. El doctor y general había elevado su pronunciamiento al gobierno de Bogotá, con todos los puntos del rito federal. Dijo su documento:

«El Jefe del Estado Soberano de Santander, propone al gobierno central la creación del Estado Soberano del Zulia, a ser integrado con las provincias neogranadinas de Santander y parte de Ocaña, y las provincias venezolanas de Maracaibo, Táchira y parte de la de Mérida, bajo el protectorado de Venezuela y Nueva Granada».

La capital señalada es Maracaibo. Razona sobre las virtudes de este territorio «de tres mil seiscientas leguas cuadradas, surcado por dos caudalosos ríos navegables, con puertos sobre el mar, con dos climas y todas las producciones y las más inagotables fuentes de riqueza (...) Creo pues —agrega el general Herrera— que el Congreso (granadino) debiera autorizar al Poder Ejecutivo para negociar con el Gobierno de Venezuela la creación del Estado del Zulia, sobre las bases de abolición en él de las Aduanas, de la libertad del Zulia y del Catatumbo, de ciudadanía otorgada a granadinos y venezolanos, y en fin de dependencia por lo relativo a cuestiones internacionales de la Nueva Granada y Venezuela».

Pero el presidente Mariano Ospina Rodríguez no creyó conveniente la formación de este nuevo Estado y contestó a Herrera: «El Poder Ejecutivo no encuentra motivo ninguno de conveniencia pública para proponer la desmembración del importante territorio de Cúcuta...», y la Cámara colombiana negó de plano el proyecto. Aún así, en Norte y Sur de Santander tenía vida. El día que quedó abierta la vía de Carare se vio que la idea del doctor Herrera no era mentira ni sueño. ¿Qué era la vía de Carare? Era la República del Zulia vuelta verdad, como que por ese río salían al lago de Maracaibo los barcos venidos desde la cercanía de Bogotá por el río Magdalena. Llegaban hasta Pamplona, cruzaban la garganta de La Grita, en la cercanía de San Cristóbal y del Táchira. Barcos avanzando entre las montañas. Los hermanos Díaz llegaron a Zapatoaca trayendo mercancías importadas de Maracaibo. Narraron las fiebres, las aventuras, los insectos. Portento de autarquía geográfica era aquello, milagro de cercanía con los mercados mundiales, el de los Unidos, situado enfrente de Maracaibo; también el de Inglaterra y los de Francia, de Alemania.

Algunas regiones venezolanas y colombianas se verían semiarruinadas al no poder sacar sus productos por Maracaibo. Deberían venir a la República del Zulia a pedir permiso de salida. La República les cobraría aduana, deviniendo también por eso riquísima: sería una de las regiones más ricas del mundo. Pisamos oro, decían los oradores.

Maracaibo, señalada en el proyecto de Herrera como capital de la nueva república, ya no era la aldea colonial que recibió a Simón Bolívar en 1821. Había devenido en importante ciudad-puerto del Caribe y del Atlántico. Su llegada a la vida independiente había coincidido con la ola expansiva del comercio mundial generada por la revolución industrial inglesa. De Manchester, Liverpool, Nantes, Boston, Nueva York, arribaban barcos llenos de pianos,

finas telas, objetos de hierro, y mezclados con ellos aparecían los aventureros, agentes comerciales y hombres de negocios. Rubios, se establecían en Maracaibo, se matrimoniaban con las hijas de los notables y se volvían notables. Impusieron los ternos calurosos y oscuros para los hombres y los abrigos de piel para las mujeres, que sudaban en la misa y en las fiestas, como los hombres, víctimas del calor maracaibero. Favorecieron las academias para aprender el inglés y el francés. La aldea de calles polvorientas, cruzadas por el cerdo, el perro y la gallina se había ido y en su lugar brotaban las casas de teja, la acera enlosada y la calle empedrada, libre de animales, encerrados en los corrales por orden municipal. Y hasta se pensaba en edificar un teatro y remodelar las plazas y el Mercado y, colmo de novedades, poner en la playa del lago casetas para tomar baños. Cueros, cacao, café, palo de mora, algodón y demás productos de las llanuras del lago y los valles del Táchira y de Cúcuta, eran exportados a Europa al tiempo que invadían Maracaibo las mejores y más finas manufacturas europeas. ¿Podía una ciudad así aceptar imposiciones? Cuando el general Rebolledo y sus acompañantes regresaron a Caracas con las cajas destempladas, Julián Castro bajó la cabeza y le ratificó su nombramiento a Serrano. ¿Derivó ello de considerarse a Serrano amigo de la causa conservadora o de que el momento no permitía el ejercicio de una autoridad nacional, o de complicidades con la secesión existentes dentro del gobierno?

En 1848 la permanencia de José Tadeo Monagas en el poder había sido favorecida por Inglaterra y tuvo en contra una secesión del Zulia apoyada explícitamente por los Estados Unidos y por Fermín Toro, diez años después el derrocamiento de Monagas, era resistido por un bloqueo británico-francés y se acompañaba con un nuevo separatismo marabino.

Capítulo 15

Separatismo inglés del Estado Bolívar

El 16 de agosto despiertan a Venezuela noticias de escándalo. Tal vez el alcance de los cañones de la flota había hecho retirarse a las tropas gubernamentales del puerto y de las montañas inmediatas, que lo separan del valle de Caracas y ello ha propiciado el estallido de una revolución que se conocerá como La Galipanada. Con el parque que ha capturado a la guarnición del puerto, avanza por la montaña una pequeña tropa comandada por el general Pedro Vicente Aguado. Llega a una cumbre. El paisaje es paradisíaco, en un rincón de la montaña está una aldea llamada Galipan, donde vive una colonia de matrimonios canarios dedicada al cultivo de flores que venden en la ciudad. La tropa acampa allí, preparándose para descender a Caracas y tomarla en nombre del Partido Liberal, que se ha separado del gobierno a raíz del desconocimiento del protocolo Urrutia. El movimiento era dirigido desde Aruba, isla de propiedad holandesa, por el general Juan Crisóstomo Falcón, a quien secundaba un comité integrado por Félix María Alfonso, Rafael Agostini y José María Blanco y Luis Level de Goda. Pero el más connotado de los jefes es Antonio Guzmán Blanco. El general Carlos Soubllette, jefe de operaciones de Caracas, había apostado fuerzas gubernamentales en Maiquetía y Catia y desde allí ascendieron a Galipán. Poco después los alzados aparecían amarrados de manos y el uno al otro en la Puerta de Caracas. Guillermo García Ponce en *Las armas en la Guerra Federal*⁶⁷ señala: «Los jefes federales arriesgaban en ese empeño que el gobierno, llamándolos traidores a la Patria, los acusara de tratos inconfesables con las potencias extranjeras». Y muy de traidores a la Patria parece la parada bajo la presencia de flotas extranjeras. Dios estaba increíblemente activo en esos días pues Soubllette, convertido en médico o en suministrador de médicos, salva la salud del embaja-

dor británico, Bingham, quien, a cambio de tan atildada cortesía, y sólo por ello, renuncia a la reclamación internacional. Turpin, embajador de los Estados Unidos, aplaude la acción de Soublette y critica la de los europeos.

Poco después notificaba Bingham su reemplazo por un señor Frederick Dovelón Orme que, casi enseguida, informa a Malmesbury, Ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña

«...de su proyecto de incorporar o anexionar la Guayana Venezolana a la Colonia Británica de Demerara, aprovechando el movimiento autonomista de Ciudad Bolívar tendiente a la separación de aquella provincia de la unidad venezolana»³⁸.

Ya no se trata de bloqueo, reaparece el «autonomismo». Lo describe la correspondencia diplomática británica que publica Pablo Ojer 124 años después, en el citado *Sumario histórico de la Guayana Esequiba*. La fecha de edición del *Sumario histórico*, 1982, es difícil de desvincular de otra crisis de la Guayana Esequiba, la que se preparaba en coordinación con la de las islas Malvinas, pero continuemos con la de 1858.

Dirigía el movimiento el cónsul británico en Ciudad Bolívar, Kenneth Mathison, veterano de las convulsiones separatistas de 1842 y 1848-1850. Informaba que nueve décimas partes de la población de Ciudad Bolívar votarían a favor de su transferencia a la Corona de Su Majestad Británica. Sabiendo que las personas involucradas en la conspiración eran pasibles de aplicación por Venezuela de la pena reservada a la alta traición a la Patria, Mathison escribía a Orme: «Le ruego que guarde este asunto en absoluto secreto para impedir que centenares de personas influyentes de aquí sean hallados comprometidos y probablemente perseguidos». «El plan está maduro —informaba Orme en otra comunicación a Londres— el ambiente está preparado». Y avanzando todavía más las aspiraciones

británicas, añadía: «Hasta el Apure se podría anexar a la Guayana Británica».

Orme también estableció contactos con los diplomáticos norteamericanos entonces en Caracas: Eames y Turpin, que aparentemente manifestaron al británico que su país no objetaría ese golpe de mano. Orme interpretó esta respuesta en el sentido de que hallándose los Estados Unidos avanzando sus fronteras sobre territorio mexicano, tenían las manos atadas para oponerse a una medida semejante de Gran Bretaña con el territorio guayanés y así lo informó al Colonial Office que, más avisado interpretó que quizá los norteamericanos querían tenderle una celada a Gran Bretaña para, una vez avanzado el proceso de anexión de Guayana, suscitar un escándalo internacional y así ganar influencia en Venezuela. Ojer traduce que los norteamericanos actuarían «con miras al monopolio de la navegación del Orinoco de que estaban disfrutando», pero enormemente más trascendental era la asimilación de un continente entero.

El Gobernador de Demerara, Wodehouse, manifestó su parecer de que al producirse la anexión se debía incorporar el territorio no como colonia aparte sino como integrante de la Guayana Británica, y para tratar este punto recomendaba que se hiciera llegar a Demerara los representantes del partido autonomista de Ciudad Bolívar. Pero puntualizaba que sólo la Guayana Venezolana, y no otras provincias, deberían ser incorporadas a la Colonia. Mathison, por su parte, comunicaba que le era imposible «cerrar los oídos» a las conversaciones conspiratorias de los personajes de Ciudad Bolívar que iban a tratar con él el negocio. Opinaba que los de Ciudad Bolívar no estarían dispuestos a ir a Demerara sino que preferían parlamentar con Orme en Caracas, vía mucho más secreta y menos expuesta a las suspicacias del Gobierno venezolano. En cuanto a la sugerencia de Wodehouse de que la Guayana venezolana fuese incorporada a la británica tampoco estaba de acuerdo Mathison, por-

que siendo muy diferentes las costumbres y leyes de la población venezolana a las de Demerara, requerían los de Ciudad Bolívar un largo período de vida dentro del Imperio Británico para aprender la lengua inglesa. Se entusiasmaba ante las posibilidades que podía abrir la «venalidad y patriotismo laxo de un Comandante o Gobernador escaso de fondos o poco escrupuloso». El Colonial Office no terminó de autorizar el asunto y algún funcionario escribió que intentarlo hubiera sido faltar al honor, concepto que parece equivaler en este caso a violación de los compromisos adquiridos, porque el tratado Clayton Bulwer estaba en vigencia y desde luego una acción británica en el Orinoco lo hubiera hecho saltar en pedazos.

Los europeos se han ido de la Guayra, cesan los planes sobre el Orinoco, lo que viene maravillosamente al encuentro de la muerte del intento de república del Zulia. El historiador Bessón, voz de los notables marabinos, opina pesimistamente sobre el proyecto:

«No hubieran pasado muchos años sin que hubiera surgido el descontento, y empezado los disturbios interiores. Y hubieran saltado a la lid los mismos argumentos de la anterior separación. Era una Gran Colombia en pequeño a lo que se aspiraba, y ya sabemos que la anterior no pudo sostenerla ni el genio del Libertador (...). En Maracaibo también fue rechazada la idea, pues aunque se halagaba a la región con la proposición de que la ciudad del Lago sería la Capital del nuevo Estado, el sentimiento netamente venezolanista que siempre ha distinguido al Zulia, se manifestó en toda su amplitud, y fracasó entre nosotros ruidosamente el proyecto del general Herrera»³⁹.

También había fracasado en el lado colombiano, con componentes románticos que recuperan las atmósferas garciamarquianas. Únicamente tenía un fusil aquella república. En Bucaramanga los vecinos se lo pasaban de casa en casa mostrando la balas para darse seguridad. Ay, cuando la tropa enviada por Bogotá asaltó a

Cúcuta, no bastó dejar de pagar los impuestos. Eran más de dos mil soldados. El doctor y general Herrera les salió al frente, con mil reclutas y la única arma, narra Gómez Valderrama. Cayó con un tiro en el pecho. En los cortos momentos de abrir los ojos, porque quedó vivo, repetía el credo liberal hasta que ahí mismo en la cama lo acabó Régulo García Herreros. Pero la revolución siguió, los hombres peleaban en los campos de café y de quina, en la montaña profunda, a tiros, ahora sí, con muchos tiros. Cada tropa trasladaba un parapeto, el de los liberales era la trinchera portátil, inventada por Cristo Velandia; el de los conservadores el altar que el arzobispo les prestaba y debían devolver a la iglesia en los días de guardar. ¡Cómo mordía las maderas santas el plomo! Un general Solón Wilches nombraban los oradores a propósito de todo esto, no se sabía si para bien o para mal.

Capítulo 16

Guerra Federal de Zamora y revolución social

Regresados al «disfrute sensual del poder» —es frase de Rómulo Betancourt para una situación de su tiempo— los conservadores deben sentir que otra vez pueden reírse de todos. Vanidad de vanidades, diría el beato. Con su momentáneo triunfo contra Monagas, los conservadores estaban terminando un período de doce años de paz social creado por José Antonio Páez, viejo muy sabido, al sacarse de la manga a José Tadeo.

Julían Castro había prometido liberar de las deudas que tuvieran con sus patronos a todos los sirvientes y campesinos que tomaran las armas contra Monagas, las pagaría la Tesorería nacional. Pero ahora hacía la señal que llaman «la higa». Corrían rumores. La convención de los godos iba a restablecer la esclavitud, y los hierros que se utilizaban para marcar los sacos de añil servirían

para marcar a los negros esclavos, tal vez a los blancos. Iban a ser vendidos a los ingleses, que utilizarían su carne para hacer jabón y sus huesos para fabricar mangos de cuchillos y de bastones. Gritaban entonces los negros: «¡Mueran los blancos!», otros piden «una nación para los negros!», otros «una nación para los indios!». Mientras tanto, la Convención de Valencia oía a los diputados liberales hacer votos porque al fin se instaurara un sistema federal de gobierno, el cual, junto con el sufragio universal era, según ellos, «...lo que se necesitaba para asegurar la estabilidad de Venezuela...» La nueva Constitución del 31 de diciembre de 1858 buscó conciliar los puntos de vista. Sancionaba el sufragio universal de varones, reafirmaba la abolición de la esclavitud y pautaba la elección de gobernadores de provincia y mayores poderes para los municipios. Definitivamente, los conservadores están dispuestos a ceder el santo pero nada de la limosna. Poco después los liberales jefes suben a barcos en puertos menores y al día siguiente están en Curazao, cerca de Zamora, que prepara una invasión social. Social, si, pero curiosamente, sus proclamas no hablan sino de federalismo. Cuando desembarca en Coro, Zamora lee una Proclama que dice ⁴⁰:

«¡Venezolanos: Federación!

La Federación encierra en el seno de su poder el remedio de todos los males de la patria. No; no es que los remedia; es que los hará imposibles. Con Federación atenderá cada Estado a todas sus necesidades y utilizará todos sus recursos, mientras que juntos constituirán por el vínculo del Gobierno general el gran bien, el bien fecundo y glorioso de la unidad nacional. El orden público dejará de ser un pretexto de tiranía, porque será la primera de las atribuciones de cada Gobierno particular. Tendrán los pueblos magistrados de su exclusiva elección. Volveremos la espalda, ya para siempre, a las tiranías, a las dictaduras, a todos los disfraces de la detestable autocracia.

Coro es ya un Estado. Mientras que se verifican las elecciones conforme a las mejores doctrinas, Coro tiene ya un Gobierno propio, y asumiendo el Estado su soberanía, constituye una de las grandes unidades políticas de la Federación venezolana. Otras provincias han lanzado ya el grito de libertad; todas se disputarán ese honor; cada una hará el mismo uso de la soberanía, y pronto, muy pronto, constituirán el Gobierno general. Entretanto, la conciencia de nuestros derechos, y nuestro valor harán simultáneo, decisivo y omnipotente el movimiento de los pueblos de Venezuela por la última y la más gloriosa de sus conquistas: el sistema Federal».

Ahora le toca hablar a la realidad.

Zamora es fortísimo militar, su guerra es dura, vengadora. «Ríspido», dirán de él los prosistas. Entre los remedios que se esperan de él figura cortar las haciendas en trozos y repartirlas a los peones. Quema los registros donde reposan los títulos con que los conservadores han querido eternizar las propiedades habidas con argucia y despojo. Se debilita con ese arder de escaparates y papeles viejos la estructura de la propiedad de la tierra, ejecutándose una bárbara y expeditiva reforma agraria que abarca buena parte de los llanos. Esta guerra muy cruenta hará escribir a Rufino Blanco Fombona: «Zamora hizo revolcar a nuestras abuelas con sus peones de todos los colores». En la práctica la guerra federal es, pues, social y por ello en la memoria venezolana federación y socialismo propenden a aparecer como lo mismo. Hace apenas once años fue publicado el Manifiesto Comunista de Karl Marx.

Famosa es la batalla de Santa Inés, famoso el uso zamorano de las trincheras, descrito por el general Jacinto Pérez Arcay en un sólido trabajo que historia el período completo. (citado en la nota 40). Los pasadizos excavados en la tierra permitieron al ejército revolucionario defender ventajosamente sus posiciones en el llano

y triunfar. Las trincheras serán un sistema defensivo empleado por Francia en la Primera Guerra Mundial.

Zamora recibe un tiro por la espalda, misterioso, motivo de curiosidad y análisis detectivesco de los historiadores. Acerca del hecho hemos recogido de fuente cercana el dato de que el disparador fue el general de Armas, a quien llamaban El Agachao. Le fue fácil distinguir a distancia al caudillo federal porque sobre el sombrero de cogollo se ponía un quepis. Esposa de Armas era Jacinta Parejo, que le tenía 8 hijos y que, algún tiempo después, tras quedar viuda, se casó con Joaquín Crespo. Tanto Crespo como Armas El Agachao, eran miembros del círculo más cercano a Antonio Guzmán Blanco. ¿Quién es Antonio Guzmán Blanco? Hasta ahora ha sido un señorito hijo de un réprobo volteriano y de aventuras y masón grado 33, llamado Antonio Leocadio Guzmán, y —es matrimonio muy lógico— una señorita «de acrisoladas virtudes», goda y muy cristiana. Como Guzmán tiene el pie chiquito y bonita la piel muchos dudaron de que iba a servir para las averías de una guerra como la que se planteaba pero ha dado señales de que hace funcionar las armas y tiene la inteligencia del padre matizada con un sentido práctico que lo aparta del carácter saltimbanqui de Antonio Leocadio. Los enemigos de éste dicen que «Antoñito» no es hijo de él sino de Simón Bolívar que lo engendró en su última visita a Caracas, cuando vino a tratar de apaisar a Páez, y para localizar la fecha de su engendro se enredan en precisiones de cronología, emporcando las virtudes de la señora madre de Guzmán. Se rumora que Antonio ha matado por la espalda a Zamora, con perfecto cálculo de las consecuencias.

Tras la muerte de Zamora viene la derrota federal de Coplé porque Juan Crisóstomo Falcón, jefe nacional de la causa y cuñado del héroe, no poseía el mismo genio militar ni la misma encarnación social. Comandante de los conservadores en Coplé fue León Febres Cordero, venido del Zulia, donde era uno de los máximos militares de la secesión de Serrano, que fenecía sin estruendo.

Capítulo 17

Creada Colombia, intentos de Gran Colombia

Los revolucionarios debieron huir y varios fueron a recalar en el campamento del general neogranadino Tomás Cipriano Mosquera que hacía otra guerra Federal en la actual Colombia. Desde su feudo de El Cauca, el viejo general había sido semiindependiente, en la línea del doctor y general Herrera y al mismo tiempo que éste. Atropellado también por las tropas del presidente Laureano Gómez, se declara en revolución y saca la bandera federal.

Las guerras federales colombiana y venezolana se movían en paralelo pero a diferencia de la venezolana, la federación neogranadina no es social. Llamativo, repitamos, que sucedía Guerra federal en varios países latinoamericanos a la vez, una simultaneidad casi imposible de atribuir a la casualidad. El general Mosquera venía de ser en un primer gobierno, el presidente que prohijó la firma del Tratado Mallarino Bildak, contradice, o parece contradecir ese pasado en esta su segunda época, porque, junto a la bandera federal, enarbola la de la Gran Colombia. Quiere rehacer el gran país de tres países de Simón Bolívar.

Van dos décadas y media de que se rompió aquella demasiado importante esperanza y Mosquera, llevando a hechos sus intenciones, ocupa con sus tropas, Bogotá. Era Julio de 1861, declaró nacidos los Estados Unidos de Colombia. Poco después confiere y reconoce la nacionalidad colombiana a todos los venezolanos y ecuatorianos. Recibe como a colombianos a los venezolanos que llegan huyendo de Coplé, pertenezcan al bando que pertenezcan. Hace más, dirige invitaciones a los federales que pelean en los campos venezolanos, pues también éstos han anotado entre sus postulados previos a lanzarse a la guerra, la rehechura de la Gran Colombia. Sí, desde septiembre de 1859 cuando se reunió en Barquisimeto una Asamblea que designó al general Juan Crisóstomo Falcón jefe de

la revolución federal venezolana, se le confirieron facultades para convocar la Confederación Colombiana. Pero ni Falcón ni ninguno de los principales caudillos revolucionarios parecen motivados por la correspondencia de Mosquera. Pensando que la gestión personal tendrá más fuerza que los papeles, pronto los asilados venezolanos abandonan Bogotá y cruzan la frontera, que se supone ya no existe, en vía a los llanos. Llevan a los federales venezolanos ayuda y las ofertas de inmediata integración grancolombiana.

Mientras tanto, saca la cabeza otra vez el separatismo guayanés. Servando García Ponce⁴¹ transcribe un documento, que toma a su vez de un libro de Federico Brito Figueroa, redactado y firmado por un grupo de oligarcas solicitando a Inglaterra que tome posesión del actual estado Bolívar venezolano. Tras declararse: «habitantes de Venezuela, angustiados por la guerra social que se ha desatado», lanzan su solicitud: «Ninguna de las naciones de Europa puede con más ventajas poseer a Venezuela como la Gran Bretaña, y creemos que le sea más ventajosa esta posesión que la que tiene en la India Oriental». Más adelante asientan: «hay en Venezuela, entre los hombres pensadores, la opinión de que conviene a ésta desprenderse del territorio de La Guayana y negociarlo con la Gran Bretaña». No explican los firmantes los beneficios que a Venezuela reportaría la dicha privación y se hace difícil imaginarlos si se toma en cuenta los que reportaría el negocio a Inglaterra, según los enumeran los firmantes en el párrafo siguiente:

«La Guayana venezolana que es un país más extenso que Francia. Vasto territorio que linda con la Guayana Inglesa, y que puede decirse desierto, está llamado a tener una gran importancia en América del Sur... Aquel suelo es también aurífero, diversas minas de este metal se han descubierto recientemente».

García Ponce señala que «los avances victoriosos de las tropas federales llenan de pavor a la oligarquía», y eso es evidentemente cierto, también transcribe los nombres de los redactores del documento

secesionista: Manuel Felipe de Tovar, Pedro Gual, Nicomedes Zu-
loaga, Juan José Mendoza, Francisco La Madriz, Federico Nuñez
de Aguilar y Aureliano Otáñez, y los apellidos de otros firmantes:
Machado, Romero, Morales, Mendoza, Sosa Altuna, Paúl, Key,
Las Casas, Mancera, Mijares, Palacios, Llamozas, De la Sota. Es
altamente factible que sean los mismos participantes en los inten-
tos de este mismo signo que, bajo comando del cónsul Mathison,
venían de movilizarse entre 1848 y 1850 y, otra vez, en 1858, vale
decir, apenas tres años antes.

También señala García Ponce que Páez entró en cólera al conocer
esta comunicación. Pero tal vez no era una cólera exactamente pa-
triótica sino pronorteamericana y antibritánica, pues, a excepción
de 1846, cuando impuso a Monagas, siempre tuvo mejor ley para
con los Estados Unidos. La oferta será ignorada por la corona de
Londres. Otra vez debe suponerse la acción del tratado Clayton
Bulwer.

Cerca del general Mosquera andaba Antonio Leocadio Guzmán
que, dando una vez más muestras de su condición de inquietísimo
político, ahora se ha enamorado de la Colombia grande. La había
conocido cuando frecuentó al Libertador en los días en que éste se
afanaba por crearla, mayor inclusive, como que agregaba también
al Perú y a Bolivia. Guzmán fue oscilante, se ganó la simpatía de
Bolívar con exhibiciones de inteligencia y de una cultura política
actualizada en las novedades europeas pero regresado a Venezuela,
descubrió defectos en el proyecto bolivariano, actuando en conse-
cuencia como apasionado colaborador de Páez en la destrucción
de la Gran Colombia. Después de ser ministro de Páez se convir-
tió en su peor enemigo, lo hemos visto con Monagas buscando
anexión a Estados Unidos y ahora, regresado al bolivarianismo,
actúa en la Bogotá mosqueriana desde el periódico *El Colombiano*
en el que es escribidor de los editoriales, desarrollados en largos
párrafos de erudición histórica, sociológica, política y geopolítica.

Es, además, y en otras horas, secretario de Mosquera o su director intelectual y en otras demagógico orador de plaza, y en otras, porque el día es abundante para aquel hombre al que queda poco tiempo de vida, intrigante en los cafés donde los bogotanos se reúnen, densamente abrigados, «a fumar y a mentir».

Antonio Leocadio Guzmán es flaco, inteligente. Muy a su pesar, convoca antipatías. En sus editoriales, que en mayor o menor grado son ideología oficial del gobierno de Mosquera, el venezolano enfila con regularidad contra la «Federación del Norte». Y no está jugando, la creación de una Federación del Sur —Colombia— es presentada como necesaria para defenderse de aquella. A simple vista la motivación de este antiimperialismo del Guzmán padre pareciera dimanar del antinorteamericanismo que alentó en la Gran Colombia de Simón Bolívar, tal vez lo habita otra, menor en importancia histórica pero desde luego poderosa, de estirpe personal: Páez, que incluso condenó a muerte a Antonio Leocadio, cuenta con la simpatía de los Estados Unidos. Es muy lógico que el amigo de su enemigo sea su enemigo. Pero, problema, existían dos confederaciones, Confederación del Norte y Confederación del Sur. ¿Con cuáles Estados Unidos antipatiza? Varios detalles sugieren que no habla contra los Estados Unidos en su conjunto sino contra el Norte. Para entender esas cosas conviene dar un vistazo al conmovido panorama centroamericano y continental.

Capítulo 18

Imperio francés en México

Al condominio británico norteamericano sobre los canales de Centro América le saldrá un competidor en la persona de Luis Napoleón III, emperador de Francia. Ya hemos visto a este sobrino de Napoleón Bonaparte en su juventud carbonaria, en su

rescate de la prisión, también integrado en la compañía que aspiró a construir el canal de Nicaragua y en su instalación en Londres, supuestamente para gestionar ese proyecto. En vez de eso, llega a París y toma el poder electoralmente, sorprendentemente. El suyo ha sido un movimiento de mucha gente, entre otras, izquierdistas, pero Napoleón «el pequeño», se deja capturar —si es que ya no lo estaba antes en secreto y vivía el izquierdismo hipócritamente, como preparación de su gran «diseño»— por el destino de potencia de Francia, destino napoleónico en la acepción bombástica y europea que tuvo la palabra con su tío. Esa Francia sería industrial y ello suponía acumulación de capitales inmensos en base a salarios mínimos y trabajo semiesclavo de los obreros. Asunto de gastar algunas generaciones del pueblo para armar una gran burguesía que sustente una gran potencia. El Bonaparte está dispuesto a todo. Cuando le llega el momento de concentrar el poder adquirido en 1846, da un golpe de Estado, refrendado por una masacre de obreros que ensangrienta a París. Ahí establece una deuda que se reactualizará en la Comuna. Karl Marx le dedica un libro de odio e inteligencia: *El 18 brumario de Napoleón el pequeño*⁴². Ahí inserta una frase lapidaria: «La historia se produce dos veces, una como tragedia y otra como comedia». La tragedia la protagonizó Napoleón el grande, la comedia es la de este Napoleón de segunda al que coloca el calificativo de «El pequeño», que lo acompañó para siempre. Estabilizado el imperio, Napoleón Tercero intenta fundar otro Imperio en México. Nadie lo sabrá en el próximo siglo y medio pero está retomando el conato de su tío «el Grande».

Según Pereyra, «desde que era un miserable aspirante había cultivado la ambición de fundar un Estado latino católico, que dividiría la América en dos partes, formando así una muralla contra la expansión sajona». La acción de Napoleón III viola la Doctrina Monroe, diferencia radical, frontal, con la estrategia del otro Napoleón, actitud que muestra la independencia de su cálculo y corrobora la

calificación que se le dio como «el pensamiento más profundo del imperio». Escribe Napoleón III a Forey⁴³:

«En el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de América —se refiere a la del norte— no puede ser indiferente para Europa, porque ella alimenta nuestra industria y da vida a nuestro comercio. Estamos interesados en que la República de los Estados Unidos prospere y sea poderosa, pero nos hallamos muy lejos de querer que se apodere de todo el Golfo de México, y se convierta en la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Dueña de Méjico, y por consiguiente de la América Central y del paso entre ambos mares, no habría ya en América otra potencia que los Estados Unidos.

Si, por el contrario, Méjico conquista su independencia y mantiene la integridad de su territorio, si se constituye un gobierno estable en el país, por medio de la acción de las armas francesas, habremos opuesto un dique infranqueable a la expansión de los Estados Unidos, habremos mantenido la independencia de nuestras colonias y de las colonias españolas de las Antillas, y habremos establecido nuestra influencia...»

Conviene detenerse en la expresión «y del paso entre ambos mares». México está atravesado por el canal de Tehuantepec. Difícil es suponer azar en la fundación por los españoles de la gran ciudad de Veracruz en la boca del río Coatzacoalcos. Pero hay más, recordemos el anterior conato francés, el de Chateaubriand, que incluía a Centroamérica dentro de México, lo que vale decir el canal nicaragüense. Y está el antecedente nicaraguense del propio emperador.

Tropas de Francia invaden a México en 1861, invitadas por mexicanos católicos, ultraconservadores, defensores de sus haciendas, esperanzados en la recuperación del México robado por los yan-

quis, místicos del detenimiento de la ola protestante que amenaza copar a la América española. El momento es oportuno porque en los Estados Unidos ha estallado la Guerra de Secesión.

Volvamos ahora a la Gran Colombia y al general Tomás Cipriano Mosquera. Hay algo que nadie conoce en Colombia ni en el mundo, con excepción de algunos viejos muy sabidos en genealogías: Mosquera es primo de Napoleón III. Primo político porque es primo carnal de la esposa de éste, Eugenia de Montijo. Cuando ya todo esto esté lejos, el general le dirá a quien tome dictado de su testamento:

«Yo, Cipriano Ignacio María de Mosquera y Figueroa Arboleda Salazar Prieto de Tobar Vergara y Silva Hurtado de Mendoza Urrutia de Guzmán, declaro que por la línea de mi padre desciendo del príncipe Doria de Moscovia y de los Duques de Feria y Alba, y por tanto de varios soberanos de Europa, y por la línea de mi madre, de los mismos. Soy descendiente de Guzmán el Bueno y primo de doña Eugenia de Montijo, esposa legítima del Emperador de Francia y Emperatriz y Reina de los franceses»⁴⁴.

Esto vincula al hombre que gobierna en Colombia de una manera especial. Justamente la prima Eugenia de Montijo es la que ha atendido a los conservadores mexicanos, les ha oído sus planteamientos, los ha presentado ante su imperial marido y apoyado intensamente.

Pero hay algo que también actúa en ese sentido y tal vez sea más fuerte, está contenido en la frase «Soy descendiente de Guzmán el Bueno». Guzmán el Bueno, personaje de la historia mitologizada de España por el gesto que se le atribuye de sacrificar a su hijo en una guerra contra los musulmanes, es el fundador de la casa Medina Sidonia, cuyo apellido intercalado es, por ello, Guzmán. Tomás Cipriano Mosquera tiene entonces vínculos con los do-

minadores de Colombia anteriores al viaje de Colón, los fenicios, con la historia de la mina de oro mayor del mundo, situada en la región colombiana centrada por Bogotá, cuya explotación ejercían los dichos fenicios, ya doblados en árabes y en españoles, en el año 1200 si no antes. Según las revelaciones, muy bien sustentadas, del libro *África versus América*, que hemos estudiado en el capítulo dedicado al viaje de Colón, tal riqueza es la que después se conoció como el Dorado. Este sistema histórico refiere la nominación de la actual Colombia como Nueva Granada, que se derivaría de que la Nueva habría subsistido, con el acto de ser descubierta y como parte que es de América, a la vieja Granada, la española, el Reino de Granada árabe. El traspaso de posesión de El Dorado parece constituir la ocultación más grande de la historia española, causa de fondo de la expulsión de los árabes, que se ha presentado centralmente como un movimiento hacia la unión de la península bajo el cristiano reino de Castilla. El paquete histórico Medina Sidonia se aboca a explicar la rara lista de nombres fenicios existentes en Colombia: Cartago, Antioquía, Palmira, Armenia y Susa. Tomás Cipriano Mosquera y su familia formada de arzobispos y presidentes de Colombia, estarían filiados entonces, por ejemplo, con los templarios, muy factibles dueños de El Dorado precolombino y dueños legales del puerto de Palos en los días en que de éste salió la expedición de Colón. Imposible no fantasear, ya en esta línea de ideas, sobre la coincidencia entre la aspiración de Mosquera de rehacer la Gran Colombia y la nominación como Meca de la zona de nacimiento del río Meta, cuyo cauce propende a hacer efectiva la unión de Venezuela y Colombia.

¿Y qué decir de Antonio Leocadio Guzmán? Nadie más lejano aparentemente a la idea de empalmes con noblezas y aristocracias que el viejo liberal atrabiliario pero es lo cierto que su hijo, Antonio Guzmán Blanco, desarrollará cuando sea presidente, grandes relaciones con Napoleón III y con su esposa a quien llamará prima

apoyándose en que, citada con todos sus nombres, era Eugenia María de Montijo de Guzmán y tal vez en en vínculo Guzmán el Bueno. Tal primazgo fue visto como parejería de Antonio Guzmán Blanco, que siempre amó lo ampuloso, y tal asumían sus enemigos, que le ponían por bisabuela a una mujer que en Caracas llamaban «la tiños», arrejuntada con un soldado sin paga de apellido Guzmán, pero es lo cierto que Eugenia le correspondió el amable adjetivo y que Napoleón III fue su amigo. Y tal vez podría leerse algo de complicidades napoleónicas en la participación de Guzmán en la Galipanada, protegida por los barcos de Napoleón III que bloqueaban La Guaira.

Si Guzmán Blanco hubiese dicho verdad, más primo de Eugenia hubiera sido Antonio Leocadio, un paso menos gastado en la pureza de sangre. ¿Qué significa esto? Significa que tanto Tomás Cipriano Mosquera como Antonio Leocadio Guzmán eran primos del poder que estaba instalándose en México con aspiraciones de controlar Centroamérica con irradiaciones en América del Sur (Brasil, Paraguay, Venezuela), a las que se empieza por llamar —es una acuñación programática de Napoleón III— América Latina, y decir «primos» es decir muy factibles aliados secretos.

En 1863 Napoleón Tercero controla México, lo que vale decir Tehuantepec, se interesa en Nicaragua, y además, significativo, la Colombia de Mosquera es ama del estrecho de Panamá, incluido el golfo de Montijo. Esto es algo, máxime que, en cuanto a canales, Napoleón III no es sólo planes, está construyendo el de Suez. En las arenas que su tío recorrió, los ingenieros saintsimonianos del «pequeño» están excavando la vía que cambiará varios signos en el comercio y el poder mundiales. Estas cosas pueden estar hablando de causas profundas del muy casual florecer simultáneo de revoluciones federales en varios países de América española, también comentar la aparición de esta segunda Gran Colombia en momentos de paralización de la potencia que anuló la primera. Sí,

la Revolución federal colombiana había comenzado el mismo año, 1861, que la Guerra de secesión norteamericana, o sea que parecía compartir el aprovechamiento del embarazo yanqui que caracterizaba a la entrada de Napoleón el pequeño en México, todo lo cual nos devuelve al escribir de Antonio Leocadio Guzmán sobre la Confederación de Colombia concebida como el valladar de la Confederación del Norte.

El tercer intento de rehacer la Gran Colombia, protagonizado por Cipriano Castro y sus amigos colombianos y centroamericanos coincidirá con una nueva crisis canalera, la de superación del Tratado Clayton-Bulwer (o la creará parcialmente). Otras crisis canaleras habrá, que examinaremos en su momento.

Napoleón Tercero asocia a la casa de Habsburgo al negocio mexicano. El príncipe Maximiliano va tras las tropas galas y se instala en un palacio mexicano a regar civilización, idioma francés y música de cornetas tocadas en los «mariages» de los soldados, de la que derivará la palabra «mariachi». También mueve negocios liberales aunque es conservador. Pronto enfrenta una guerra acaudillada por Benito Juárez.

Capítulo 19

Lo que no tragaba Falcón, lo que no tragó Páez

Distinta a la de su padre es la posición de Antonio Guzmán Blanco en la cuestión de la Gran Colombia. Aunque llegará a las anotadas intimidades con la casa de Napoleón Tercero, era adverso a la unión grancolombiana, al menos en los días de la guerra Federal, según la correspondencia que transcribe Ramón Díaz Sánchez en su magistral biografía de los guzmanes⁴⁵. El 1º de abril de 1862, en una carta a Antonio Leocadio, la califica como anexión, usando el mismo concepto que utilizan el paecismo y la oligarquía

caraqueña, a la que pertenece por origen materno. Escribe desde el mínimo poblado de Churuguara

«Tú, que te formaste en Colombia, que la viste viviente, que oíste a Bolívar, tú tienes un mundo delante que la generación a que yo pertenezco no conoció, y de aquí que a ti te parezca natural lo que a mí me causa disgusto. Tú has estado treinta años esperando volver a Colombia como la verdadera Patria, y yo los he empleado en amar a Venezuela como la Patria única...».

Más adelante añade su decisión de hacer una guerra contra Mosquera si continúa «con sus ideas imperialistas». Antonio Leocadio Guzmán ha cometido un error de franqueza, pues al pintar una unión de Venezuela y Nueva Granada, señaló que el mariscal Falcón, el jefe de Guzmán Blanco en ese momento, sería el número uno en el poder, o sólo tendría por delante al general Mosquera. «Precisamente esto era lo que no tragaba Falcón, lo que no tragó Páez ni tragará jamás ningún caudillo venezolano», acota Díaz Sánchez, nombrando una causal profunda de la separación de Venezuela y Colombia y a buen seguro de cada uno de los países latinoamericanos con sus vecinos. Claro que este encasquillamiento de patriotismos y orgullos no nace por azar, se gestó en el caso colombo-venezolano a partir de 1777, cuando el Borbón dijo «esto es Venezuela y esto es Nueva Granada» aunque, como hemos visto, ya el hijo del fundador de Bogotá encontró resistencia para ejercer su derecho heredado hasta la isla de Trinidad.

Las mecánicas que convirtieron estas resistencias aldeanas en la partición de Carlos III residen en principio en particularidades de la geografía que hicieron difícil la comunicación con los medios de entonces, debieron también alimentarse de deliberaciones políticas, acaso basadas en necesidades militares, acaso en la filosofía del dividir para vencer y esperan su dilucidación definitiva en los archivos hispanos y en los de las potencias rivales de España Cos-

tumbres, consuetudinarias pertenencias a países, poderes que han creado privilegios y lideratos, la masa de los siglos en síntesis, les han dado estabilidad. Los causahabientes de la idea expuesta por Guzmán, oligarcas caraqueños principalmente, continuarán repitiendo que Venezuela no pudo plantear su aspiración cuando se decretó la Gran Colombia en el Congreso de Cúcuta, y ello no es mentira. Uno de los liberales venezolanos que había devuelto Mosquera con auxilios para la revolución venezolana, Luis Level de Goda, confesará en sus memorias que él y sus amigos recibieron los fusiles y las balas y algún dinero pero no compartían las aspiraciones grancolombianas del general.

El 8 de mayo de 1862 se inaugura la Convención de Río Negro, magno evento de la revolución de Mosquera y del liberalismo colombiano. En una de las muchas y elegantes sillas, entre los enlevitados participantes con voz y voto, se sienta Antonio Leocadio Guzmán. Mientras estas discurren, en diciembre del mismo 62, ante el escaso éxito de su política entre los federalistas venezolanos, el presidente colombiano se dirige al general José Antonio Páez. Además de ofrecerse como mediador entre los bandos venezolanos, le propone la reconstitución de la Gran Colombia. Pero los oídos del caudillo llanero son los peores donde se puede verter la música integracionista. Es antineogranadino, en ese credo basó su acción disolvente de Colombia la grande y mal podría ahora apoyar lo que todo su partido repudia, todo lo que la oligarquía por él centrada, ve como pérdida del poder para que lo ejerza Bogotá. Páez da largas a la oferta. Finalmente, la participación del Ecuador en el proyecto de Estados Unidos de Colombia, también está golpeada. Allí Mosquera tiene un aliado, Flores, muy añejo general, expresidente de Ecuador y hombre a quien hemos visto mezclado en el asesinato del mariscal Antonio José de Sucre. Algo extraña resulta esta alianza, máxime si se repara en que Flores actúa en nombre del presidente García Moreno, que ha instaurado

en Ecuador un gobierno ultraconservador, clerical, jesuítico, la antítesis del masónico y anticlerical —está tomando medidas de ese signo— gobierno de Mosquera

Pronto hubo guerra entre los dos países que, se suponía, se iban a integrar. Concluyó con la batalla de Cuaspud, en la cual Flores fue derrotado por Mosquera. Los dos jefes se entrevistaron y reconciliaron como compañeros de armas desde la época de Bolívar que eran, pero ya no se mencionó la integración grancolombiana.

Mosquera había producido un documento mediante el cual «se invita a las provincias y territorios venezolanos de las fronteras del Arauca y del Táchira a constituirse en estados soberanos y a enviar sus representantes a la Convención». Es la de Río Negro.

Capítulo 20

Tratado de Coche

El 24 de abril de 1863, se firma al lado del pueblo de El Valle, en las afueras de Caracas, el Tratado de Coche, por el que los federales venezolanos reciben en poder de Páez. El momento es grandioso, el hombre que fuera aliado muy potente de Simón Bolívar, que al año treinta le pudo, decae. Y surge el nuevo hombre poderoso, Antonio Guzmán Blanco. Es vicepresidente. El presidente, mitad activo, mitad nominal, es el general Juan Crisóstomo Falcón, vistoso, campesino, más interesado en acoplar las vacas y los toros en sus lejanas haciendas que en ejercer la presidencia en Caracas. Vienen los previsibles arreglos. «Guzmán de Alfarache» había llamado Juan Vicente González a Antonio Leocadio Guzmán, pero tal vez el cognomento no le quede mal al hijo, que la adulancia comenzaba a llamar «El Ilustre americano». La repartición de las haciendas que movilizó a los peones a hacerse soldados de la Re-

volución Federal es mandada a la basura pero se formó, eso sí, una nueva oligarquía con la nueva y la vieja. Es comercial y financiera. Aparece el Banco de Maracaibo en su forma mutualista inicial.

Entretanto, en su deliberación final, la Convención de Río Negro aprueba la Constitución de los Estados Unidos de Colombia, constitución de soñadores. Se ha manejado como dogma intangible a la Federación. De ella vendrá todo lo bueno, el magno ejemplo son los Estados Unidos, la «Federación del Norte» que tanto detestaba Antonio Leocadio Guzmán. La grande y sorprendente prosperidad de ella se debe al orden federal que allí impera, ello es evidente e indiscutible para los convencionales, ciegos ante el hecho de que justamente de una cláusula constitucional que impide la utilización de las fuerzas nacionales para impedir secesiones se agarraron los estados que rompen el cuerpo del país norteamericano. Es tan perfectamente federal y liberal el documento constitucional producido en Río Negro que Víctor Hugo dirá, maravillado, que está pensado para que lo vivan ángeles.

Reincidiendo en el grancolombianismo, el artículo 90 de la nueva Constitución faculta al gobierno de Bogotá para iniciar negociaciones con los del Ecuador y Venezuela a fin de lograr: «La unión voluntaria de las tres secciones de la antigua Colombia en una nacionalidad común, bajo una forma republicana, democrática y federal». Y se pauta que el Congreso de plenipotenciarios convocado por la Convención examinará, entre otros planteamientos, una proposición de mudanza de la capital de Bogotá a Panamá. La idea, de estirpe bolivariana, tiene por objeto atraer a los países que formaron la gran Colombia, en base a la excavación del canal de Panamá, que haría la riqueza de todas. Mal cayó entre la mayoría de los diputados y fue rápidamente desechada.

Vayamos ahora a México. Tras años de pelea, la guerra juarista triunfa. Es un triunfo que «coincide» con el final de la Guerra de

Secesión norteamericana, con el cual también había «coincidido» muy poco antes, el abandono de México por las tropas francesas. Maximiliano Habsburgo no las sigue, antes bien da un giro ultraderechista a su imperio, dentro del cual restaura la esclavitud intentando con el canallesco acto, ganarse a los sudistas estadounidenses que venían de ser derrotados. Otros actos de Maximiliano Habsburgo tratan de acercar a la iglesia y sectores afines, resentidos contra él por sus políticas liberales. Nada de esto sirve, los juaristas controlan ya casi todo el país. En este punto se da un detalle de romanticismo histórico, Maximiliano pudo regresar a su palacio de Miramar a escuchar ópera en las noches y evocar en conversación de plus café su imperio mexicano, pero prefirió quedarse a morir de los tiros del pelotón de fusilamientos en el cerro Las Campanas. Dejaba troquelado con sangre su proyecto americano para las Alemanias del futuro.

El fondo canalero se asomará también sobre Benito Juárez con las presiones ejercidas por el embajador norteamericano para que firme el tratado Mac Lane-Ocampo, por el cual los Estados Unidos reciben una concesión a perpetuidad para la posible construcción de la vía de Tehuantepec. Pereyra⁴⁶ transcribe la carta dirigida a Juárez donde el embajador estadounidense le señala la conveniencia de firmar el dicho tratado para evitar el peligro de un suceso «que todo amigo sincero de México miraría con dolor». Juárez firmó el exigido tratado, el cual sería anulado, *motu proprio*, por los Estados Unidos, por causas que debieron repetir las que frenaron a Walker y a su intento de construcción del canal de Nicaragua, a saber la ventaja económica que crearía al sur norteamericano sobre el norte, propiciando la autarquía sudista y la consecuencial reapertura de la guerra de Secesión. Mayor sería la ventaja sudista con el canal de Tehuantepec y más fuertes sus consecuencias.

Capítulo 21

La república del Zulia otra vez

En 1869 es declarada la república del Zulia otra vez. Es la federación real, vivida más allá de las proclamas impresas en papeles con adornos de damas representativas de la Libertad y la Justicia que vierten la cornucopia de la Abundancia. Se vive la agonía del gobierno federal de Caracas y contra eso es fácil que el general y ex-presidente José Tadeo Monagas, viejo y muy viejo, encabece una revolución autonominada Azul, que pronto se hace nacional. La revolución Azul expulsa al mariscal Falcón, que no era hombre de amargarse por esas cosas. Colocaron en la presidencia al doctor Guillermo Tell Villegas, un caballero bien vestido que es, además, abogado. Acaso le confiera algo de señorío y respeto al poder. Eso no se alcanza, por el contrario, las provincias, alzaprimadas, desobedecen, casi todas, a Caracas y, lo peor, a la hacienda nacional, mediante la retención de los dineros recogidos en las aduanas. La receta del doctor Vicente Herrera funciona esta vez. Hay tanta crisis que hay amagos de desaparición de Venezuela, amenazada además de intervención extranjera si no paga sus deudas.

El nuevo viento guzmancista

Antonio Guzmán Blanco había regresado a Venezuela por esos días, tal vez pensando que río revuelto es ganancia de pescadores. Pero fue tan agresiva la acción de unos «lincheros» que se asomaron a las ventanas de su casa de Caracas mientras ofrecía una fiesta y luego entraron rompiendo vajillas y aterrando a los invitados, que prefirió asilarse en la embajada de los Estados Unidos y salir precipitadamente del país. El año siguiente regresa con una guerra que pronto lo lleva al poder. También trae ideas: progreso, ferrocarriles, educación, todo el programa positivista que, efectivamente, piensa aplicar. Omnímodo o casi es el poder de Guzmán, que despliega su personalidad de civilizador afrancesado.

En ese rol, busca estabilizar la economía venezolana y hacer fuerte al Estado Central, para lo cual centraliza las aduanas, asociándose con la Compañía de Créditos, institución organizada por un grupo de acaudalados comerciantes exportadores e importadores de Caracas. El negocio, como casi siempre, es aduana. A disposición de la Compañía de Créditos son colocados el 85% del total de los derechos de importación de aduana del puerto de La Guaira y todo lo recaudado en el resto de las aduanas del país. A esto se llama privatización aduanal. Se crean las aduanas terrestres, se impone el Impuesto general al transporte y el impuesto de tránsito sobre los productos nacionales y sobre las mercancías y víveres que salgan del país, en sustitución del impuesto de peaje, con lo cual se logra que el tránsito de personas, animales y mercancía se pueda realizar libremente por el territorio nacional. Guzmán trae una política de concesiones, a la cual le extrae también una utilidad internacional: Inglaterra apoyaba a los caudillos orientales en obvia preparación de una conquista de esas regiones de boca del Orinoco, Guzmán concede a los ingleses, en contratos para muchas décadas, la construcción y usufructo de ferrocarriles, cuyos rieles empalman los grandes valles agrícolas con puertos, lo cual implica, naturalmente, para la potencia poseedora del ferrocarril, cierto control y privilegio sobre la región cuya producción recoge y transporta. A cambio se eliminan las visitas de los caudillos al gobernador de Trinidad.

El resto del liberalismo amarillo lo forman la introducción del positivismo cultural y bien intencionado pero incurablemente eurocéntrico, la erección de una gran estatua ecuestre del Libertador en la Plaza Bolívar y la de varias del propio Guzmán, el decreto de Educación gratuita y obligatoria, la legislación sobre el divorcio y la remodelación de Caracas, parte construcción positivista, parte afrancesamiento estético y parte hueca escenografía. Aparecen el

Capitolio Federal y el templo de Santa Teresa. Resumen en cemento de las corrientes espirituales y de poder venezolanas resulta este edificio, concebido y construido originalmente como templo masónico —por lo cual tendrá el altar en el centro— y cambiado a iglesia católica por Guzmán. Él había sostenido pleitos con la iglesia e hizo con esto un gesto conciliador al tiempo que un halago a su esposa, buena católica.

El Teatro de la Operá de París tendrá copia pálida en Caracas. Orgullosamente, Guzmán lo bautiza Teatro «Guzmán Blanco» y es el actual Municipal. En el resto de los primeros tiempos de Guzmán presidente hay cierta comisión por un préstamo inglés que él consideró legítima y confesó con orgullo pero otros le enrostrarán llamándolo «vagabundo». Él responde a las críticas con el desprecio. Desarrollará sus amistades con Napoleón III, llamará prima a Eugenia de Montijo. Napoleón III significa negocios enormes y desvergonzados, progresismo histérico, desarrollo de la magnífica red ferrocarrilera de que aún hoy disfruta Francia. Su construcción bajo la dirección del ingeniero Enfantín, un genio, es un típico acto saintimoniano. Del Imperio copia Guzmán su despotismo ilustrado, que no es liberalismo inglés sino industrialismo fuertemente impulsado por el Estado. Y casa a una hija con un hijo del duque de Morny, el Maquiavelo y Pedro Estrada del primo Napoleón.

Capítulo 22

Apoderarse de la Parima y del Orinoco

De pronto se establece una tensión entre Venezuela e Inglaterra. Al principio parece cosa menor, un incidente o varios incidentes de pocos soldados, en selvas y espesuras del límite de la Guayana

Británica y Venezuela. En los siglos han sucedido decenas de ellos, quizá cientos, y en los hechos hace años que los colonos británicos están instalados en esas zonas trabajando oro. Ahora penetran los soldados británicos algunos kilómetros más. Luego se conoce que, a través de un «mapa de Schomburgk» nuevo y ampliado, la Gran Bretaña reclama no ya 167.830 kilómetros cuadrados de la región Esequiba que originalmente el geógrafo alemán británico le asignó, sino 203. 310, o sea se añaden las minas de El Callao y Upata, también la mina Nueva Providencia, con lo cual se posesiona de todo el oro venezolano. Además controla los ríos Yuruary, Cuyuní y Caroní, vía esta última que, debido al gran desnivel de su curso y la presencia de numerosos saltos y raudales, constituye el recurso hídrico posibilitador de electrificación como la que en esos días ha iluminado la ciudad de París a partir de turbinas a las que hace girar la corriente del Sena.

Hay reclamo de cancillería,

«Inglaterra, señala Frankel⁴⁷, rechazó las reclamaciones territoriales de Venezuela sobre Guayana. La aparición de dos barcos de guerra (británicos) en la desembocadura del Orinoco y la construcción de una línea de telégrafo en la zona en disputa (diciembre de 1880), impulsaron al ministro de Venezuela en Washington, Simón Camacho, a pedir otra vez la intercesión norteamericana».

La llave inglesa está actuando otra vez. Y viene en grande. Su presencia y sus conatos de avanzar dentro de las ruedas dentadas, producirán maltratos, incluso en algunas cuyo diámetro es mundial y tienen su eje de giro en el palacio real de Londres, en la Casa Blanca y en la Wilhelmstrasse. Tal sistema mundial está moliéndose en sí mismo en Europa y el caso venezolano es mínimo en principio, atinente a rueditas muy pequeñas, como son igualmente de tamaño micro las de otros sistemas marginales, por ejemplo

los de Panamá y Nicaragua, pero su disturbamiento contribuirá a crear un inmenso estropicio de ruedas que involucrará también a los Estados Unidos y se llamará Guerra Mundial. Las oportunidades que ofrecen Suramérica y Centroamérica son objeto de codicia. El rol de los canales panameño, nicaragüense y malvino será poderosísimo y ocultado. Respecto al río Orinoco, advendrán tratativas diplomáticas, notas de amenaza cruzando de uno a otro lado del océano, episodios de abundante prensa, como el bloqueo a Venezuela de 1902 y el ataque del barco alemán *Panther* en el lago de Maracaibo. Definitivamente, las tranquilidades del Tratado Clayton-Bulwer están llegando a su fin.

Escribe el Secretario de Estado Evarts al canciller británico: «En vista del profundo interés que toma el gobierno de los Estados Unidos en todo lo que pueda tener alguna relación con las alegadas intrusiones de potencias extranjeras sobre el territorio de cualquiera de las repúblicas de este continente, este gobierno no puede mirar con indiferencia la adquisición por la fuerza de cualquiera de tales territorios por Inglaterra; si la misión de los barcos en el Orinoco parece estar orientada a ese fin, los Estados Unidos esperan con natural interés más noticias de Venezuela»⁴⁸.

Al recibir «más noticias» de la agresión británica, Washington decidió intervenir, pero cautamente. El Secretario de Estado Frelinghuysen en julio de 1882, propuso que Inglaterra sometiera la cuestión de Guayana al arbitraje. Apunta Frankel que

«Venezuela solicitó un tratado de alianza con los Estados Unidos en 1884 contra toda agresión extranjera. Las condiciones de Guzmán Blanco eran tentadoras para los yanquis. Venezuela se obligaba a no comprometerse en guerra sin el consentimiento de los Estados Unidos. A cambio del tratado, los Estados Unidos obtendrían el derecho a navegar por todos los ríos y lagos del sistema del Orinoco».

Grande era la cesión de soberanía pero Frelinghuysen rechazó el ofrecimiento de Guzmán, quien despliega entonces ofertas económicas. Antonio María Soteldo, Ministro de Venezuela en Washington, escribe:

«La inversión de capitales de los Estados Unidos daría a éstos un vasto campo de empresa enriqueciendo nuestro país y desde luego les impondría el deber imprescindible de velar por nuestra seguridad, prosperidad y la paz pública y nos estrecharía tanto o más que una alianza en el papel; porque de hecho estaríamos poderosa e irresistiblemente aliados en intereses materiales y aun morales. De seguro que los ingleses no tendrían más que pensar ni aun soñar con apoderarse de la Parima y de la llave del Orinoco»⁴⁹.

Guzmán no se queda en palabras. Reparte a ciudadanos norteamericanos, concesiones en la zona limítrofe con Guayana Británica; igual abarcan hierro que maderas finas a granel. La concesión Manoa consta en total de 12 millones de hectáreas, lo que significa todo el Territorio Federal Delta Amacuro -que se crea para favorecer el negocio- y parte del Estado Bolívar e incluso parte del territorio esequibo en disputa. El Ilustre americano se beneficiaba a sí mismo con un 25% de las acciones de la compañía. Cyrenius Fitzgerald, el ingeniero que recibe la inmensa concesión, había trabajado ya antes en la mina de oro de El Callao, que ostenta la categoría de una de las más ricas del mundo y a veces fue la número uno. En El Callao también cobró la mano de Guzmán participaciones que le acarrearón el adjetivo de «aurisediento». Parece razonar que quien salva cosas grandes tiene derecho a regalos grandes. También otorga la concesión Hamilton por el lago de asfalto de Guanoco, el mayor del mundo, de la que se hablará después. Todos los inversionistas agraciados son norteamericanos, Guzmán está sembrando nuevas manzanas de la discordia entre los dos países anglosajones.

Las tensiones se incrementan. En junio de 1884, Guzmán Blanco visitó Washington y recabó de Frelinghuysen la siguiente declaración sobre el Orinoco y Guayana:

«El gobierno de Estados Unidos no deja de preocuparse por esto como por todo lo que pudiese afectar el interés de una república hermana del continente americano y su posición en la familia de naciones».

Los británicos también se mueven. Narra Frankel que en julio de 1885,

«...el general Venancio Pulgar acaudilló una rebelión contra Creso proclamando el fin de la tiranía de Guzmán Blanco.../...Apoyados por las autoridades británicas de Trinidad, los rebeldes lanzaron varias expediciones invasoras desde la isleña posesión británica. Evidentemente los ingleses ayudaron a Venancio Pulgar a reclutar hombres y ayudaron también a los rebeldes a procurarse armas y barcos. A pesar de la protesta venezolana, las autoridades de Trinidad permitieron a los rebeldes volver a la isla británica al fracasar su invasión»⁵⁰.

Era 1885. Inglaterra pidió a Venezuela prohibir las actividades de la Compañía Manoa. Después de una amonestación a Thomas Reilly y Cyrenius Fitzgerald, las autoridades británicas fijaron postes de señales en la región disputada, advirtiendo a los transgresores que serían perseguidos en toda la extensión de la ley británica. Pero al año siguiente George Turnbull, de Nueva York, aumentó de modo importante la inversión norteamericana en la región en uso de una concesión del gobierno venezolano. La concesión de Turnbull comprendía los derechos de explotar el delta del Orinoco y lugares de valiosas minas de hierro y asfalto. La *London Gazette* tronó, el 26 de octubre de 1886, que ninguna concesión o privilegio hechos por Venezuela en territorio considerado como británico sería reconocido por el gobierno de Su Majestad.

En un momento dado, Gran Bretaña procuró alinear a los Estados Unidos contra Venezuela. El ministro británico en Caracas Sir Spencer St. John, cultivó a Charles Scout, embajador de Estados Unidos, para una acción conjunta contra el gobierno venezolano por cobro de deudas pero el Secretario de Estado Bayard desautorizó el asunto.

Adviene nueva invasión británica, con fijación de postes y elevación de la bandera inglesa. Los venezolanos enfrentan a los rubios invasores, los hacen retroceder en algunas partes y el gobierno de Guzmán Blanco rompe —con gesto dramático y rotundo— relaciones diplomáticas el 8 de febrero de 1887. Después, el «Ilustre» impone como Presidente de la República a Hermogenes López, hechura suya que será un «cuidón» y el 8 de agosto de 1887 viaja a Europa. Se dice que, «hastiado de gobernar, decidió abandonar la política», en realidad está más activo que nunca, va munido de credenciales de embajador en varias capitales europeas y ante Washington.

En el Congreso de Caracas los oradores piden acción contra Inglaterra pero también se denuncia a Antonio Guzmán. Se dice que va a vivir la vida frívola de París, que lo asquean los espadones y doctores de Venezuela, las alpargatas y los zancudos, que anhela el vaudeville y el brandy, el queso camembert y la mujer francesa «que hace cosas rechazadas por el pudor de las matronas venezolanas». ¿Se dispone a servirle a Venezuela o a traicionarla en las cortes y cancellerías que visita? La prensa repite acusaciones que están haciendo los ingleses, que justifican su actividad como una reacción defensiva contra las concesiones dadas por Guzmán a norteamericanos en la región discutida. La Manoa les es intolerable, significó violación de los acuerdos de mantener intocadas ciertas zonas, dicen. Se repite que Guzmán trajo la crisis con los contratos, ha colocado un cuchillo en la garganta de Venezuela. Lo colocó aposta, dicen. Páginas más adelante se verá que el plan de Guzmán Blanco era que Vene-

zuela enviara tres o cuatro mil hombres para expulsar a los ingleses de Guayana a fin de producir en respuesta el desembarco de tropas inglesas y obligar a los Estados Unidos tomar la zona orinoquense.

En el mismo 1887 se puso al rojo vivo el Occidente del país por una invasión al Táchira desde Colombia, en el cual participa Cipriano Castro. Otra vez pareciera que alguien tiembla a Venezuela desde sus dos extremos.

Capítulo 23

Trabajos de anexión a Estados Unidos de América del sur «hasta el remoto Plata»

Soteldo escribe al Secretario de Estado Bayard que las acciones británicas constituyen una usurpación de suelo americano y pide que sean despachadas unidades de la flota naval de los Estados Unidos a la zona disputada. Pero en opinión de Bayard, los británicos no estaban maquinando adquisiciones territoriales. Se negó a invocar la Doctrina Monroe. Aún así, el 24 de enero de 1887, Scout pedía el permiso de Venezuela para que dos barcos norteamericanos estudiasen la costa de Venezuela «a fin de levantar cartas hidrográficas», advirtiendo que en el curso de sus exploraciones los norteamericanos «podrían hallarse en la necesidad de desembarcar en suelo venezolano»⁵¹. Hizo algo más agresivo el Secretario de Estado: repitió la oferta de los Estados Unidos a Inglaterra de actuar como árbitro en la disputa. Lord Salisbury agradeció la proposición de Bayard pero la desechó señalando que puesto que Venezuela había cortado las relaciones con la Gran Bretaña, la comunicación entre ambas naciones estaba cerrada.

A través de los próximos meses, Venezuela intenta hacer mudar a Washington de su posición de vigilante espera. Numerosas

organizaciones de cabildeo, incluso la «American Annexation League» y la «Monroe Doctrine League» abogaron por la ocupación militar norteamericana de Guayana.⁵²

Explicaba *El Radical* de Caracas:

«...si Inglaterra se pone impertinente, los estados americanos (los Estados Unidos, obviamente) tendrán que decir si la boca más importante de las tres importantes del subcontinente suramericano debe quedar en manos de Inglaterra»⁵³.

¿Cuáles son esas tres bocas muy importantes? El Orinoco es una, evidentemente, la de Panamá y el Río de la Plata las otras, como se puede deducir de otro párrafo del artículo: «Liniers impidió la toma del Plata y los Estados Unidos impidieron, por el tratado Clayton-Bulwer la de Panamá». En el mismo sentido habla Guzmán desde París cuando responde las terribles acusaciones en su folleto *Límites de Venezuela*⁵⁴. Haciendo ironía contra sus acusadores señala que él, el traidor, reclama hasta el Esequibo, y ellos, los patriotas, renuncian al Esequibo y admiten una línea de demarcación inmediata al Orinoco. Pontifica: «Inglaterra usurpa todo el territorio que media entre el Esequibo y el Orinoco para hacerse condueña de esa clave fluvial de todo el continente, hasta el remoto Plata».

Esta frase es muy notable. Guzmán está aludiendo al canal inter-suramericano, como también fue nombrado en las alusiones a Liniers del texto periodístico. Pero por alguna razón ni los antiguzmancistas ni Guzmán lo nombran. Sólo el libro de Michelena había hablado de tal vía de comunicación. A Inglaterra no están engañando, al Departamento de Estado tampoco, obviamente hablan para la gente común venezolana, para los diputados, cónsules y embajadores que sean ignorantes de lo que significa una «clave fluvial hasta el remoto Plata». Ahora bien, en principio no había motivo para ocultarle a esa gente un canal de unidad suramericana,

la lógica sugiere que lo que se necesita ocultar es otra cosa. ¿Cuál? Lo podemos inferir de la comunicación que Guzmán envía a Silva, Cónsul en Nueva York, el 19 de agosto de 1887 sugiriendo que Venezuela envíe tres o cuatro mil hombres para expulsar a los ingleses de Guayana⁵⁵. Este acto produciría la guerra y llevaría a un bloqueo inglés de los puertos de Venezuela y al desembarco de tropas inglesas. «Esto obligará a los Estados Unidos a venir a la defensa de Venezuela y resolver así un fastidioso problema». Guzmán Blanco confiesa al cónsul que este plan fue el suyo hace cuatro años⁵⁶, pero que «en su condición de Presidente de la República no creyó conveniente proponerlo». Pero ahora, como diplomático, puede hacerlo. Esta confesión está dando la razón a los diputados que interpretaron como actos de provocación las hostiles posiciones de Guzmán ante Inglaterra, incluso a la ruptura de relaciones, y muestra que la aspiración de Guzmán es, tras remover a los ingleses del Orinoco, entregar ese río a los Estados Unidos y desarrollar finalmente el plan de anexión a éstos de América del sur «hasta el remoto Plata». Eso es lo ocultado.

Las etapas del plan de anexión atraviesan la historia venezolana y todos los capítulos de este libro a partir del que narra la implantación británica en Trinidad y la Guayana. Guzmán debe estar trabajando para eso en las cancillerías que visita, a juzgar por su expresión de que, si bien «en su condición de Presidente de la República no creyó conveniente proponerlo», ahora, como diplomático, puede hacerlo. El momento es propicio, un poderosísimo movimiento de expansión de los Estados Unidos se está iniciando.

Tres años después, un nuevo presidente, Andueza Palacio, escribirá una carta, la cual se halla en la Memoria de Relaciones Exteriores de 1891, que Enrique Bernardo Núñez califica de «uno de los más terribles documentos que contra un antecesor suyo haya escrito jefe alguno del Estado venezolano»⁵⁷. Tras muchas recriminaciones que

tienen por centro el problema de los límites de Guayana, el presidente frena el discurso afirmando que «sólo el patriotismo ha de sellar los labios para no comprometer los altos intereses de la Patria». Tal vez frenaban a Andueza hondas inhibiciones patrióticas, pero lo que las apariencias sugieren es que, con los poderes británico y norteamericano actuando en Venezuela, militarmente (en virtualidad) y conspirativamente a fondo, ninguno de los dos bandos podía ir más allá de las medias palabras.

Los enemigos de Guzmán están activados. El 15 de febrero de 1889, tiene Guzmán un altercado con el gobierno por él representado (presidente, Rojas Paúl) por haber éste dado orden a los cónsules venezolanos en Holanda de solicitar a las autoridades locales capturar un barco con armas que figura a nombre del general Joaquín Crespo y está surto en el puerto de Amberes. En Londres recibió Guzmán Blanco un papel de fecha 28 de octubre de 1889, por el cual se le destituía del puesto de representante diplomático plenipotenciario venezolano en Europa. Continuando su campaña, *El Radical* publica artículos atribuyéndole «el horrible propósito de venta de territorios», pero a la vez, guzmancistamente, señala que debería apelarse a los norteamericanos si la pérvida Albión insiste en su protervia. Era llamamiento oportuno, incluso oportunista, pues el secretario de Estado Blaine ha convocado un Congreso Panamericano, que sesiona en Washington, afirmando la dirección norteamericana sobre los asuntos hemisféricos. Por su parte, Hamilton, el concesionario del lago de asfalto, se había asociado con varios inversionistas estadounidenses registrando en Nueva York su concesión con el nombre de New York and Bermúdez Company, en operación donde recibe un dólar y el 80% de las acciones de la nueva empresa. Esta New York and Bermúdez Company organizará una revolución en Venezuela en los días de Cipriano Castro.

Capítulo 24

Laudo de límites con Colombia

Guzmán Blanco colocó de presidente a Hermógenes López, luego a Rojas Paúl, con el encargo de cuidarle y devolverle la presidencia, pero Rojas Paúl reaccionó contra Guzmán apenas éste hubo puesto océano de por medio con Venezuela. Destituyó de los cargos a los guzmancistas, llamó al gobierno a los enemigos. Cumplidos sus dos años, Rojas puso de presidente a su amigo Raimundo Andueza Palacios, con el encargo de que gobernara dos años y luego le devolviera «el coroto». De Raimundo Andueza se decía que era «una hechura de Guzmán que ha salido rebelde contra su hacedor». Andueza es orador de largos períodos y largos gestos, gran bailador y tan democrático como presidente que a un enemigo que publicó una caricatura donde él aparece vestido con falda, sólo le responde con un verso:

*Fulano de tal me pinta
de mujer con fustanzón,
su hermana, que estuvo en cinta,
afirma que soy varón.*

Ahora Andueza se ha embalado en una reforma constitucional cuyo propósito verdadero, más allá de músicas, intuye la gente que sería servirle el plato del regreso al presidente Rojas Paúl. O quizá a Guzmán Blanco, pues, a fin de cuentas, Rojas Paúl había sido puesto por Guzmán a través de Hermógenes. A Guzmán no debe ser porque Andueza carga todos los días a Guzmán con acusaciones de traición a Venezuela.

En este asunto piensan los que están en la buena con Andueza y entran con paso firme y zapatos franceses a las oficinas de la Casa Amarilla, también los opositores, que los saludan desde las aceras de la plaza Bolívar con gesto diligente y la envidia en

el alma. La conclusión que con los meses y luego de muchos desgloses analíticos se va imponiendo es que Andueza no trabaja sino para Andueza. El problema de los límites de Venezuela con Colombia —que se asoma con el acercamiento de la emisión del Laudo arbitral encargado al rey de España— no les interesa mucho pues aplican en tiempo futuro el fatalista dicho de que lo que es del cura va para la iglesia. Las concentra otro aspecto de la reforma constitucional: significará reparto nuevo del poder y el dinero.

Pero el Laudo está ahí. Nació una década antes, cuando Antonio Leocadio Guzmán y Justo Arosemena, pactaron en Bogotá que quedaran rehechas las relaciones colombo-venezolanas y los presidentes Carlos Holguín y Antonio Guzmán Blanco firmaron un protocolo en cuyo título 4 las partes convienen en nombrar árbitro arbitrador de las diferencias entre los dos países a su majestad don Alfonso XII, rey de España. Complicado sería el caso, pues Alfonso nunca estaba en palacio, gastaba su tiempo en la taberna de Luis Candela, gozando con las majas y cayéndose a tortazos con el dicho propietario. El análisis legal y geográfico era dejado a ministros y especialistas. En 1889 se muere el rey de una sífilis disfrazada convenientemente de tuberculosis pero aparentemente no hay problema porque los plenipotenciarios Antonio Guzmán Blanco y Carlos Holguín firmaron un Protocolo adicional confirmando a la Reina Regente, María Cristina de Habsburgo-Lorraine, como árbitro. Pero sí lo hay, porque la reina María Cristina, aunque era llamada Doña Perfecta, había correspondido las infidelidades de su esposo incurriendo en imperfecciones con el embajador colombiano Uribe y se encontraba, cuando el rey murió, en «estado interesante» de un niño que la historia conoció como Alfonso XIII.

Uribe había demostrando que los mejores trabajos de la diplomacia se pueden ejecutar en insólitos terrenos. Guzmán Blanco, por

el contrario, habían mostrado por lo menos imprevisión, máxime cuando que el amante y padre de su hijo, le había regalado a María Cristina un famoso collar de esmeraldas directamente venidas de la selva colombiana.

¿El laudo dictado en 1891 era el mismo preparado en vida de Alfonso XII? ¿Se lo cambió? Lo cierto es que otorga a los buques de Colombia el tan deseado derecho de libre navegación por el río Orinoco y le quita a Venezuela el exclusivo dominio del caño Casiquiare y el Río negro y también 300.000 km², con pueblitos, que enumera, en la región anexa al Orinoco hacia su occidente. Hay más, Colombia queda con casi toda la península de la Goajira, y recibe derecho de paso por el lago de Maracaibo. Las libertades de navegación por el río Orinoco y al lago maracaibero, recuérdese, constituyen dos obsesiones neogranadinas desde los tiempos de la colonia, inclusive antes de que Carlos Tercero Borbón separara a Venezuela del virreinato de Santa Fe de Bogotá y adscribiera la región del lago a Venezuela. Con esta decisión, particularmente por el permiso a Colombia para circular por el Orinoco, queda recreada, podría decirse, la Gran Colombia. Y se hace concreta, corpórea, una verdad simple pero poco o nada dicha: Venezuela está estructurada funcionalmente sobre el río Orinoco, tanto en su oriente como en su occidente.

Si grandes acusaciones se vertían sobre Guzmán Blanco por sus tratos con Inglaterra, las que nacen del Laudo español sobre los límites con Colombia son más encendidas. Se recuerda que siendo presidente firmó el tratado por el cual se solicitaba el dicho arbitraje y la ratificación de éste que hizo. En la católica visión de la época, se le ve como el centurión que dejó dos lanzas clavadas a Venezuela, una en cada costado. En sus folletos *Límites de los EE.UU. de Venezuela* y *Límites guayaneses entre los EE. UU. de Venezuela y la Gran Bretaña*⁵⁸ el «Ilustre Americano» se defiende señalando que en el tratado donde se solicitó el arbitraje se autorizaba al rey de España

a decidir sobre las márgenes occidentales del Orinoco, el Casiquiare y el Río Negro, pero el Laudo se metió en los ríos interiores de Venezuela, su navegación, ultrapasando las atribuciones. Este Laudo es una injusticia y Venezuela deberá reclamar su nulidad en el futuro en base a estos argumentos, señala con su tono magisterial y distante.

Aunque en Venezuela poco se reparara en la emisión del Laudo, en Colombia sí interesa. El presidente Miguel Antonio Caro, intelectual de nivel, erudito literario, ultracatólico y fácil para disponer medidas duras, propone a Venezuela conciliaciones e intercambios territoriales. Son factibles ajustes amigables, dice, considerando que lo que quedó pendiente en 1830-1833 al disolverse la Gran Colombia, se resolvió en el Laudo de 1891. Caro los propone a Andueza Afirmo en un texto memorioso:

«Se hacían a Venezuela concesiones en La Goajira, de manera que le quedara la mitad, y una extensión territorial entre el antiguo apostadero del Meta, el Vichada y el Orinoco, a fin de que esa república pudiera conservar fundaciones y establecimientos en los cuales tenía interés. En cambio Colombia obtenía la navegación por los ríos Zulia, Catatumbo y Orinoco y ventajas de carácter comercial»⁵⁹.

¿Qué responderá Andueza? Aceptar tales proposiciones —independientemente de que pudieran ser acertadas o no— hubiera significado una sentencia de muerte para cualquier gobierno venezolano. Venezuela considerará este Laudo un desastre nacional, durante siglos los gobiernos lo denunciarán por írrito y sus cláusulas envenenarán las relaciones entre los dos países.

Una caja de Pandora ha sido abierta, si se examina la cronología futura se descubre que después de 1891 se incrementan los movimientos separatistas en la zona de Maracaibo y también las tensiones británico norteamericanas en el Orinoco.

Capítulo 25

El diputado Cipriano Castro tiene un secreto

Uno de los pocos que se ocupa con seriedad del Laudo arbitral es un diputado anduecista llamado Cipriano Castro. Es un hombre pequeño, cursi, de habla marcadamente andina. Toman poco en serio a Cipriano Castro los señorones de Caracas, le dan conversación o más bien le escuchan en la plaza Bolívar, cuando se acerca a decir sus frases grandilocuentes sobre la Patria, pero ni piensan en invitarlo a las tenidas del Club Venezuela como él quisiera, ni a sus casas, mucho menos. En este punto atienden a la norma social que pauta a los caballeros distinguir entre los amigos a los que se atiende en el recibo de la casa, con la esposa presente y se le presentan las hijas, y aquellos conocidos, no amigos, a los que se despide al llegar a la puerta de la casa, estrechándoles la mano y diciéndoles «mucho gusto», pero hasta ahí. De esos es el diputado Cipriano Castro. Qué fastidio cuando se da a hablar de sus glorias en el estado Táchira, de la carga de machete que hizo en Tononó y otras hazañas acerca de las cuales nadie le está preguntando.

Pero Castro posee un secreto. Y ese secreto tiene que ver con las cargas de machete que dio en Tononó y sus otras glorias andinas. Tras su frente abombada, crecida por la calvicie, se mueve un pasado de política y aventuras relacionado con el fondo del Laudo de Límites con Colombia. El centro de sus andanzas ha sido siempre la autonomía de la región andina, una autonomía que, según ha escuchado decir desde niño, la haría vivir mucho mejor, pues habría más riqueza, mucha más riqueza para todos los habitantes de allá. Las ideas de autonomía de Castro nacieron en el seminario de Pamplona, a donde su padre lo mandó a estudiar en 1871. O más bien en Cúcuta, porque se volaba del seminario, desatendiendo las clases para ir a escuchar a los oradores liberales. Qué elocuentes, que enjundiosos, que patriotas aquellos hombres que citaban

a Comte y a Vargas Vila y a John Stuart Mill, cuan superiores a los toscos y vengativos políticos capacheros que hasta entonces eran la única fuente de cultura política del joven.

Elegantes en el manejo de las palabras, ilustres en el gesto, de sus bocas salía liberalismo puro. También ellos hablaban de autonomía, de que cada región debía ser independiente. Se hacían alusiones doctas a las revoluciones europeas de 1846 a 1848, revelación de que se debieron a la oculta mano británica. Hubo otra en los mismos años, en Egipto, gestada buscando el canal de Suez, también británica, pero Napoleón III se adelantó e hizo la vía. La mano francesa estaba asestada sobre Panamá. Es lógico que en Cúcuta escuchara Castro por primera vez hablar de canal de Panamá. Los estadounidenses garantizan la soberanía de Colombia sobre Panamá. «Menos mal», decían los oradores con ironía aunque en conversación de bodegón eran admiradores de los yanquis y se entusiasmaban con la posibilidad de que sacaran a España de Cuba o Puerto Rico, o a Francia de Panamá.

En aquella Cúcuta se vivía el recuerdo sentimental de la república del Zulía del doctor y general Vicente Herrera. Se repetía su nombre y su «Bella locura». También llegaba el eco de la valentía de Venancio Pulgar, de las guerrillas «lagartijas» y «langostas» que corrían en los años 1870 y 1871 por las montañas del Táchira, matando soldados, a veces penetrando a los tranquilos poblados, incluida la capital San Cristóbal.

Castro metía a su celda conventual libros del poeta José María Vargas Vila que contenían denuncias del imperialismo norteamericano tanto como delicuescentes, sensuales y sentimentales cantos al amor que desafía las hipócritas leyes sociales y a la hipócrita religión. Ecos vargasvilianos se sentirán en sus discursos de orador. Otro tema repetido por los oradores de Cúcuta, junto a la maldad de los conservadores y la oligarquía, y la de los curas, era la bajeza

y traición del presidente Núñez, que fue elegido por los liberales y se cambió desde el poder. Aquel Partido Liberal era, desde luego, heredero de Santander, el Francisco de Paula Santander que invitó a los Estados Unidos al Congreso de Panamá contra las órdenes de Bolívar y fue el máximo enemigo de éste pero ello quizá no molesta al joven Cipriano Castro. Las maldades de conservadores y curas eran asunto cercano a la provinciana audiencia cucuteña y arrancaban aplausos

En 1874 Cipriano Castro regresa al Táchira, se emplea en la casa comercial alemana Van Dissel Thies que los sancristobalenses llamaban La botica alemana por ser la puerta donde se conseguía de todo. Van Dissel Thies era mucho más, era banco financiero del café, con función en Maracaibo, en San Cristóbal y Cúcuta, al igual que las otras casas alemanas, la Breuer & Möller, la Anderson, la Steinvort y la Blohm. La Blohm era la principal, con oficinas en Ciudad Bolívar, Caracas, La Guaira y Puerto Cabello. Aquellos «musiues» compraban la cosecha de café adelantada y hacían política en cuanto le posibilitaban acrecer la hacienda a un plantador, salvaban de la quiebra a otro, arruinaban al de más allá. Tenían a los cosecheros amarrados con mecate corto a través del crédito. Sabían quién es buena paga, quién es maula, los que son hermanos por detrás de la puerta y el que puede influir. A la vez multiplicaban dinero y, más importante, ganaban amigos probados y medidos. En las tardes, a las cinco para aprovechar la fresca y viajar toda la noche, salían las cargas en vía a Maracaibo con los hombres a lomo de mula, dejando a las mujeres solas por tres días, cosa facilitadora para la visita de, por ejemplo, Cipriano Castro. De Maracaibo se embarcarían los bultos hacia Alemania, donde ciertas oficinas los ponían en toda Europa, vía Alto Rin.

Van Dissel Thies debió ser una escuela para el joven andino, hay otra, más explícitamente política: las tensiones entre Venezuela y Colombia. En 1874 los periódicos de Cúcuta llegan con noticias

diferentes o aparentemente diferentes, por ejemplo que en París se creó la Sociedad Civil Internacional del Canal Interoceánico panameño, que el gobierno francés subsidia con diez millones de francos. Toda la clase media francesa está suscribiendo acciones de la Compagnie, segura de multiplicar el dinero y asegurar la vejez próspera. El proyecto plantea una vía sin exclusas. El trabajo no será miel sobre ojuelas, los siguientes periódicos notician de un movimiento cristero que protesta contra el corte que pretende hacerse a la tierra en el istmo. «Lo que Dios unió no lo separará el hombre» claman curas citando a Mateo, XIX, 5-6, igual a como lo citaron los eruditos de Salamanca en tiempos de Carlos Quinto. Esgrimen el fusil y del cinto sobrepuesto a la sotana, les cuelgan machete y revólver.

El 17 de diciembre de 1883 los liberales de Santander se alzan contra Solón Wilches, autor de fraude electoral antiliberal. Otra vez hay represión ordenada desde Bogotá. El alzamiento se extiende por gran parte del territorio colombiano, los liberales logran dominar el río Magdalena y el Departamento de Santander todo el año. También dominan Panamá, donde se producirá un episodio que constituye anuncio porque se repetirá, tanto por el lado conservador como por el liberal, cuando Colombia pierda el istmo. Los liberales han tomado Panamá, y el presidente Núñez solicita, a través de su embajador en Washington, Ricardo Becerra, tropas gringas para que saquen de ahí a esos enemigos. Cita para eso la obligación que pauta el tratado Mallarino-Bildack a los Estados Unidos de garantizar la paz en el istmo. Una escuadra al mando del contralmirante Jovett, desembarca, sus hombres expulsan a los liberales y duran hasta abril de 1885 en Panamá. El presidente que ha traído estos duros padrinos extranjeros ha escrito, en ejercicio de sus puntas de literato, la letra del Himno Nacional colombiano.

Del Santander en revolución liberal sale una columna a invadir a Venezuela. La manda el doctor y general Carlos Rangel Garbiras, un conservador a quien Mariano Picón Salas pinta como elegante aristócrata merideño cuya manera de bailar el vals recordaban las señoritas del 64. Esta acción también es de signo autonomista, aunque Rangel y Castro son conservadores, no liberales como los santandereanos. Es que Cipriano Castro y Rangel Garbiras vivían en Cúcuta.

Castro ha tenido tiempo para enamorarse de la «entenada» de una casa principal de Cúcuta, Zoila, que se asomaba a la puerta más de las veces que lo hacía indispensable el barrer el abundante polvo venido de las calles. En la acera se paraba Cipriano, tal vez también más de lo que hacía falta, y el resultado fue que la entenada será doña Zoila de Castro, primera dama de Venezuela.

Un año justo dura la revolución liberal santandereana. En enero de 1886 los conservadores toman Cúcuta en la batalla de Humareda y Núñez avanza más, declara anulada la constitución de 1863. Es la puntilla al monumento legal que coronó la revolución federal colombiana y arrancó palabras de elogio al poeta Víctor Hugo.

Castro está, entre tanto, triunfante y en el poder ya que la fuerza en que militaba a las órdenes del doctor y general Rangel Garbiras venció. Guzmán Blanco, presidente en el momento, hubiera podido enviar un ejército a combatir el autonomismo de Rangel y Castro pero optó por lo contrario, envió a un delegado nacional, Julio Sarriá, a ofrecer a Rangel Garbiras la gobernación tachirense y a Cipriano Castro la comandancia de las tropas. Con distancia de meses, alzamiento y solución han coincidido con la tensión entre Venezuela e Inglaterra derivada de la publicación por ésta del «mapa de Schomburgk» nuevo y ampliado. ¿Es que alguien tiembla a Venezuela desde sus dos extremos? A este pasado, viejo de 19 años, nos referimos al afirmar que el diputado Cipriano Castro,

habitante de la Caracas anduecista, tiene un secreto. El gobierno de Rangel Garbiras y el joven Cipriano garantiza la paz, en los próximos siete años no habrá pronunciamientos que inquieten la región andina.

Capítulo 26

Alemania se siente potencia

El 20 de febrero de 1892 quedó terminado legalmente el período de Andueza. Este lo estira 4 meses más y refrenda la medida dando rumbosas fiestas donde mucho se baila y siempre se concluye en borrachera. Pronto el general y expresidente Joaquín Crespo acusa a Andueza de continuismo. Eso le parece causa suficiente para derrocarlo. O tal vez todo ello es una máscara y el asunto limítrofe con Colombia ha motivado a Andueza al continuismo y a Joaquín Crespo a impedir éste. En Colombia las proposiciones del presidente Caro habían sido rechazadas en el Congreso bajo acusaciones de pretender la negociación del «sagrado suelo de la patria». El muy católico presidente no sabe leer significados en la palabra «sagrado» distintas a la denotación que el catecismo le coloca. Responde que el suelo de la patria no es sagrado como la hostia después de la consagración con la que él mejora su alma en la misa de los domingos y deberían mejorarla sus detractores, sino trozo de tierra con el cual el propietario puede intentar arreglos juiciosos ⁶⁰.

Mientras tanto ya el levantamiento de Crespo ha colocado a la vista las precarias bases del edificio de aquel gobierno y ha puesto a correr agua entre ellas. Los anduecistas abandonan Caracas por la puerta de Antímano y por la de Petare, a caballo, con dinero y bastimento y a veces con la familia, para protegerla de venganzas. También sale de la capital el diputado andino Cipriano Castro pero

con un plan. Podemos imaginarlo recién arribado a San Cristóbal, habiendo dejado atrás la larga travesía en barco y caballo que lo alejó de la Caracas de donde Andueza había huido después de declarar «Nadie me quita lo bailado». El «Cabito», como lo llaman sus amigos, está, supongamos, en la acera de la plaza, pequeño, con su sombrero blanco de jipijapa, parado frente al gran cartel de la Botica alemana, que ofrece en letras góticas lámparas alemanas, vajillas de loza y de porcelana, casimir, pianos, armonios, tijeras Solingen y cien cosas más. Quizá alguno de los hombres que cruzan la plaza con niebla reconoce a don Cipriano desde lejos pero ninguno sabe del poder cifrado en los frentes de casas que sirven de fondo a su figura.

Pero ese poder existe. Tras el Congreso de Viena, Alemania quedó dividida en 9 principados-electores, 300 ducados, 1500 condados y otras señorías. Con una atomización así, ninguna raza obtiene colonias. En 1871 sucede la unificación del Imperio como consecuencia de la guerra Franco-prusiana que significó también el derrocamiento de Napoleón III y la insurgencia de la Comuna de París, criminalmente reprimida. El Segundo Reich, que empieza en esa fecha, durará hasta 1919. Su joven y nuevo emperador es Wilhelm II. Coronado en 1888, Wilhelm exhibe abundante vitalidad, amor por la caza (aunque tenga el brazo izquierdo marchito), posee nervios rápidos, encanto, discurso explosivo con tendencia a moralizar. Es católico en religión y enciclopédico en cultura. Su pasión principal son las cosas militares y particularmente el Poder naval de Alemania. Místico, se identifica con el pasado teutónico, que leyó y lee en las historias de Walkirias y de héroes bellísimos y generosos. Proyecta ese pasado al futuro, postula la necesidad de una política de presencia mundial de Alemania a través del comercio y de la marina de guerra, cónsona con el hecho de que este imperio duplica su potencia industrial cada cinco años y pare un millón de niños al año.

En cuanto a política europea, Alemania se propone reconstruir el Sacro imperio romano germánico, unir a Europa. Para este sueño, que repite el de Carlo Magno y el de Carlos V, deberá ponerle una mano encima a Francia y otra a Inglaterra. No será poca cosa humillar a la potencia que ha logrado mantener desunida a Europa por trescientos años y posee la mayor flota de guerra del mundo. Wilhelm se propone convertir a Inglaterra en su aliada después de humillarla. Cuenta con el apoyo del Vaticano, que ha cambiado en 180 grados su posición. Si el Papa fue la cabeza de los güelfos que rompieron el Sacro Imperio Romano Germánico hoy es un amigo, se siente representado en este Segundo Reich por la Austria católica. Por otra parte, la potencia que aspira a ser primera del mundo requiere colonias que le suministren materia prima barata, que adquieran los productos elaborados por su industria. El Nuevo Curso o *Weltpolitik*, le pauta a Alemania entrar en el reparto colonial del Tercer mundo. Es una carrera alocada porque llega tarde. España había empezado 400 años antes, Portugal igual, Inglaterra, Holanda, Francia, Rusia en el siglo XVI. Bélgica, Italia y EE.UU. tenían ya posesiones de status colonial o semi colonial.

África, Latinoamérica, Asia, parecían un invitante vacío. También lo es el Medio Oriente, eterno teatro de conflictos y conquistas de Europa, complicado por el estado turco, que tapon a Rusia su salida natural al mar Mediterráneo y es fuente eterna de intrigas. En la región mediooriental está el petróleo, que comienza a ser un valor. Alemania planifica un ferrocarril que la una a Bakou, centro petrolero del sur de Rusia. Es una idea grande que nunca se cumplirá. Abre consulados en diversas ciudades de aquellas regiones. En el Estado Mayor del joven emperador figuran generales como Schlieffen, partidario de la guerra de aniquilación y almirantes como Tirpitz, Buchsel y Diederichs, que se tienen por los mejores del mundo. Hablando de Brasil, país donde vivían 300.000 alemanes, Tirpitz se permite clamar por «bases militares ya». Es que en

cuanto a América Latina, Alemania tiene planes. El fusilamiento de Maximiliano Habsburgo le había cortado las alas pero la *Weltpolitik* o Nuevo Curso da por superado ese trauma. Van en serio, el canciller alemán von Bulow declaraba considerar a la Doctrina Monroe un insulto. No sólo por el lado de Inglaterra, también por el alemán las tranquilidades del Tratado Clayton-Bulwer están llegando a su fin.

Era difícil que alguno de los pocos transeúntes enruanados que viese a Cipriano Castro en la acera, hubiera escuchado el apellido von Bulow. Subían, sí, a un ferrocarril construido por los alemanes, con estación final en Encontrados, un ferrocarril sólo inferior a uno puesto por los mismos tedescos en Brasil. Tampoco saben que Venezuela está endeudada con el Diskonto Gesellschaft por una cifra que para la débil economía venezolana es una montaña del tamaño de los Andes. Firmaron el endeudamiento ministros del Liberalismo Amarillo y el Diskonto está inquieto por la larga falta de pagos. Menos sabían del libro de Philippe Buneau Varillat, ingeniero de la Compañía francesa del canal de Panamá ⁶¹ —todavía no lo ha escrito— donde señala los planes «boches» para crearse un país con las regiones colombianas de Norte y Sur de Santander y los estados venezolanos de Táchira, Mérida y Trujillo, regiones frías que, según él, serían buenas para el «elevage» de la raza blanca aria. Desde luego la idea podía tener ambiente en los estados andinos porque Venezuela se ha degradado económica y socialmente mientras los Andes mantienen la buena agricultura, la ganadería excelente y la familia sólida. «Ein Volk, ein Reich, ein Gott!», clamaba el Kaiser, lo que significaba, en castellano, «Un solo pueblo, un solo imperio, un solo Dios».

Poco después, Castro está reclutando a Emilio Fernández y Francisco Colmenares Pacheco, gentes muy suyas, como también lo es Juan Vicente Gómez, que trae atrás una cauda en la cual se destaca Eustoquio Gómez. ¿Qué va a hacer con ese pequeño ejército?

Según Nikita Harwich Vallenilla: «A raíz de la Revolución Legalista de Joaquín Crespo, volvió a surgir la idea de formar una Liga de Occidente que esta vez agrupaba a los estados Zulia, Falcón, Lara, Zamora y los Andes y aunque integraba en su seno a partidarios del “continuismo” del presidente Raimundo Andueza Palacio, afirmaba que sus intereses eran independientes de los del gobierno o de la revolución»⁶². Tal neutralidad no parece sincera, pues el 3 de mayo de 1890 Andueza Palacio había favorecido al Zulia restituyéndole su autonomía, que le había sido arrebatada por Guzmán Blanco. Y Crespo significa cosa parecida a Guzmán.

«Sin embargo —continúa el artículo— la Liga intervino militarmente en el conflicto, como una suerte de “tercera fuerza”, reclamando la soberanía y la autonomía de los estados tal como se encontraba estipulada en la Constitución de 1864».

Sí, la Liga de Occidente actuaba en Maracaibo en los mismos días que Castro lo hacía en Táchira bajo la misma bandera. Eleazar Urdaneta, líder local, sobrino de Rafael Urdaneta, declara a Maracaibo, una vez más, independiente. Esta acción descara el fondo separatista de la Liga de Occidente y sugiere a Andueza Palacios como quien la prohijó al conferirle autonomía a la región, dentro de una estrategia anticolombiana, de crear el ya muy dicho estado-tapón a la vía Meta Orinoco. De modo que tal vez no era exhaustiva la conclusión de que «Andueza trabaja para Andueza» a la que llegaron los hambreados caraqueños, o no solamente para Andueza, pensaba en cosa grande. La Liga, en su realización final independentista, contrariaba la libre navegación que pautó el Laudo arbitral.

Pero Eleazar Urdaneta, en vez de hacerse fuerte en su ciudad independentizada, monta sus tropas a bordo del vapor de guerra Centenario para intentar una evolución en Caracas, inédita desde luego en las historias de república del Zulia y que tal vez tuvo muy preocu-

pados a los notables de Maracaibo. En agosto de 1892 se presentan en La Guaira. El Presidente encargado (por encontrarse el jefe Crespo en campaña), es el doctor Guillermo Tell Villegas Pulido, casualmente —y es mucha casualidad— el mismo a quien le tocó enfrentar el primer intento de Liga de Occidente de veinte años antes bajo el general Sutherland. Villegas le ofrece a Urdaneta entregarle el poder nacional. Como primer paso habrá de integrarlo al Consejo de Gobierno como Consejero número 1, facilitando así la transmisión de mando. A la retruca, Urdaneta nombrará a Villegas Pulido ministro de Venezuela en España y le entregará la suma de 25.000 pesos. Lo que estos tratos sugieren es una negociación donde el Zulia renuncia a sus arrebatos separatistas a cambio de compartir el poder venezolano con Crespo, que mantendría su rol de jefe militar mientras Urdaneta sería presidente. Pero no es fácil al débil hacer tratos con el fuerte, el Consejero número 1, el general Manuel María Iturbe, destacado crespista, no colaboró en la evolución que, si bien no mandaba a su jefe «a freír monos», tampoco le respetaba un poder total. Siguiendo esta línea, el Consejo de Gobierno se negó a reunirse para alterar su numeración.

Trancado el juego, actuó Luciano Mendoza, jefe supremo de las tropas del gobierno. No apresó a Urdaneta, lo que hubiera sido inelegante violación de la garantía de respeto que caracteriza este tipo de tratos entre enemigos, con bandera blanca, pero obligó a Urdaneta a subirse a sus barcos. El secesionista se dirigió a Puerto Cabello pero como las fuerzas de Crespo habían ocupado ese puerto, debió navegar hasta Coro, donde fue derrotado por el general León Colina, hombre también de Crespo, con lo que murió el intento.

Sin embargo, la derrota de la Liga de Occidente no es exhaustiva pues, corroborando la apreciación del articulista del diccionario Polar, de que, independiente de un sesgo anduecista que la caracterizaba, actuaba como una tercera fuerza, hubo compromisos entre

la Liga y Crespo. Los pinta una anécdota que ha recogido Ramón J. Velásquez en *La caída del Liberalismo Amarillo*, en la cual alguien interpela a Joaquín Crespo, ya presidente, acerca de sus promesas de mantener las autonomías regionales, y éste le responde que esas promesas se las llevó el aguacero.

—¿Cuál aguacero?

—El que caía sobre Caracas cuando entramos con las tropas.

Mientras el intento de Urdaneta sucedía, Cipriano Castro, actuando como el brazo andino de la Liga de Occidente, triunfaba. Derrota a 2.000 hombres de Espíritu Santo Morales y Eliseo Araujo enviados por Crespo al Táchira. Tuvo éxito también en Palmira y San Juan de Lagunillas y dominó la capital de Mérida. Se preparaba a avanzar sobre Caracas para tomar la Casa Amarilla cuando le llegó el telegrama con noticias del final de Urdaneta. Iría a dar a Cúcuta para un exilio de siete años.

Capítulo 27

La lámpara de Cúcuta

Los Estados Unidos han concluido la etapa de implantación en los territorios quitados a México y comienzan a extender los brazos en busca de control integral del mar Caribe. No les faltan rivales en esa dinámica ambiciosa, Inglaterra, Francia y Alemania viven una industrialización que las llevará irremisiblemente a pujar entre ellas y con los Estados Unidos. De esto se escribe en los periódicos que leen Castro, Gómez y los otros de la tribu andina exiliada en las noches de Cúcuta, a la luz, imaginamos, de una lámpara importada de Alemania, de las que entonces estaban de moda y venían dotadas de una bella bola blanca de vidrio con dibujos de flores transparentes. El querosén que la lámpara consume viene de una empresa del Táchira, la Petrolia, propiedad de unos señores Puli-

do, que sacan hasta ocho barriles diarios de pasta de una grieta que abrió el terremoto en Capacho. El proceso de refinación es primitivo: calientan el aceite negro en unas ollas, encendiendo bagazo de leña seca, lo destilan con un alambique de hacer aguardiente, recogen y embotellan. Mucho han prosperado.

El mundo sigue moviéndose. En esos mismos días se noticia haber sido reanudados los trabajos de excavación de la Compañía Francesa del canal. Es un punto importante para Francia. Y Wilhelm Segundo de Alemania ya posee el mejor ejército de tierra del mundo y la segunda marina, sólo superada por la británica. El almirante Tirpitz ha declarado que:

«...las naciones latinas como España, Portugal y Francia se hallaban en un estado de declinación. El imperio británico estaba en su agonía final, y la cuestión central del siglo veinte sería la competencia para determinar qué nación —Estados Unidos, Rusia, Japón o Alemania— recogería la “herencia” británica. Al emperador le había prometido “una gran política de ultramar”. Dejar de aceptar el reto relegaría a Alemania “a la condición de un pobre país agrícola”.»⁶³

El canciller Bernhard von Bülow, por su parte, en un célebre discurso, redujo el futuro a una simple fórmula:

«...en el siglo que viene, Alemania se convertirá en un martillo o en un yunque».

He aquí pintada la irrupción del Ruhr. La región con mayor concentración de carbón y acero de Europa, poblada por la raza más industriosa del planeta, está anunciando su potencia. Alemania está negada «a la condición de un pobre país agrícola». Pide espacio, va a ser un martillo o un yunque.

Cabe una cita que expresa Holger Herwig en *Sueños alemanes de un imperio en Venezuela*, ilustrativa del desarrollo económico alemán, cara del industrial:

«Durante la década de 1890, el capital líquido de los principales bancos alemanes casi se duplicó de 1.291 a 2.291 millones de marcos; sólo en los tres años que fueron de 1897 a 1900, los principales bancos de Berlín doblaron sus agencias de depósito de veintisiete a cincuenta y tres. El comercio exterior del Reich aumentó en un 66 por ciento entre 1894 y 1904, más que el de los Estados Unidos (59 por ciento), Gran Bretaña (38 por ciento), Francia (28 por ciento) o Rusia (23 por ciento). Además, en términos de tonelaje bruto, la flota mercante alemana sobrepasó a la de Estados Unidos en 1884 y a la de Francia en 1889; para 1901, sólo era superada por la de Gran Bretaña. La línea naviera Hamburgo-Amerika, de Albert Ballin —cuyo lema era “mi campo, el mundo» (*Mein Feld-die Welt*)— dobló su tonelaje durante los quince últimos años del siglo pasado. Poco debe extrañar que, en enero de 1896, Guillermo II aprovechara la oportunidad del vigésimo quinto aniversario de la fundación del imperio alemán para pregonar que la creación de Otto von Bismarck se había transformado en un “imperio mundial”»⁶⁴

Hay más. El tonelaje industrial sólo vale si se vende y sólo puede venderse si se transporta hasta el cliente y sólo por barco puede transportarse, y sólo llega a todos los rincones si se posee un canal por el que crucen los barcos. ¿Y qué sucede si no se lo posee? El naviero Albert Ballin (Herwig lo califica en *die grosse Politik*) está actuando en el seno del poder alemán como el motor de la necesidad de poseer el de Panamá o el de Nicaragua. En septiembre de 1899 le escribió al canciller von Bülow señalándole que el canal constituiría «un arma económica y política tremenda en manos de los norteamericanos». La cuestión del canal era «de capital importancia para los intereses alemanes de ultramar» Ballin le envió una copia de su carta a Tirpitz, en el ministerio de marina. Tirpitz entonces escribió las violencias contenidas en la expansión y en el canal:

«Las “relaciones económicas multifacéticas” de Alemania con los países sudamericanos hacían “indiscutiblemente asumible” el eventual choque con los Estados Unidos. Tanto ahora como en el futuro, Alemania no podía contar con un trato “benévolo” por parte de Washington. En caso de guerra, los norteamericanos no vacilarían en cerrar el canal al tránsito alemán; después continuarían acosando el comercio alemán aun en tiempos de paz. Dada su llegada tardía al escenario mundial, el Reich no tenía otra alternativa que asumir “Una ofensiva estratégica” en las aguas del Pacífico y de América, pero el cierre del canal del istmo impediría toda “operación ofensiva” en la región».⁶⁵

Tirpitz hablaba como almirante, de guerra. Pero la guerra grande era la de industria. ¿De qué serviría a Alemania poseer el mayor almacigo industrial del mundo si no se pueden enviar sus productos a todos los clientes?

Ahí estaba dicha la vía a la Primera Guerra Mundial.

Secreto del mapa de Centroamérica

El presidente en funciones en Nicaragua, José Santos Zelaya, es fuerte y tremendo. Apenas llegado al poder intervino en Honduras y El Salvador con tropas hasta que unió los tres países en uno solo, la República Mayor de Centroamérica. Está rehaciendo la Federación que presidió Morazán y se deshizo hace 55 años. Avanzar ese borrar balcanización habla de sus planes, que no será fácil cumplir. Los países creados en 1838 son del tamaño del estado Aragua venezolano, como máximo del estado Bolívar, pero altamente rentables porque funcionan como fragilizadores militares de la vía nicaragüense. Hasta con una china gomera se puede colocar desde ellos un obús en el canal. Resultado, nadie se atreve a invertir en una ruta que es como un hueso rodeado de cuatro perros que cada

uno lo hala para su lado. Si el canal es el principal negocio del mundo, impedirlo es un negocio casi equivalente. Por el momento, el Pacto de Amapala, firmado por los tres países el 20 de junio de 1895, consagró la República Mayor de Centroamérica, bajo mando general de Zelaya y con una Constitución de índole federal.

Es de notar que la bandera de Nicaragua es la misma azul y blanca de Argentina, como igual lo es la de Honduras e igual la de Guatemala, que había efectuado la misma adopción después del triunfo de la revolución liberal de 1871. También la de El Salvador será igual. La intención parece explicitada en la ley hondureña al respecto, del 7 del 16 de febrero de 1866, que establece que la enseña «será igual a la de la Federación Centroamericana». Ello tiene sentido, pero hay un elemento demasiado fuerte, demasiado de fondo, para ser ignorado: la afinidad de estos pabellones con la bandera argentina que enarbolaban los barcos del almirante Cochane en 1822, por orden del general José de San Martín en los días de su choque con el libertador Bolívar en Guayaquil. Significativo porque de aquella gira salieron los primeros alzamientos que llevarían al año siguiente a la estructuración de Centroamérica como una unidad separada tanto de México como de Colombia. En 1822 la flota de Cochane significaba varias cosas bien distintas: poder inglés, antecedente naval napoleónico, vocación argentina sobre los canales centroamericanos. ¿Cuál de ellas estaba tan viva que movía esta proclamación de banderas más de medio siglo después?

Aunque no en el grado en que lo es el canal de Nicaragua, Amapala es un sitio clave, o mejor dicho, lo es el golfo de Fonseca, sobre el cual está Amapala como puerto. Es de los mejores golfos del continente en la costa del Pacífico. Basta una ojeada al mapa para descubrir a Nicaragua, Honduras y El Salvador asomados al golfo de Fonseca o, dicho deductivamente, para comprender que los tres países han influido su forma con el objetivo de tener salida al dicho golfo. Si no fuere rentable, si no fuere magnífico, no se

hubiese balcanizado. La rentabilidad o magnificencia del Golfo se mejora porque es la desembocadura de una ruta interoceánica de tierra que arriba en su otro extremo al Golfo de Honduras, sito en el otro extremo de ese país, sobre el mar Caribe, anexo a la península de Yucatán y a una corriente descrita por Humboldt. Hoy está construida en esa ruta una carretera que, con sus 335 kilómetros de longitud, conecta las principales ciudades de Honduras: Tegucigalpa, Comayagua y San Pedro Sula. No por casualidad los Estados Unidos instalarán en el golfo de Fonseca una base militar cuya erradicación será uno de los objetivos de Augusto César Sandino.

El pacto que referimos es el público, hay otro, secreto, cuyo conocimiento debo a Gilberto Merchán: Éste, también llamado Pacto de Amapala, reunió a políticos de muchos países de América Latina, que tenían por punto acostumbrado de encuentro una pensión propiedad de unas hermanas Millares, ubicada entre la 4a. y la 5a. Avenidas de Nueva York. También se reunían en el hotel D'Almónico de esa misma ciudad. Los había de muchos tipos: José Martí, el futuro libertador cubano, José Antonio Pérez Bonalde, poeta venezolano, Joaquín Crespo, uno de los más jerárquicos por ser presidente en ese momento y ostentar el cargo de Gran Maestro de la logia hispanoamericana; Antonio Maceo, futuro héroe cubano; Tomás Estrada Palma, que sería muy entreguista presidente de Cuba; el poeta Vargas Vila, autor de textos claros y audaces sobre la política continental, a los que la producción poética de tema sentimental del autor ha opacado; Zelaya, Nicolás de Piérola, expresidente del Perú; el general panameño Benjamín Herrera; el político panameño Belisario Porras, y Eloy Alfaro, político ecuatoriano. Una de las propietarias de la pensión, Carmen Millares, era esposa de Manuel Mantilla, que figuró como autor del libro Mantilla, texto educativo famoso en Venezuela, escrito por José Martí pero cedido a Mantilla por razones masónicas u otras diferentes. El famoso general colombiano Uribe Uribe militaba

en esos círculos y fue también firmante del Pacto de Amapala por el que estos liberales revolucionarios se comprometieron, rechazando diferencias de nacionalidades, a prestarse ayuda mutua en los campos militar, político y financiero, con miras a conquistar la independencia de Cuba y Puerto Rico, la aplicación de la reforma liberal en los países centroamericanos y andinos y la reconstitución de la Gran Colombia y la República Centroamericana.

Antecedentes del Pacto de Amapala fueron las conversaciones mantenidas en Lima por Eloy Alfaro con Nicolás de Piérola (1887) y con el caudillo venezolano Joaquín Crespo (1889), exiliado allá e identificado como «coronel Torres» donde ya se trató la idea de formar en el futuro una Confederación de estados sudamericanos que contrapesara la influencia continental de los Estados Unidos, y donde también se trató de una alianza revolucionaria latinoamericana.

¿Quién es Eloy Alfaro? En ese momento un guerrillero ecuatoriano que trabaja en derrocar al gobierno que en su país ejercen los jesuitas. También es un místico del espiritismo, la masonería, el gnosticismo y el socialismo. Tiene fe en el progreso representado por las máquinas y la economía liberal. Con el triunfo de Crespo en Venezuela en 1892, Alfaro realizaría su segunda gira política continental (antes había visitado a Antonio Guzmán Blanco) que lo llevó primero a Chile, donde coordinó acciones con el Partido Radical; luego a Buenos Aires, donde se coordinó con Bartolomé Mitre y los radicales argentinos; posteriormente a Montevideo, mas tarde a Río de Janeiro. Alfaro emprendería de inmediato su segunda gira de agitador revolucionario, que lo llevaría a Estados Unidos, a México, y finalmente a Nicaragua, país en el que fue acogido fraternalmente por Zelaya y conoció a un joven y fascinante poeta masón nicaragüense llamado Rubén Darío. Alfaro también promovió un Congreso Centroamericano de Plenipotenciarios, que se reunió en 1890, en Acajutla (El Salvador) para tra-

tar la reconstitución de la República Centroamericana ya en plano inmediato. En San José de Costa Rica coordinó con José Joaquín Rodríguez, José Martí y Antonio Maceo y perfeccionando un tejido conspirativo masónico fue a Panamá para concretar planes con el liberal Belisario Porras.

Moviliza una revolución continental

El 12 de febrero de 1895, año del Pacto de Amapala, el presidente Santos Zelaya nombra a Eloy Alfaro general de división. Evidentemente no fueron solo títulos lo que recibió Alfaro de Zelaya y ya Joaquín Crespo le ha entregado armamento. Pronto invade Ecuador y el 14 y 15 agosto siguientes derrota a los conservadores en Chimborazo y avanza sobre Quito, donde ocupa el palacio de gobierno. Evidentemente, el Pacto de Amapala va en serio, pues el 25 de febrero del mismo 1895, José Martí hizo público desde la República Dominicana, junto a Máximo Gómez, el Manifiesto de Montecristi, integrándose a las hostilidades contra el poder colonial español iniciadas mediante el grito de Baire. La proclama mostraba el ideario defendido por Martí: antiimperialismo, apelación a la voluntad nacional y defensa del mestizaje cultural. Poco después desembarca en Cuba, y el 19 de mayo de 1895 moriría durante una escaramuza con tropas españolas. Nicolás de Piérola, por su parte, había coordinado a las montoneras peruanas desde 1893 y alcanzó el gobierno en el mismo 1895, finalizando una guerra civil de dos años con la derrota del ejército regular. Y en ese mismo 1895, el partido Liberal colombiano enciende una revolución en la región de Santander.

Cipriano Castro hará silencio sobre los episodios de su biografía cucuteña pero es casi imposible que él y sus amigos no se hayan involucrado en la revolución santandereana. La lógica del Pacto de Amapala pudo acercarlo al que después sería su gran amigo, el general Rafael Uribe Uribe. O tal vez la amistad venía del largo

antes de guerrillas y política de frontera que los dos tenían. Lo cierto es que Castro vive en una hacienda que le ha deparado el partido Liberal cucuteño, Los vados. Cipriano Castro debió fascinarse con aquel santo de la idea liberal, amo de palabras apasionadas. Flaco, narizón, elegante, Uribe Uribe es el modelo del coronel Aureliano Buendía de *Cien años de soledad*, y comparando al general de la realidad con el coronel de la ficción se siente cuánto puede ser inexacta la poesía. García Márquez ha creado un hombre habitado por un abismo de soledad, enamorado de una niña que aún no ha tenido la primera regla, enconado en la fabricación de pescaditos de oro que funde para hacer otros al infinito; el Uribe Uribe de la realidad tal vez era todo eso pero es un político de guerra, activo en un partido dado a los pactos y ambiguo —el partido, no el hombre— hasta lo abismal en lo atinente a la vida de Colombia, cuyo momento más trágico estaba cocinándose con estos eventos. Sólo que el Gabo, poeta si los hay, privilegió masivamente el lado romántico del hombre, desenfatiando las ambiciones que buscaban camino en estos prólogos de la Guerra de los Mil días: «Nos dan lo que nos pertenece o lo tomamos», afirmaban los jefes liberales. Tampoco aparecen en la ficción garciamarquiana los intentos de Uribe Uribe, lúcidos, profundos, muy valientes, por salvar a Colombia al salvar para ésta a Panamá. Sabe, y lo escribe, que de Panamá cuelga el futuro de América Latina. Parece otra vez actuar en este punto la máquina estética, apartando, suponemos, el peligro de cursilería que acompaña a los personajes positivos. No estamos criticando el estro de la mejor novela del mundo, decimos que las realidades redibujan la poética figura.

Habita a los liberales colombianos la convicción ardida de que es necesario restaurar la ultraliberal constitución de Río Negro. Ello significaría borramiento del mapa de regímenes clericales y obscurantistas como el de Miguel Antonio Caro y Rafael Núñez, es una causa por la que vale la pena morir, causa cuya condición sagrada

afina en los ánimos, sin contradicción, con el liberalismo económico y librecombismo de la burguesía comercial y financiera de Colombia, que apoya esta revolución y es enemiga de Núñez. Este mandato de regreso al paraíso político crea la palabra «Restauración» que años después conocerá fortuna en Venezuela en boca de Cipriano Castro. En algún momento Castro ha tratado a Alfaro, pues cuando estén ambos en los sillones presidenciales, serán aliados en los grandes planes.

Capítulo 28

La huella Habsburgo en la masonería

Aunque fueran muy masónicos y muy liberales los firmantes del Pacto de Amapala, por Nicolás de Piérola se desgajaba, según Merchán, una línea de virtuales alianzas distinta, opuesta inclusive. El líder peruano estaba casado con Jesusa Iturbide, descendiente de Agustín Iturbide, que fuera emperador mexicano y cuyo hijo, Agustín Iturbide, fue edecán y protegido de Simón Bolívar. A Agustín Iturbide hijo lo consideraban los monárquicos aztecas José II, y le daban el carácter de emperador pretendiente. Agustín Iturbide al morir, reconoció a un nieto como ungido príncipe y Jesusa de Iturbide tenía status de princesa. Las dinastías Iturbide pueden resultar fantasiosas o ridículas para el lector de hoy, pero a los datos anteriormente acumulados se añade algo más sólido, Jesusa fue hija de crianza de Maximiliano, lo que evidencia un vínculo con la casa de Habsburgo, muy poderosa ciertamente. Instalado Maximiliano en México, el matrimonio de Jesusa Iturbide y Nicolás de Piérola se celebró con presencia del emperador, lo cual ratifica la intensidad del vínculo. En la década del Pacto de Amapala, todo esto sugiere posible vínculo funcional de Piérola con la Alemania agresiva de Guillermo II, que mantenía con la interminable dictadura mexicana

de Porfirio Díaz una alianza industrial y militar, que, aunque no oficialmente, incluía bases navales germanas o proyectos de éstas en la costa caribe y en la del Pacífico y un dominio general de la economía mexicana. Ciertamente, Habsburgo es apellido distinto al Hohenzollern reinante en Alemania con Guillermo, pero afinidades económicas, militares y políticas existían entre los clanes del poder alemán. En síntesis, Piérola representa virtual y extrañamente, una línea germanófila dentro de los masones firmantes del pacto de Amapala. Lo contradictorio de esto podrá ilustrarse con la comparación de los sistemas alemán y británico-liberal establecida por Paul Kennedy hablando de esa época: «...materialista, agitada, parecía la antítesis misma de los conceptos prusianos de autoridad monárquica, deferencia social e idealismo filosófico»⁶⁶.

También es alemán el contrato de concesión del canal nicaragüense que firma Santos Zelaya. Endeudó, más exactamente dicho, a Nicaragua con un sindicato empresarial llamado Ethelburga. Ethelburga es nombre de una santa alemana medieval, modelo de la Alemania que la Welt politik aspira a materializar. Trabaja para ese Sindicato un ingeniero Modesto Garcés, colombiano, que a veces aparece en Cúcuta y se reúne con los hombres del liberalismo. Es el director de los trabajos treneros de Nicaragua, cosa natural, pues quien piensa en canal primero construye un camino en el mismo trayecto y luego un ferrocarril. Garcés está muy cercano a Zelaya, en Cúcuta se mueve discretamente. Visita a Caracas en misión secreta y recibe dinero de Crespo para adquirir un parque que ha enterrado Cipriano Castro en algún punto del Táchira cuando su alzamiento de la Liga de Occidente. Visita a Castro en una pensión en Curazao y le transmite la oferta de Crespo. Castro la acepta, viaja a Maracaibo pero ahí es preso, lo que lo convence de que ha sido víctima de una celada. Cuando lo liberan huye hacia su madriguera de Cúcuta, que continúa alzada. Castro es amigo de los liberales colombianos pero no de Joaquín Crespo. Los periódicos

colombianos hablan de las tempestades congresiles que suceden en la capital bogotana a propósito del tema de Panamá.

No sólo en Nicaragua está metida Alemania, La Krupp es acreedora de Venezuela en cuanto es accionista del Disconto Gesellschaft y por ende del Grosse Venezuela Eisenbahn Gesellschaft, la empresa que construyó el ferrocarril de Caracas a Valencia. La obra costó mucho más de lo previsto, un total de 62.000.000 de marcos y la operación del ferrocarril promedia utilidades de menos del 2% sobre el capital. Esto no es un problema para la empresa, lo es para Venezuela, que ha dado una garantía mínima del 7% sobre el capital invertido y no puede pagar el 5% restante a causa de lo que llaman «una grave crisis de tesorería del Estado», derivada de la plaga de la langosta que inhabilita sus campos. Alertado del disgusto germano, Crespo ordena la contratación de un nuevo empréstito con Alemania cuya finalidad será el pago de las ganancias de 7% que debe tener el ferrocarril alemán.

El presidente escoge para adelantar los tratos a un doctor Bruzual Serra que hasta el día anterior era abogado del Diskonto en gestión del cobro del dicho 7%. El nuevo empréstito es por un monto de Bs. 50.000.000, a la rata del 80%, mediante la emisión de títulos al 5% de interés anual, más 1% de amortización anual. El anuncio del convenio desata una fuerte polémica, ya que de los Bs. 50.000.000 contratados, Bs. 37.770.000 quedan en manos del propio Disconto, convertido además en el principal acreedor de Venezuela. De particular acierto consideran la escogencia de Bruzual los simpatizantes del gobierno pero algunas caricaturas lo representan sentado alternadamente a uno y otro lado del escritorio de Ministro y los correspondientes artículos lo acusan de haber rebajado a Venezuela al rango de «nación semi-soberana». Chismosos que no mienten aseguran que Crespo recibió Bs. 2.000.000 del total del empréstito.

La Doctrina Monroe en peligro

Pronto el debate pierde vigencia pues, como ha sucedido tantas veces, estando Cúcuta encendida, el extremo oriental también se pone al rojo vivo. Los ingleses han bajado por el río Cuyuní, arriaron la bandera venezolana y enarbolaron la de Gran Bretaña. Los soldados venezolanos que vieron el hecho, izaron nuevamente la bandera venezolana. No contento con esto, el capitán venezolano arrestó al inspector inglés Barnes y al subinspector Baker. Fueron conducidos bajo escolta a Ciudad Bolívar; pero el presidente Crespo ordenó la inmediata libertad de los detenidos y 1.500 libras esterlinas se pagaron a los capturados como indemnización. En evidente combinación con las acciones de tierra, barcos de guerra británicos han aparecido frente a las costas venezolanas, luego dentro de las aguas territoriales. Y menos sonorosamente que las inglesas pero igualmente artilladas, se presentan en el principal puerto venezolano naves alemanas, cobrando las deudas de la Krupp.

Según el *New York Herald*, más allá de los cobros lo que busca el Kaiser Wilhelm II es la isla de Margarita, como una base para amagar los futuros canales por Panamá o Nicaragua. Gravísimo parece ello al muy imperialista periódico.

Amén de las posibilidades de Margarita, están las del río Orinoco y la región guayanesa, examinadas en un artículo de un diario alemán de enero 4, de 1896 (continuaban las tensiones de 1895) con óptica de rivalidad con Gran Bretaña: «la isla venezolana de Barima se convertiría en “una Constantinopla sudamericana”, y el estrecho Boca de Novios en “un segundo Dardanelos.”»⁶⁷

Señala Herwig que: «El *Kölnische Volkszeitung* atacó, en enero de 1896, la insistente reclamación del delta del Orinoco y varias islas venezolanas por los británicos». «Más adelante describía al Orinoco como “la puerta de Sudamérica”, cuya posesión británica

«mantendría a Venezuela prensada como las tenazas de una langosta a una ostra».⁶⁸

¿Era Colombia la otra tenaza? El texto añadía pasado histórico y geografía: «Los indios decían que la Parima era laguna nacimiento del Orinoco, y en verdad hay un enorme derramadero de agua, de 100 km por 15, del río Uraricuera, afluente del Branco» y remataba con un resumen de desconfianza: Sería grave para la *Weltpolitik* la posesión británica del Orinoco. El propio Guillermo II, en marzo cuando una escuadra naval norteamericana atracó en La Guaira, declaró que había llegado el momento de ajuste de cuentas:

«En otras palabras, Venezuela está en camino de perderse [para nosotros] bajo el pretexto de la Doctrina Monroe! ¡Esto es muy grave! Y debemos decidir pronto, con respecto al resto de América del Sur, si queremos invertir el curso de esta tendencia»⁶⁸.

En estos documentos ya está latiendo el enfrentamiento tripolar. Winston Churchill en su libro *A History of the English Speaking Peoples*, escribe sobre la crisis venezolana así:

«Desde la caída de Napoleón el pueblo estadounidense estaba tan absorto con la colonización del continente y la explotación de sus recursos naturales que los asuntos exteriores le interesaban poco. Completado el proceso de colonización y con el desarrollo económico bajo control, buscó nuevos campos donde actuar. Para 1890 la idea imperial se había impuesto en todos los grandes poderes industriales. Gran Bretaña, Francia y Alemania estaban particularmente dedicadas a la adquisición de nuevas colonias y de nuevos mercados. Este ejemplo europeo no pasó desapercibido para los norteamericanos. Por estas y otras razones, desarrolló un vigoroso espíritu de afirmación, el cual se manifestó, en primer término en la disputa limítrofe entre Venezuela y la Gran Bretaña»⁶⁹.

El 17 de diciembre de 1895, en mensaje dirigido al Congreso de su país⁷⁰, el presidente Grover Cleveland anuncia que Estados Unidos

«...resistirá por todos los medios cualquier apropiación por parte de Gran Bretaña o el ejercicio por ésta de jurisdicción gubernamental sobre territorio alguno que pertenezca de derecho a Venezuela».

Joaquín Crespo se ha puesto bajo la protección de los Estados Unidos. En julio, llega a Londres una nota diplomática firmada por Richard Olney, Secretario de Estado de los Estados Unidos, dirigida al excelentísimo señor Salisbury, Primer Ministro británico⁷¹, exigiendo el sometimiento del *impasse* venezolano al Arbitraje de la Corte Suprema de La Haya,

«...por razón de la Doctrina Monroe —explica— los Estados Unidos son hoy prácticamente soberanos en este continente y su palabra es *fiat* sobre todos los asuntos en los cuales limita su intervención».../...Todas las ventajas de esta superioridad estarían amenazadas desde el momento en que se admita que potencias europeas puedan convertir Estados americanos en colonias o provincias propias. El principio será anulado y cada potencia instalará una base militar contra nosotros. Lo que se le permita a una potencia no se le podrá negar a la otra y no podrá ser inconcebible que la lucha que ahora se libra por el reparto de África se transfiera a la América del Sur. Si lo fuera, los países más débiles incuestionablemente serían absorbidos pronto, en tanto el resultado final podría ser el reparto de toda la América del Sur entre las distintas potencias europeas».

Olney concluye amenazando con que, de no aceptarse la proposición, los Estados Unidos determinarán unilateralmente la frontera esequiba. A este papel se le conoce en la historia diplomática como la «Nota del cañón de 20 pulgadas», porque balas de ese calibre

podían ser disparadas desde los novísimos acorazados norteamericanos contra las naves británicas que continuaran en aguas venezolanas después de un plazo. Una escuadra naval norteamericana atracó en La Guaira. El mundo queda al borde de una guerra. El factor desencadenante ha sido las concesiones otorgadas por Antonio Guzmán Blanco a ciudadanos norteamericanos en las minas cercanas a las bocas del Orinoco, que Joaquín Crespo ha mantenido intactas. El problema de fondo va más allá.

No existiría la OTAN. Evitó la guerra una agachada de Inglaterra, movilizada por un episodio del Transvaal o Sudáfrica, pico sur del continente negro donde está el mayor oro del mundo. Los ingleses y alemanes estaban enfrentados allá y, justo en los días del tapón estadounidense-británico en el Orinoco, sucede el Jameson Raid, por el cual los ingleses intentan destruir el poder boer surafricano y a su presidente Kruger, aliado de Alemania. Wilhem II tercia a favor de los boers mediante un telegrama altamente insultante a los ingleses. La opinión norteamericana, antibritanizada por lo venezolano, se identifica con Alemania. Crece la tensión. Entonces los ingleses ceden. Olvidando la obligación en que se sentían de responder dignamente a la Nota del cañón de 20 pulgadas, abandonando los señalamientos de Venezuela como país que explota la pequeñez de su tamaño para ocupar territorios que no son suyos, inician conversaciones con los de Washington en busca de un arbitraje que rechazaron antes.

También en el extremo opuesto al Orinoco, en Cúcuta, hay calma. La revolución que realizó el Partido liberal colombiano está aplastada, duró dos meses. Es una de las tantas guerras que hizo el coronel Aureliano Buendía perdiéndolas todas. Pero no hay rendición, mientras los generales conservadores desfilaban bajo los arcos de triunfo, camino a los brazos del presidente Miguel Antonio Caro, que les cubría de condecoraciones, el generalato liberal jura una nueva guerra. Muchos hacendados están almacenando alimentos,

ropas, herramientas y armamento y concentrando miles de caballos y mulas en sus haciendas, porque pronto llegará la ocasión de hacerse millonarios vendiéndolos a uno u otro bando⁷². La historia colombiana conocerá a estos hombres prácticos como «los pasteleros».

Respecto a Venezuela, el 2 de febrero de 1897 se firma el tratado por el cual se inicia el arbitraje internacional del diferendo. En la comisión, además de Estados Unidos, sesionarán Inglaterra y Rusia, ésta última en actitud de árbitro de buena fe y neutral. El presidente Crespo designa un delegado de Venezuela al tribunal, sólo que, detalle, tiene voz pero no voto, pues los delegados norteamericanos la representarán. En el salón de reuniones de la Comisión de Arbitraje se examinan papeles viejos y nuevos, y fórmulas secretas o sensatas, o las dos cosas a la vez. A todos violentará la irrupción del ejército andino comandado por Cipriano Castro.

NOTAS

1. Fermín Toro: *Reflexiones sobre la ley de 10 de abril de 1834 y otras obras*. Ministerio de Educación Nacional, Dirección de Cultura, Caracas, 1957.
2. Carlos Fonseca: *Bajo la bandera del sandinismo*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, Colección Pensamiento vivo, 2ª edición, 1982, p. 466./ *Boletín del Centro de Información y referencia sobre Centroamérica y el Caribe* (CIRCA), Universidad de Costa Rica, Vicerrectoría de Investigación, San José, Costa Rica.
3. Nicomedes Zuloaga Pocatterra: *Epitafio para un filibustero*, Editorial Pomaire, Caracas, 1988, p. 253.
4. *La integración iberoamericana*, New Benjamin Franklin House, Nueva York, 1986, p. 181.
5. Cabrera Sifontes: *Op. cit.*, pp. 70- 75.
6. Alberto Müller Rojas: *Las Malvinas, tragicomedia en tres actos*, Editorial Ateneo de Caracas, Caracas, 1983, p. 36.
7. Fuerza Punto 4. Segunda Quincena de octubre 2007. Caracas / http://www.simón-bolívar.org/la_prueba_que.html.
8. Benjamín Frankel: *Venezuela y los Estados Unidos*, Fundación Boulton, Caracas, 1977, pp. 234-244.
9. William R. Manning: *Diplomatic correspondence*, Dispatches from Colombia, 1946, IV, Carnegie, New York, 1939.
10. «Uruguay (república)» Microsoft® Encarta® 2007 [DVD]. Microsoft Corporation, 2006.
11. William R. Manning: *Op. cit.*

12. John Holladay Latone & David W. Wainhouse: *A History of American Foreign Policy*, p. 310.
13. Jacques Bordiot: *Op. cit.*, pp. 264-265.
14. Caracciolo Parra Pérez: *Mariño y las guerras civiles*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1954-1955. Vol. III. Asalto al Congreso, p. 161.
15. *Ibid.*
16. Manuel Vicente Magallanes: *Historia política de Venezuela*, Ediciones Centauro, Caracas, 1988.
17. Juan Besson: *Historia del Estado Zulia*. Tomo II, Ediciones del Banco Hipotecario del Zulia, 1972, pp. 15-24.
18. Benjamin Frankel: *Op. cit.* pp. 270-274.
19. Caracciolo Parra Pérez: *Op. cit.*, p. 162.
20. *Ibid.*, p. 162.
21. Pablo Ojer: *Sumario Histórico de la Guayana Esequiba*. Biblioteca Corpozulia/Universidad Católica del Táchira/Fondo editorial del Estado Táchira, San Cristóbal, 1982, p. 145.
22. Besson: *Op. cit.*
23. Caracciolo Parra Pérez: *Op.cit.*, Tomo II, pp. 15-24.
24. *Ibid.*, p. 162.
25. Pablo Ojer: *Op. cit.*, pp. 145-148.
26. Carlos Pereyra: *El mito de Monroe*, Editorial Jorge Álvarez, Colección los Clásicos latinoamericanos, Buenos Aires, 1969.
27. William R. Manning: *Diplomatic Correspondence of the United States, 1831-1860*, Vol. XII, Texas, Carnegie Endowment, Washington, 1939, pp. 632-638.
28. Francisco Michelena y Rojas: *Exploración oficial*, Gobernación del Territorio Federal Amazonas, Puerto Ayacucho, 1987.
29. Pablo Ojer: *Op. cit.*, p. 150.

30. Pedro Gómez Valderrama: *La otra raya del tigre*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, Venezuela, 1977. / «El puerto y camino de Carare en Nueva Granada», en *Anuario de Estudios Americanos*, Madrid, Tomo XXX.
31. Guillermo García Ponce: *Las armas en la Guerra Federal*. Editorial La Muralla, Caracas, 1969.
32. Pablo Ojer: *Op. cit.*, p. 151.
33. Besson: *Op. cit.*
34. Federico Brito Figueroa: *Tiempo de Ezequiel Zamora*, Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1974. / Freddy Ganteaume Pantin: *La Hidra Vandálica*, Caracas, 1998. / Román Martínez Galindo: *Ezequiel Zamora y la batalla de Santa Inés*. [Prólogo de Hugo Chávez Frías], Vadell Hermanos Editores, 1992. / Jacinto Pérez Arcay: *La Guerra Federal*, Caracas, 1974.
35. Servando García Ponce: *Presencia de Mario Briceño Iragorry en la Revolución Bolivariana*, Editorial Melvin, C. A. Caracas, 2001.
36. Gabriel Lafond de Lucry: *Voyages autour du Monde et Naufrages Célebres*, París, 1844. / Paul J. Scheips, Gabriel Lafond & Ambrose W. Thompson: «Neglected Isthmian Canal Promoters», en *Hispanic American Historical Review*. Vol. XXXVI, N° 2, May, 1956, Duke University Press.
37. Nicomedes Zuloaga Pocaterra: *Op. cit.*, p. 254.
38. Carlos Fonseca: *Op. cit.*
39. Nicomedes Zuloaga Pocaterra: *Op. cit.*, p. 255.
40. *Ibid.*, p. 246.
41. *Ibid.*, pp. 274 y 469.
42. Karl Marx: *El 18 Brumario de Luis Napoleón*, 1852.
43. Carlos Pereyra: *Op. cit.*
44. Ramón Díaz Sánchez: *Guzmán, Elipse de una ambición de poder*, Editorial Mediterráneo, Madrid, 1975.
45. Ramón Díaz Sánchez: *Op. cit.*
46. Carlos Pereyra: *Op. cit.*

47. Frankel: p. 301.
48. *Ibid.*
49. Antonio María Soteldo, Ministro de Venezuela en Washington. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela, Tratados, p. 173.
50. Frankel: *Op.cit.*, p. 303. / Ministerio de Relaciones Exteriores, *Memoria que dirige el Ministerio de Relaciones Exteriores al Congreso en el año 1886*, Caracas, p. 3.
51. Frankel: *Op.cit.*, p. 303.
52. *Ibid.*, p. 307.
53. *El Radical*, Caracas, 9 de marzo de 1887
54. Antonio Guzmán Blanco: *Límites de los EE. UU. de Venezuela*. Imprenta de A. Lahure, París, 1891 / *Límites guayaneses entre los EE.UU. de Venezuela y la Gran Bretaña*. Imprenta Sudamericana, París, 1896. / Paul Constantino & Paul Georgescu Pipera: *Op. cit.* / Hernán Muñoz Villafuente: «La navegación fluvial internacional entre Venezuela y Brasil y sus perspectivas sudamericanas», en *Tierra Firme*, Caracas, octubre-diciembre, 1989.
55. Guzmán Blanco a Silva, París, 19 de agosto 1887, AMREV, Correspondencia con los cónsules y vicecónsules de Venezuela en los Estados Unidos III, Caracas, p. 143.
56. Armando Rojas: *Historia de las Relaciones Diplomáticas entre Venezuela y los Estados Unidos*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1979.
57. Enrique Bernardo Núñez: *Tres momentos en la controversia de límites de Guayana*, Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1967, p. 87.
58. Guzmán: *Op. cit.*
59. Miguel Antonio Caro: *Discursos y otras intervenciones en el Senado*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1979.
60. *Ibid.*

61. Philippe Buneu Varillat: *Panamá, the creation, the destruction and resurrection*, Mcbride Nast & co. New York, 1914.
62. Nikita Harwich Vallenilla: Voz: Liga de Occidente, en *Diccionario Polar*. Fundación Polar, Grupo Editor, Caracas, 1990.
63. Holger H. Herwig: *Sueños alemanes de un imperio en América 1871-1914*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1991, p. 183.
64. *Ibid.*, pp. 202-203.
65. *Ibid.*, pp. 177-178.
66. *Ibid.*, p. 203.
67. *Ibid.*, p. 239.
68. *Ibid.*, p. 219.
69. Winston Churchill: *Una historia de los pueblos de Lengua Inglesa*, Ediciones Luis de Caralt, Barcelona, 1953.
70. Consalvi: *Op. cit.*
71. *Ibid.*
72. Carlos Eduardo Jaramillo Castillo: *Los guerrilleros del Novecientos*, Cerec Ediciones, Bogotá, 1998.

VII

CIPRIANO CASTRO

Endeudando para eliminar la Independencia venezolana – Venezuela contra Colombia – Cipriano Castro invade – Las cosas tendrán que cambiar para que sigan siendo iguales – Salvó la independencia de Venezuela – El istmo de Panamá y todas las rutas del canal – Hay dos Orinocos – Carga con él el Manual de guerrillas – En conflicto con Theodore Roosevelt – Carazúa – Diskonto Gesellschaft – «¿Con qué derecho Colombia compromete el porvenir de las demás repúblicas hispanoamericanas?» – Leyendo Le Matin – La tercera muerte de la Gran Colombia – Revolución Libertadora – Los Nibelungos en América – ¿Un ataque directo a Nueva York o Boston? – La Alemania guillermina y el México de Porfirio Díaz – Acerca de Venezuela – Un bloqueo se cocina - Se proponen proceder contra Venezuela – Bloqueo a Venezuela – Oferta alemana de reparto de Venezuela – Una guerra mundial que nunca sucedió – Continúan los golpes – Guerra mundial, ¿ahora sí? – El pasado Welser está vivo – I took Panamá! – Mandó al Presidente Amador a Panamá con instrucciones – Las factibilidades de desarrollo de América Latina quedaban semiclausuradas para un siglo y más – El mundo se estructura – Ingerencia norteamericana para derrocar a Cipriano Castro – Como se pone de gusanos el cadáver – Tu fiero amor por Venezuela.

Capítulo 1

Endeudando para eliminar la Independencia venezolana

En Venezuela se ha producido un hecho: el «Mocho» Hernández se alza en armas contra el Presidente Andrade, puesto en la silla por Joaquín Crespo mediante un fraude electoral. Crespo debió salir a defender su hechura. Es pelea de tigre con burro, Crespo es un caudillo de los de antes, el Mocho un soñador, pero hete aquí que en el sitio de La Mata Carmelera, un francotirador mata de un balazo a Crespo. Era marzo de 1898. La muerte de Crespo figura en la historia de Venezuela de manera muy secundaria, atendiendo a lo que fue en vida, un caudillo, sí, pero sobre todo un cuidón de Guzmán Blanco. Pero es engañoso el aspecto, sobre el cadáver y el verde y bonito paisaje llanero que le sirve de marco, se está quebrando un mecanismo nacional y otro internacional. Lo describe el embajador británico en Caracas, Haagard, en cartas que darán base a un libro de Miriam Blanco Fombona de Hood, *Diplomacia con cañones*¹. El diplomático inglés está indignado, el centro de su indignación lo forman el embajador norteamericano Francis Butler Loomis y el presidente Ignacio Andrade, y los tratos en que están para endeudar a Venezuela.

«Los intereses de Venezuela están totalmente supeditados a las exigencias de la política en Estados Unidos...Hay un deseo de

obtener para Estados Unidos el mismo tipo de influencia en Sudamérica que Inglaterra ejerce en La India», informa.

Sí, se está golpeando la independencia de Venezuela. En los retratos, el embajador Loomis aparece flaco, desgarrado, malicioso, se corona con un pumpá. Ha sido jefe de prensa del presidente William McKinley en la última campaña electoral. Tras triunfar, McKinley lo nombró ministro plenipotenciario de Estados Unidos en Venezuela. Llegó a La Guaira el 21 de agosto de 1897. Activo, avisó a Washington el arribo a Curazao de la flota hispana logrando impedir que varios barcos con pertrechos y víveres salieran de los puertos venezolanos a auxiliar a Cuba española y Puerto Rico.

Nuevas cartas del embajador Haagard expresan su disgusto: 1898, octubre 2:

«Los préstamos que gestiona Andrade con Loomis dan participación también a Manuel Antonio Matos, Presidente del Banco de Venezuela. Seguramente serán por 10 millones de libras respaldados por las aduanas, que serán administradas y supervisadas por empleados de Estados Unidos. Estados Unidos ejercerá prácticamente un protectorado sobre Venezuela, ha traicionado a Gran Bretaña en los tratos del laudo. Ocho millones se dedicarían a la conversión de la deuda pública de Venezuela. Los otros dos millones quedarían a disposición del Gobierno....Dificultad de que el congreso apruebe el empréstito».

Una primera expresión a detallar es «ha traicionado a Gran Bretaña». Obviamente es Loomis, en representación de los Estados Unidos, quien ha hecho esto. La frase «En los tratos del laudo» significa que mientras británicos y norteamericanos se supone juegan limpio entre ellos en el Tribunal reunido en París, esta maniobra de Loomis aseguraría un dominio estadounidense de Venezuela independientemente de la decisión que se tome sobre el Orinoco.

La rivalidad británico- norteamericana estaba a millón y Andrade, como antes lo había hecho Crespo, actuaba a favor de los Estados Unidos, repitiendo la actividad de Guzmán Blanco, cuya posición sobre el Orinoco y la asimilación de Venezuela por los Estados Unidos hemos descrito en el capítulo anterior.

Las cosas se estaban acelerando, apenas cuatro semanas antes de la muerte de Crespo se había producido la voladura del acorazado Maine en la rada de La Habana. A raíz de ello, el proceso de expansión norteamericana en el Caribe recibe un acelerón. Venía de antes: en 1896² Theodoro Roosevelt, actuando como Secretario auxiliar de la Marina de guerra norteamericana, trabajó intensamente con William H. Moody y con un almirante apellidado Taylor para crear una flota grande y que estuviera lista, ya contra Inglaterra, ya contra Alemania, ya contra paisitos caribeños que fueran rebeldes a la geopolítica marítima desarrollada por su amigo Alfred Mahan en un libro clásico, *El agua y el poder*. No carecieron de fondos, se construyeron dos acorazados y dos cruceros armados. De ahí en adelante aumentó el tonelaje de la armada a ritmo sostenido, y también mejoraba la artillería. Al salir del cargo, Roosevelt había llevado a la marina de Estados Unidos del quinto lugar mundial al tercero. Ya la prensa Hearst habla de asaltar a Cuba en un tono que recuerda las campañas de Polk acerca de México. Sería el destape del movimiento expansivo de grandes alcances.

Pero no todos en Estados Unidos piensan como el presidente McKinley y Roosevelt. El expresidente Cleveland, del partido Demócrata, adversa el expansionismo, incita a la reina de España a defender su colonia y Cristina se mueve con sorprendente agilidad, impetrando la colaboración europea. Recaba apoyos de Rusia, de Francia y de Inglaterra, el más importante porque significa poder naval. Seducidos por razonamientos de moral política pero acaso más por ofertas de jugosos condominios sobre la isla de posesión española, los europeos crean una nueva Santa Alianza.

Poco dura la nueva asociación, Rusia flaquea, habla de evitar la guerra. Cleveland insiste en su oposición al expansionismo. Al fin Inglaterra, que ya venía en hablas con McKinley, adopta una actitud «inteligente» en el caso de Cuba, vale decir, cede. Pero esta universal aceptación u omisión no basta, una grave, imperdonable, alevosa y traidora agresión se produce contra Estados Unidos con la voladura del barco Maine, hecho del cual aún no se sabe la autoría. El Maine voló en febrero y en los días de la muerte de Crespo Theodore Roosevelt está desembarcando en Cuba como coronel del regimiento de los jinetes ásperos (*Rouge Raiders*) que toma la isla.

Con su riqueza heredada que le hace innecesario trabajar, con su rostro fuerte y de risa expansiva, Roosevelt (todavía no era presidente) resultará el hombre ideal para hombrearse con el Wilhelm II, a quien sus enemigos llamaban el hombre más peligroso del mundo y sus partidarios también. Varios parecidos había entre Wilhelm y Roosevelt. Solamente tres meses separaron sus fechas de nacimiento. Eran semejantes en su facha imponente, tenían el valor de la caza y eran enfermos los dos, Theodore de asma crónico, el Kaiser del brazo izquierdo. El emperador había impuesto las Leyes de Construcción naval que engrosaban portentosamente el poder alemán. Iba camino de igualar a Inglaterra, dueña de la marina más poderosa del mundo. Según cálculos, la dejaría atrás en 1909. A Estados Unidos, por supuesto, les superaba en mucho.

Roosevelt poseía una mezcla ancha de identidades étnicas. Saludaba a un alemán diciéndole «¡Felicidades! Yo también soy alemán», como a un escocés decía «Yo también soy escocés». Y a los judíos les decía haber dentro de él un pequeño judío. Lo de ser alemán lo conciliaba con el emperador, pero no lo de judío pues Wilhelm era antisemita. Roosevelt admiraba las virtudes teutónicas del hombre peligroso como había admirado a Bismarck y a Helmuth von Moltke pero separará a los dos jefes el ser Roosevelt práctico y Wilhelm romántico.

Capítulo 2

Una demostración de jerarquía mundial

Volvamos a Joaquín Crespo y a sus signos políticos en vida. Había endeudado a Venezuela con Alemania en las obras del ferrocarril Caracas-La Guaira abriéndole con ello una interesantísima oportunidad. Según informa Holger Herwig:

«Ya en abril de 1895, el *New York Herald* había informado a sus lectores que la presencia de buques alemanes frente a Venezuela, disfrazada de esfuerzo por cobrar importantes deudas contraídas con los Rothschild y los Krupp, era en realidad un intento de apoderarse de la Isla Margarita como base desde la cual operar contra el proyectado canal ístmico de Panamá o Nicaragua. Dos meses más tarde, el *Washington Post* registró la inmensa inversión de capital alemán en Venezuela, que “va a ser protegida estableciendo una base naval” allí. El *Berliner Neueste Nachrichten* refirió la historia, pero lamentó no saber nada de tal “adquisición altamente deseable”. El periódico aseguró a sus lectores que la Doctrina Monroe “no causaría el más leve problema” en el caso de la Isla Margarita. Y el *Hannoverscher Courier* informó igualmente que las afirmaciones del *Post* eran “lamentablemente” inciertas. “Desgraciadamente; porque la posesión de una base naval en aguas de América Central sin duda sería de gran valor para Alemania, y simplemente se podría pasar por alto la alharaca acerca de la Doctrina Monroe”, que seguramente se produciría en los Estados Unidos al comentar esto»³.

Endeudamiento venezolano con Alemania y canal de Panamá venían a ser cosas conectadas por esta lógica ciertamente sólida.

Evidentemente, el *New York Herald* y el *Washington Post* expresaban posiciones norteamericanas alarmadas por una posible cercanía alemana al canal de Panamá, pero había también sectores

alemanófilos en la opinión norteamericana (sectores del poder en realidad), e incluso, eran preponderantes en el momento de producirse las dichas noticias, como lo mostró la resolución del entrompe de aquel momento donde, recordemos, habiendo la dicha opinión terciado a favor de los boers aumentando la tensión entre Inglaterra y Estados Unidos creada por lo venezolano (barcos británicos ante Venezuela, nota norteamericana del cañón de 20 pulgadas) los ingleses hubieron de ceder y desmontar la situación, con lo que se iniciaron las conversaciones de arbitraje. Fue una demostración de jerarquía mundial, por lo visto, Inglaterra ya no era la primera potencia del mundo, como la mitad de la gente seguía creyendo a pesar de la superioridad mostrada por los Estados Unidos en la crisis de México. El episodio debió subir los humos de los jerarcas alemanes, colmarlos de entusiasmo; podían triunfar sobre Inglaterra dentro de los Estados Unidos. Examinando esto a nivel de Joaquín Crespo e Ignacio Andrade, se constata que, en principio, una actividad pronorteamericana como la de ellos no tenía obligatoriamente que colidir con una proalemana. Ello nos incita a analizar el Pacto de Amapala y su supuesto antinorteamericanismo.

A juzgar por los vínculos alemanes de Nicolás de Piérola, los de Santos Zelaya con el sindicato Ethelburga, y los que estableció Joaquín Crespo a un tiempo con Alemania y con la estrategia yanqui, lo que pareció existir en el citado Pacto, fue una asociación antibritánica, adversa no a los Estados Unidos sino a la doctrina Monroe, a la parte probritánica o monroísta de los Estados Unidos. Quizá los firmantes de Amapala afinaban con la parte de los Estados Unidos enemiga de Inglaterra.

En sus declaraciones futuras, Juan Vicente Gómez precisará que «el general Crespo era un obstáculo muy grande, cuando supimos su muerte, comprendimos que estaba abierto el camino». Quedaba huérfano Andrade.

Si el asesinato de Crespo aspiró a detener el proceso bancario-político que adelantaba Andrade (es una suposición especulativa, intuición de mano inglesa en la contrata del hombre que mató al caudillo) no logró su objetivo. En octubre del mismo año, cuando ya el gordo y moreno cadáver reposa en su tumba con forma y dimensiones de iglesia y sombrías pinturas interiores, situada en el cementerio general del sur, el embajador Haagard escribe nuevas denuncias:

«El 15 de enero de 1899 Loomis realizó un viaje por el Orinoco en el USS Wilmington, buque de guerra de Estados Unidos, para conocer la zona y las instalaciones de la Orinoco Co. en Santa Catalina e Imataca»⁴.

Un buque de guerra de Estados Unidos recorre el río maestro de Venezuela, obviamente con conocimiento de Andrade. Es otro agresivo avance de Loomis. 1899, febrero 6. Haagard:

«Mister Loomis, está profundamente implicado en el negocio del Orinoco con Andrade».

Venezuela contra Colombia

Haagard, 2 de abril de 1899:

«El ministro de Relaciones Exteriores (debe ser de Colombia) me informó que había enviado recientemente instrucciones al Ministro colombiano en Londres para ayudar en cuanto pudiera al gobierno británico en el establecimiento de su reclamación territorial contra Venezuela...El propósito de Su Excelencia es lograr que la Gran Bretaña tenga derechos sobre el río Orinoco, ya que Venezuela se niega considerar esta vía fluvial como internacional y recientemente ha puesto gravámenes sobre artículos que venían a Colombia por ese río. Los impuestos son enormes y el comercio de Cúcuta y otras ciudades ha sufrido muy seriamente. El gobierno colombiano abriga la esperanza de que la

Gran Bretaña obligue a Venezuela a abandonar esa práctica».

Esta carta muestra componentes nuevos: a) que Haagard, aunque es embajador en Venezuela, está en tratos con el ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, único que podía enviar instrucciones al Ministro colombiano en Londres; b) que Colombia desea que Gran Bretaña tenga derechos sobre el río Orinoco; c) que la causa de ello es que Venezuela (Andrade) estrangula la economía colombiana, y d) que ello es posible debido a que el río Orinoco es salida de los productos colombianos.

Quizá para el lector europeo o norteamericano estos juegos entre potencias rivales en un país del tercer mundo no sean particularmente raros, para un venezolano, leer esta correspondencia es como levantar en un jardín una piedra y descubrir un mundo de insectos fotófobos que llevan una vida propia y terrible que nadie imagina. Las oligarquías colombiana y venezolana están aliadas con respectivas potencias. Si Andrade trabaja para entregar Venezuela a los Estados Unidos y arruinar a Colombia, Bogotá gestiona que Inglaterra prive a Venezuela de las bocas del río Orinoco. Por cierto, esta política colombiana significa un cambio de 180 grados respecto a la que se mostró hacia los Estados Unidos en la larga conversación entre el canciller neogranadino Mallarino y el enviado norteamericano Bildack en 1846. En aquella, la vieja aspiración neogranadina de libre circulación por el Orinoco se vería cumplida con una toma norteamericana de los ríos maestros del subcontinente hasta la boca del río de La Plata, en ésta, Colombia confía su redención a Inglaterra. Y debió ver como enemigo a Francis Loomis, que desde luego lo era cuando recorría el Orinoco y pronto se demostrará adversario letal del país neogranadino.

Son vaivenes, alianzas y enemistades alrededor de hechos de la geopolítica, que es intemporal y para el caso rige lo que había escrito Alejandro Humboldt⁶:

«La seguridad política de las Provincias Unidas de Caracas y de Nueva Granada depende íntimamente de la defensa de las bocas del Orinoco. Esta importancia militar la previó hace más de dos siglos, el célebre Walter Raleigh. En el relato de su primera expedición (1595) habla frecuentemente de la facilidad que tendría la Reina Isabel de conquistar por el curso del Orinoco y por los innumerables ríos que en él desaguan, gran parte de las colonias españolas...».

Las cosas suceden en muchos frentes. En Nicaragua, Zelaya enfrenta una revolución movida por los estadounidenses. El tema o pretexto son los impuestos que puso a la mina de oro situada en la zona de Bluefields. Con descaro imperial Reyes, el gobernador rebelde de Bluefields, se permitió mandar a decir a Zelaya «recuerda todo lo que hizo un perno del Maine», en alusión al barco norteamericano cuya voladura venía de justificar la entrada de Thedor Roosevelt en Cuba. Y a su guardia de corps Reyes hacía conocer como «los Roughriders de Kennedy». Un buque de guerra de Estados Unidos fondeó en Bluefields «para proteger los intereses norteamericanos». Esto es una agresión contra Nicaragua, pero también contra Alemania, que no responde. ¿Bastará la probada astucia de Zelaya esta vez?

En junio⁷ de 1898 se reunieron en Zipaquirá, cerca de Bogotá, los jefes liberales colombianos guerreristas: Foción Soto, Rafael Uribe Uribe, los hermanos Neira, Zenón Figueredo, MacAllister, Pablo E. Villar, y decidieron comenzar al año siguiente la guerra. El punto de irradiación sería el Departamento de Santander, no sólo por su mayoría liberal, sino por su relación fronteriza con Venezuela, en donde se contará con la ayuda de Cipriano Castro, que va a invadir antes a Venezuela. La consigna es esperar a Castro.

El 27 de abril de 1899 el Presidente Andrade emite un Decreto de Autonomía de los Estados venezolanos, sancionado por el Congreso Nacional, por el que cambia el status del Táchira al tiempo

que hace desaparecer al Gran Estado Bolívar. El estado Guayana, que contiene el río Orinoco, volvió a quedar autónomo. ¿Qué preparaba el muy pronorteamericano Andrade con estos movimientos en el Táchira y el Orinoco? La respuesta la da Cipriano Castro. No hace una descripción teórica de realidades políticas, actúa: menos de un mes después, el 23 de mayo de 1899, abandona Cúcuta y entra a Venezuela al frente de una invasión que tendrá como primera exigencia la eliminación del Decreto de autonomía de los estados. Antes supusimos a la tribu andina reunida en las noches de Cúcuta alrededor de una lámpara a kerosén de grande y bella bola blanca luminiscente, imaginemos ahora la mano de Cipriano Castro haciendo girar la perilla de la lámpara para apagarla. Su invasión será conocida como «de los sesenta».

Capítulo 3

Cipriano Castro invade

Detalle exótico: Castro no ingresa al territorio venezolano junto a su tropa de enruanados y ensombrerados que a media noche, rápidos como contrabandistas, cruzan la frontera. No, él avanza con muy pocos hombres por un camino secreto. ¿Cuál? Unos diez años antes, en una de las revoluciones donde militó con Carlos Rangel Garbiras, don Cipriano se había visto rodeado en el camino llamado «de Las Dantas», que va hacia Capacho, por las fuerzas del gobierno que mandaba el general Espíritu Santo Morales. Huyeron hacia un cerro llamado Capote pero de poco les iba a servir porque Morales ya los tenía rodeados, apretados contra dicho cerro. La tropa de Morales avanzó, dispuesta a aniquilar a estos enemigos a machete y fusilarlos pero sólo topó el cerro en un punto de rincón que no permite huida. La tropa de Castro se había esfumado.

En verdad avanzaba por una cueva cuya boca se abre en el sitio de la desaparición y debe pensarse que estaba tapada con matas. Guiaba al grupo un primo de la madre de Castro llamado Eustacio Ruiz. La cueva es extensísima, de 32 kilómetros de largo. A Ruiz le había hablado de ella un Aquilino Sarmiento que conoció personalmente al Libertador, que a su vez habría atravesado la cueva en compañía de Sarmiento y otros pocos.

La cueva tiene una de sus bocas en la Sierra Nevada de Santa Marta. Según versiones locales, está en el seno de una montaña formada por planchones de una piedra durísima, de cuatro metros de ancho y altura de tres, con un espesor de treinta centímetros. Es una pirámide. El depósito de tierra transportada por el aire durante siglos y los árboles crecidos en ella confieren a la pirámide un aspecto casi normal de montaña.

Castro y los otros huidos salieron a la luz cerca del pueblo de Chinácota, en Colombia, a la hora en que Espíritu Santos Morales regaba en las calles de Capacho noticias de la destrucción definitiva de «los enemigos de la paz de la república». No servía demasiado porque los hombres de su tropa decían entre amigos y a la mujer en el secreto de la cama, que Cipriano Castro había hecho invisible a su tropa, que la disolvió en el aire y se disolvió él mismo. El fantasma del pequeño general podía aparecer asomado a una ventana, podía atacar cuando menos lo esperaban. Mientras Castro vivía en Caracas, metido en la vida política, la leyenda crecía en ese rincón de los Andes.

El 23 de mayo de 1899 Castro avanza hacia Venezuela por aquella misma cueva acompañado de diez hombres, de los cuales dos son veteranos de la primera recorrida. Permiten la entrada de luz y aire unas aberturas existentes cada tanto en el techo, gracias a la presencia de una plancha más pequeña. Los hombres pasan por varias grutas, hay varias salidas intermedias. Los conejos,

cachicamos, zorrillos y ratas están posesionados de esta gigantesca madriguera.

Don Cipriano avanza sin comandar, Eustoquio Gómez, primo de Juan Vicente Gómez, catire, salvaje, casi no venezolano, es el teniente director de la operación. El objetivo es la sorpresa. El túnel tiene una altura de techo de dos metros y un ancho de metro y medio. El interior está forrado por helechos muy gordos que pueden impedir el paso y asfixiar. Se los troza con el machete. Varias bocas se abren a la derecha, separadas por kilómetros. Tienen nombres puestos por la gente: la Cueva de los Santos, el Refugio de las ánimas, la Boca del Indio. La patrulla las va dejando atrás. Cruzan al lado de una cueva cuyo tamaño y forma son los de una catedral. Lentos tapires caminan en la oscuridad, está prohibido encandilarlos con las linternas, menos aún debe matárselos, pues son portadores de Dios. Su presencia es señal de que está cerca el punto de Las Dantas, que toma ese nombre de que algunos de tales animales se salen a la montaña.

El grupo llega a la boca de Capote, justamente en Las Dantas. Aparecen a su vista los campos de Cania, llenos de luz. Unos campesinos los ven así, repentinamente parados alrededor de un árbol. No se les ha visto acercarse, todo los pinta como los fantasmas del ejército muerto por Espíritu Santo Morales hace ocho años. Castro está rodeado de una pequeña tropa que debe ser la misma que se llevó entonces, ha regresado del infierno en el mismo sitio por donde se fue. Los campesinos huyen. Castro y sus hombres sólo descienden de la montaña cuando hacia el pueblo se escuchan tiros. Son de la parte del ejército castrista que se vino por la superficie. Las espaldas de los soldados del gobierno de Andrade son visibles, el pelotón de Castro les dispara con ventaja. En la proclama que lee rato después en la plaza de Capacho, don Cipriano protesta contra el Decreto de Autonomía de los Estados emitido por Andrade y elogia a los 25 miembros del Congreso que salvaron su

voto al ser aprobado el Proyecto. Proclama que se dispone a restaurar en Venezuela los santos principios del Partido Liberal, que es, según él, «el del carpintero de Belén», extraña alusión al casto esposo de María a quien nunca demostró vocación de imitar.

Capítulo 4

Las cosas tendrán que cambiar para que sigan siendo iguales

José Rafael Pocaterra, el aguerrido escritor adverso a Castro y a los andinos en general, bautiza a esta invasión como «la escapada al centro», aludiendo a la facilidad con que la tropa castrista avanzó hacia Caracas. Todos los jefes militares enviados a frenar a Castro son derrotados. ¿Lo son de verdad o se hacen la vista gorda y fingen derrotas? En vez de batallas, aquellos encuentros parecen escaramuzas dirigidas a llenar la fórmula. Es factible que esos jefes militares se abstengan de molestar aquella enésima reacción del occidente venezolano, reacción que, a diferencia de las anteriores, no intenta separar a los Andes y el Zulia de Venezuela sino al revés, está acercándolos. Es la montaña andina lo que encarna en aquella mesnada de toscos labradores de habla cantarina armada con fusiles que, bajo el comando de don Cipriano, se mueve a pie y a caballo hacia al centro de Venezuela. Aquel ejército bien pudo ser la fuerza sustentadora de una secesión zuliana, esa era su vocación básica pero, tras el pacto de Castro con Uribe Uribe y el Partido Liberal colombiano, hace lo contrario. Como siempre, las movilizaciones andino-zulianas responden a otras en las bocas del Orinoco. Pero esta vez no será una más, viene la decisión definitiva. Es inminente, desde París llegan comunicaciones indicando que la Comisión de arbitraje sobre el destino del río se acerca al momento de emitir su veredicto. Acaso en ello está el secreto

de las inhibiciones militares. Una vez que don Cipriano ocupe la Casa Amarilla y controle el telégrafo puede detener la discusión del laudo y también, mediante los papeles membretados con las palabras «Presidente de la República», paralizar los contratos de endeudamiento que, al colocar a Venezuela en una casi anexión a los Estados Unidos, parecen la garantía necesaria para que la potencia americana se emplee a fondo en obtener una decisión antiinglesa y, aún a costa de la destrucción de la Doctrina Monroe, proceda a anexar. ¿Qué se propone hacer Castro? Evidentemente está en una carrera contra el tiempo.

Este fondo complejo no excluye que pudieran actuar en los jefes militares ofertas de poder o dinero. Hay una tercera razón posible para su conducta: son liberales y están alarmados con la fuerza que ha tomado el Mocho Hernández. Preso tras su enésima derrota, aquella en la cual murió Joaquín Crespo, despacha en la cárcel casi como un presidente pues es el más amado del pueblo, como siempre lo fue. Los doctores y generales mochistas entienden esto y mantienen un estado de ánimo nacional de presidencia inminente de Hernández, pero eso tiene una consecuencia mala para ellos en la angustia que invade a los liberales y los ablanda hacia el andino.

Castro llega a Tocuyito, en la cercanía de Valencia, donde hay la única batalla verdadera de su campaña, por lo que se dijo «Valencia sí peleó». Pero acaso las cosas han sucedido de manera distinta. Pocaterra escribirá⁸ que la pelea de Tocuyito fue una comedia, que el ejército enviado por el gobierno fue asesinado a traición mientras descansaba en el callejón del río, que lo habrían fusilado por la espalda, por órdenes del general «Panchito» Alcántara, las ametralladoras enviadas de Caracas para apoyarlo. Alcántara estudió en West Point, fue admitido en aquella academia por ser hijo de un presidente, el presidente Linares Alcántara, hijo natural.

Herido levemente en una pierna durante la batalla, don Cipriano está albergado en la casa de Manuel Antonio Matos, el presidente del Banco de Venezuela y hombre de confianza de Andrade, quien lo había enviado a negociar con Castro una vez que éste estuviera derrotado. En vez de eso, Matos agasaja a Castro triunfante, lo adula, le trae médicos. Varios jefes militares del gobierno entran a la casa materna a conferenciar con Castro, también olvidados de que Andrade los mandó a pelear contra él. Abandonan en un escaparate las espadas al entrar a la linajuda residencia, pasan a «la galería» donde rodean la cama del bronco caudillo andino.

Hablan y le llevan copitas de brandy. Es un intento de la oligarquía liberal por aliarse con la nueva fuerza, que calculan poder civilizar, apaisar y desbravar, tal como han hecho siempre con las «tribus» venidas hasta Caracas desde diversos ángulos del país, en oleadas de revolución. Sintiendo los verdaderos dueños del país y los únicos inteligentes, los oligarcas parecen admitir, como el príncipe de Salina, que las cosas tendrán que cambiar para que sigan siendo iguales. Igual admitió Páez respecto a José Tadeo Monagas y ante Juan Crisóstomo Falcón en una casa situada cerca de ésta. ¿Por qué no podrían hacerlo ahora los herederos de Monagas? Don Cipriano, por su parte, se muestra liberal, enteramente propicio a la formación de un gobierno donde el Partido Liberal tenga la mayoría y se aparte al Mocho Hernández, cosa que suena muy bien a los que rodean su lecho. El único cambio sería el de Castro en lugar de Andrade. ¿Es sincero el general Castro en esta adhesión al viejo Partido Liberal? El tiempo lo dirá.

Mirada desde la plaza Mayor —los muy paecistas señores locales se resisten a llamarla Plaza Bolívar— la puerta de la casa de Manuel Antonio Matos se ve brillante de sol, igual toda la acera, pero bajo los árboles el aire se ha vuelto opaco por el miedo. Tras las ventanas de las casas, cerradas con la tranca, se comenta la conducta de Panchito Alcántara. «Para tamaña bajeza le sirvió el estudio».

Alcántara es uno de los que salen con frecuencia de la casa de Matos. El rumor le pone a su alegre rostro delgados rasgos de niño malo.

Hay miedo a los despojos de tierras y casas que emprenderán los triunfadores, pero nadie habla de reaccionar. Los que pudieran intentarlo han huido hacia Caracas, hacia Oriente. Andinos de mal ceño patrullan las calles con las armas que usaron en los fusilamientos, porque los hubo, contra la pared de atrás del cementerio. Van abrigados con ruanas como si estuvieran en sus tierras frías, matarían fácilmente. Los liberales pasados a Castro, que conocen toda cara en Valencia, los asesorarían. Pero Valencia sí peleó y a punto estuvo de detener a Castro. Si no hubiera habido la traición de Alcántara aquí se hubiera parado al andinaje para siempre. Eso está en el aire que corre, transparente, sobre el verde y precioso paisaje que rodea a la ciudad y viene del anexo lago.

Dicen que el general Castro se asomó a la ventana un rato, a ver hacia la plaza. Ya está mejor. ¿Qué se está hablando dentro de la casa? Obviamente de la rendición de Andrade. Obviamente del endeudamiento, en el que el dueño de la casa cobraría dos millones de libras esterlinas de comisión, o para él personalmente a través del Banco de Venezuela. Debe estar tratando de salvarla. Obviamente del laudo arbitral. Castro exige que un Congreso de plenipotenciarios revise el proyecto de Autonomía de los Estados y que participen en él los 25 miembros del Congreso que el pasado 22 de abril salvaron su voto al ser aprobado dicho proyecto. Que se revise y que se niegue. Y eso tiene trancado el juego. ¿Por qué es tan importante? Autonomía es puro Zulia y puro Orinoco, lo que vale decir el laudo otra vez. Ya el telégrafo ha informado a París de esta crisis. Ha de tener empapelonados a los musíues. Con Andrade sabían a qué atenerse, con Castro podría suceder cualquier cosa. ¿Qué tiene en mente el pequeño andino? Los generales y doctores salen de la casa de Matos, suben a sus coches victoria y

toman la vía de Caracas. Los viejos, que todo lo saben aunque en sus tiempos de butría completa no sirvieron para nada, dicen que vinieron como agentes de Andrade ante Castro y vuelven como agentes de Castro ante Andrade. Revelan que Andrade empezó su carrera como uno de los matones de Venancio Pulgar «y el que se mete en ese juego ya no sale». Otros, que fue jefe de Cipriano Castro allá en el Táchira y por eso vio este alzamiento como cosa de muchachos y no lo paró cuando pudo. Es como su tío o su tío abuelo. Otros, que lo protegió creyendo que era cosa de él y ahora ya es tarde. Si así anduvo el asunto significa que no se notició del pacto de Cipriano con los liberales colombianos y fue engañado por éste, caso en el cual se habría cumplido el dicho de que «Una cosa piensa el burro y otra el que lo está ensillando». Nadie dice que tal vez en West Point se aprende a ser monroísta o de los grupos antibritánicos y ahí estaría la clave de la traición de Alcántara. En el pupitre se aprende igualmente el uso utilitario de la masacre para refrendamiento de una posición y se lo ilustra con ejemplos históricos.

A la alcoba de Castro llegan telegramas firmados por el general Antonio Paredes, jefe militar de Puerto Cabello, que es —cosa importante— la boca de salida al exterior de los productos de los campos de Valencia. Paredes califica de despreciable a Castro, pero no sólo a Castro, su desprecio arropa también al presidente Andrade, a quien ofreció un plan para derrotar a Castro cuando éste apenas iniciaba su campaña, plan que fue ignorado, y al ministro de guerra, que ocultó su sabio plan por celos de mediocre, y a los zamarros generales que sospechosamente sufrieron derrotas a manos del andino y por supuesto y más que todo, a Matos y a los generales metidos en la casa de Matos, que ve como cabrones empedernidos. Paredes (es descendiente de Diego García de Paredes) está al mando de una tropa muy pequeña, con los días intentará superar esta desventaja retando al «Cabito» a duelo personal.

Puede ser útil, parecen pensar los generales y doctores insultados. Un loco siempre puede ser útil.

Hay alguien que está viviendo los acontecimientos de Valencia de una manera especial. Es un niño llamado José Rafael Pocaterra. Tiene once años. Escribirá palabras portentosas y falaces sobre estos días. Vale la pena transcribir las siguientes acerca de un soldado herido que él y su mamá topan en la acera⁹:

«Levanta la ruana sangrienta y me muestra sus carnes morenas. En la región intercostal hay un pequeño agujero, una herida de bordes hundidos, de cuyos labios fluye la sangre tarda, negra, espesa... Da vuelta y me deja ver, más arriba de los riñones, cerca de la espina dorsal, la carne desflecada: parecía una flor, los tejidos vivos y delicados brotaban hacia afuera en colgajos como pétalos, con el color tierno y encendido de las rosas silvestres.

El hombre muere, el niño rompe a cantar el «Gloria al bravo pueblo».

«Pero mi madre me toma por el brazo, indignada, me enseña al muerto que está tendido en la calle y me dice con una voz inolvidable:

—Mira “el bravo pueblo”.

Desde entonces no he podido mirarlo de otro modo».

José Rafael Pocaterra permanecerá fiel toda su vida a los círculos adversos al andinismo. Acaso porque el destino de unos lotes de terreno en la afuera de Valencia no contenía suficiente aire como para albergar su indignación, creyó que Venezuela entraba en un abismo en aquellos días, cuya evocación abre su libro mayor: *Memorias de un venezolano de la decadencia*.

Entre tanto hay caos en el gobierno de Caracas y de pronto varios ministros conspiran para destituir a Andrade, entregar el poder

al Mocho Hernández y desbaratar la conspiración que se arma en Valencia. El Mocho aguarda, como presidente encalabozado. Guardan su celda edecanes voluntarios, a los que el director de la cárcel no se atreve a disturbar.

La decisión arbitral sobre Venezuela se ha tomado. Es de apariencia salomónica: Inglaterra permanece en su enclave de la Guayana Esequiba, pero las bocas del Orinoco quedan en poder de Venezuela. Enrique Bernardo Núñez ofrece buenos detalles de las sesiones de la Comisión ¹⁰. El juez británico leyó materiales durante doce días,

«Martens (el juez ruso) se encuentra decidido a favorecer las aspiraciones de los árbitros ingleses, que reclaman la línea Schomburgk. Los árbitros americanos se oponen y amenazan con protestar públicamente por semejante fallo. Martens propone una línea de transacción en la cual se deja a Venezuela el Orinoco si los americanos aceptan el resto. Los americanos se avienen a ello “en vista de que hubiera sido peor aceptar el despojo del Orinoco bajo protesta”.

El Presidente anuncia que “se ha llegado a ese fallo con la unanimidad de todos los miembros del Tribunal” y pide al secretario asistente, d'Oyly, dar lectura al texto en inglés, y luego que el primer secretario Martín lo lea en francés».

Otros datos los ofrece el artículo “Fronteras”, del *Diccionario Polar*:

«El Tribunal Arbitral se constituyó —por acuerdo de Estados Unidos y Gran Bretaña— sin representación de Venezuela, la parte afectada en la controversia, por considerar Inglaterra que no podían sentarse sus jueces al lado de un jurista criollo o de color. Estuvo integrado por 2 norteamericanos: el justicia mayor Melville Weston Fuller y el justicia David J. Brewer; 2

británicos: Lord Charles Russell of Killowen y R. Heen Collins; y un ruso: Frederic de Martens, funcionario de la Cancillería zarista, quien lo presidió. El árbitro ruso era un conocido pro-británico por convicción, partidario de la alianza ruso-británica. En su libro *Rusia e Inglaterra en Asia Central*, que circuló en Europa en 1879, Martens estimaba que el derecho internacional público era asunto de naciones civilizadas, debiéndose reservar el derecho natural para el trato con las naciones semicivilizadas, como consideraba a nuestro país. Entendía igualmente que el derecho internacional no era aplicable a las relaciones entre una potencia civilizada y una nación semisalvaje”.

En otra sección, el mismo artículo señala:

«Durante el proceso de intercambio de los alegatos y contra alegatos, Olney mintió al principal abogado venezolano, Benjamín Harrison, no obstante su condición de ex presidente de Estados Unidos. Le hizo ver que no existía documentación antecedente al tratado entre julio y diciembre de 1896, cuando en realidad fue en octubre cuando se perfilaron los puntos cruciales del mismo, particularmente en relación al acuerdo de 1850».

Esta narración parece retratar la existencia de sectores opuestos dentro de los Estados Unidos, Olney, a pesar de su amenazante nota que obligó a Inglaterra a aceptar el arbitraje, muestra conducta monroísta, probritánica, Harrison, si fue engañado por Olney, parece militar en el sector antibritánico y anxionista, lo cual afina con que fuera elegido representante de Venezuela por el gobierno de Andrade.

El Callao y su mina de oro permanecen venezolanos. Y para Inglaterra se ha preservado la Guayana británica, con tierra hasta el río Esequibo, que configura una zona de seguridad suficientemente

ancha como para impedir una independencia de uso del río Orinoco por Venezuela, o sea está intacta la llave inglesa intercalada allí, también nombrable como Estado tapón. Queda ratificada la Doctrina Monroe, los norteamericanos han cedido, se detiene en el Orinoco el estirón que están protagonizando en el resto del Caribe. El trabajo que venía adelantándose en el poder venezolano desde los tiempos de Guzmán Blanco y últimamente por Francis B. Loomis y el venezolano Ignacio Andrade, queda paralizado. Igual sucedió en 1848, en 1855, tanto en la conspiración como en la suspensión. ¿Ha influido en ello el hecho de que Cipriano Castro derrocaba a Andrade?

Se presentan otros datos causales de la decisión de París, por ejemplo, los últimos desarrollos que había tenido la guerra de los boers, acentuando la animadversión entre Inglaterra y Alemania. Ello empujaba a los británicos al monroísmo. Otro lo es Panamá. Los regateos británicos sobre la posesión del futuro canal parecen estar llegando a su fin. Aceptan el poder norteamericano, sin la neutralidad que hasta entonces pidieron y que ahora aparece como inconveniente igualación para Alemania.

Un proyecto, movilizado por Matos, donde Andrade entrega la presidencia y se frustran los planes mochistas, es frenado porque Cipriano Castro exige que se pauten el Congreso de plenipotenciarios en una cláusula y en otra se reintegre a los 25 miembros del Congreso que salvaron su voto al ser aprobado el Proyecto de autonomía de los Estados. Andrade no acepta la exigencia y amenaza con que soltará al Mocho Hernández y le entregará la presidencia. Castro acepta renunciar a la cláusula conflictiva pero ya no hacía falta porque Andrade, tras pedir dinero que no le dieron y emitir órdenes que nadie obedeció, se sube a un barco en La Guaira y se aleja de Venezuela.

Capítulo 5

Salvó la independencia de Venezuela

Toca ahora mirar hacia Colombia. Mientras la tropa castrista avanzaba sobre el mapa de Venezuela en dirección a Valencia, el partido liberal de Colombia estaba movilizado. Iban en grupos de dos o tres amigos, a veces un hombre sólo, por caminos disimulados, a caballo, por barco. Eran miles, su destino es Cúcuta, cuyas calientes calles ya plenan. Por las tardes la romántica oratoria del general Uribe Uribe los inflama:¹¹ «Señores conservadores. O nos dais la libertad o nos la tomamos». Y suenan los primeros tiros. El 17 de octubre, en El Socorro, cerca de Bucaramanga hay la primera batalla. Es una gran derrota liberal. La han auspiciado los liberales pacifistas, que están activos, más que nunca. De ellos —«el Olimpo liberal», como lo llaman— ha salido el «telegrama mortal», que se distribuyó a última hora a las regiones y en el cual la Dirección Liberal solicitaba a los caudillos locales no atender el llamado a batalla porque «el Partido Liberal no está preparado para la guerra». Aquí se asoma un tramado de traiciones —emprendidas desde muchos lados— que marcará el desarrollo de la Guerra de los mil días, pareciendo mostrar la existencia de «otra17» guerra que se libraba por debajo y a los lados de la guerra pública. Los derrotados se recogen en Cúcuta. Incansables, se prometen levantar un gran ejército con apoyo de Cipriano Castro, tomar el río Magdalena y desde ahí entrar por Honda o Boyacá a la capital bogotana. El gobierno tiene el doble de soldados, bien apertrechados, y los ha enviado a rodear a Santander.

Cuando todavía están amarradas a las rejas de la Plaza Bolívar de Caracas las mulas en las que bajó desde los Andes, Cipriano Castro ordena la compra de un enorme parque militar en Alemania, eleva el pie de fuerza nacional y compra trenes de artillería de montaña y una maestranza general para el servicio de las tres armas. También

mejora el arsenal de la Marina. Con todo eso está creando un ejército de andinos que sea capaz de avanzar como una muy grande bola de cañón podría hacerlo contra los levantamientos que, previsiblemente, vendrán. También queda capacitado para enfrentar con esperanza de éxito los conflictos internacionales, que también son inevitables, de acuerdo al programa que trae.

A la vez dota a sus andinos de poder y empleos, con lo que crea la oligarquía andina sustituta de las del Liberalismo Amarillo y el partido Conservador. En los periódicos aparecen notas descriptivas de bodas entre el bachiller y teniente Cárdenas, o Contreras, o Sánchez, o Pernía, u otro apellido de los «andinos lanudos», y la señorita tal, perteneciente a la mejor sociedad de Caracas o Valencia. Don Cipriano es el munificentísimo padrino de la boda, llevó a la novia de brazo hasta el altar. Beneficiados con los negocios agrícola-pecuarios y con las aduanas, y el petróleo cuando aparezca, los miembros de esta oligarquía andino-central dominarán y gozarán a Venezuela en los próximos cincuenta años y tendrán, por ello, razones para combatir cualquier partición que la arruine. Trabajando en esta línea, será canciller del nuevo gobierno un doctor López Baralt, «notable» de Maracaibo hasta por el apellido, que heredó del primer historiador zuliano, separatista, como lo confiesa en su libro. Con eso y otras muchas cosas, Castro asesina a la república del Zulia. En cuanto a renovación de la oligarquía, también trabaja con el amor mediante los alardes de potencia sobrecogedora que hace en los bailes de la Casa Amarilla, despertando la santa indignación de Pedro María Morantes.

Cuando recién ocupaba la casa de gobierno, don Cipriano ha reunido a los hombres influyentes de Venezuela (y a los que aspiran a serlo) y les ha hablado de su credo de gobierno, resumido en la frase «Nuevos hombres, nuevos ideales y nuevos procedimientos». Ha liberado al Mocho Hernández de su prisión, nombrándolo además ministro de Fomento. La plana mayor del Partido Liberal

ostenta los otros ministerios. Está descubriendo las bondades del presente y se ocupa de derrotar y regresar a La Rotunda al Mocho Hernández, que al día siguiente de recibir su ministerio se fue al campo en guerra contra el gobierno castrista. Alguien leyó delante de Castro un documento en el cual se fija la atención en el parecido de trayectorias existente entre la campaña que éste viene de cumplir y la Campaña admirable de Simón Bolívar. Ese acto de adulancia debió tocar el orgullo más elevado del hombre. Por otra parte, el asistente del delegado norteamericano en las discusiones del laudo de límites, Mallet Presvost, y el semidelegado venezolano Rojas, han denunciado el laudo al día siguiente de su firma. Para algo servirá el gesto. Qué distinto hubieran ido las cosas si él no hubiese sido inmovilizado en una cama en Valencia.

Antonio Paredes continúa declarado en rebeldía. Castro manda a bloquear a Puerto Cabello y amenaza con bombardear el fuerte, con lo que puede sufrir crueles daños la población civil. Francis B. Loomis hace público llamado a Castro a no bombardear el Puerto para preservar las vidas, sobre todo las de los extranjeros que tienen casas de importación allí. El tono del embajador estadounidense es prepotente, con algo de amenaza y si añadimos a esto que, según Domingo Alberto Rangel¹² Paredes «Impetró la intervención a Mac Kinley» podemos sentir que esa posibilidad está disuelta en las notas de Loomis y que Castro ha respondido con un «No» a las peticiones de continuar el endeudamiento y sus consecuencias, que era la operación maestra de Loomis en Venezuela. No es exagerado decir que este acto de Cipriano Castro salvó la independencia de Venezuela. Y ha de haber influido en la forma del Laudo arbitral, bajando la exigencia norteamericana. No era pequeño lo que Paredes y Loomis habrían estado intentando lanzar contra Cipriano Castro por el asunto de Puerto Cabello.

Castro envía a Puerto Cabello al «general» Benjamín Ruiz, viejo amigo de los años de Cúcuta, con misión de restaurar aquella ciu-

dad al poder del gobierno. Ruiz es un negro de la costa colombiana que pasa por guerrillero cubano y por brujo y a quien persigue la fama sombría de haber incendiado la ciudad de Colón en Panamá. Paredes lo recibe en actitud conciliadora pero al enterarse de quien es, lo apresa y rompe todo trato. Castro amenaza con hacer bombardear la ciudad. Paredes, capturado, sufre envío a la cárcel castillo de San Carlos en Maracaibo.

Ruiz también es enviado a Maracaibo, pero como gobernador. Recién ha sido vencido en aquella ciudad un alzamiento mochista que tenía ramificaciones en Falcón, Lara e inclusive estados del Centro. Estalla otro. El médico y eminencia local Helímenas Finol, jefe del nuevo alzamiento, notifica al gobierno de Castro su decisión de recuperar la autonomía de aquel estado. Eso es secesión una vez más.

El episodio se resolvió en un ambiguo asilo en el consulado alemán y el violentamiento de éste. Pudo ser alemán el levantamiento, pudo ser norteamericano, pues las dos potencias se peleaban la región para un país nuevo que, en su versión de saqueo total, integraba igualmente a Panamá y el norte de Colombia. Cipriano Castro bloquea mediante la marina la ciudad puerto y finalmente la hace ocupar. La conjura sigue, por lo visto ahora encarnada en Rufino Blanco Fombona, el propio secretario de Ruiz, quien le ve a éste toda clase de defectos. «Según Rufino —explica Ramón J. Velásquez¹³ no existe falta que no haya cometido. Es más, Ruiz ha inventado pecados que la Iglesia no catalogó». Marrajo, astuto, el colombiano gobernará la estratégica ciudad para don Cipriano por algunos meses.

El istmo de Panamá y todas las rutas del canal

Otra gran derrota liberal ha sucedido en Colombia, en Bucaramanga, creando un refluir liberal al «foyer» de Cúcuta, pero el 15 de diciembre de 1899 sucede el primer triunfo de esa causa en la batalla

de Peralonso. Por toda Colombia corren los panfletos contando y cantando cómo 3.600 liberales derrotaron a 6.000 conservadores, cómo se immortalizó el general Uribe Uribe, al tomar en arriesgadísima acción el puente de La Laja sobre el río Peralonso, abriendo «como un cuchillo de hombres» las líneas enemigas. Uribe Uribe es «el héroe de Peralonso». Cunde el entusiasmo en el liberalismo y en la Casa de gobierno de Cipriano Castro, donde ya se están organizando los envíos de parque que deberán cruzar la frontera a alimentar nuevos triunfos de la revolución hermana. Pero hay datos detrás de la victoria de Peralonso¹⁴. «Para verdades el tiempo», decía un aserto de la época y en verdad años después se exhibiría un telegrama, por medio del cual se impartía orden de retirada al ejército conservador durante la batalla de Peralonso. He aquí el texto:

«Reservado, urgentísimo. Generalísimo Villamizar. El Salado o donde se halle. Permanezca a la defensiva. Retirarse hasta Pamplona. Deje pasar la revolución. El gobierno necesita prolongar estado de cosas, fin circular emisiones, salvar causa, destruya. (Firmado) José Santos».

Como «Don Pepe Santos» se conocía popularmente al ministro de guerra firmante del telegrama en cuestión. Había sido el principal instigador de la declaratoria de guerra pero después se dio a tomar una serie de medidas raras. El 20 de julio de aquel mismo año salió firmado por él un Decreto licenciando mil hombres del ejército gubernamental colombiano. Eran momentos en que para nadie era secreto que venían revolución y guerra. Otros mil hombres fueron licenciados poco después. Un tercer decreto confiaba la soberanía social de la república a Jesucristo, en tanto se ordenaba la venta de los cruceros Córdoba y General Nariño, alegando razones fiscales. El «generalísimo» Villamizar acató las órdenes del telegrama menos en la parte que indicaba destruirlo.

«A nadie le falta Dios» era otro decir de aquel entonces, y pudieron recitarlo los conservadores beneficiarios en la misma batalla de Pe-

ralonso de una medida no menos misteriosa que las de don Pepe, pero de signo contrario. La impartió esta vez el jefe liberal Vargas Santos: niega que se aproveche la victoria de Uribe Uribe acabando con los conservadores. Su pretexto es que una revolución santa como aquélla no mata por la espalda.

Vienen derrotas para los liberales. Por la de Los Obispos deben alejarse del río Magdalena. En la Goajira, el cacique José Dolores traiciona su pacto con el general Uribe Uribe y se pasa a los conservadores en nombre del parentesco que tenía con el general Iguarán. ¿Iguarán no es el apellido de Ursula, la madre de la estirpe Buendía?

En enero de 1900 el general Foción Soto sale de Venezuela por la vía de Maracaibo con una columna de tropas, compuesta por liberales colombianos y voluntarios venezolanos, armada y financiada por Cipriano Castro. Penetró en territorio colombiano. Mientras tanto, un despacho del periódico británico Herald publica el siguiente artículo¹⁵:

«Hay muchas razones para creer que Cipriano Castro ha entrado en una conspiración con los presidentes del Ecuador y Nicaragua y los jefes revolucionarios de Colombia, animados por el propósito de unir 4 países en una sola confederación, con Bogotá por capital. Se sabe en los círculos diplomáticos de Bogotá, Caracas y Quito que durante un año el presidente Castro ha estado fraguando aquel plan y que ha dado abiertamente poderosos y frecuentes auxilios a los revolucionarios de Colombia, con absoluto menosprecio de todo principio de neutralidad y aun de decencia. Detrás de ese aparato teatral de la unión de las cuatro repúblicas mencionadas con un solo gobierno, se descubre un plan financiero. Se le ha ocurrido al presidente Castro que este plan, por el cual él y sus socios pueden obtener posesión de todo el Istmo de Panamá y de todas las rutas del canal, es quizá una grande empresa de muchos y provechosos resultados».

Un diplomático europeo.

Hombres como Castro y Uribe Uribe tenían un pasado secesionista o precesionista pero han cambiado con estas alianzas entre ellos y con Santos Zelaya y el idealista Eloy Alfaro. Se cuenta que en sus tiempos juveniles Castro pronunció una frase «Me tiento y no me encuentro», ahora parecieran él y Uribe Uribe colocados en la situación de Macbeth cuando acaba de escuchar a las brujas que le anuncian grandes glorias futuras y le saludan «por el salve futuro». Porque la parada más ambiciosa que puede intentar un latinoamericano es la de Simón Bolívar. También la de Tomás Cipriano Mosquera. El momento la pide, desde la conquista de México por los Estados Unidos, nunca se ha presentado una encrucijada tan peligrosa. Los Estados Unidos están flexionando sus brazos en busca de espacio vital, y la factura de eso la van a pagar Colombia, Nicaragua y Venezuela. Uribe Uribe, Cipriano Castro y la cauda que hará la Guerra de los mil días, están cogiendo al toro por los cuernos. Esta vez, debieron pensar, no habrá Leveles de Goda que reciban el aporte sin creer en la santa causa liberal e integracionista, ni guzmanes Blanco que consideren anexión una unidad que es santa, ni José Antonio Páez, ni falcones calculistas y mediocres. Podrá ser presidente Uribe Uribe, o Castro, o los dos le cederán el honor a don Santos Zelaya, que está sentado sobre el principal canal interoceánico, o al presidente Alfaro, idealista casi perfecto.

Capítulo 6

Carga con él el Manual de guerrillas

Por febrero del año 1900 Uribe Uribe toma la hacienda Terán donde estaba el alto mando conservador. Todos presos, euforia en el bando liberal. Es la segunda victoria de Uribe Uribe. En Nicaragua una intervención naval de los Estados Unidos había evitado que el gobierno cobrara los impuestos no pagados por Reyes y su grupo pronorteamericano pero ahora Zelaya les incrementa los

impuestos por un montante igual a lo evadido más 600.000 dólares que había costado derrotar su rebelión. En marzo llegan desde Maracaibo 1.500 fusiles y un cañón para los liberales colombianos, enviados por Castro. Hay cubanos, ecuatorianos, salvadoreños y nicaragüenses en la revolución de Colombia. Uno de los más importantes generales liberales, Avelino Rosas, ha peleado en Cuba a las órdenes de Maceo, y carga con él el Manual de guerrillas que los mambises usaron para su guerra. Emplea los métodos guerrilleros de Maceo, pese a las órdenes en contrario de los jefes nacionales.

Pero algo trascendental ha sucedido. El 5 de febrero de 1900 se firmó en Washington el Tratado Hay-Pauncefote por el que Inglaterra acepta que los Estados Unidos construyan el canal centroamericano solos y solos garanticen su seguridad. Se está decretando o intentando decretar, mejor dicho, una globalización monroísta de la región. Además de Panamá, el Lord británico y el Secretario de Estado norteamericano se reparten a Nicaragua y Tehuantepec. Inglaterra abandona el 50% de derechos sobre los canales centroamericanos que le garantizaba el Tratado Clayton-Bulwer. ¿A cambio de qué retrocede Inglaterra? El diario *Le Temps*, de París¹⁷, comenta:

«La Inglaterra no ha estipulado ninguna compensación para renunciar a las ventajas que le confería el status quo».

Luego expresa los rencores de Francia por el despojo que la Gran Bretaña le había hecho en Suez:

«En 1850 el gabinete de San James estuvo convencido de que no podía cruzarse un canal sobre nuestro globo sin que ella obtuviera sobre éste la alta mano. Este punto de vista estrecho, exclusivo, celoso y mezquino le dirigía en su conducta hacia el canal de Suez. La Inglaterra había estúpidamente cerrado los ojos a las ventajas inmensas de una empresa que era el objeto de las meditaciones y los esfuerzos de los dueños de

Egipto desde los tiempos de los primeros faraones. Ella creyó deber obstinarse en esta actitud ignorante y se dedica a poner fuertes obstáculos en las vías del carro de monsieur Lesseps».

La alegría por la humillación del que humilló atraviesa la prosa del editorialista:

«La lección ha servido desde un punto de vista práctico, Lord Salisbury ha desistido de los privilegios que le aseguraba el tratado Clayton Bulwer tras medir el ardor puesto por la opinión de América en obtener esta emancipación (...) el gobierno de los Estados Unidos se compromete explícitamente a mantener una neutralidad perpetua en las aguas del canal».

Una constatación de causas y efectos concluye el artículo:

«Desde el Clayton Bulwer la población americana se ha más que cuadruplicado y el capital nacional igual, y hoy puede imponer otra cosa. Los Estados Unidos manejarán Panamá como Inglaterra maneja Suez».

El editorialista incurre, si embargo, en una inadvertencia: China. Alejandro Humboldt había advertido que la apertura de algún canal centroamericano produciría un acercamiento de la China a Europa y Estados Unidos de carácter explosivo. Y preexplosiva es la situación en el país oriental. Las actividades terroristas de la Sociedad Bóxer están incrementándose en aquel 1899, con bandas de sus acólitos atacando a los cristianos. Cuando estas bandas entren en Pekín habrá saqueos, violencias, que pondrán peligro sobre los negocios británicos en aquel país. Hay un fondo chino en el asunto panameño cuya inmensidad no es vivida en Occidente pero la retratan intensamente los libros de contabilidad.

Totalmente inocentes de eso son los campesinos convertidos en soldados liberales y conservadores de Colombia, cuyos rostros guardarán las fotografías color sepia. Menos imaginan el gran jue-

go las soldaderas que igual agarran el fusil que circulan en la noche por los campamentos «como criollas vasijas de chicha», según expresión de Mariano Picón Salas, y menos aún conocen de eso los niños-correo que posan para la fotografía al lado de fusiles más largos que ellos. ¿Puede atribuirse igual inocencia a los generales que también se retratan, alisado el pelo, hermoso el bigote, la corbata anudada en el cuello de plástico de la camisa? Para nada.

Pero hay tiempo, la firma definitiva del Tratado Hay-Pauncefote se retrasa por la tentativa de los británicos de atarla a una pregunta sobre el límite de Alaska.

Capítulo 7

En conflicto con Theodore Roosevelt

Igual el Diskonto Gesellschaft, la banca inglesa y la de Francia tienen contratos de préstamo con Venezuela. Don Cipriano les dice que esperen, que no tiene dinero y que esos endeudamientos se habrán de revisar por nuevos contables, pues están plagados de detalles dignos de sospecha. Los «musiúes» fruncen el ceño, sugieren que lo que no se pague rápidamente será solicitado por los acorazados.

A la vez, Castro entra en conflicto con el capital norteamericano. La New York & Bermúdez Company gozaba con derecho exclusivo su concesión guzmancista sobre el lago de Guanoco. El asfalto era subido a barcos, trasladado a los puertos de Nueva York y colocado sobre las calles de aquella ciudad, en una capa posibilitadora del tráfico rápido de los autos, indispensable porque estando dotados éstos con llantas de goma maciza, al rodar sobre pavimentos de piedra, saltaban, dañando su mecanismo de metal y perdiendo velocidad. La ganancia del negocio era grande pero la Bermúdez no pagaba impuesto, tal vez basada en que el

verdadero impuesto era la cuida del Oriente de Venezuela por la potencia norteamericana, un arreglo que Guzmán Blanco parecía haberle hecho de palabra. Actuando como un nuevo Santos Zelaya, Cipriano Castro le reconoció derechos sobre el lago de asfalto a otros empresarios, quienes fundaron la mina Felicidad en terrenos de la concesión Hamilton. Posteriormente, será otorgada otra concesión, más directa, la «Venezuela», sobre los de la de la New York & Bermúdez Co., agravando el asunto. Demostrando que no era tonta, la Warner-Quinlan compró a sus dueños la mina Felicidad el 25 de mayo de 1900 con lo que conflicto dejó de ser entre venezolanos y estadounidenses para quedar entablado entre dos empresas norteamericanas¹⁸.

A las crisis con las potencias acreedoras europeas y la tensión con los Estados Unidos, se suma, contra Cipriano Castro, la rebelión de las viejas oligarquías. Él exige a los presidentes del Banco Caracas y el Banco de Venezuela, un préstamo de un millón de bolívars. Los banqueros ponen en grito en el cielo ante la cifra enorme, dicen «No». Entonces son capturados y paseados por las calles de Caracas ante la gente que ríe y teme. En la puerta de La Rotunda, donde pueden ser remachados grillos en sus bien cuidados pies, los hombres del dinero deliberan y acuerdan prestar el millón. Regresan a sus oficinas pero prepararán la Revolución Libertadora. Castro por su parte, está elevando más el pie de la fuerza nacional. Y los trenes de artillería de montaña están sin estrenar. Debe prepararse porque la Compañía Francesa del Cable Interoceánico y la compañía alemana del Gran Ferrocarril de Venezuela se han unido al trust asfaltero para darle al general Manuel Antonio Matos US\$ 100.000 para la adquisición de un buque y armamento moderno. El cheque lo ha emitido la New York and Bermúdez Company. Von Bulow y quizá el almirante Tirpitz y seguramente el Kaiser, se han llenado las alemanas cabezas con los informes que describen el desfile humillante de los banqueros y con la enorme revolución

que se prepara, donde se sumarán liberales y conservadores. Están seguros de que Castro será derrocado por la oposición interna y están apostando a ella. Gustav Schmoller, tenido por el más eminente economista de Alemania, declaraba por esos días que para el siglo XX Alemania debería tener una colonia de 20 a 30 millones de personas en América Latina, con la correspondiente flota apoyándola.

¿Qué hay tras todos estos episodios? El general José María García, hombre de alta confianza de Cipriano Castro, está asistiendo a las discusiones de estos días y escribiendo un diario para que lo publique su hijo 80 años después.¹⁹ Una reunión ultrasecreta sucedida el 9 de octubre de 1900, le motiva el siguiente párrafo:

«Castro quería crear una Gran Colombia formada por Venezuela, Colombia, Ecuador, Nicaragua y otras Repúblicas centro-americanas que se unirían en una gran república liberal capaz de enfrentarse al plan expansionista de los Estados Unidos. Un acuerdo de alianza fue firmado en Caracas el 9 de octubre de 1900. Castro sería el arquitecto de esta gran nación, retomando la bandera dejada por Simón Bolívar. El plan se llevaría a cabo de esta manera: Castro invadiría a Colombia por el oeste; el Presidente ecuatoriano Eloy Alfaro atacaría la frontera sur colombiana y el Presidente de Nicaragua José Santos Zelaya mandaría tropas al norte de Colombia por Panamá. Contemporáneamente, liberales colombianos se infiltrarían en el Partido Conservador para sabotearlo. Una vez conquistada Bogotá, un ejército de 5.000 hombres partiría hacia Managua para ayudar al General Zelaya a conquistar toda la América Central. Venezuela, Ecuador y Nicaragua mantenían estrechas comunicaciones, intercambiando informaciones sobre la proyectada invasión a Colombia».

Es en este contexto que hay que entender todo lo que está pasando: estarían en el secreto de la nueva Gran Colombia y actuando contra ella los banqueros alzados, la New York and Bermúdez Company,

el embajador norteamericano Francis B. Loomis, Antonio Paredes, Helímenas Finol, el Gran Ferrocarril de Venezuela (empresa alemana) y el farmacéutico y general Nicolás Rolando, alzado en esos mismos días proclamando la autonomía de Guayana, lo que vale decir las minas de oro y el río Orinoco, y también Alemania. Se explicarían como apoyos al proyecto grancolombiano las extrañas inhibiciones de los militares enviados a combatir a Castro, los asombrosos hechos ocurridos en Valencia, como por ejemplo, el cambio radical de los otros delegados del presidente Andrade, la ficción de batalla que implicó el ametrallamiento por la espalda de los soldados gubernamentales por órdenes de Alcántara.

El clima continental es gravísimo, lleno de pulsiones anexionistas, cuya racista redacción como Destino manifiesto verbalizara el senador por Indiana Albert J. Beveridge en su discurso en el Senado durante la sesión del 9 de enero de 1900:

«Dios no ha estado preparando durante un milenio a los pueblos angloparlantes y teutónicos para nada más que holgazana autocontemplación y autoadmiración. ¡No! Nos ha hecho los amos organizadores del mundo para establecer el sistema donde reina el caos; nos ha dado el espíritu del progreso para anonadar a las fuerzas de la reacción a través de toda la tierra; nos ha hecho diestros en el gobierno, de modo que podamos administrarlo entre los pueblos salvajes y seniles. Si no existiera una fuerza como ésta, el mundo volvería a sumirse en la barbarie y la noche. Y de toda nuestra raza, Él ha señalado al pueblo americano como Su nación elegida para conducir finalmente al mundo hacia la regeneración»²⁰.

Alfred Mahan, autor de dos clásicos *The Influence of Sea Power on History* y *The Interest of America in Sea Power*, que dirigían el pensamiento militar norteamericano, cantaba la superioridad racial norteamericana, confiriéndole a sus recomendaciones de control de áreas por unidades navales de poder aplastante y cañoneos masivos, el

mandato misional y el vestido moral. Ideas como «el mal inherente al mundo», «la nación justa», el «honor, que jamás podrá someterse al arbitraje», el «deber que ha pautado Dios a la nación poderosa de utilizar la fuerza de poner freno al mal junto al de garantizar el triunfo de la moral sobre la tierra», puntúan su obra.

«Cada nación, incluso la nación malvada, debía seguir su conciencia y usar la fuerza para defender sus opiniones y su curso; pero Mahan, cuya fe en Dios y en Su justicia era profunda, creía que si se había realizado una adecuada preparación por parte de la nación que abrazaba el bien... Dios jamás permitiría que una causa justa cayera derrotada»²¹.

En este ambiente, Cipriano Castro entra en conflicto con el capital norteamericano. Debió habitar un reconcomio grande a Francis Loomis por el asunto del endeudamiento, pero eso no lo manifiesta, actúa como defensor de la New York & Bermúdez Company. Retándolo, Castro emite su decreto del 10 de diciembre de 1900 que negó la petición de la New York & Bermúdez Co. de anular las minas Felicidad y Venezuela. La primera respuesta no es de cañones sino de papel, se inicia una campaña a través del *New York Times*, el *New York Herald* y la *Associated Press*, señalando a Castro como tirano, como un indiecito y mulato. ¿Cómo podía gobernar a un país democrático alguien así?

Carazú

Al mismo tiempo —diciembre de 1900— había partido de San Antonio del Táchira una nueva fuerza colombo-venezolana, es de 2.200 hombres bien pertrechados. Entró en territorio de Colombia y se puso a disposición del ejército liberal. Iba bajo el mando de un general Dávila y de Carmelo Castro, hermano de don Cipriano. Debía avanzar por el departamento de Magdalena apoyada por el liberalismo para dominar la costa Caribe. Perjudicada por la intriga —algunos venezolanos se resisten a aceptar el mando colombia-

no— fracasa en un sitio llamado Carazúa. La intriga ha sido alemana. Todavía en 1950 se evocaban en artículos de prensa con el título genérico de Carazúa, escenas del hambre, el sol y el extravío de los venezolanos en los llanos de Casanare y detalles de cadáveres de mujeres asesinadas por alguna tropa y lanzados a un estanque cuya agua corrompida de cadaverina debieron beber los soldados y los jefes, entre ellos el general Antonio Dávila, autor de las notas memoriosas.

Loomis denunciaba la existencia de un complot contra la New York & Bermúdez Co. Ignorado en la cancillería porque los tribunales son la instancia para solventar esas materias, solicitó al Departamento de Estado el envío de buques armados para resolver la controversia. Que Cipriano Castro sabía meter intriga entre musiúes se vió cuando la Warner-Quinlan denunció en la prensa de los Estados Unidos a Loomis afirmando que estaba sobornado por el trust asfaltero de la New York & Bermúdez Co. Frank Hiscock, ex senador, asumió la defensa de la Warner-Quinlan oponiéndose a la intervención solicitada por Loomis y presionando para que lo retiraran del servicio exterior. También el canciller venezolano Eduardo Blanco protestó ante el Departamento de Estado por la actitud del diplomático. En los meses siguientes la revolución colombiana tiene un ritmo languidescente. La romántica figura del general Uribe Uribe está fabricando recuerdos que, macerados por la tierra, saldrán a mediados del próximo siglo en la figura literaria del coronel Aureliano Buendía.

Capítulo 8

Diskonto Gesellschaft

El Diskonto Gesellschaft aparece con su vieja factura en la mano. La gente comenta que Cipriano Castro tranca los pagos, tanto los de capital como los de intereses, declara no tener dinero para pagar deuda internacional, pero gasta millones en armar su ejército de

andinos y millones en alentar la revolución colombiana. Eso sin hablar de gastos menores como los hechos para alumbrar el Capitolio Federal y su calle de enfrente con electricidad, fluido cuya respiración, según algunos entendidos caraqueños, destruye la materia del cerebro si se le respira por mucho tiempo. Y dinero gasta en dar fiestas rumbosas en la Casa Amarilla y en ponerle casas a las mujeres que en esas fiestas enamora. En eso gasta, pero no en pago de la deuda.

El ferrocarril ha dado ganancias pero a Alemania no se le ha pagado. Pésima administración, muy propia de los negritos del trópico, dicen en Europa. En vano visita el embajador alemán al «andino» en la Casa Amarilla. No hay pago. Pareciera que a Castro no le basta con los líos que tiene con Colombia, con Teodoro Roosevelt y con la reina de Inglaterra, quiere cosa con el emperador alemán.

En medio de esto surge una comunicación de la empresa del ferrocarril para la Wilhelmstrasse anunciando que Castro manifestó su decisión de entregar la isla de Margarita a Alemania como base naval, en lugar de pagos de interés. En esta oferta lo acompaña todo el gabinete con excepción del ex-presidente Raimundo Andueza Palacios. ¿Cuál es la solidez de esta información? No se la sabe. Viene inserta en el libro *Sueños alemanes de Un imperio en Venezuela*, de Holger H. Herwig²², pero no se precisa el documento de donde se la extrae, cosa demasiado particular si se nota que todas las otras informaciones que contiene el libro están detalladamente referidas al archivo y expediente de donde provienen. Pero la idea no es absurda, la repite el *New York Herald* un mes después, el 30 de mayo de ese mismo 1900, atribuyéndole autoría germana: «alemanes usarán cobro de deudas como pretexto para tomar la isla de Margarita». Analizando las virtuales razones de Castro para haber formulado esa proposición, si lo hizo, cabría observar que ello

afina con uno de sus objetivos centrales de política internacional, obsesión casi, que es romper la Doctrina Monroe.

No es nuevo el conato, Guzmán Blanco fue socio del Napoleón III que se metió en México. También envió recados al canciller Bismark de que miraría como cosa buena la toma por Alemania de Curazao. Aquello lo dijo la prensa norteamericana. Y se repitió el rumor en tiempos de Joaquín Crespo, por el asunto de la deuda Krupp y el bloqueo. Si Herwig dice verdad, Castro usa la táctica de irritación de un punto sensible a las dos potencias. Ello va con su carácter maquiavélico. O podría no ser táctica sino estrategia, vincularse con el antecedente proalemán del hombre.

Si se le había ofrecido Margarita, Alemania está retada a violar la Doctrina. Si Inglaterra viese la posibilidad de tener una mano en Panamá con un socio débil como la Gran Colombia en vez de uno fuerte como los Estados Unidos, podría abandonar la Doctrina. Los tratos Hay Pauncefote existían pero no eran totalmente firmes. Y ello podría abrirle tiempo a los intentos de Zelaya, Castro, Uribe Uribe, Alfaro y demás socios para ponerle la mano al istmo y negociar en busca de su Gran Colombia. ¿No fue eso lo que intentó Simón Bolívar en el Congreso Anfictiónico de Panamá? El 31 de marzo de 1900, el doctor Belisario Porras y el general Benjamín Herrera, liberales, penetraban con su gente en Panamá. Venían apoyados desde Nicaragua y Guatemala. Manuel Antonio Noriega, otro liberal, (abuelo del de los años 1980) triunfa, apoyado por el Indio Victoriano Lorenzo. Panamá está en manos de la revolución.

En Bogotá, la ciudad serrana que García Márquez describió como marcada por el tañir de cien campanarios, sucede un golpe de Estado el 31 de julio de 1900. Se aparta al anciano Sanclemente y entra al poder el vicepresidente Marroquín, conservador pero «histórico», vale decir de un ala ultra conservadora.

En enero de 1901 Marroquín adopta su medida trascendental, envía a Carlos Martínez Silva a Washington de embajador. Tiene por misión evitar que sea escogida la ruta canalera nicaragüense por los Estados Unidos. Fácil le será el trabajo porque José Santos Zelaya ha impuesto poco antes un nacionalista Protocolo Sánchez Merry por cuya letra sólo Nicaragua podrá ejercer aduanas en los puertos y puntos que crea convenientes a lo largo de la ruta del factible canal. Hay más, el presidente de Costa Rica y Zelaya están negociando un tratado que se llamará Hay Corea, en que los dos países están negados a renunciar a la soberanía sobre el territorio que pudiera necesitarse para la vía oceánica. No se contempla abandono alguno de derechos de integridad territorial. Martínez Silva entiende su patriotismo como un compromiso de que no haya canal nicaragüense sino panameño y para eso se dispone a ofrecer todo de regalo.

«¿Con que derecho Colombia compromete el porvenir de las demás repúblicas hispanoamericanas?»

Los liberales colombianos refugiados en Venezuela se organizan y un fuerte contingente sale bajo el mando del general Siervo Sarmiento, a bordo de los barcos Rayo y Gaitán. Llevan pertrechos y dinero dados por Cipriano Castro. Los barcos regresan a Venezuela a buscar más gente, esta se preparaba cuando vino la derrota de Palonegro. Fue feroz. Otra vez laten en el trasfondo de la lucha ambigüedades que hacen parecer a Maquiavelo un ingenuo estudiante de artesanía. En el momento álgido, que llega en toda batalla, se requirieron del lado liberal urgentes refuerzos de armas y munición. Existían pero el general Vargas Santos, dueño de las llaves, se negó a entregarlas. Vargas Santos es el mismo jefe que limitó la victoria liberal de Peralonso. Tras Palonegro, el gobierno colombiano se presentó arrogante, como el gran vencedor que era. Había invadido a Ecuador en venganza por los muchos y diligentes

apoyos que diera a la revolución el presidente Alfaro y amenazó con lo mismo a Nicaragua, por su ayuda a los liberales. Quizá evitando la venganza, Cipriano Castro optó por asumir una actitud neutral y, yendo más allá, se incautó de los barcos y del resto de los pertrechos de sus aliados colombianos, paralizando toda ayuda.

Entonces el general Uribe Uribe viaja a Estados Unidos y poniendo patrióticamente de lado el orgullo, comienza una gestión conciliadora ante el hombre menos meritorio de esta historia, el embajador colombiano en Washington Martínez Silva. Se expresa en cartas públicas como va con su estilo y, colocado ante Colombia y ante la historia y colocando en consecuencia en el mismo alto sitio a su corresponsal, le ofrece la rendición del bando liberal para evitar que Colombia pierda Panamá. La carta es de 23 de marzo de 1901²³. Aparta los odios, comienza razonando la lógica de que el gobierno conservador acuerde una amnistía decente al Partido Liberal y para ello recuerda que el golpe de Marroquín tuvo apoyo del Partido Liberal. Afirma que el partido Conservador, valido de sus recientes victorias, ofrece una amnistía humillante. Acota Buendía: «todavía luchamos». Entra a hablar de Panamá: recuerda que en 1898 él se opuso en el Congreso a la prorroga de la concesión francesa (daría al gobierno un millón de pesos) «como el mejor medio de descartarnos de ella para poder tratar directa y libremente con quien más nos conviniese». Al hablar de «nos conviniese» habla como colombiano, no como liberal, y siguiendo en esa tónica pasa al pasado cercano para considerar que una comisión de Estados Unidos que estudia los dos canales, votó por el de Nicaragua aunque sea más caro, porque el de Panamá tiene encima la concesión francesa. En este párrafo está implícito que los estadounidenses chantajean a Colombia con Nicaragua y viceversa y que Martínez Silva se desbocó ofreciendo cosas con tal de que fuera Panamá y no Nicaragua la ruta escogida. Iniciando con elegancia y halago entra en el fondo del problema:

«Para un hombre de espíritu tan amplio y bien informado como el de usted, y de un patriotismo hispanoamericano tan bien probado, tampoco cabe suponer que se engañe en el aspecto político que tiene la negociación con los Estados Unidos. Apoderados de Panamá, su predominio sobre todo el Continente queda asegurado, y sería de preguntar con que derecho Colombia, por su sólo interés particular, compromete la independencia y porvenir de las demás repúblicas hispanoamericanas, favoreciendo el desmesurado desarrollo del imperialismo yanqui. Hoy es un hecho evidente que si los Estados Unidos construyen para sí el canal de Nicaragua, las potencias europeas se apresurarán a construir el de Panamá para el uso del resto del mundo; pero la recíproca no es cierta: si los Estados Unidos construyen el Canal de Panamá, las potencias no construirán probablemente el de Nicaragua. De donde se deduce que debe dejarse a los Estados Unidos que abran por su cuenta esta última ruta».

Magistral el análisis, tanto que el tiempo lo corroboró, pero ¿podía entender de eso el embajador? ¿Poseía el patriotismo hispanoamericano probado que le colocaba Uribe Uribe? Luego entra a revisar la competencia interimperial, para el caso las actitudes europeas ante el poder que obtienen los Estados Unidos:

«Habría venido usted advirtiendo los síntomas de una poderosa reacción comercial y política contra este país (habla de los Estados Unidos). El alarma difundido en los mercados europeos por la competencia americana, ha hecho concebir la idea de una liga de defensa aduanera (zollverein), proclamada por Leroy Beaulieu y aceptada por hombres de Estado como Roseberry y sir Charles Dilke; y el recelo que por doquier suscita la soberbia americana, aguijoneada por su fácil triunfo sobre España, que parece haberles hecho perder la cabeza, está previniendo todas las voluntades para impedir su terrible expansión. Ayer leería usted, en prueba

de ello *cómo* la enérgica respuesta del Gabinete inglés al rechazo que el Senado americano dio a las enmiendas que al Convenio Clayton-Bulwer introducía el Tratado Hay-Pauncefote, fue inspirada por Alemania».

En la medida en que fuera sólida la alianza alemano-británica que él supone importante, el coronel Aureliano Buendía está señalando el camino de salvación de América Latina. Examina el movimiento de las ruedas dentadas del mundo en el próximo futuro, si Colombia asume una actitud patriota:

«La coalición naciente sería un hecho en cuanto los Estados Unidos obtuviesen la concesión del canal de Nicaragua para su propio uso. El punto está entonces en inquirir qué favorece más la independencia e intereses de Colombia y de las demás repúblicas hispanoamericanas, si la construcción del Canal de Panamá por los Estados Unidos o su construcción por las potencias europeas. La pregunta se absuelve por sí misma: la unidad nos mata, la pluralidad nos salvará».

He aquí una nominación con palabras claras y de época de la multipolaridad y su urgencia para nuestros países. Se la amplía en el siguiente párrafo:

«Pero, señor doctor, señor doctor!, lo que sería una blasfemia inaudita fuera atribuir a la Providencia la mira de haber destinado *ab aeterno* el Istmo de Panamá para el uso exclusivo de un círculo político en un momento pasajero de la historia. Porque, digamos las cosas claras: ni a usted ni a nadie se oculta la verdad resplandeciente de que al porvenir de Colombia y al de la política hispanoamericana, no conviene que el Canal de Panamá llegue a ser propiedad de los Estados Unidos, sino que se construya por el concurso de todas las potencias, para que garanticen su neutralidad».

Como prólogo a su oferta sitúa la disyuntiva del momento:

«Lo que mueve al actual gobierno colombiano a entrar en una miserable puja de almoneda, en que para atraer al que se considera como único postor, se ha entrado en el peligroso camino de prometer /...es dinero para financiar la guerra».

No hay ofensa, a excepción de lo de «miserable puja de almoneda». Ahí está la verdad: el gobierno conservador de Marroquín está negociando Panamá por dinero para mantener la guerra contra la revolución liberal. Antes de formular su propuesta se permite una última impetración a Martínez Silva: «vaya en su calidad de ministro de Relaciones Exteriores a visitar las Cortes europeas y saber qué se puede esperar de ellas, antes de atarnos con lazo irremisible...». Luego ofrece suavizar las condiciones de los liberales para la paz para que no se entregue canal por buscar dinero contra ellos. Y al día siguiente dirige otra carta pública, esta vez a los liberales de Colombia. Les habla como general derrotado, les pide ceder, con pretexto o razón de no obtenerse en Estados Unidos el parque que vino a comprar.

¿Cuál será la respuesta del gobierno conservador? Los liberales seguían la guerra. Destrozados en Palonegro, se habían dispersado en guerrillas y la acción se expandía en lugar de extinguirse. En el sur, Avelino Rosas utilizaba a fondo y con libertad las argucias que aprendiera de Maceo.

Capítulo 9

Leyendo Le Matin

Martínez Silva ha respondido los públicos elogios de Uribe Uribe con otros igualmente públicos, pero la verdadera respuesta de Marroquín a la carta y proposiciones que les dirigió el general Uribe Uribe es la invasión que el 26 julio de 1901 entra en Venezuela por la región de Ureña mandada por el doctor y general Carlos Rangel

Garbiras. Rangel Garbiras había sido jefe político de Cipriano Castro en las guerritas autonomistas de la juventud. Si es, como dicen, un jefe decorativo, no lo son las fuerzas colombianas del batallón *Gramalote* que cruzan la frontera con él. Son 5.000 hombres de línea del ejército. Entre los venezolanos que se preparan contra el *Gramalote* circula el general Uribe Uribe.

La última página del periodiquito francés *Le Matin* ²⁴ —es tamaño tabloide— está dedicada a política internacional y dentro de ella nunca falta una sección Colombia-Venezuela, titulada así, como quien habla de un mismo escenario. En el número del 2 de agosto de 1901 se noticia: «Invadido el Táchira por Rangel Garbiras»; el 4 de agosto: «Revolucionarios liberales en Panamá amenazantes. Estados Unidos podría intervenir de acuerdo al tratado»; 6 de agosto: «Cipriano Castro anuncia triunfo».

7 de agosto:

«No sería primera vez que Garbiras invade Venezuela con tropas colombianas, en 1897 lo hizo. A cambio de ayuda, Garbiras prometió a Colombia destruir el ferrocarril francés de Colón, de Táchira a Encontrados, el mas largo de Venezuela, que suprimía tránsito de Táchira por Colombia. El general Albán, el mejor de Colombia, está en Panamá, dice no hay peligro. Comercio de Bogotá rechaza dinero emitido por el gobierno, signo de gravísima crisis de éste».

9 de agosto:

«Ayer interrupción por una hora de tráfico por Panamá. Prensa jingoista de USA clama intervención. Almirante Casey recibió instrucciones de mantener un barco en Panamá y hacer desembarco si hay problemas».

12 agosto 1901:

«En previsión de acción venezolana, USA continúa enviando navíos a aguas de Panamá, el *Uss Machias*

en Panamá, toda la escuadra del Atlántico norte tiene instrucción de tenerse cerca del istmo panameño en previsión de un agravamiento del conflicto venezolano-colombiano».

Recensión de la prensa Argentina:

«Si bien América del sur aprueba que Estados Unidos impida acciones europeas en América del sur, no puede admitir que intervenga en problemas internos pues eso sería jurisdicción de USA sobre América Latina».

14 de agosto:

«Ministro de Colombia salió de Venezuela. USA envió acorazado *Iowa* a Colón y *Machias* a Panamá: *Herald*: “USA no tolerará acción de ninguna potencia europea en embrollo Colombo-venezolano. Presencia de Uribe Uribe en Venezuela es la causa de invasión de Rangel Garbiras. Uribe Uribe declara que el objetivo es restaurar el liberalismo en la Gran Colombia. La Gran Colombia fue creada por Bolívar en 1819, se disolvió en 1831».

15 de agosto:

«Todos los amigos de San Clemente presos. Se suman a la revolución. Hay tratado Francia-USA para libertad de tránsito en Panamá. El *Suchet*, francés, allí. Gobierno de Colombia pide a Mac Kinley que intermedie para evitar guerra Venezuela-Colombia. Ecuador, Venezuela y Nicaragua contra conservadores colombianos».

El 24 de agosto se noticia el envío por Guillermo II de un mensaje al presidente de Brasil muy amigable. Es inteligible, según *Le Temps*, en términos de política colombiana. El presidente Mac Kinley declaró no estar interesado en actuar en Panamá. El Secretario de Estado Hay aclara que sólo protegerán sus derechos, que no pretenden tomar el istmo. Mac Kinley ha ofrecido mediar entre

Venezuela y Colombia, Colombia aceptó, Venezuela rechazó de forma «polí».

La tercera muerte de la Gran Colombia

El 19 de agosto de 1901 Avelino Rosas conduce el triunfo liberal de Córdoba pero el 20 le viene la derrota de Puerres, donde es herido, hecho prisionero y asesinado en su cama. La muerte de Rosas fue la del liberalismo en el sur de Colombia, porque además el presidente Alfaro caía del poder en Ecuador. Seguía la invasión colombiana en el Táchira. El mismo día que Alfaro deja de ser presidente, 31 de agosto de 1901 ²⁵, *Le Matín* noticia la concentración de 8.000 hombres en San Cristóbal para apoyar a Uribe Uribe. El día siguiente está lleno con la derrota del doctor y general Rangel Garbiras y la victoria del general Uribe Uribe.

Una próxima noticia de *Le Matín* —6 de septiembre— narra el atentado que ha sufrido el presidente estadounidense, Mac Kinley. Lo envolvían críticas por involucrar a Estados Unidos en la política mundial como gran potencia, a lo cual respondía señalando que el destino manifiesto de los EE.UU. era hacerse cargo del bienestar de los pueblos extranjeros. También el crecimiento enorme de algunas empresas, denominadas *trusts*, causaba inquietud en el país. Luego de asumir el cargo, inició una gira de discursos por los estados occidentales, en la cual instó a controlar las sociedades de inversión y a alentar la reciprocidad comercial con el fin de impulsar el comercio exterior. El 6 de septiembre de 1901, el anarquista Leon Czolgosz le disparó y lo hirió. El 10 muere y el día 16 llega el cadáver a Washington para su entierro. Theodoro Roosevelt, presidente entrante, expone su programa: construir el canal centroamericano, estimular vías de navegación con América del Sur, por el Atlántico y por el Pacífico. Era el mismo de Mac Kinley, pero en los círculos castristas venezolanos y en el Congreso de Bogotá se rumoró que la muerte del presidente norteamer-

ricano era el fruto de pugnas entre grupos portadores de políticas distintas para la captura de Panamá, el Partido Republicano por secesión, el partido Demócrata por alianza con Colombia.

El éxito del general Uribe Uribe en San Cristóbal puso en euforia a don Cipriano. ¡Cuán bien fundado estaba el proyecto grancolombiano! ¡Cuán brillantemente lo ponderaba el general Uribe Uribe! Era el momento de una invasión a fondo al territorio colombiano; una campaña hacia Bogotá que derrocaría al viejo Marroquín. Advendría una magna conferencia de Uribe Uribe, Castro y el nuevo presidente ecuatoriano Leónidas Plaza, que proclamaría la unión de los tres países en una Federación Grancolombiana dirigida por el propio Castro, o por Zelaya, o por Uribe Uribe. A Castro parecía corresponderle la principalía por representar a la patria de Bolívar. Inmediatamente después, una fuerza ecuatoriana desembarcaría en Costa Rica y auxiliaría a José Santos Zelaya a erradicar la balcanización centroamericana que tenía su expresión más pública en la separación de Nicaragua y Costa Rica, manzana de la discordia que gesta la animadversión entre ambos pueblos que son uno, generando las ambiciones y los egoísmos que habían impedido la construcción del canal nicaragüense, pues cuando Nicaragua daba una concesión Costa Rica se interponía, basada en que también es de ella el río San Juan. Y cuando era Costa Rica la que daba el paso, aparecía la tranca nicaragüense. Una Gran Unión de Repúblicas Centroamericanas abriría el gran camino al futuro.

A mediados de septiembre de 1901, una quinta invasión liberal, compuesta de 800 hombres con apoyo de tres barcos de guerra de Cipriano Castro y armas donadas por éste, desembarcó en las costas colombianas. Durante varias horas bombardearon Riohacha las baterías de Román Delgado Chalbaud, el muy joven y despiadado almirante de Cipriano Castro. El día 13, bajo el mando del general venezolano Ramón Guerra, la invasión sufrió su primera derrota y el 22 la definitiva en el combate de Carrapacera. Es el fin

de la intervención venezolana en la revolución liberal en Colombia y del plan grancolombiano. Lo demás ya es cuesta abajo.

A comienzos de 1902 la guerra colombiana dio un giro definitivo con la invasión de los liberales a Panamá. Aparentemente la apoyó Nicaragua, la dirigió otra vez el general Benjamín Herrera. Desde el ejercicio de esa posición, en ese mismo enero de 1902, el general Foción Soto, uno de los jefes nacionales liberales daba la siguiente declaración²⁷:

«Si el resultado final de la presente guerra favorece a los liberales, nosotros tomaremos sin duda posesión de esas propiedades (las obras del canal de Panamá) en 1904 y las venderemos a los Estados Unidos».

Por su parte, el periodista Manuel María Aya escribió en el periódico Sumapaz, órgano de las guerrillas liberales de Cundinamarca:

«Es difícil conservar lo que todo el mundo codicia. Solicitemos de los Estados Unidos que tome la soberanía sobre el canal de Panamá, en vez de nosotros, y nos dé por cederle nuestro derecho, 100 millones de dólares».

Justo en esos días se ha firmado el Tratado Hay-Pauncefote en versión definitiva.

Capítulo 10

Revolución Libertadora

Y justo un mes más tarde, estalla la Revolución Libertadora. Ha comenzado con el levantamiento de Luciano Mendoza en La Victoria, participan desde los ministros de Joaquín Crespo hasta el «mocho» Hernández, acusado de matar a éste, todos los caudillos liberales y todos los conservadores. Esa unanimidad muestra que estaba peleando la mitad del país contra la otra mitad. Coherente-

mente, Manuel Antonio Matos, es el jefe. El dinero, ya sabemos, lo han aportado Alemania y varias empresas extranjeras, la principal la New York and Bermúdez Company. ¿Qué ha ofrecido Matos? No se sabe. La revolución se extiende y logra ocupar casi todo el país, particularmente el Oriente, donde la acaudilla Nicolás Rolando que, venido de Trinidad, desembarca en las costas de Carúpano y derrota a Juan Vicente Gómez, el 6 de mayo de 1902. Un coronel Farreras es su socio, con el grito de: «Mueran los andinos», se apodera del cuartel de Ciudad Bolívar y lo entrega a la revolución. Ascendido a general por Manuel Antonio Matos, Farreras convertirá durante 14 meses al Estado Bolívar en territorio independiente de Venezuela. Ahí no entra Cipriano Castro. Controlan el río Orinoco. En *Le Temps*, de París, apareció la acusación de haber Manuel Antonio Matos negociado con Inglaterra las bocas del Orinoco «en un status similar al de las boca del río Nilo, de Egipto». Matos ridiculizó la información en declaración que dio para el mismo diario francés, pero es lo cierto que las potencias europeas vendrán pronto a buscar ese punto.

La bola de hierro del ejército castrista, mandada unas veces por Cipriano Castro, otras por su vicepresidente, Juan Vicente Gómez, va derrotando y aplastando las caudas de la revolución Libertadora. El 22 de octubre de 1902 todas las fuerzas del gobierno y todas las de la revolución chocan en la batalla de La Victoria que es la mayor dada en la historia latinoamericana, en cuanto al número de hombres comprometidos. Se usa por turnos el fusil y el machete, el olor de los muertos hace irrespirable el aire en todo aquel hermoso valle; más que una batalla es una cadena de batallas, dura un mes. Al final, Castro pone en fuga a un ejército de 14.000 hombres que se dispersa en tres fracciones. Don Cipriano regresa a Caracas, señorea y festeja, pero él sabe que el Orinoco sigue en manos enemigas, que no es propiamente venezolano.

Entonces —es natural— derrotada la opción interior, se asoma el poderoso fondo internacional de la situación venezolana con la forma de las proas de los barcos de guerra de Inglaterra, Alemania y Francia.

Según Philippe Buneau Varillat²⁸ los alemanes hacen que Colombia ceda ante los Estados Unidos momentáneamente en octubre de 1902 «porque ellos preparaban el golpe venezolano».

Esto presenta al gobierno de Marroquín como aliado de Alemania. ¿Es real? La colocación de Martínez Silva en Washington para liquidar el canal panameño no corrobora esto, es sin embargo cierto otro señalamiento suyo: el vicepresidente Concha era adverso a la entrega del canal a Estados Unidos. «Cuando viene el bloqueo, Concha es sustituido por Herrán», explica.

Pero antes del bloqueo, nuevas derrotas han llevado al general Uribe Uribe a formularle al gobierno conservador colombiano una propuesta de negociación que se cristaliza en el tratado de Neerlandia. Nombrado muy de paso en Cien años de soledad, este tratado se firmó el 25 de octubre de 1902 y por él el coronel Aureliano Buendía y los otros jefes liberales recibieron amnistía a cambio de entregar las armas. Mientras tanto el otro gran jefe liberal, Benjamín Herrera, había ocupado Panamá. Lo que iba a hacer Marroquín no podía ser un misterio para nadie. Por el Tratado Mallarino-Bildack de 1846, Colombia daba a Estados Unidos derecho de vía o tránsito ilimitado por el istmo y Estados Unidos se comprometía a garantizar la soberanía de Colombia en el estrecho. En 1885, los conservadores de Caro, entonces bajo el mando del presidente Núñez, habían solicitado tropas gringas para que sacaran de allí a los liberales en base al dicho tratado. ¡Marroquín no se iba a abstener de responder la acción de Herrera! Si se hubiese de poner la situación en parlamentos, empezaría el diálogo Marroquín, en tono de amenaza:

—Si toman Panamá llamo a los americanos.

Y uno de Herrera y el Partido Liberal

—Está tomado.

La única factibilidad de que esta mecánica no se cumpliera es que fuese cierta la aserción de Buneau Varillat de que Alemania tenía un poder importante sobre las decisiones el gobierno de Marroquín, y tal cosa no se vio, o porque nunca existió o porque había sido borrado. Por el contrario, Marroquín llama a los marinos estado-unidenses a «mantener el orden». En noviembre, se firmó otro tratado por el cual se rendía el general Benjamín Herrera. No se rinde ante los conservadores, el tratado se llama del *Wisconsin*, porque se firmó a bordo del buque norteamericano *Wisconsin*, anclado ante Panamá, cuyas tropas habían ocupado el istmo poco antes. Los generales Víctor M. Salazar y Alfredo Vásquez Cobo, conservadores y los liberales Lucas Caballero y Eusebio Morales posaron para la historia, altivos, delante de una mesa, en un ambiente de camarote en el acto de firma de la paz del *Wisconsin*. El poder estadounidense era el garante de la amnistía que se pactó y en consecuencia, de la preservación de los liberales contra los atropellos de los triunfadores. Todos los jefes liberales salieron de esta paz y de la de Neerlandia, ministros, embajadores en Inglaterra, senadores, etc. Rafael Uribe Uribe tendrá desde entonces una conducta ambigua, que tal vez respondió a una de similar ambigüedad de Cipriano Castro.

Capítulo 11

Los Nibelungos en América

Respecto a Alemania, Theodore Roosevelt sentía un gusto genuino²⁹. Tenía sangre alemana, cultura alemana, podía recitar largas tiradas de *Los Nibelungos* de memoria; Frederick el Grande y el Otto

von Bismarck estaban entre sus héroes. Había dado la bienvenida a la inversión de capitales alemanes en América Latina, pero la situación venezolana complicaba las cosas.

La había visto caminar. Para él, era la típica situación de una república latina incapacitada para compensar los préstamos extranjeros. Debía más de 62 millones de bolívares a un consorcio europeo impaciente, dirigido por la Gran Bretaña y Alemania. Roosevelt detestaba a Cipriano Castro y había explicado al embajador alemán que, si cualquier país suramericano se malcomportaba, el país europeo embaucado bien podía azotarlo. Así actuaba con el padre de unos hijos díscolos a los cuales el destino manifiesto de los Estados Unidos pautaba aleccionar y encarrilar. Además garantizaba los intereses norteamericanos porque la negativa de pago a una deuda crearía un precedente gravísimo, que se vertería contra los inversionistas de los Estados Unidos más temprano que tarde.

Pero el mundo y el Caribe no eran un severo salón de clases protestante, con su pela al párvulo rebelde y su encierro en el salón oscuro. En un documento secreto, el almirante Taylor presentaba en pasos lógicos el futuro del proceso: Cipriano Castro no tenía dinero, Venezuela no podría ofrecer a Alemania e Inglaterra sino territorio en pago. Incluso podrá hipotecarse más, entrando en dependencia política completa de esas potencias. Gravísimo podía ser el paso de Castro: los Estados Unidos necesitaban un Caribe libre de enclaves europeos pero Castro podía concederlos, por la simple razón de que Venezuela era un país independiente. La independencia de Venezuela es el problema.

Roosevelt autoriza la acción de Inglaterra y Alemania en Venezuela cuando éstas se la presentan con el compromiso de no tomar territorios. Pero escribe en su diario que Alemania no va a respetar el compromiso. Tenía razón para pensar así. Ya en mayo de 1901 conoció de planes alemanes de capturar territorios venezolanos.

Los había denunciado a través de su periódico para esas cosas, el *New York Herald*: «Castro quiere a alemanes en Venezuela, les ofrece la isla de Margarita». El escándalo rebotó en Londres creándole problemas al Primer Ministro Salisbury, que fue acusado de aliancista o cómplice de la Alemania que apoyaba a los boers.

Con todos estos antecedentes ¿Por qué Roosevelt acepta la solicitud de Alemania e Inglaterra de actuar en Venezuela?

¿Un ataque directo a Nueva York o Boston?

El miedo es una hipótesis muy razonable: desde el año 1898, la Marina de guerra alemana realizaba Escenarios de Operaciones hipotéticas planteando la posibilidad de un ataque directo a los EE.UU. —Nueva York o Boston— vía las islas del Caribe y Las Azores, y el resultado muestra aplastante superioridad alemana. La marina del Kaiser podría capturar los puertos importantes «del enemigo»³⁰ en cualquier confrontación en el Caribe, todos. En base a esto, sus tácticos le repetían a Wilhelm II que era necesario actuar antes que Japón y Estados Unidos se consolidaran en el Pacífico, donde tenían posesión de islas. Y urgentísimo actuar en América Latina-Caribe. La pelea es contra el tiempo, repiten, y garantizan el éxito. El tonelaje de la marina alemana dejaba a Estados Unidos, Francia y Japón en tercero, cuarto y quinto lugar.

Sorpresas más duras aún había recibido el hombre del gran garrote en un Juego de Guerra de su propio Colegio Nacional de Guerra Naval, ubicado en Newport, Rhode Island, al que asistió en aquel mismo 1901: los tácticos del Instituto de Guerra naval de los Estados Unidos se sentaban —y él hizo lo mismo— a piernas cruzadas sobre taburetes, alrededor de océanos hechos de papel pintado de azul y movilizaban sus naves y las del enemigo —azules las de los Estados Unidos, negras las de Alemania— a través de los «gridlines». Anotaban los resultados con los lápices de plomo que

entonces eran de uso. Los resultados fueron devastadores. En casi todo contacto el negro prevaleció, su fuego de cañones dispersaba a los azules, los hundía.

A eso se unían los pactos y penetraciones pacíficas de los alemanes en el Océano Pacífico y en América Latina. El mapa del plan alemán era como para poner de punta los ya duros pelos de Roosevelt.

La Alemania guillermana y el México de Porfirio Díaz

Tras Alemania estabilizar su presencia naval en China, las Carolinas, Islas Marshall y Samoa, creó un Comando naval para el Pacífico que en realidad era para la costa Oeste de los Estados Unidos. El almirante Dewey, vencedor en Filipinas, advirtió a su colega Diederichs en la Bahía de Manila, que se quedaran quietos, pero sólo aparentemente acataron los alemanes la exigencia ya que en la próxima reunión anual de la Marina de guerra alemana se planteó la necesidad de presencia de cruceros en aguas americanas y chinas del Pacífico.

Amable y diplomática, Alemania planteaba a Roosevelt que Gran Bretaña era un rival más significativo a los intereses estadounidenses en el Pacífico que Alemania. Los americanos necesitaban aprender que Alemania podría ser una barrera a las «aspiraciones británicas de supremacía absoluta en los océanos, una barrera valiosa», decían. Los «halcones» como se diría en lenguaje de hoy, de los círculos de poder norteamericanos respondían que los Estados Unidos necesitaban un dominio naval absoluto en el Pacífico para preservar «el ideal de una misión imperial», «para realizar el destino manifiesto de la raza anglo-americana». Pero la boca del río Columbia en la parte más norteña de la costa estadounidense del Pacífico, ya casi en Canadá, era un objetivo alemán y hasta la terminación y apertura de un Canal de Panamá, que todavía no poseían,

los estadounidenses no podrían mantener sus barcos en el Pacífico sin debilitar la flota del Atlántico. La costa del Pacífico era para los Estados Unidos, en síntesis, nueva, inmensa y mal defendida y ahí estaba concentrando Alemania sus barcos.

México era otra amenaza. La vocación alemana sobre aquel país venía de la visita de Alexander von Humboldt a México en 1803-1804, en una exploración que dio origen a su famoso «Ensayo sobre el Reino de la Nueva España», donde premonizó un futuro brillantísimo para aquel país con ciudades inigualadas en España y los Estados Unidos y una riqueza cultural sin segundo en el continente. Humboldt fue el primero que atrajo los ojos de los europeos a aquel país casi desconocido; varios capitales alemanes, una vez declarada la independencia de México en el año 1821, emigraron hacia allá.

Hubo después el imperio de Maximiliano, que es, desde luego, reviviscencia e intento de aplicación de las premoniciones de Humboldt tanto como pretensión de poner un dique a la expansión norteamericana hacia el sur, sin desechar un segundo y expansivo paso, dirigido a recuperar las provincias arrebatadas a México por los Estados Unidos. Derrocado y fusilado Maximiliano por Juárez, los alemanes no se habían dado por vencidos. Para el año 1870, comerciantes de Hamburgo, Lübeck y Bremen manejaban las dos terceras partes del comercio exterior mexicano. En 1879, con el presidente Porfirio Díaz, derrocador de Juárez, en el poder, crece todo lo alemán en México. Adviene la industrialización de signo germano. «Don Porfirio» miró a Alemania como modelo, y los intereses económicos alemanes en México creaban una excusa a Guillermo Segundo para muchas cosas. Puesto que los Estados Unidos tenían una estación naval en el golfo de California, Alemania gestiona con México una en la bahía de Magdalena, en la costa pacífica. Un embajador alemán escribió a su canciller: «México está

preparado para colocar sus costas a nuestra disposición», y la oferta mexicana se extendía también al Atlántico, una base alemana en la costa de México sobre el Caribe estaba en tratos. Podía no ser utilizada inmediatamente sino después. El almirante Wilhelm Buchsel dijo que significaría «un golpe a la base misma de la Doctrina Monroe».

Otra vez lo que subyace se llama Texas, California, Arizona, New México, Nevada, Montana y Colorado, se llama reconquista de territorios que debe igualmente incluir a California, se llama destrucción de la República continental creada por Estados Unidos a partir de 1848. Theodore Roosevelt podía tener la espantable visión de un nuevo y enorme país mexicano limitando por el norte con Canadá y por el sur con centro América, cruzado por dos canales, o hasta tres, por los que circulaban potentes naves alemanas, transportando petróleo de Texas, oro de California y productos de alta industria.

Capítulo 12

Acerca de Venezuela...

Acerca de Venezuela, Roosevelt no se sentía pesimista. Estaba convencido de que la ventaja naval alemana era superable, de que las maniobras militares reales mostrarían la fuerza de los Estados Unidos mejor que cualquier cálculo de universidad o informe de inteligencia. ¿Buscaba, con base a estos cálculos, que una precipitación alemana le diera el pretexto para meterse en Venezuela o al menos imponer su mediación, quedando en el papel de salvador de la paz o, mejor, en el del que parte y reparte y le queda la mejor parte? Castro parecía mover otro maquiavelismo, el no-pago de la deuda para servir a Alemania el pretexto necesario para crear una base en la isla Margarita.

Los barcos de guerra europeos circulaban cotidianamente frente a Venezuela, sin entrar en las aguas territoriales. Silenciosamente, Roosevelt transfirió el control de la isla Culebra a la Marina de guerra y organizó un examen discreto de la costa venezolana.

Mientras tanto, el asunto de Panamá se estaba tensando. En enero de 1902 la Cámara de Representantes del Congreso americano aprueba una decisión que autoriza la construcción del canal nicaragüense por los Estados Unidos. En la decisión había incidido un informe de una Comisión Walter, que había encontrado la ruta nicaragüense más económica que la de Panamá. Enorme alarma creó esta noticia en los hombres de la Compañía Francesa del Canal de Panamá, que estaba en total paralización desde el escándalo de quiebra que desprestigió la figura de Ferdinand de Lesseps y lanzó al suelo la más entusiasmada inversión de la clase media francesa. Los pocos accionistas que acaparaban los derechos de concesión y los trabajos existentes los habían ofrecido a los norteamericanos por 109 millones de dólares. Esperaban esa felicidad cuando la decisión del Congreso les puso el gozo en el pozo. Otro que debe estar alarmado es el embajador Martínez Silva.

Sabiendo que si no actuaban rápido todo estaría perdido, Phillipe Bunau-Varilla, el principal ingeniero de la Compañía Francesa del canal, y William Nelson Cromwell, consejero jurídico de Estados Unidos para la compañía, que eran en realidad los directores ejecutivos de la secesión del istmo, bajaron el precio a \$40 millones, haciendo la ruta de Panamá definitivamente más barata. Subsistió una cierta pregunta sobre si la Compañía francesa podría vender legalmente sus derechos. Ante el inoportuno incordio, Cromwell usa sus contactos en el Partido Republicano consiguiendo que el Senador Mark Hanna defendiera la causa de la ruta de Panamá en el Senado.

Un bloqueo se cocina

El 21 de noviembre de 1902 la Marina de guerra norteamericana fue puesta bajo el mando del Almirante George Dewey²⁸. Ese mismo día se la declaró en alerta general secreta. Cuatro acorazados de la escuadrilla norteamericana del Atlántico Norte llegaron de la isla Culebra. Cuatro cruceros y dos «gunboats» de la escuadrilla del Caribe los aguardaban allí. En otros puntos del hemisferio occidental, buques de guerra estadounidenses más ligeros se hicieron a la mar, convergiendo sobre el área como si lo hicieran sobre el papel azul de los juegos de guerra. Días después, Roosevelt se dirigía al Congreso en su mensaje anual. En tono relativamente calmado anunció las maniobras navales ya comenzadas.

El 24 de noviembre, Roosevelt ofreció una cena de Estado en la Casa Blanca a un importante diplomático alemán, el barón von Sternburg. Había conocido a von Sternburg como joven empleado de la embajada alemana en Washington a finales de la década de 1880, cuando Roosevelt era cabeza de la Comisión de Función pública de los Estados Unidos y algo debió tejerse entre los dos pues, estando von Sternburg bien conectado en el Wilhelmstrasse, suministraba a Roosevelt una lectura astuta de la manera como miraba el mundo la clase predominante militarista alemana, mirada que aparentemente no compartía.¹⁶ Describió a los expansionistas como el canciller Bernhard von Bulow. También que la mayoría de la gente del poder alemán percibía como amenazas huecas expresiones como la de que la Doctrina Monroe era un insulto. ¿Lo eran? Otro invitado a la cena fue el periodista Toe Strachey, de *The Spectator*, de Londres, uno de los talladores de la opinión de Gran Bretaña. Entre ellos el anfitrión colocó a alguien que no podría dejar de impresionarlos, el almirante Dewey. Era el héroe militar más grande de Norteamérica, había destruido la flota española en Manila el 1º de mayo 1898 (fácilmente porque el alcance de sus cañones duplicaba el de las naves hispanas), y si se hubiera dado

la ocasión, se decía, habría destruido también a la flota alemana. Quizá no, pues ésta poseía cañones superiores. Pero la imagen de Dewey era la de un asustador de alemanes, ya que las Filipinas eran norteamericanas el día del banquete. Bendecido por Farragut y admirado por McKinley, el almirante tenía una aureola casi santa. Las señoras ponían en sus pechos camafeos con su cuadrado perfil esculpido en hueso y algunos filipinos creían que se comunicó directamente con Dios para los triunfos. Roosevelt sonreía.

El almirante contaba casi setenta años, tendía a cabecear por problemas de irrigación cerebral pero despierto tenía autoridad formidable, acentuada por el brillo de las cuatro estrellas de oro que decoraban su uniforme. En la cena se habló de muchas cosas pero lo importante fue la ceremoniosa expresión por Roosevelt del deseo de una feliz actividad al almirante en el viaje al que partía al día siguiente hacia el Caribe, a dirigir ciertas maniobras navales. La advertencia estaba formulada. Dewey era el germanófono más notorio de los Estados Unidos, una cosa que el barón von Sternburg seguramente conocía y el periodista iba a transmitir a la opinión británica.

Se proponen proceder contra Venezuela

El 25 de noviembre Gran Bretaña y Alemania informaron oficialmente al Departamento de Estado que se proponían proceder contra Venezuela. El Secretario de Estado Hay contestó que los Estados Unidos deploraban grandemente cualquier intervención europea en los asuntos de una república suramericana, pero concedían que la acción en este caso era justificable. Ambas naciones le ratificaron estar interesadas en el reembolso de la deuda y solamente en el reembolso de la deuda. No tenían ningún deseo de establecerse en el hemisferio americano. Con esto, un intento alemán de toma territorial en Venezuela aparecería como un ataque a traición a los Estados Unidos.

El primero de diciembre de 1902, el almirante Dewey salió muy públicamente de la sede de la Marina de guerra norteamericana en el yate presidencial *Mayflower* ²⁹. Según los historiadores norteamericanos, no había nada que Teodoro Roosevelt pudiera hacer mientras Dewey navegaba al sur excepto monitorear el bloqueo anglo-alemán a la espera de una oportunidad para invocar la Doctrina Monroe. La semana próxima permanecería en la Casa Blanca. El público americano seguía por los periódicos el bloqueo con suavidad, inconsciente de los peligros que estaba corriendo.

El 4 de diciembre el Secretario de la Marina de Estados Unidos, Moody, informó que en el Caribe cercano a Venezuela había 53 grandes barcos de guerra de EE.UU. frente a 29 de la coalición alemano-inglesa y francesa y que vendrían cientos de barcos norteamericanos auxiliares. El parisiense *Le Matin* del día siguiente, 5 diciembre, trae una noticia que aparentemente no tiene relación con el caso de Venezuela pero la tiene íntimamente:

«El Nuevo embajador colombiano en Washington, doctor Herrán, aseguró al Secretario de Estado John Hay que no se sigue la línea de política intransigente de *monsieur* Concha, que viene en misión conciliadora con los Estados Unidos».

Bloqueo a Venezuela

El 7 de diciembre, Alemania y Gran Bretaña informaron al presidente Castro que cerraban sus consulados en Caracas e iniciaban medidas específicas para satisfacer sus demandas contra Venezuela³⁰. El almirante Dewey tomó el comando de la flota en Culebra y publicó órdenes de estar listos para un aviso que podía producirse en horas. Se comenzó un programa de desembarcos de práctica a lo largo del litoral de Puerto Rico, bastante parecido al venezolano.

En Venezuela estaba tensamente alerta la flota, formada por cinco modestos barquitos al mando del «almirante» Román Delgado Chalbaud. Delgado había bombardeado los pueblos del Oriente de Venezuela alzados contra Castro en los meses de la revolución Libertadora. Desde alta mar, sus barcos enviaban balas de cañón que penetraban las casas, las iglesias, las escuelas, poniendo un efecto de terremoto. En los pueblos se encendían velas y se crucificaban muñecos deseándole pronto y mal fin a Delgado que, enriquecido con muchos negocios nacionales por don Cipriano, caminaba por las calles de Caracas, seguido por un único edecán vestido de civil, cortejando mujeres, invirtiendo dinero en los negocios que le planteaban los amigos en los cafés.

Y estalló la guerra. Los barcos alemanes *Panther*, *Vinneta* y otros ingresaron a las aguas territoriales venezolanas y capturaron las cañoneras de Delgado Chalbaud, exhibiéndolas atadas una a otra como ristra visible en el horizonte. Hundieron tres. También bloquearon La Guaira y desembarcaron en Puerto Cabello. Castro denunció la agresión en una proclama resonante que comenzaba «¡La planta insolente del extranjero ha profanado el suelo sagrado de la patria!» y hacía en los párrafos siguientes un llamado a las reservas de patriotismo del venezolano, impetrando que nuevos Sucre vinieran a ilustrar la historia nacional.

Los venezolanos hacían cola en las puertas de los cuarteles para pedir su fusil, dispuestos a convertir el territorio venezolano en un infierno para los invasores³¹. Y en verdad, el ejército estrictamente nacional de Castro bien hubiera podido disturbar a los extranjeros en vastas partes del territorio venezolano. En los meses siguientes, un movimiento popular de respaldo a Cipriano Castro se hace sentir en el país. En América Latina se está levantando un fermento a favor de Venezuela y ello tiene una forma especial en la Argentina, cuyo Canciller, Drago, enunció su Doctrina de no aceptar como legales las intervenciones militares por deudas. La ley que debe

regir, señala, es la del país donde se han producido los hechos que se discuten. El razonamiento de fondo es que los países poderosos que invierten en los países débiles se benefician de esa debilidad para obtener ventajas que no podrían aspirar en sus países de origen, en consecuencia deben también aceptar los límites y defectos de éstos, sin pretender ventajas especiales que sólo les vendrían de su superioridad militar.

El jefe de la derrotada revolución Libertadora, Manuel Antonio Matos, declaraba mientras tanto a un periodista que nada tenía que temer Venezuela de los extranjeros, que estaban en su derecho de cobrar sus cuentas, y que el motivo de la acción naval eran las provocaciones de Cipriano Castro. Y como Matos sienten todos los derrotados de la Revolución Libertadora, lo que vale decir más de la mitad de los venezolanos. ¡Coriolanos! les grita la propaganda oficial.

Capítulo 13

Oferta alemana de reparto de Venezuela

«Nosotros consideraríamos la ocupación temporal de diversos lugares venezolanos»³², decía una nota ultraconfidencial alemana dirigida a Gran Bretaña. El Kaiser Guillermo segundo lanzaba la máscara y manifestaba su intención de adquirir territorio venezolano. Y por supuesto, invitaba a Inglaterra a reservarse otros. La parada era descomunal, Alemania intentaba ganar el juego de Suramérica en un solo golpe, incitando a Inglaterra a romper la Doctrina Monroe y aliarse con ella en un reparto que sería, en principio, de Venezuela, pero se irradiaba a Colombia y al resto del subcontinente por las vías ya comentadas.

El trozo que tocaría a Inglaterra era obviamente el Orinoco. De hecho, la flota británica patrulló durante el bloqueo la costa ve-

nezolana oriental, hasta el río, mientras la alemana cubría la occidental, sintomáticamente hasta Maracaibo. La parte alemana era la correspondiente al contrato Welser, cosa que, a buen seguro, no por casualidad coincidía con que la prensa alemana movía el tema de la concesión Welser. Había habido violencia e ilegalidad en la anulación del contrato de los banqueros en 1545, señalaba. Quedó un litigio a cuyos legajos pertenece la siguiente carta, dirigida a Carlos Quinto por Bartolomé Welser:

«Vuestra majestad Imperial sabe sin duda que mis primos hermanos y yo hemos estado dispuestos hasta ahora a servir a la casa de Austria en bien y en provecho de la misma, con toda humildad, por cuyo motivo también nos hemos visto obligados a dar garantías a varios príncipes que tenían confianza y fe en mí y, quizá, en ninguna otra persona, a fin de complacer al abuelo de Vuestra Majestad, el difunto Emperador Maximiliano, y conseguir para su Majestad la corona romana».

El tema es el préstamo que dieron los Welser y los Fugger para que Carlos Quinto fuera emperador de Alemania y Sacro emperador romano. La carta es de poco después de la anulación de la concesión, de queja por eso. Continuaba:

«Para los mismos días hice adelantos de importantes sumas de dinero a los Comisarios de Vuestra Majestad; una gran parte de ese dinero lo tuvimos que pedir a los mismos amigos nuestros. Asimismo es conocido y evidente que Vuestra Majestad no habría conseguido la corona romana sin mi ayuda, lo que puedo probar por los escritos autógrafos de los comisarios de Vuestra Majestad. Tampoco en ese asunto he mirado mis propios intereses, pues si hubiese querido apartarme de la casa de Austria promoviendo a Francia habría conseguido muchos bienes y dinero, todo lo cual también me fue ofrecido. Sin embargo, las desventajas que hubiesen sido originadas de eso a Vuestra Majestad y a la

casa de Austria las debería tomar Vuestra Majestad en consideración de su propia alta inteligencia».

Detrás de la retórica respetuosa lo que late en estas líneas es altanería y resentimiento, acusación al malagradecido que todo lo debe y ahora desconoce el negocio. Los Welser recibieron Venezuela desde el Cabo de La vela y específicamente la región del lago de Maracaibo. En la cosmografía de la época, que hemos adjetivado de adivinatoria en el capítulo correspondiente a la Colonia, se suponía y, correspondientemente, en el contrato que el lago de Maracaibo era el paso al océano Pacífico, lo que invita a recapitular las siguientes afinidades entre los proyectos de Carlos V y Guillermo II:

- a.— Carlos V tuvo notable interés en el canal interoceánico
- b.— Carlos V concedió a los Welser, alemanes, ese canal, al tiempo que la región del lago de Maracaibo.
- c.— Carlos V intentó unificar a Europa, principalmente mediante la conquista de Francia.
- a.— Guillermo II tiene notable interés en el canal interoceánico
- b.— Guillermo II intenta dominar la región del lago de Maracaibo.
- c.— Guillermo II intenta unificar a Europa, principalmente mediante la conquista de Francia.

Volviendo a la oferta alemana de partición de Venezuela, era pensable un mapa en el que aparecerían, en lugar de Venezuela, tres franjas-país verticales: la más oriental abarcando el estado Bolívar, Anzoátegui, Monagas, Sucre y Margarita, inglesa. Otra contendría el centro, protagonizado por Caracas o más bien por Valencia, integrando además los estados Guárico, Cojedes y Apure y constituyendo propiamente Venezuela, la tercera sería la república del Zulia, extendida hasta los Santanderes colombianos, abarcando tal vez a Panamá, y sería propiedad de Alemania.

La oferta era muy tentadora para Inglaterra, poseería las minas de oro, pero ganaría más, porque lo que en realidad proponía Alemania era el desarrollo imperial de la llave inglesa, un dominio británico del río Orinoco con vocación de extensión al Brasil y hasta el Plata. El laudo de París no debía tenerla muy contenta. ¿Por qué no acepta el inmenso regalo alemán? Hubiera significado una guerra con los Estados Unidos, guerra que Inglaterra venía evitando desde 1829 si no antes. Amagar con esa guerra era cosa que los británicos habían hecho muchas veces para regateo, emprenderla era otra. Y habría guerra con las fuerzas de Cipriano Castro, pequeñas pero aguerridas, más o menos bien armadas y que estarían calentadas por el licor del patriotismo.

Pero además, ya Inglaterra y los Estados Unidos habían firmado el tratado Hay-Pauncefote, por el cual Londres admitía que los Estados Unidos dominaran el futuro canal interoceánico, fuese éste panameño, nicaragüense o de cualquiera otro sitio, y por supuesto, no habría hecho eso sin recibir a cambio grandes ventajas. Si entraban en el juego alemán perderían el juego estadounidense. Panamá y Nicaragua serían el precio. Sobre todo Panamá. Cosa distinta, esa sí sensata, era escuchar la oferta alemana y acariciarla. A ello no serían inmunes los Estados Unidos.

El plan de Wilhelm, cambiador de Suramérica, cambiador del mundo, quizá paridor del que intentaría doce años después mediante la Guerra mundial, se decía haber sido pactado en una reunión que sostuvieron el zar de Rusia, el Kaiser Wilhelm II y el rey de Inglaterra, Henry, en 1901. Eran primos Wilhelm y Henry, había sectores germanófilos en Inglaterra como los había germanófobos. ¿Cabía traición entre reyes? Lo cierto es que una cosa dicen los reyes y otra imponen los enlevitados ministros y altos burócratas, representantes del gran capital.

¿Cabía traición entre reyes? La mayor parte de la tremebunda flota alemana no estuvo en el Caribe en los días del bloqueo a Venezuela porque se desplegaba en el mar del Norte, en posiciones buenas

para atacar las islas británicas. Por algo sucedió eso. «La pérfida Albión» no podía ignorar el riesgo de sucumbir bajo la pérfida Alemania, riesgo de que Venezuela resultara una carnada mientras los teutones asaltaban fácilmente una Londres no cuidada. Dividió pues sus atenciones en los dos frentes e hizo llegar a Theodore Roosevelt el papel que contenía la oferta alemana.

Una guerra mundial que nunca sucedió

Holger H. Herwig dice que tras el encontronazo de Venezuela, el «reaprochement» de Francia e Inglaterra contra Alemania se incrementa de manera irreversible. Es una constatación, desde luego bien basada. Si miramos a las causas, no debe ser pequeña el que Inglaterra estaba definitivamente aliada a los Estados Unidos en Panamá.

Añadamos que las paradas enormes tienen, si fracasan, precios enormes. Eso le pasó a Alemania. Por respeto a sí misma no podría perdonar a Inglaterra la traidora comunicación del documento ultrasecreto a Theodore Roosevelt. Vendrían variantes, intentos de actuar en sentido contrario pero, a partir del momento venezolano quedaba establecida la alineación que estructuraría la Primera guerra mundial.

Con el dato en la mano, Roosevelt se movió rápidamente³¹. Justo en la mañana siguiente, el embajador alemán, Theodore von Holleben, visitaba la Casa Blanca con un grupo de sus compatriotas. La visita era ceremonial pero dio a Roosevelt una ocasión de hablar con el embajador privadamente, sin atraer la atención de reporteros. Años después diría que lo que lo preocupaba especialmente era la inclinación de Wilhelm hacia la fantasía: «Me escribe que es un descendiente de Frederick el Grande, tiene gusto de vestirse como Frederick, puede sentirse Frederick redivivo». La negociación debía ser muy diplomática. Sería temerario humillar a una persona así en el Caribe o en cualquier parte del mundo. Tratando de parecer muy cortés, tomó al embajador por un brazo, habló con

énfasis extremo: le pidió decir el Kaiser que tomara las maniobras de Dewey en Venezuela simplemente como una manera de aparecer cooperando con los alemanes. Asentada la amabilísima mentira, señaló que lamentaba decir que las fuerzas norteamericanas se verían obligadas a interferir por la fuerza en caso de que Alemania tomara alguna acción que pareciera la adquisición de territorio en Venezuela u otra parte del Caribe.

El clima amable que la *tactfulness* de esta advertencia había tratado de mantener fue roto por von Holleben, que, muy a diferencia del barón von Sternburg, compartía íntegramente las visión del mundo del Kaiser. Fríamente repitió la posición oficial de Alemania.

—El Kaiser no tiene ninguna intención de tomar posesión permanente de territorio venezolano.

El vocablo «permanente» sacó de sus casillas al americano. Implicaba el plan de ocupar territorio «temporalmente». Un «temporalmente» que él conocía bien. Contestó con sarcasmo:

—Estoy seguro que Wilhelm piensa en una temporalidad igual a la que ejerce sobre Kiaochow.

Kiaochow era un puerto de China al que los alemanes no habían conquistado, no, aplicaron allí una ocupación temporal que se convirtió en un arriendo por 99 años. ¿Era esto lo que planeaban en Venezuela? Von Holleben no pudo esta vez reaccionar. El presidente le informó cortésmente el ultimátum: él esperaría diez días el retiro total de Berlín de las aguas venezolanas. Si no se producía, el almirante Dewey actuaría.

Continúan los golpes

Dirigidos por el almirante británico sir Archibald Douglas, comenzaban los golpes de artillería naval contra los viejos fuertes venezolanos, herencia de la colonia. Las modestas baterías venezolanas

de poco servían y menos los troncos de cocoteros que Castro hizo cortar y colocar en fila en las montañas de La Guaira para que fingieran, vistos desde los barcos, enorme y numerosa artillería apuntada contra ellos.

El segundo de la embajada en Washington, von Sternburg, parece entonces traicionar a su país. Tal se desprende del siguiente párrafo³²:

«Von Sternburg, pensando en su propios intereses, y sobre todo comprendiendo que a Roosevelt no le gustaba el embajador von Holleben y prefería una compañía más agradable en Washington, como la de él, escribió secretamente al presidente que la crisis venezolana estaba causando un considerable revuelo en Berlín. Parecía haber un similar revuelo en Londres por las revelaciones de Loe Strachey acerca de una de las alianzas más asombrosas hechas alguna vez por Inglaterra con una potencia extranjera, alianza que *The Spectator* revelaba en detalle, alebrestando la opinión, “adversa siempre al aventurerismo compartido”.»

El canciller von Bulow comunicó a su majestad Wilhelm los comentarios producidos en Londres. La colorada y gruesa mano garrapeó irritadamente en el margen del informe una orden al embajador en Londres de tomar el pulso de la prensa y responder apropiadamente a cada caso. Igualmente que Alemania debía abstenerse de exhibiciones unilaterales de fuerza. «Debemos permitir que nuestra marina aparezca apoyando a los británicos», escribió. Pero ya las fuerzas estaban desatadas. Ocho naves venezolanas más sufren captura y un rato después de escribir su instrucción el emperador, el *Vinneta* bombardeaba Puerto Cabello en respuesta a la provocación de un barco venezolano de muy escaso tonelaje. Cierto, fue un bombardeo anglo-alemán pero eso no suavizó las cosas. Poco después Cipriano Castro solicitaba el arbitraje de los Estados Unidos. Humillante, muy humillante fue aquel «pedir ca-

cao» para el hombre que se había enfrentado a Roosevelt y a Europa proclamando una independencia nacional intocable.

Con la petición de Cipriano Castro en las manos, la posición de Theodore Roosevelt era muy cómoda, al menos en lo legal. ¿Lo sería también en lo militar?

El 14 de diciembre de 1902 amaneció gris y frío en Washington³³. La Casa Blanca estaba envuelta en la tranquilidad del fin de semana, pero la cuenta descendiente del ultimátum continuaba. En cuatro más de tales amaneceres expiraría. Inesperadamente, von Holleben pidió ver al presidente. Von Holleben era un diplomata de la vieja escuela. Tenía una risa oportuna, que sacaba cuando preveía un ataque conversacional. Se saludaron sin mayor ceremonia. Si Roosevelt esperaba una respuesta a su ultimátum, pronto estuvo decepcionado. Von Holleben parecía interesado en hablar sobre el tiempo y de todas las cosas, incluido el tenis. Con la paciencia perdida, Theodoro Roosevelt preguntó si Alemania iba a aceptar la petición de arbitraje del presidente Castro, que había sido transmitida a Berlín por el Secretario de Estado. El embajador no contestó directamente. Controlando su genio, el presidente explicó que el Kaiser Wilhelm debía entender que él, Roosevelt, amenazaba con guerra. Von Holleben declinó hablar en tal lenguaje perentorio. El presidente contestó que en ese caso, él debía avanzar su ultimátum por veinticuatro horas. El plazo bajaba del 18 al 17 de diciembre. Von Holleben, sacudido, explicó que Wilhelm II no aceptaría el arbitraje estadounidense. La decisión fue mantener el ultimátum reservado. Las flotas continuarían inmóviles, Wilhelm estaría libre de ceder sin que el mundo supiera que había sido forzado.

Von Holleben consideró la amenaza increíble. El Kaiser había dicho «Haremos lo necesario con nuestra Marina de guerra, incluso si descontentamos a los yanquis». Él no deseaba ser despedido por alarmista. ¿Y si el ultimátum del presidente resultaba ser un *bluff*?

¿Y si era serio? Von Holleben decidió consultar a alguien que conocía a Roosevelt bien, el cónsul general en Nueva York, Karl Bunz.

Bunz le aseguró que Roosevelt no fanfarroneaba. Ni la estrategia norteamericana estaba estropeada. Al menos a corto plazo tenía ventaja, pues la Marina de guerra de Kaiser estaba dispersa, parte en el Pacífico, parte rodeando a Inglaterra, mientras que los americanos la tenían concentrada en el Caribe. El Almirante Dewey estaba en posición de aplicar un golpe brutal al prestigio alemán en el Caribe. Mientras que von Holleben luchaba con esta información angustiosa, las tensiones diplomáticas se convertían en muy duras entre Londres y Berlín. El señor Lansdowne, Ministro de Asuntos Exteriores británico, se encontraba en una posición difícil. El rey Edward VII expresaba molestia en aparecer aliado con Alemania contra una potencia suramericana insignificante. Con sinceridad o con hipocresía, Lansdowne se mostró entonces partidario de aceptar el arbitraje del presidente de los Estados Unidos. Pero el Wilhelmstrasse no decía nuevas palabras y el embajador alemán en Londres, Paul von Metternich, insistía en que el Kaiser no aceptaría el arbitraje...

El 16 de diciembre, menos de veinticuatro horas antes de cumplirse el plazo de Roosevelt, von Holleben visitó Wall Street para comprobar las fluctuaciones últimas de la opinión americana, alemana americana y latina. Su ausencia en una recepción de la tarde del día 16 en la embajada británica en Washington causó comentarios. Holleben se había movido a Nueva York donde, antes de medianoche, envió un telegrama a Berlín.

En Londres, el gabinete británico aprobaba la oferta de arbitraje americano presentada por Lansdowne, con lo que quedaba metida una cuña en la alianza británico alemana, incluso oficialmente. En Washington, el gabinete de Roosevelt realizaba una sesión cerrada. En San Juan, Puerto Rico, un barco rápido torpedero estaba listo acometer cualquier misión que le encargara el almirante Dewey, y

el almirante Taylor ordenaba a la inteligencia naval comunicarse con la flota solamente en cifra y que las maniobras del Caribe fueran discretas, precaución que servía de poco porque los reporteros pronto informaron que la escuadrilla de acorazados se desplazaba de Culebra hacia Trinidad, a solamente sesenta millas de Venezuela. El 17 el parlamento alemán Reichstag, en sesión secreta aceptó el arbitraje. Sí, dos días antes del fin del ultimátum yanqui. Lo demás es burocracia. Juntas, Alemania e Inglaterra piden oficialmente a Roosevelt intervenir para llevar a un arbitraje el asunto de Venezuela.

Roosevelt nunca debía saber exactamente en qué términos von Holleben transmitió la amenaza americana. Algunas manos, probablemente las del mismo Wilhelm acercaron a un fuego el telegrama humillante llegado de Nueva York. Los rencores de la guerra de los boers recibieron refresco entonces con un famoso poema antialemán de Rudyard Kipling, *The Rovers*, publicado en *The Times* de Londres, ligando aquel frente con el venezolano.

Días después, Herbert Bowen, el embajador norteamericano en Caracas se retrata al lado de Castro en simpático apretón de manos en el muelle. Al fondo está el costado de un barco en el que el diplomático viajará a La Haya como representante de Venezuela. Bowen es alto, rubio, de aspecto inocentón, Don Cipriano también mira a la cámara, es pequeño, barbudo, de gesto diabólico.

Capítulo 14

Guerra mundial, ¿ahora sí?

Lo anterior ha sucedido en diciembre de 1902. Menos de un mes después, el 17 de enero de 1903 el cañonero alemán *Panther*, con fama de ser el barco de guerra más evolucionado del mundo, ataca la boca del lago de Maracaibo. La sorpresa fue mundial, hubo

alarma, era un nuevo reto a la potencia americana (nadie calculaba respuestas venezolanas). ¿Qué buscaba Alemania? Obviamente, insertarse en la región del lago y sus anexidades o “plateaux” andino, que podían extenderse virtualmente hasta Panamá. La elección coincide territorialmente con la oferta a Alemania y tenía piso. El lago de Maracaibo era el territorio más desarrollado por los alemanes en el norte de América Latina. En principio Venezuela no les interesaba por Venezuela sino como camino a Colombia. Repetían científicamente, imaginativamente, la exploración que condujo a Nicolás Federman a Bogotá. Complementariedad geográfica llamaban aquello, debido a que los ríos que forman el lago de Maracaibo bajan casi todos del lado colombiano, de la Sierra nevada de Santa Marta, como acotaba en otro contexto Miguel Antonio Caro. ¿Qué sentido tiene que los ríos estén en un país y el bacín en otro? Ninguno, según los planificadores alemanes. Definían su «república» en términos de dos cuencas, una la de Maracaibo, occidental, la otra la integrada por los territorios que van desde la ribera oriental del Magdalena hasta la Sierra Nevada. Las casas comerciales de Alemania necesitaban tener los dos lados de la boca de Maracaibo juntos. Además, sabían del petróleo, cuyo brote espontáneo se conocía desde siempre con el nombre de Mene y figura en informes diplomáticos por el cónsul norteamericano en Maracaibo, Plumacher, en esas décadas³⁴. Y sabían del valor de aquel aceite que hacía más de cuatro décadas industrializaba la Standard Oil de John Rockefeller en los Estados Unidos. Pero Maracaibo les interesaba sobre todo por su cercanía al mercado estadounidense, que tiene enfrente, amen de la buena comunicación con Alemania, que era su acción de cada día. La «república» de Alemania se extendía hasta Puerto Cabello, partiendo del Magdalena; la definían en base a los informes de Alejandro Humboldt, cumplía lo pautado en las declaraciones de Gustav Schmoller, acerca de que para el entrante siglo XX Alemania debería tener una colonia de 20 a 30 millones de personas en América Latina.

Una nueva sorpresa, quizá mayor, depara la acción del *Panther* en Maracaibo. Fracasa. Con increíble ineptitud, los petulantes marinos de guerra alemanes intentaron ingresar al lago mientras la marea estaba baja por lo que la nave se pegó en la barra de arena que se forma en la boca de éste, quedando atrapada varias horas. Se formó una batalla entre las viejas baterías venezolanas y las del *Panther*. Los proyectiles alemanes semidestruyeron el castillo español que custodia la boca del lago pero el *Panther* debió retirarse o huir con el ultramoderno blindaje abollado. Corrió una explosión de alegría y burla popular antialemana por Venezuela mientras Castro condecoraba a los valientes defensores.

Para sacarse el clavo, Alemania envió el crucero *Vinneta* a Puerto Cabello con artillería de 15 y 21 cm, que disparó 100 proyectiles, haciendo los destrozos «adecuados», lo que resultó en una algarabía contraria a Alemania en Londres y Nueva York, y hasta en París. Alemania se retira discretamente.

Al hilo han sucedido dos movimientos mal calculados y peor ejecutados por Alemania, que le han traído humillantes derrotas. Acaso la explicación esté en las contradicciones gravísimas que azotaban al mando alemán hasta llegar al desorden de acción. Ya cuando la crisis de 1898 en Cuba, el almirante Tirpitz se opuso a actuar porque Alemania no estaba lista para ello. Propuso en cambio comprar Saint Thomas y Curazao para amagar el canal pero Wilhelm dijo «No enviaré mis hombres fuera por unas pocas islas». Se percibía como un conquistador, dispuesto a tener territorio firme, que buscó en Venezuela y Colombia. La aprobación definitiva del tratado Hay Pauncefote con exclusión de Alemania del proyectado canal y la ocupación «provisional» de Panamá por los marinos norteamericanos, eran el tipo de hecho que bien podía colocar desesperación en quienes decidían en Berlín. Entre los jefes y empleados de las casas alemanas de los Andes hay indignación contra el Kaiser, se lo percibe como el mayor imbécil que ha

dado el mundo. Es coprófago, dicen, y repiten que se hace servir un rollo de excremento en las comidas, con ensalada. Que exige, eso sí, que ésta no tenga cebolla porque le da mal aliento. Atribuir al despecho de los que soñaron con una república alemana del Zulia y Casanare la idea de la coprofagia del emperador alemán es lógico. Pero hay otra manera de entender la cosa. Estudios recientes³⁵, muestran el vasto fondo místico de la ilusión que conducía al emperador a la Primera Guerra Mundial. Él se vivía articulado con el llamado Priorato de Sion, rama del judaísmo que actúa en términos de cumplimiento de utopías de Quinto Imperio. Nabucodonosor practicaba la coprofagia. En una relación mecánica, la coprofagia pondría a la gente en conexión con los imperios, con la historia universal, y difícilmente podría buscarse un Quinto imperio mejor que el Sacro Imperio Romano Germánico redivivo, que uniera bajo la férula Habsburgo a Europa y América. Wilhelm II tenía en sus planes un espacio enorme, eso está probado, el mismo que, con sus especificidades de época, habían intentado abarcar Cristóbal Colón, Carlos Quinto, antecesor de Guillermo, Napoleón Bonaparte, Chateaubriand, Napoleón Tercero. «El que quiere unir a Europa necesita América y requiere canal», pareciera ser el lema de los gibelinos.

Los militares alemanes debía percibir derrotas como la del *Panther* como meramente políticas, pues apenas dos meses después de los episodios de Maracaibo, en marzo de 1903, el Almirante Buchsel cree llegado el momento de actuar en Norteamérica. Informa al Kaiser Guillermo II que

«Sólo puede haber ahora un objetivo para la estrategia de guerra alemana: Una presión directa sobre la Costa Este de EE.UU., una ofensiva sin piedad para confrontar al pueblo estadounidense con una situación insostenible extendiendo el terror y dañando el comercio y la propiedad enemiga»³⁶.

Es el Plan de Operaciones III, formulado entre 1898 (rectificado en 1906) por Buchsel y el almirante Otto von Diederichs, en co-operación con el general Alfred Graf von Schlieffen del ejército. En paralelo con las acciones en la costa Este, Tirpitz enviaría su flota a tomar Puerto Rico y después lanzarían ataques de sorpresa a lo largo del litoral atlántico estadounidense. Las tropas alemanas avanzarían en Nueva York City y se adentrarían algunas millas más, hasta la casa de Theodore Roosevelt en la bahía de la Long Island. Paralelamente con esto correría la guerra en el Mar del Norte, para golpear a Inglaterra. ¡Las dos potencias de habla inglesa atacadas a la vez!

Según los planificadores alemanes, para ser acertada, la operación contra los puertos americanos tendría que ser puesta en ejecución tan rápidamente y tan poderosamente como fuese posible, y eso requería una base central del aprovisionamiento. Valparaíso era el primer punto elegido (a pesar de algunos defectos de su posición) porque la Marina de guerra alemana tenía firmes acuerdos con Chile. Ya en el Pacífico, El Callao también fue sugerido, pero los puertos en México eran más cercanos a los Estados Unidos. Y ahí se contaba con Porfirio Díaz.

Eso era lo previsto en el Plan de Operaciones III. En el I, la guerra alemana sería contra Gran Bretaña y el teatro principal de la acción estaría en Europa. Se preveían las medidas «por las cuales podemos afectar la vida económica general de Inglaterra». Los documentos alemanes indican que comercio británico con Asia y con Australia por el canal de Suez estaba bajo puntería. Interrumpir la economía británica y causar el malestar social interno forzaría el gobierno inglés a negociar en términos alemanes. En este caso, los Estados Unidos podían aparecer como tercero expectante. El Plan de Operaciones II era para el caso de que los Estados Unidos se implicaron en la guerra como aliados de Gran Bretaña. Se preveía una guerra al mismo tiempo en Europa y en América.

El episodio venezolano y los que estuvieron planificados sobre Colombia, Nicaragua, etcétera, deben entenderse dentro de este contexto de Guerra mundial, planteada para 1903 y que estallará finalmente en 1914.

Capítulo 15

I took Panamá!

Inerme ante los poderes norteamericano y británico coaligados contra ella, mal defendida por un gobierno y una revolución que han sustituido el mutuo odio por la rentable componenda, Colombia vive en 1903 la agonía. En Washington, en la casa de habitación del Secretario de Estado Hay, se firma el 22 de enero de 1903 el Tratado Hay-Herrán, el preparado por Carlos Martínez Silva, que daba todo el istmo a Estados Unidos, prácticamente sin compensación. Según Buneau³⁷, tras el fracaso alemán en Caracas, Colombia quedo debilitada ante los Estados Unidos y debió firmar el Herrán-Hay. Ello tiene sentido. Con la victoria venezolana, el ya muy grande poder de Roosevelt se había acrecido y el alemán, en cambio, si alguna vez intentó inteligentemente aliarse con Colombia, palideció. El embajador Concha, que se negaba a firmar la entrega desventajosa de Panamá, fue sustituido por Herrán, que traía un plan muy distinto. Por el tratado Herrán-Hay, Colombia reconocía el derecho de la compañía francesa de vender su concesión y los Estados Unidos recibirían el derecho exclusivo a una zona de diez kilómetros de ancho en la cual podrían construir y fortificar un canal, el derecho de mantener orden, incluyendo el uso de la fuerza armada con el consentimiento de Colombia, y el derecho de supervisar la salud pública. Por su parte Colombia recibiría una suma global de \$10 millones más una anualidad de \$250.000, lo que frecuentemente el Canal ha rentado en un día de

labores. El Tratado era sólo un proyecto hasta que lo autorizara el Congreso colombiano. Sobre ello se inicia una de las máquinas más inmorales de la política continental de todos los tiempos.

En agosto del mismo 1903 el presidente Marroquín envió el Tratado Herrán-Hay al Senado colombiano, a fin de que decidiera si lo aprobaba o no. Comenzaron las discusiones. Entonces el embajador estadounidense en Colombia, Beaupré³⁸, envió al Congreso un papel haciéndole patente que, habiendo sido aprobado el Tratado por el senado de los Estados Unidos, Colombia no tiene libertad para rechazarlo, que si el Senado de esta república le encontrare objeciones daría lugar a medidas, decía textualmente el ministro norteamericano, «que todo amigo sincero de Colombia vería con pena».

«La hipocresía y el cocodrilismo hasta en el acto de fuerza», comenta Pereyra sobre esto³⁹ y acota:

«Esta nota estaba calcada en las que enviaba en 1851 a la Secretaría de Relaciones de México el ministro de los Estados Unidos, exigiendo (a Benito Juárez, Presidente) la ratificación de un tratado sobre Tehuantepec que tuvo pendiente la amenaza de una guerra durante largos meses...».

El Congreso colombiano rechazó unánimemente el Tratado Herrán-Hay. Y declaró aplazado el análisis. En aquel Congreso colombiano se movía una conspiración cuyo eje era el político conservador y general Rafael Reyes. El patriota colombiano nacido en Panamá, Juan Bautista Pérez y Soto (tenía también sus alianzas norteamericanas) la ha narrado con detalle en el libro *Inri*⁴⁰, título que aspira a ser, dentro de la retórica católica que practica su autor, la marca eterna de deshonra que se pone en la frente de los culpables. Incluye, por ejemplo, la Carta del embajador Beaupré sugiriendo que

«...no se forzase la ratificación del Tratado (Herrán-Hay) en los primeros días del Congreso, pensando que

sería mejor influenciar la opinión pública en un sentido más favorable, antes de tomar aquella actitud».

«Fue en estos últimos días —acota Pérez y Soto» cuando se le ocurrió la idea a los miembros del Gobierno, al general Reyes y a otros, de que lo mejor sería que se rechazase el Tratado en el primer debate, con la esperanza de que tan precipitada e inusitada acción, hiciese levantar los Departamentos de la Costa, con vehementes protestas; hiciese subir el cambio enormemente, y perturbado en tal alto grado el país, hiciera surgir una reacción del sentimiento público que pusiera a aquellos (Reyes y el gobierno conservador) en capacidad de hacer reconsiderar el Tratado o de pasar una ley autorizando al Presidente para perfeccionar las negociaciones...».

El plan era, pues, producir levantamientos generalizados de los territorios costeros de Colombia, los que más beneficiados económicamente saldrían de la construcción del canal, y que por avaricia —usamos la palabra en el sentido anticuado de ella, de deseo compulsivo de riquezas, no de evitación exagerada de gastos que tiene hoy— desearían ver el Tratado ya, el canal ya, sin regateos. Los agentes electorales de Reyes, particularmente uno de apellido Insignares, recorrían los territorios de la costa colombiana moviendo el descontento, propiciando la crisis de la moneda, la angustia generalizada. Reyes pensaba mover entonces la aprobación del tratado y montarse con ello en una ola que lo llevara a ser electo Presidente. Pero el remezón costero no fue fuerte y el Congreso persistió en su actitud de negar el Tratado.

Entonces surge una actitud cicatera y egoísta de otro sector del conservatismo. El ex presidente Miguel Antonio Caro, conservador pero de los llamados nacionalistas, enemistados con Marroquín, logra que el Congreso le devuelva el Tratado Herrán-Hay al Presidente exigiéndole que lo reenvíe al Congreso firmado. ¿Qué se persigue con eso? Poder juzgar a Marroquín por trai-

ción a la patria. Pérez y Soto no ataca a Marroquín en esa oportunidad para no politizar la cosa o tal vez, hay que pensarlo, para no coincidir con Caro porque hasta ese momento era del partido de Marroquín. El 31 de agosto sucede una ruidosa pelea de Pérez y Soto y Marroquín que intenta nombrar gobernador de Panamá a Obaldía, político integrado a la maniobra coordinada por Beaupré. Pérez y Soto grita en el Congreso que Marroquín y Reyes envían a Obaldía ex profeso a Panamá para que el Istmo caiga en poder de los americanos⁴¹. Los conservadores increpan a Pérez y Soto negando la base y seriedad de las acusaciones. «¡Pruebas!», le exigen, «¡Pruebas!». Pérez y Soto se presenta al día siguiente con una carretilla llena de legajos de pruebas que moviliza él mismo con sus manos de viejo por el pasillo central del hemiciclo para entregarlas en la presidencia. Estos documentos serán la base del libro *Inri*.

El 2 de septiembre de 1903 es nombrado gobernador de Panamá Obaldía, que ha dicho preferir la nacionalidad norteamericana a la colombiana. Es lo que comentaría alguien con la expresión: «Al ladrón, darle las llaves». Mismo 2 de septiembre, destituido el gobernador Mutis Durán, adverso a la secesión. Obaldía leería una pieza oratoria preparada por Pablo Arosemena, el general Aizpuru y mister Simpson. Discutiéndose el Tratado Herrán Hay, le entra a Walter Wellan uno millón de dólares para comprar al Congreso de Colombia «con maletas y todo», según Pérez y Soto.

Ante proposiciones de que se reforzara la guarnición colombiana en Panamá el presidente Marroquín dijo «comonó» y envió a Panamá de comandante a un general Sarriá, muy de Reyes, luego a Juan B. Tobar, de los secesionistas. Tobar viaja despacio. El 3 de agosto Beaupré informa: «Se ha nombrado a Obaldía, Insignares y Barrios autoridades en Panamá para garantizar la presidencia de Reyes». Obaldía al preguntarle los periodistas si secesionará, responde que

depende de si Reyes es electo Presidente. Poco después, siempre en agosto de 1903, según Pérez y Soto:

«Cuando vieron perdido en el senado el Tratado de su corazón⁴², hicieron un pacto Obaldía, Reyes y Beaupré. Reparto de diez millones de dólares entre 200 personas. Para Reyes además, la presidencia de Colombia, para Obaldía la gobernación de Panamá que seguiría perteneciendo a Colombia, para los Estados Unidos el canal».

17 de octubre de 1903: el general Juan B. Tobar está todavía viajando, en Cartagena lo apuran ante noticias de clima alarmante existente en Panamá. Continúa su viaje despaciosamente.

Los secesionistas no secesionan por consideración a Reyes que ofrece crear un congreso colombiano favorable al Hay-Herrán. «Centranos» es un término de los panameños para calificar de ignorantes, oscurantistas y cerrados a los colombianos del centro, que frenan el Tratado. Los Demócratas tienen el 30% del Congreso norteamericano, suficiente para improbar el Tratado Herrán-Hay. Si lo hacían o no dependía de la actitud de Colombia. Pérez y Soto escribe⁴³:

«...un personaje norteamericano le había dicho (a Pérez y Soto): “Partan ustedes del principio de que la resistencia que haga el Partido Demócrata americano estará en proporción de la energía con que ustedes sepan rechazar ese abuso. Si Colombia revela que es pueblo capaz de alta virilidad, será muy grande para ustedes el apoyo de los demócratas, porque lo de Panamá será presentado como una guerra de conquista”».

Aparentando pelearse o haciéndolo en realidad, los partidos Liberal y Conservador de Colombia coincidirán en evitar toda sombra de resistencia armada.

Mandó al Presidente Amador a Panamá con instrucciones

Enojado por las demoras, Roosevelt denuncia a los colombianos como «corruptionists homicidal» y «monkeys»⁴⁴ y se da a considerar el construir del canal sin el permiso colombiano. Incluso obtuvo una opinión legal que «justificó» tal acción bajo el Tratado de Nueva Granada de 1846. Pero Roosevelt optó por una vía distinta, política. La New Panama Canal Company y su subsidiaria de Nueva York, la Panamá Railroad Company, restos vivientes de la compañía francesa del canal, detentaban la concesión del canal y tenían adelantados unos trabajos de excavación. Figuras dominantes en esas empresas eran un abogado de apellido Cromwell, Philippe Bunau-Varilla, francés accionista, y el Dr. Manuel Amador, nacido en Panamá. Hubo participación de otros «nacionales panameños».

Cuando Marroquín nombró a Obaldía gobernador de Panamá, Bunau-Varilla se alarmó de la posibilidad de un arreglo con aceptación del tratado Hay-Herrán, sin secesión, viajó a ver a Roosevelt y a Hay para discutir la revolución de Panamá. No pudo al parecer obtener seguridad de ayuda pero «realizó» claramente que Roosevelt estaba impaciente por construir el canal a través de Panamá y daría la bienvenida a una revolución. Si Roosevelt o sus consejeros le dijeron al francés que los buques de guerra de los EE.UU. serían enviados a las aguas panameñas con orden de «mantener el tránsito libre e ininterrumpido» o si Buneau-Varilla dedujo la probabilidad y la fecha de la llegada de los barcos es cosa que nunca se supo. Lo cierto es que Philippe Buneau-Varilla procedió a organizar, allá mismo en Washington, un gobierno panameño y fue designado embajador en Washington por éste. A continuación mandó al «Presidente» Amador a Panamá con 100.000 dólares e instrucciones para hacer la separación. Buneau Varilla era francés, es difícil no ver en sus actos y en los del primer ministro Delcasse, que reconoció prestamente la «independencia» de Panamá, la

vigencia de la estrategia de origen napoleónico de colaboración con Estados Unidos para convertir a América Latina en el patio trasero de éstos. También hubo de actuar otra política de estado francesa, el enfrentamiento con Alemania.

El día tres de noviembre⁴⁵ Tobar llega a Colón. Obaldía lo recibe cortésmente. Trae 400 hombres, un ejército pequeño pero suficiente para evitar la secesión. El USS *Nashville* les impidió que desembarcaran. Llegan a Tobar papeles anónimos con la frase «situación gravísima», descansa. En la tarde fue declarada la independencia. Al día siguiente los Estados Unidos la reconocieron. Hubo uso liberal de sobornos a los comandantes colombianos se evitó cualquier enfrentamiento.

En noviembre 18 se firmó el Tratado Hay-Bunau Varilla sobre la zona del canal. El gobierno panameño ratificó el tratado. Para un pago inicial de \$10 millones y una anualidad de \$250.000, los Estados Unidos «adquirieron el derecho perpetuo de controlar» como si fueran soberanos,

«...una faja de diez millas de ancho de Panamá en la cual los Estados Unidos podrían construir, controlar, y fortificar un canal. Además, los Estados Unidos podrían tomar la tierra adicional fuera de la zona que fuese necesaria para sus propósitos. Finalmente, los Estados Unidos recibían el derecho de intervenir en Colón y la ciudad de Panamá, por razones de salud o de mantener el orden».

«Ante la toma de Panamá —explica Pérez y Soto— a Marroquín no se le ocurre otra cosa que llamar a Reyes, lo nombra generalísimo de mar y tierra, con facultades ilimitadas, discrecionales». Reyes declara «Cien mil soldados ya están marchando a la frontera». Habla de la «protesta de cadáveres» que sabría presentar ante el mundo el gobierno «cuando se viera que el coloso del norte nos niega justicia». «Los colombianos ya empuñan el arma, a imitación

de las mujeres paraguayas». Mientras Reyes se desplazaba en barco, habitado por tan tremenda decisión, Pérez y Soto mantenía en Bogotá una campaña de agitación y presiones sobre Marroquín a través de un movimiento que había creado y que titulaba «Integridad colombiana», un nombre que ya decía el objetivo. Integridad colombiana se mueve en lo militar⁴⁶: «De todos los pueblos salían voluntarios para la capital, donde se organizaban expediciones para reconquistar Panamá. Tenían buques...», pero «Reyes declaraba públicamente, oficialmente, que no creyeran en tales hostilidades guerreras, que el mando estaba en sus manos y ninguna acción podía ejecutarse sin su orden». No era exactamente así, el grupo de Pérez y Soto tenía su milicia y su plan:

«Si a un prestigioso Jefe en Cartagena, Luís Vélez, le dejan realizar la hazaña que se le ocurrió de volar a Colón con una considerable fuerza veterana de que pudo disponer, para caer de sorpresa sobre los sublevados, hubiera tal arrojado tenido una de las dos siguientes consecuencias: o las fuerzas norteamericanas, muy pocas todavía allí al principio, se quedan quietas ante lo inesperado y rápido del movimiento, en la incertidumbre que siempre se tiene antes de adoptar una medida de trascendencia, o contenida por un resto de consideración al Tratado de 1846, guardan neutralidad, y entonces nuestras tropas, libres para maniobrar, aplastan en un instante la insurrección, o no guardan la neutralidad, reciben a cañonazos nuestros buques y los echan a pique, entonces no se hubiera rescatado el istmo, pero los yanquis quedaban exhibidos en toda su desnudez».

Y el Partido Demócrata hubiera podido actuar contra la acción de Roosevelt. Insignares logró frustrar el plan de Vélez. «Era un agente electoral de Reyes, enviado de gobernador a Cartagena, para quien Obaldía, a su paso para Panamá llevó instrucciones verbales de Marroquín y Reyes». Las declaraciones de Reyes —añade *Inri*— y la no acción colombiana desmontaron la oposición de los

antiimperialistas americanos, que se inició furibunda, en la prensa y en las Cámaras, fue bajando de tono hasta que pudo aprobarse todo casi por unanimidad”.

Las factibilidades de desarrollo de América Latina quedaban semiclausuradas para un siglo y más.

A todas éstas, Reyes iba llegando a Panamá⁴⁷.

«En Panamá llama a conferencias a Obaldía y sus amigos, les habla cariñosamente, los convida a almorzar a bordo del vapor en que va y allí brinda por la República de Panamá, luego desembarca a dar un paseo con los antiguos camaradas, en el puerto arrebatado y que él ha prometido someter a su antigua bandera. Cuando los oficiales de tierra se le presentan (en acto audazmente colombiano) a pedir ordenes, él les replicó “¿Órdenes? No me toca ya a mí dárselas sino a estos señores”, señalando a los jefes del nuevo estado».

Se debe suponer que esta actitud despertó una sonrisa de agrado de los separatistas y quizá fue así de momento, pero enseguida se desata una campaña de la prensa panameña contra Reyes. Muy mal andarán de ahí en adelante las relaciones del grupo secesionista con Reyes. La causa la atribuye Pérez y Soto a disgusto por el dinero: «Dizque con eso Reyes buscaba los diez millones, y eso lo criticaba la prensa». Obaldía y su grupo habían hecho la secesión y no tenían la menor necesidad de compartir el dinero con Reyes. «El dinero no fue a las manos de los miserables que habían calculado y urdido la celada, sino de los agentes inmediatos ejecutores del golpe».

Roosevelt declaró en el Congreso que el gobierno americano no había impedido que Colombia desembarcara fuerzas en el Istmo y con eso se salvó de la censura del Senado. Reyes le había dicho a Colombia que «los buques americanos en Colón le habían impedido descender en Panamá», motivo por el cual hubo de seguir

camino a Washington, a reclamar el nuevo daño que nos causaban los Estados Unidos. Cuando Roosevelt hizo la proclamación de su no haber impedido la acción colombiana, Reyes pudo desmentirla. Supo callar, o «por altas razones de estrategia» o simplemente porque era mentira, pues bien había descendido a tierra y protagonizado la escena donde dijo «¿Órdenes? No es a mí a quien toca darlas».

Las noticias de los días siguientes abundan en detalles: antiguos *rouge-riders* forman la policía de Panamá. Las protestas del presidente colombiano a la república latinoamericanas han tenido eco en Alemania, donde se están alistando voluntarios para apoyar a Colombia. El vapor alemán *Schotia* entró a Panamá, después de aceptar ser revisado por los soldados norteamericanos para asegurar que no traía las tropas de Reyes. Estados Unidos comunica a Colombia el reconocimiento que ha dado al nuevo gobierno de Panamá. Chile será perjudicado por el canal de Panamá porque perderán sus ventajas sus depósitos de carbón y el paso Sur quedará casi abandonado. Un despacho de Londres informa de plan de sublevación de toda América Latina contra Estados Unidos por lo de Panamá. Colombia pide a Venezuela apoyo aunque sea moral en el caso. El gobierno venezolano reconoce la nueva república de Panamá. Cuando Colombia pierde Panamá, queda cortada la continuidad de su tierra con el resto del escudo de Veragua, lo que tal vez Costa Rica y Nicaragua aprovecharán para quitárselo. Pulsión secesionista surge en la región colombiana limítrofe con Ecuador. Pulsión secesionista surge en la región zuliana del lago de Maracaibo, con apoyos en el estado Falcón. Desean formar un solo país con Panamá. París: el primer ministro Delcasse, reconoce a Panamá. Berlín: Alemania no se opone públicamente a toma de Panamá por Estados Unidos. Colombia ofrece dar a Estados Unidos un Tratado mejor que el Herrán-Hay si puede retener parte del territorio istmico. Estados Unidos rechaza la oferta. Se anuncia que el general Reyes sera candidato a la presidencia de Colombia.

El general Rafael Uribe Uribe se cuenta entre sus adherentes. El Partido Liberal colombiano entra en crisis de conciencia lamentando la Guerra de los mil días y su secuela, la pérdida de Panamá.

Los historiadores, siempre sensatos⁴⁸, señalaron que el papel de Roosevelt en este asunto había sido «arrogante e innecesario». Que su desprecio para los latinos, su impetuosidad infantil, y el deseo egotista de crearse un monumento antes de las elecciones de 1904, lo habían movido a conducta inadecuada. Los defensores de la adquisición de la ruta panameña vieron circunstancias atenuantes. Acreditan a Bunau-Varilla y Cromwell gran inteligencia y determinación de explotar una situación obvia. También destacan que ayudar a los panameños en su anhelo de independencia fue un acto noble. Comentan la avaricia y miopía colombianas. Otro grupo afirma simplemente que las grandes potencias han tomado siempre lo que desearon de países de menor importancia.

Simón Bolívar había señalado en la Carta de Jamaica a Panamá como el centro del mundo y en el mensaje ante el Congreso de Angostura había supuesto a la América española enviando sus riquezas a Europa «a través de sus canales». Con la captura de Panamá por los Estados Unidos (y la de Nicaragua, que se narra en capítulo siguiente) las factibilidades de desarrollo de América Latina quedaban semiclausuradas para un siglo y más.

El mundo se estructura

Toca, para finalizar el punto, examinar los verdaderos objetivos del Pacto de Amapala, firmado por todos los participantes liberales en el desastroso acto de Panamá. El Pacto combinó alemanófilos como Castro, Piérola y Zelaya con liberales pronorteamericanos. Cuba era una piedra de toque geopolítica de la región pero también en cuanto a los ánimos. En Colombia, Venezuela y Ecuador, los conservadores estaban con España, los liberales se apasiona-

ban con la toma de Cuba por los Estados Unidos. Hemos visto a Joaquín Crespo apoyando desde el poder al grupo anexionista de Estrada Palma, al tiempo que apoyaba a Eloy Alfaro, futuro compañero de Cipriano Castro y de Uribe Uribe en el intento, en principio antinorteamericano, de rehacer una Gran Colombia liberal; Belisario Porras, firmante del Pacto de Amapala, será participante de la secesión panameña y presidente de la recién nacida república, Foción Soto recipendario de apoyos de Cipriano Castro en la Guerra de los mil días, se mostrará proclive a la entrega de Panamá a los Estados Unidos. ¿Qué ha pasado? Hay que entender que las solicitudes ejercidas sobre aquellos hombres eran inmensas, proporcionales a la importancia de la llave del mundo. La entrega de Panamá es el principal trabajo que podía hacer un latinoamericano a favor de los Estados Unidos y su Destino manifiesto, los colombianos del Partido Liberal eran herederos de la línea anexionista que tuvo su ítem más señalado en Francisco de Paula Santander. Ello no es cualquier cosa. Los conservadores hicieron la parte que les correspondía. Era demasiado obvio que América Latina quedaría baldada con la pérdida de Panamá, lo había escrito Uribe Uribe y aunque no fuera así, en estos niveles no existe inocencia. Los que trabajan, descarada o públicamente, por la secesión saben que las ciudades por donde caminan avanzarán hacia la pobreza, que habrá niños durmiendo en zaguanes, madres que se marchitarán. Unos debieron ser simplemente sinvergüenzas bien pagados, otros estaban en un juego de siglos, trascendente.

Más de una centuria ha transcurrido desde 1903. Las consecuencias latinoamericanas son visibles, las europeas y mundiales menos. Ambas reciben seguimiento en el resto de este libro. De momento observemos que con la toma de Panamá el tonelaje industrial alemán queda condenado a la desventaja y Alemania deberá escoger entre continuar industrializándose o, digamos utilizando la frase del almirante Tirpitz, relegarse «a la condición de un pobre país

agrícola», Alemania continuará industrializándose, haciendo inevitable la Primera Guerra Mundial.

Capítulo 16

Ingerencia norteamericana para derrocar a Cipriano Castro

Entre tanto avanzaba la discusión de la deuda venezolana en Washington. El embajador Bowen actúa defendiendo a Venezuela. Tal vez no era ese su interés sino dañar con eso el «mérito» de las potencias bloqueadoras, violadoras de la doctrina Monroe. El montante de la deuda, aparentemente exagerado por Alemania, fue bajado. Castro había autorizado comprometer en pago el 35% de la ganancia de las aduanas, Bowen concede solo el 30%. Al día siguiente de emitido el Protocolo por el cual el 30% del producto de las aduanas venezolanas será aplicado a la deuda, Castro emite un decreto mediante el cual aumenta el pechaje aduanero en la misma proporción, de modo que quienes pagarán en verdad la deuda serán los importadores extranjeros radicados en Venezuela o, claro, los consumidores⁵⁰. Mostrando que estaba dispuesto a vengar a Venezuela o a hacerle justicia, poco después hizo ocupar el lago de asfalto a la Bermúdez Company bajo acusaciones, bien probadas, de haber financiado la revolución Libertadora, con la cual se generaron, además de enormes daños humanos y materiales a Venezuela, gran parte de las deudas que se pagaban. «Lo que es igual no es trampa», parece decir. «Si Venezuela paga por los perjuicios que ha inferido, debe cobrar por los que ha sufrido. Está probado que la Bermúdez financió la revolución de Matos, por ello murieron miles de venezolanos, la economía se degradó y se perjudicaron terceros. ¡Ahora, que pague! ¡La jurisprudencia es reciente!».

La indignación de Roosevelt no tiene límites, los insultos menu-dean, Bowen pide una intervención pero no hay nada que hacer, Castro hace ocupar los talleres de la asfaltera y el lago Guanoco, que continúan en producción bajo manos venezolanas y de estadounidenses distintos a los de la Bermúdez. En todo esto está involucrada la aplicación de la Cláusula Calvo, articulada a la doctrina Drago, la Cláusula Calvo se insertará, por ley en todo contrato firmado por el estado venezolano, pautando que cualquier diferencia que surgiese entre los firmantes será decidida por los tribunales nacionales.

La Cláusula Calvo tendrá consecuencias incluso en los tiempos de la revolución de Hugo Chávez. De momento envenena a Theodore Roosevelt quien exige que los casos venezolanos se lleven a arbitraje internacional. Son *los casos*, porque en rápida secuencia, don Cipriano está procediendo contra otros extranjeros, empresas o individualidades, que actuaron en connivencia con la Revolución Libertadora: Orinoco Corporation, Orinoco Steamship y United States and Venezuela y el periodista Jaurett, representante de la Associated Press. El tiempo de Chávez pondrá de moda el tema de los medios de comunicación, rompiendo la ilusión de invisibilidad que era su principal capital, pero la comunicación social como instrumento de política imperial no es nueva y vale la pena biografiar aunque sea sumariamente a Jaurett, cuya praxis antecede, con pequeñas diferencias, a la de, por ejemplo, la planta de TV Globovisión: Jaurett, Albert Felix. Oficial del Ejército francés, desertó y se instaló en Panamá durante el tiempo de la concesión de Lesseps para la construcción del canal. Instalado luego a México, incurrió en varias estafas al promover negocios mineros imaginarios. Residenciado en Estados Unidos, adquiere la ciudadanía norteamericana y se vincula con un trust periodístico de Chicago que lo envía a Caracas, donde funda el semanario *The Venezuelan Herald* con el objeto, según su primer editorial, «...de mantener el

principio de la Doctrina de Monroe en los momentos del conflicto sobre la Guayana Esequiba...». También es corresponsal de Associated Press así como del *New York Herald* y se constituye en asesor de la New York & Bermúdez Co. y propagandista de la Revolución Libertadora dentro de Venezuela, con alcance internacional. Jaurett es expulsado del país y su periódico clausurado. Protesta la medida ante el Departamento de Estado norteamericano, que coloca su reclamación, por montante de 25.000 dólares entre las auspiciadas.

Roosevelt hace elaborar planes de ataque militar a Venezuela, que son suspendidos en atención a la probada capacidad de resistencia de los andinos y a que acciones de ese tipo destruirían los esfuerzos de conciliación que adelantaba el Departamento de Estado con los países latinoamericanos, ardid por la violencia inferida a Colombia en Panamá, La propaganda alemana era mucha en el continente y una guerra en Venezuela le hubiera sido regalo de dioses al país tudesco. El mundo crujía en Venezuela y Panamá, en Nicaragua y en el norte de África, en los Balcanes, iba camino de la Primera Guerra Mundial.

Como se pone de gusanos el cadáver

Dominados, aplastados y humillados todos sus enemigos interiores, con poder pleno sobre el país, don Cipriano se deja trabajar por sus fragilidades de hombre pequeño que cuando joven fue ridículo. Se da a lo que llamó Picón Salas su «hartarse del banquete de la vida». Las tenidas con lindas mujeres le ocupan el tiempo, y también las que mantiene con los padres y tíos de éstas, aquellos señorones que en tiempos de Andueza Palacio lo despedían en la puerta de la casa. Ahora le presentan las sobrinas y las hijas en las fiestas de la Casa Amarilla y pagan periodistas para que lo caractericen como «el hombre a quien todos los hombres le abren los brazos y todas las mujeres las piernas».

El brandy, que igualmente aportan los inteligentes civiles, del mejor, le golpea el cuerpo. Se va distanciando de los militares andinos, que pierden mandos y negocios a manos de aquellos adulantes y encuentran en Juan Vicente Gómez cobijo silencioso. «Paciencia», parece decirles el taimado vicepresidente, que tampoco parece tenerlas todas consigo porque está surgiendo un distanciamiento entre él y el caudillo. Quizá se deba, como dice Gómez a quien lo quiere oír —habla en tono de amistad herida— fruto de las intrigas de los doctores de Valencia que le han metido a don Cipriano en la cabeza la idea de que él quiere heredarlo, quitarle el poder, también es factible que el astuto vicepresidente haya olido el disgusto de Roosevelt, que puede serle rentable. El caso es que comienzan las expresiones despectivas de Castro y sus amigos hacia el vicepresidente, vertidas en oídos cuyos dueños las repetirán ante amigos de Gómez para que éste las conozca. El vicepresidente hace un silencio que aumenta la atmósfera de torpeza que sus enemigos le atribuyen. Es como un toro al que sonrientes banderilleros le están clavando banderillas. Castro se exalta, percibe en el silencio de su vicepresidente una resistencia pasiva y pasa a los agravios públicos. Le acusa en documento público de inconsecuencia, de negativa a colaborar, a pesar de habersele ofrecido «hasta como su secretario privado». Paradigmática es la escena en la que Gómez se presenta a la casa en Los Teques a donde Castro le ha citado, pero no se le hace pasar sino se le ordena esperar en la puerta. Llovía, el hombre debió sentir frío bajo el impermeable, pero allí esperaba. El médico y vecino Enrique Tejera se asoma y le invita a aguardar en su casa, bajo techo. Gómez le agradece civilmente pero le dice que si don Cipriano le ordenó esperar aquí afuera, aquí esperará.

Inmerso en la emulación de trucos de poder, aparentemente inseguro del suyo pero dispuesto a vencer, Castro ordena proceder a su aclamación, sistema de festejos y de homenajes públicos que le dirigen los hombres más importantes de la sociedad y que nadie se

atrevería a rendir iguales a Gómez. La gente conoce este episodio como La Aclamación y es una nueva y pública humillación para Gómez. Se radicalizan los enemigos, avanzan hacia acechanzas contra la vida del vicepresidente, que un día duerme en un sitio, el siguiente en otro y camina siempre acompañado de espalderos incondicionales. Sabe que el feroz al tiempo que inteligente Román Delgado Chalbaud, Alcántara y otros de ese grupo, buscan su dirección para matarlo y pasan agradables tardes de risas con don Cipriano. A esta etapa llaman las gentes La Conjura y concluye cuando Castro enferma gravemente y Gómez se mantiene ejemplarmente fiel, acaso más que los sedicentes amigos del ilustre enfermo.

Hacia 1908, surge un nuevo diferendo diplomático, esta vez con Holanda, debido a que desde el territorio de Curazao se organiza una conspiración contra Venezuela. Hay ruptura de relaciones. Roosevelt exige, también aquí, que el problema sea sometido a arbitraje, a lo que Castro se niega. El secretario de Estado informa a Roosevelt con entusiasmo a propósito de esto, augurando cambios importantes en Venezuela. «¿Hasta cuándo durará esta vaina?», se pregunta la gente de calle. Y para colmo, Castro está enfermo otra vez, grave. Sólo puede operarlo un cierto médico alemán de apellido Israel. Pero el científico se niega a venir a Venezuela. Raro es que un doctor no pueda trasladarse a un país a hacer una operación quirúrgica, principalmente si son rumbosos los honorarios, raro que un hombre tan avisado como Castro viaje fuera del país en un momento en que éste está de conspiradores como el cadáver de cinco días se pone de gusanos. Raro que, simplemente, un médico venezolano no pueda operar al hombre. Raro, Castro viaja a Europa. Poco después entra a un quirófano de Berlín.

Entonces Holanda bloquea a Venezuela, en episodio muy poco conocido. Ello «obliga» a Gómez a solicitar a los Estados Unidos el envío de una flota que evite problemas interiores al tiempo que

«proteja al país contra Holanda». El gobierno de Estados Unidos, adelantándose a los acontecimientos, le había ordenado al buque de guerra Maine que zarpara desde el puerto de Norfolk (Virginia), en una misión «secreta» hacia aguas del Caribe, conjuntamente con el Montana y el North Carolina, a bordo del cual se ha embarcado el comisionado especial, William Insko Buchanan, a quien el Secretario de Estado ha conferido plenos poderes para tratar con Venezuela. Cuando Castro salga del quirófano encontrará el país bloqueado por la flota norteamericana, instruida para no dejarle regresar ⁵¹. Alcántara, Delgado Chalbaud y todos los jefes que militaron en la Conjura están sumándose entusiastamente a Juan Vicente.

Los embajadores brasileño (en representación del estadounidense, pues los Estados Unidos han roto relación por la negativa a pedir mediación en el asunto de Curazao), británico y alemán discuten en Caracas. Alemania defiende a Castro: «La situación del presidente Castro es similar a la de Napoleón Bonaparte ante la toma de París por la coalición», dice el germano. Pero no hay nada que hacer, protegido contra el jefe que le ponía miedo en los pantalones e incitado por los amigos nuevos y viejos, por las fuerzas vivas y por los caudillos de la Libertadora, Gómez da el golpe de Estado. Aparece en actitud de vacilante pasividad en el balcón de la Casa amarilla, palpando la voluntad de la gente reunida en la calle, y cuando ve que no hay reacción, proclama: «El pueblo está tranquilo, el pueblo está contento».

Con Buchanan se firman entonces acuerdos sobre las diversas reclamaciones venezolanas, entre ellas la de la Bermúdez Company, en las cuales se les beneficia intensamente, suspendiéndose la aplicación de la cláusula Calvo. A continuación algunos datos sobre estos tratos:

Los Estados Unidos esperaban que el nuevo gobierno del general Gómez aceptaría la propuesta de someter a arbitraje los cinco

litigios pendientes (Jaurett, New York & Bermúdez, Orinoco Corporation, Orinoco Steamship y United States and Venezuela); pero no hizo falta, Gómez pactó inmediatamente. González Guinan, ministro y delegado de Gómez, sugirió, y así fue acordado, que las discusiones se hicieran a puerta cerrada⁵². Un desacuerdo de principio surgió con los reclamos de la New York & Bermúdez y la Orinoco Corporation al explicar González Guinan, muy puesto en su papel de abogado puntilloso, que ambos casos habían sido materia de sentencia por parte de los mas altos tribunales del país. Acudir a un arbitraje internacional equivaldría a desautorizar los fallos rendidos, lo cual era inaceptable. Insiste en que la única salida posible era la de hacer una revisión, «siempre que el tribunal competente declarase que eran revisables los laudos, en virtud de las prescripciones del derecho internacional».

El caso de la New York & Bermúdez era la «piedra de tranca». No se le podía negar el fundamento de la sentencia que condenaba a la compañía por su complicidad con la «Revolución Libertadora» y, a su vez, el Departamento de Estado no parecía estar muy convencido de que un arbitraje cambiaría la decisión de los tribunales venezolanos, lo cual era lógico y natural. El Departamento de Estado aceptó la posición venezolana en cuanto a declaración de competencia para revisar laudos como paso previo para someter a arbitraje los casos de la New York & Bermúdez, de la Orinoco Corporation y de la United States and Venezuelan Company, mientras que el gobierno venezolano aceptaba, a su vez, que fuese reconsiderada la sentencia del arbitro Barge en el caso de la Orinoco Steamship. La New York & Bermúdez Company anunció su decisión de recurrir a la negociación directa para resolver su situación. Por lo tanto, ya nada se oponía al arreglo final.

El 13 de febrero de 1909, casi mes y medio después de haberse iniciado las conversaciones, se firmaron tres documentos. El primero se refería al reclamo Jaurett. Se le asignó al periodista la

suma de US\$ 3.000 como pago por daños y perjuicios inferidos por Venezuela al impedirle apoyar la revolución Libertadora. El segundo, conocido bajo el nombre de «Protocolo Buchanan-González Guinán», remitía los casos de la Orinoco Steamship, Orinoco Corporation y United States and Venezuela Company a la consideración de la Corte Internacional de La Haya. Finalmente, el tercer documento, suscrito por el procurador general Juvenal Anzola en representación del Estado venezolano y por Frederick Bartlett y Juan Bautista Bance en representación de la New York & Bermúdez Company, estipulaba los términos de la transacción a la cual se había llegado; la empresa reconocía y aceptaba la sentencia en que se la condenaba por la ayuda brindada a la «Revolución Libertadora»; en contrapartida, el Gobierno venezolano rebajaba la multa contemplada en ambas sentencias a una cantidad de Bs. 300.000, pagaderos en dos años.

A cambio de este «sacrificio», se le reconocía a la New York & Bermúdez Company la validez de sus títulos sobre la mina de asfalto de Guanoco, que había perdido por sus gravísimas acciones, y, se le devolvía «su» mina. De ahora en adelante, la empresa le pagaría al Gobierno Nacional un impuesto de Bs. 4,00 por cada tonelada de asfalto exportada, con un mínimo garantizado de Bs. 100.000 por año. El convenio entre la New York & Bermúdez y el Gobierno venezolano salió publicado en la *Gaceta Oficial*, junto con una carta en que Buchanan le manifestaba a González Guinán sentir «especial placer por haberse terminado de esta forma las cuestiones y reclamaciones que han existido entre el Gobierno de V.E. y dicha Compañía». Buchanan se regresó a los Estados Unidos a bordo del *Des Moines* el día 16 de febrero de 1909. Unas semanas después, William Russell volvía a Caracas como Ministro Plenipotenciario, mientras su homólogo en Washington, Pedro Ezequiel Rojas, presentaba sus credenciales ante Mr. Taft. J. J. Paúl, nada menos que el canciller de Cipriano Castro, había sido el solicitante

de la intervención norteamericana. Resultó el chivo expiatorio. En un folleto que no circuló en Venezuela pero está en la Biblioteca Nacional de París, manifestó su admiración por Gómez y la urgencia en que lo colocó el bloqueo holandés, por lo que no tuvo más posibilidad que vulnerar la soberanía venezolana. González Guinán había sido su substituto para terminar el trabajo. Juan Bautista Bance recibió una gran concesión petrolera, que figura en todos los libros como pilar fundacional de la industria. Comienza una dictadura que durará 27 años.

Capítulo 17

Tu fiero amor por Venezuela

Cipriano Castro no pisó nunca más Venezuela y morirá en el exilio. Cuando joven había dicho: «Me tienta y no me encuentro». En los años de poder se encontró. En su balance puede anotar el haber impedido el mecanismo de endeudamiento de Venezuela a través de la cual Francis B. Loomis e Ignacio Andrade iban a eliminar la Independencia venezolana, en general frustró la colocación de Venezuela en el puesto de subordinación que dedicó a las otras naciones latinoamericanas Teodoro Roosevelt. Vivió en el corazón de la crisis de crecimiento de la Doctrina Monroe, tuvo que solicitar la protección de los Estados Unidos, expropió a la Compañía asfaltera, no impidió a los Estados Unidos apoderarse de Panamá. Venido del autonomismo presecesionista y llegado al poder en un momento en que Venezuela estaba apunto de ser fragmentada, impidió la secesión del Zulia y la deja bastante neutralizada para el futuro. Participó en el conato más trascendente de unidad latinoamericana jugado desde los tiempos de Simón Bolívar, la reconstrucción de la Gran Colombia. Deja también frustrado el separatismo guayanés. Abundó en el goce sensual con mujeres

muy lindas. Si bien la Doctrina Drago, formulada en apoyo de sus acciones, le sirvió para debilitar a los acreedores de Venezuela, le resultó a su vez tan útil a Theodore Roosevelt como prevención contra intentos de Europa, que en 1907 la hizo proclamar como ley universal por el Tribunal Internacional de La Haya. Si bien pagó la deuda, ésta fue rebajada en más de sesenta por ciento. Con su gobierno muere el partido Liberal Amarillo y la fórmula federal de la cual nació y que sólo reaparecerá ochenta años después, impuesta por la globalización. El orador que lea su pieza fúnebre la clausurará con la siguiente frase ⁵³:

«Sobre esta tu tumba, tus enemigos lanzarán piedras, muchas, hasta formar una montaña. Pero por sobre toda ella refulgirá el recuerdo de tu fiero amor por Venezuela».

NOTAS

1. Miriam Blanco Fombona de Hood: *Diplomacia con cañones*, Monte Ávila, Caracas.
2. Edmund Morris: «Una Cuestión de urgencia extrema, 1902 Venezuela, Bloqueo y Roosevelt , Teodoro Roosevelt, Wilhelm II, y la crisis de Venezuela de 1902». *Revista de la Universidad Naval de Guerra*, USA, R. I., Primavera 2002, Vol. LV, N° 2.
3. Holger Herwig: *Op.cit.*, p. 172.
4. Miriam Blanco Fombona de Hood. *Op.cit.*
5. Alberto Müller Rojas: *Las Malvinas, tragicomedia en tres actos*, Editorial Ateneo de Caracas, Caracas, 1983, p. 36.
6. Alejandro de Humboldt: *Op.cit.*
7. Jaramillo Castillo: *Op.cit.*
8. José Rafael Pocaterra: *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas. 1986.
9. *Ibidem.*
10. Enrique Bernardo Núñez: *Tres momentos en la controversia de límites con Guayana*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1964, p. 138.
11. Jaramillo Castillo: *Op. cit.*
12. Domingo Alberto Rangel: *Los andinos en el poder*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, 1974.
13. Ramón J. Velásquez: *Op.cit.*
14. Jaramillo Castillo: *Op. cit.*
15. *Ibidem.*

16. Miriam Blanco Fombona de Hood: *Op.cit.*
17. *Le Matin*, París. 6/2/ 1900 – Colección microfilm en Centro Georges Pompidou, París.
18. *Diccionario Polar*, Caracas, [Voz: Loomis, Francis].
19. Luis Manuel García Dávila: *Memorias del general José María García*, Luis Manuel García Dávila editor, Caracas, 1992.
20. *Congressional Record*, 56 Cong., 1 ses. (Enero 9, 1900), 711.
21. Merle Curti: *El desarrollo del pensamiento norteamericano*, Antonio Zamora, Buenos Aires, 1956, p. 586. Citado por José Ramiro Podetti, en *Cultura y Alteridad*, Monte Ávila, Caracas, 2007, p. 64.
22. Holger H. Herwig: *Op. cit.*
23. Rafael Uribe Uribe: *Escritos políticos*. El Áncora editores, Bogotá, 1984.
24. *Le Matin*, París. 2 - 8- 1901/ 4 - 8- 1901/ 6 - 8- 1901/ 7 - 8- 1901/ 9 - 8- 1901/ 12 - 8- 1901/ 14 - 8- 1901/ 15 - 8- 1901/ 24- 8- 1901/ – Colección microfilm en Centro Georges Pompidou, París.
27. Carlos Eduardo Jaramillo Castillo: *Op. cit.*
28. Philippe Buneau Varillat: *Op. cit.*
29. Edmund Morris: *Op. cit.*
30. *Ibidem.*
31. *Ibidem.*
32. *Ibidem.*
33. *Ibidem.*
34. Eugene Herman Plumacher: *Plumacher Papers, Correspondence 1886-1898*, Archivos del estado de Tennessee, USA/ Holger H. Herwig: *Op. cit*, p. 34.
35. Michael Baigent, Richard Leigh & Henry Lincoln: *El Enigma Sagrado*, Editorial Planeta, Barcelona, 1982.
36. Edmund Morris: *Op. cit.*

37. Philippe Buneau Varillat: *Op cit.*
38. Juan Bautista Pérez y Soto: *Inri*, Rambla y Bouza, La Habana, 1905.
39. Carlos Pereyra: *Op. cit.*
40. Pérez y Soto: *Op. cit.*, p. 156.
41. *Ibid.*, p. 43.
42. *Ibid.*, p. 121.
43. *Ibid.*, p. 12.
44. Edmund Morris: *Op. cit.*
45. Pérez y Soto: *Op. cit.*, pp. 122-125.
46. *Ibid.*, p. 10.
47. *Ibid.*, p. 13.
48. Edmund Morris: *Op. cit.*
49. Holger H. Herwig: *Op. cit.*, p. 182.
50. Manuel Rodríguez Campos: *Venezuela 1902: La crisis fiscal y el bloqueo, perfil de una soberanía vulnerada*. 2ª ed. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1983. / Nicolás Vegas Rolando: *El cobro compulsivo de la deuda pública y el bloqueo de las costas de Venezuela por Alemania, Inglaterra e Italia (1902-1903)*. Miguel Ángel García, Caracas, 1988. / Edgardo Vivas Salas: *Nueva interpretación de la crisis internacional venezolana de 1902 a 1903*. Imprenta del Estado, San Cristóbal, 1948.
51. Cipriano Castro: *Revelaciones del general Cipriano Castro*, Gobierno Bolivariano de Venezuela, Ministerio del Poder Popular del Despacho de la Presidencia, 2009 / Mariano Picón Salas: *Op.cit.*
52. *Diccionario Polar*, [voz: Cipriano Castro].
53. José Rafael Pocaterra, *Op.cit.*, página final.

VIII

JUAN VICENTE GÓMEZ

El «bobo» Gómez – ¡Petróleo! – «¡Cinco mil palos para el coronel!» – Recolonización de Nicaragua – La carne del coronel Aureliano Buendía – Operación amnesia histórica – ¿Una ocultación trascendental? – ¿Misterio alemán en Maracaibo? – Tierra del sol amada – Buscaron alianza con Cipriano Castro – La vergüenza de América – Carlos Andrés Pérez nace – Asesinato en la casa presidencial – Apareció el comunismo – Augusto César Sandino, su verdadero Plan continental – ¿Será la venganza de Alemania? – Fantasma de cien años – El crack de 1929 y la república del Zulia – Una bañera llena de whisky – Muerte de Gómez.

Capítulo 1

El «bobo» Gómez

A Juan Vicente Gómez no se le concibe una sublimidad como las de Simón Bolívar, ni un arranque heroico de los que abundaron en Cipriano Castro. Se lo percibe caminando por la historia como un lento, despiadado y cazurro hombretón, fácilmente cruel. En lo de la cazurrería hay gran verdad, en lo de la crueldad hay parte cierta y parte de exageración y estilización realizada por José Rafael Pocaterra en *Memorias de un venezolano de la decadencia*¹. La potencia literaria algo dumanesca del escritor valenciano —valiente además ante el peligro físico— esculpió a Gómez como el caimán que espera a la presa en la boca del caño y cuando cierra las fauces no las abre hasta deglutir. En vano intentarán corregir esa imagen libros más objetivos como los de Ramón J. Velásquez², Francisco Herrera Luque³ o Yolanda Segnini⁴.

La terrible prisión de La Rotunda no la construyó Gómez sino los españoles de la Colonia, pero con él está asociada, como también los grillos que anclan el hombre al suelo y ulceran sus tobillos. Ordenaba esos castigos severísimos pero los hombres a los que los aplicaba no eran muy distintos a él. Valga el ejemplo de Román Delgado Chalbaud, que fue una de sus víctimas: éste había mandado fundir unos grillos particularmente pesados para colocárselos a Gómez, su compadre, amigo y socio en muchos negocios. Gómez lo dejó correr en una conspiración extensa, que en su parte bancaria aspiró a sustituir al Banco de Venezuela como principal

operador de la economía venezolana; lo dejó establecer la larga red de contactos, que incluyó el financiamiento de un periódico que fundará el poeta Andrés Mata y se titulará *El Universal*, alcanzando a ser en ciertas décadas el principal de Venezuela. Se desayunó Gómez con Delgado todos esos días, y sólo cuando tuvo copada la conspiración, le dijo en el último desayuno: «¿Qué culpa tiene la rama, si el sapo salta y se ensarta?». Tras pronunciar esta metáfora que pinta su cerebro rural, y tras marcharse el compadre Román, Gómez ordenó capturarlo y remacharle los mismos grillos que éste había preparado para él.

Famosa se hizo la frase «Guá. ¿Y cómo le parece?», que el tirano pronunciaba fingiéndose sorprendido, estimulando la viveza y sensación de superioridad de los que le rodean, incitándolos a suponer que es bobo y menos temible que un Carabaño, un Olivares o Leopoldo Baptista, caudillos con largo prestigio que le rivalizaban y a los que les ha creado un Consejo de Gobierno, donde se reúnen a deliberar y a creer que gobiernan. A ese Consejo lo llaman «el potrero» porque ahí se cobra sueldo y la gente engorda. Ahí se conspira contra el «bobo» Gómez. Pero no lo es. Está apadrinado por los Estados Unidos, cierto, pero también posee sensatez, como nadie en Venezuela, cálculo, intuición, todo en grados muy grandes. Su mente combina venta de la Patria con amor a la Patria, una Patria principalmente militar.

Fernando González, intelectual colombiano, obrero de la adulancia pero también de la sutileza, ha dejado algunas observaciones valiosas del gran dictador y frases narrativas de un pasado que los caudillos del Consejo de Gobierno no veían. El poder militar y la gloria militar, llenan su mente. Y se hermanan orgánicamente con el dinero⁵:

«Allá en mis montañas, en mi juventud, yo tenía deseos muy grandes. El primero era ver a San Mateo y al Samán de Güere, en donde tanto sufrió por nosotros

el Libertador y donde acampó con sus ejércitos. El segundo era conocer “La Puerta”, donde fueron siempre los fracasos de las armas republicanas, y el tercero era conocer al general Luciano Mendoza. ¡Imagínes! ¡Luciano Mendoza, el que había derrotado a Páez!.../... Pues cuando vine de mi tierra me di los tres gustos. Llegué al Samán de Güere, no pude contener mi tristeza al ver como le habían cortado las ramas; tenía machetazos el tronco, estaba herido.../... Cuando llegué a San Mateo, me senté al frente de la casa de Bolívar, a la orilla del camino, en un barranco, y me puse a pensar: ¿Con que este es San Mateo? ¿Aquí fue donde el Libertador sufrió tanto por nosotros? ¡Cuántas noches terribles pasaría aquí!; sus ayudantes creerían que dormía, pero ¡cuántas cosas pensaría él...!”.

Conque este es San Mateo y está cubierto de malezas. Después me tocó restaurar y cuidar a San Mateo. Usted vio que aquello está bonito y que la carretera es muy buena. Me tocó resguardar al Samán de Güere, en donde deposité las armas de Venezuela, porque ya no habrá más guerras; le hice una verja de bayonetas, con los colores nuestros».

El cuidado a la Patria se hermana sin problemas con el dinero y éste con el servicio público.

«En la *pata* de ese árbol hice mi primer negocio de ganado en Aragua⁶; antes de mi llegada, todos estos campos estaban incultos y los caciques les compraban el ganado a los llaneros por nada. Venía de los Llanos con fiebre; lo que se comía en Caracas era carne de zamuro. Yo fui el primero en poner romana y en establecer matadero. Mañana lo verá. Allí todo es limpio; no hay moscas. En Caracas están comiendo carne desde que vine yo. Todo esto me ha valido muchas críticas.../... Les acabé el negocio de robarle ganado a los llaneros. Pero la gente no quiere entender.../

Mi tercer deseo, de conocer al General Luciano Mendoza, lo satisface fácilmente. Lo conocí al lado del General Castro, en La Victoria, quien me lo presentó, pues conocía mi gran deseo. Yo oí cuando Mendoza le dijo al General Castro: “Usted nada tiene que temer mientras yo esté a su lado...”. Cuando dijo esa frase, lo conocí más. Y ahora verá. Cuando el General Castro me nombró para ir a pelear a Mendoza, que se había alzado en Aragua, me decía Velutini: “¡No vaya, hombre!; ¿cómo va a pelear a Mendoza con esos cuatro gatos?” Yo le contesté: “Solo iría también”. Vean por qué: Porque si me vencía, pues me derrotaba el mejor general de Venezuela, si me mataban, también; lo malo hubiera sido que me mandasen a combatir a un cualquiera y que me derrotase. En La Puerta derroté a Mendoza. En La Puerta se me abrió el horizonte; esa noche estaba como borracho, sin haber bebido. Vi todo lo que yo iba a ser».

La neutralidad puede ser una forma de la falta de escrúpulos. La evocación de los años de Cúcuta acerca al Gómez que evoca ante González a los que llamaron en Colombia «pasteleros», hacendados que acumulaban caballos, vacas, para vendérselos a los dos bandos cuando estallara la guerra y subieran los precios:

«Yo tengo una finca en Colombia, “Buenos Aires”. Yo les he dicho que en Colombia aprendí la neutralidad... Les guardaba el ganado... Una vez me dejó su caballo el General González Valencia; fue el Gral. Uribe y le gustó mucho el animal. Yo le dije: Dicen que ese caballo es mío, y no se lo llevó. ¡No ve! Allí aprendí la neutralidad».

Cuando la conjura de los caudillos del Consejo de Gobierno es clara el «torpe» Gómez los apresa u obliga a salir al exilio. Antes no hubiera podido pero ahora ya está fuerte.

Capítulo 2

¡Petróleo!

Desde antes de la llegada de Cristóbal Colón el petróleo se conocía en la región marabina como oscuro aceite de la tierra llamado «mene». Para los hombres de principios de siglo es pegoste en los zapatos y alpargatas y caliente medicinal para las gripes, un uso que fue igualmente el primero en los Estados Unidos, pues el primer Rockefeller fue médico de la lengua. En los tiempos de Joaquín Crespo el petróleo servía para hacer querosén de lámparas y en los Estados Unidos era base para una naciente y poderosa industria de combustible. Es lógico que hubiera ojos de los centros del poder anglosajón sobre la existencia petrolera marabina y había conocimiento de ella en Venezuela, tanto que Cipriano Castro da concesiones.

Por 1913 está entrando a Venezuela la Shell de petróleo disfrazada de empresa norteamericana. Abrió oficinas en territorio estadounidense y sólo emplea personal de esa nacionalidad, gerentes y presidentes incluidos. Según los historiadores del petróleo, la Shell engañaba a las autoridades norteamericanas, que solo despertarían de su ingenuo sueño tras el final de la Primera Guerra Mundial. Extraña inadvertencia es ésta, suena más verosímil que los británicos se garantizaran de los yanquis la «distracción» en Venezuela dentro de un paquete monroísta que incluyó la alianza contra Alemania en los días del bloqueo, el tratado Hay-Paunceforte y distracción británica ante la toma norteamericana de Cuba, Puerto Rico y Haití, solidaridades y distracciones en fin que los llevarán al ir juntos en la Primera Guerra Mundial. Pero no hay paz sin goteras. Como reza el católico refrán, «en la pila de agua bendita hasta el justo peca» y la región de Maracaibo se ha vuelto bendita con el petróleo. Por eso los años de gobierno de Juan Vicente Gómez serán

los del separatismo zuliano. Tres intentos de este tipo se historian en las siguientes páginas.

«*¡Cinco mil palos para el coronel!*»

Un tema ocupa las páginas de *El Nuevo Diario* en 1911 lo forman las altivas expresiones de Néstor Luis Pérez, concejal marabino, contra el gobierno regional zuliano y veladamente contra Juan Vicente Gómez. Estamos ante el primer intento de secesión zuliana de signo petrolero, si ya no lo fue el de Helímenas Finol. De ello tratan en tono de revelación de secretos los siguientes párrafos del libro de Fernando Márquez Cairós *Este combate no se decide todavía*⁷:

«El doctor Néstor Luis Pérez abandonó sorpresivamente el Castillo de San Carlos para recobrar su libertad. Había caído preso cuando, en su condición de Presidente del Concejo Municipal de Maracaibo, embistió contra el gobierno en defensa de los intereses locales. Reducido a prisión se dedicó a preparar un golpe sedicioso de carácter regional. Miró al Indio (general Fernando Márquez, padre del autor del libro) como el más indicado para atraer a los presos. En cambio se reservó para sí el manejo de militares y acaudalados allende el Lago. En Maracaibo gozaba, por los motivos de su prisión, de un sólido prestigio.

—Con Néstor Luis contamos.

—Néstor Luis en la calle acaba de un solo palo con la guachafita de los andinos.

—El gobierno roba porque está preso Néstor Luis.

—Con Néstor Luis son pandas las navajas.

—Voy a mi gallo y no pierdo.

Y de esta esperanza, engrandecida por un silvestre anhelo de justicia, se hablaba a gritos en los bares, en la

redacción de los periódicos, en las sacristías, en los burdeles, en el monte de dados. Los muchachos que nacieron en esa época, fueron bautizados con el nombre de Néstor Luis, “pa-é, compáe, que se le pega del otro”.

Los maracaiberos no estaban contentos con el gobierno andino y odiaban al Presidente del Estado, al Gobernador del Distrito, a los jefes civiles de las parroquias, al Administrador de la Aduana, al Jefe del Resguardo y al rematador del juego. Néstor Luis aprovechó este material explosivo para darle forma a sus propósitos. Después se supieron muchas cosas. El Zulía es una región ubérrima, rica en hidrocarburos. Las potencias europeas enfilaban su codicia hacia los yacimientos petrolíferos. Los yanquis, por su parte, se aprestaban al despojo. De Panamá transcurría apenas una década y la fórmula del «big stick policy» soplabla aún en el Caribe con fuerza huracanada. Pero este aspecto no afloró. Era demasiado doloso para darse a conocer. Permanecía oculto en la penumbra de la trastienda. Un reducido sector, pero muy poderoso, de comerciantes, banqueros y terratenientes, preterido y coartado en su desarrollo por una ventajosa competencia del Centro de la República, se resistía esta vez a compartir con el resto del país, la enorme riqueza que daría el petróleo.

La conspiración quedó por completo descoyuntada. Además de la imprevista libertad de Néstor Luis, se produjo, en forma simultánea, la delación de un preso. Por esta denuncia que nunca se supo de donde partió, el general De Pasquali, Jefe de la fortaleza, conoció parte de la proyectada sublevación. El Indio aparecía como cabeza visible del movimiento. Nunca el gobierno, como los mismos comprometidos, se enteró de la magnitud del complot. Creyó o aparentó creer, que se trataba de un intento de fuga en masa. La cercanía de La Guajira constituía una perenne tentación. El telégrafo ticarianó toda la noche. Los telegramas se cruzaron

veloces entre Miraflores y el Castillo. Todavía Gómez no se había refugiado en Maracay. La respuesta fue tajante: “¡Cinco mil palos para el coronel Tobías Colmenares!”. Inmediatamente lo comunicaron y todas las tardes lo llevaban a la “Sala de Banderas”. Lo desnudaban, le amarraban los pulgares con un guaral y le ponían las manos atrás, para obligarlo a permanecer en posición oblicua. Cuando comenzaba la cuenta de los vergazos, uno, dos, cinco, veinte, doscientos, quinientos...

...Néstor Luis adivinó lo que pasaba en el Castillo y apresuró su viaje a los Estados Unidos. Quería poner a buen recaudo su secreto. Temió que en un momento de debilidad el Indio pronunciara su nombre. “Cualquiera se quiebra en una tortura. En este caso la prudencia aconseja poner pies en polvorosa”.

...Cuando contaba los últimos palos (el jefe torturador) percibió con toda claridad que tanto el Indio como él, eran por igual víctimas de una tenebrosa intriga, donde los verdaderos culpables se encontraban a salvo, a orillas del río Hudson, seguros de no ser alcanzados por la furia del dictador”.»

Actividades como éstas son ultrasecretas porque nacen entre las ruedas dentadas más profundas de la política de un país, sólo hombres con el muy especial carácter de Márquez Cairós las revelan. Néstor Luis Pérez sería capturado en Puerto Cabello dos años después, con el plan de un golpe de Estado cosido en las hombreras del flux, y enviado a prisión por siete años. El origen y las complicidades de este conato secesionista permanecerán desconocidos.

Arthur Conan Doyle: El mundo perdido

En los años de Joaquín Crespo, Ignacio Andrade y sobre todo de Cipriano Castro, hemos visto conflictos de triple enclavijamien-

to en el río Orinoco, que parecieron hallar final con el laudo de París y la solución impuesta por Theodore Roosevelt en alianza con Inglaterra. Pero no ha sido así, los odios se han seguido encrespando en Europa, se cuadran y descuadran alianzas, brotan escándalos, hay dentro de cada país partidarios de tal o cual alianza y acaso algunos ingleses no estén de acuerdo con el arreglo de 1902. Tal parece ser el caso del escritor inglés Arthur Conan Doyle, famoso mundialmente por su serie de novelas basadas en las aventuras del detective Sherlock Holmes. Conan Doyle redacta otro grupo de novelas que, bajo aspecto de narraciones de aventuras dirigidas a niños, protagonizadas por un profesor Challenger, tan aventurero como detectivesco lo era Holmes, manejan mensajes imperialistas. Una de éstas es *El mundo perdido*, narración de ambiente guyanés-venezolano, cuyo poco disimulado objetivo parece ser el mismo que movió a Walter Raleigh a escribir una fantástica descripción de su viaje a esa misma región y que acaso intentó reforzar en su impacto de opinión William Shakespeare al colocar descripciones de la fantástica laguna Parima en boca de Otelo, el moro de Venecia. Hay oro, mucho oro, en Guayana, gritaban las páginas de Raleigh, incitando a los ingleses a asaltar aquellas tierras donde Cristóbal Colón había hallado el Paraíso terrenal, Conan Doyle, aunque coloca el hallazgo de un diamante del tamaño de un puño, no dice «hay oro», tal vez porque las minas de de Guayana eran demasiado conocidas y su descripción lo hubiera hecho incurrir en pecado de lugar común, imperdonable para el artista que era, pero dice «hay el mayor misterio del mundo en Guayana». En su anécdota, cuatro exploradores recorren la ruta que recorrió Schomburgk. Hay diferencias con el modelo, por supuesto, desrealización, por ejemplo, en la trayectoria, pues mientras el explorador real empezó su desplazamiento entrando por mar desde Georgetown y remontando el Esequibo, los personajes ficticios inician su viaje en Manaos, Brasil, repitiendo la

segunda trayectoria del explorador prusiano; de avance hacia el norte, sólo que a ellos los lleva a sitio distinto, al Roraima, con lo que parece decir el autor que siguiendo el camino que recorrió Schomburgk se llega al Paraíso, un Paraíso que resulta poblado de monstruos prehistóricos alimentados por un aire hiperoxigenado que guardarían en su seno los abismos del Sarisariñama. La aventura abunda en tono de secretos, en exigencias a los personajes de no revelar jamás lo que se les narra. No luce muy lógico atraer a conquistadores a pero así procede el novelista. Sobre monstruos inserta algunas descripciones magistrales:

«El sitio en sí ya era fantasmagórico, pero sus ocupantes lo transformaban en un escenario de los Siete Círculos del Dante. El lugar era un nido de pterodáctilos. Había centenares de ellos, congregados ante nuestra vista. Toda el área firme alrededor de la orilla del agua pululaba con los jóvenes pterodáctilos y sus hediondas madres, que estaban empollando sus huevos amarillentos y correosos. De esta masa de repugnante vida de reptiles que se arrastraba y aleteaba surgía el espantoso clamoreo que llenaba los aires y el horrible, mefítico y rancio hedor que nos daba náuseas. Pero arriba, cada uno posado en su propia roca, altos, grises, macilentos, más parecidos a ejemplares muertos y disecados que a seres llenos de vida, estaban los horribles machos, absolutamente inmóviles salvo por el girar de sus ojos rojos o cuando ocasionalmente hacían chasquear sus picos semejantes a ratoneras para coger a alguna libélula que pasaba junto a elfos. Tenían cerradas sus enormes alas membranosas por medio de sus antebrazos plegados, de modo que parecían gigantescas viejas sentadas, rebozadas en hediondos mantones de color tela de araña, de los que emergían sus cabezas feroces. Entre grandes y pequeños, no menos de un millar de esos repugnantes animales descansaban en aquella hondonada ante nosotros».

La adjetivación «dantesco» apela a la connotación de horrendo que las escenas de la *Commedia* movilizan automáticamente y ello sería suficiente expresivamente, sin embargo podría ser útil una lectura denotativa o literal, pasearse por el hecho de que Cristóbal Colón había seguido en el inmenso mar desconocido que tuvo enfrente, la ruta que Dante Aleghieri pone en boca de Ulises, lo que quizá motivó su frase descriptiva de las bocas del río Orinoco, a las que llegaba: «Grandes signos son éstos del Paraíso terrenal». ¿Pueden habitar monstruos en un Paraíso? Dante los puso en el infierno. Pero nótese que la presentación de los terribles habitantes no inhibió a Conan Doyle para titular su libro *El Paraíso perdido*. ¿Es ésta una narración en código, lo que llaman los franceses *roman à clé*? En todo caso cita el *Paraíso perdido*, de John Milton, donde apareció una detallada Arenga de Satanás:

«¡Adiós, campos de dicha donde reina
sin fin placer! ¡Salud, horrores! ¡Salve
mundo infernal! y tú, tartáreo abismo,
á tu dominador nuevo recibe».

Los biógrafos de Conan Doyle comentan sus cartas donde se preocupa por el casi choque británico-norteamericano de 1895, lo vivió desde Sudáfrica, donde participaba en la guerra de los boers, cuyo Jameson Raid se frustró por amenazas norteamericanas, formuladas dentro del clima de antigermanismo despertado en Estados Unidos por el bloqueo británico a La Guaira y el Orinoco. La humillación estaba en su biografía. El libro está dirigido a los británicos, tiene el tono irónico que premiaba aquella sociedad en los poetas, e incita al imperialismo, incita a releer a Shomburgk en su exploración que basó geográficamente un siglo de hostilidad británica hacia los Estados Unidos, amén de hacia Venezuela. Tal vez el autor es partidario de aliarse con Alemania en la guerra que está ya presente en el aire de Londres y que estallará tres años después. Tal vez propone revertir la conducta que tuvo Inglaterra

ante la oferta alemana de fragmentación y reparto de Venezuela, desechándola y «sapeando» al Kaiser ante Roosevelt y acogándose a la Doctrina Monroe en los días del bloqueo. Una alianza con Alemania significaría recuperar el terreno cedido a los Estados Unidos en aquella ocasión, romper el equilibrio de fuerzas establecido allí en torno a la llave inglesa de Guayana y avanzar, guerrera y sajonomamente, en una conquista extensa del continente suramericano, empresa digna de quienes emprenden una guerra europea, como lo demostraron Napoleón Bonaparte e Inglaterra cien años antes en intentos sibilinos y conspirativos, que es lo que repetirán ambas potencias y Alemania en la guerra que viene, aunque alineados de manera diferente.

El soberbio Orinoco

El énfasis europeo sobre el río Orinoco no es sólo inglés, Julio Verne publica dos años después *El soberbio Orinoco*. Es difícil percibir casualidad en la coincidencia de tema con el libro de Conan Doyle, y en que sean producidas ambas en la histórica Europa de la preguerra. Aunque suene raro para el gusto de hoy, el tema es geográfico. En realidad repetía una estrategia narrativa vernesca, que siempre cuenta una aventura de personajes, generalmente exploradores, que le sirve de tubo experiencial para cruzar ambientes salvajes o ignotos, mirar inventos mecánicos (el submarino, el dirigible) y narrar sindicatos capitalistas que llevan el progreso a las «comarcas incultas». Si en la Conan Doyle hubo navegación por ríos, en ésta ello es el centro, si allá no se nombra ni a Venezuela ni a la Guayana Británica, aquí se relaciona claramente a Venezuela. La narración enfoca a dos viajeros que, a bordo de un barco que remonta el Orinoco, discuten sobre del origen de este río, misterio que aspiran a dilucidar. El uno está porque nace cerca de Bogotá, en el puro corazón de Colombia, con el nombre de Meta. El otro defiende una versión opuesta, según la cual nace

en el límite de Venezuela con Brasil y vendría ser lo mismo que el caño Casiquiare. Es el tema que brotó en los escritos del sacerdote jesuita Gumilla en el siglo XVIII, que movió a Francisco de Miranda a comisionar al cura y conspirador José Cortés de Madariaga regresar a Caracas de un viaje político a Bogotá navegando por el Meta y el Orinoco y que en los recientes tiempos del Liberalismo amarillo, abordó, con otro viaje, Santiago Pérez Triana, un colombiano intelectual y político (poseedor por cierto de doble nacionalidad, norteamericana y colombiana) escribiendo un libro sobre ello. Este tema se mezcla con una trama estrictamente novelesca, basada en la presencia en la nave de un misterioso viajero, muy joven, que en realidad es una joven, viajando en busca de la huesa de su padre, extraviada en las ignotas selvas. La peripecia nos hará hallar al padre, viejo soldado francés, travestido en sacerdote católico, final feliz al tiempo que final de *roman à clé*, que se completa con el nacimiento del amor entre la muchacha y uno de los jóvenes protagonistas.

Julio Verne no viajaba, leía reportes de viajes, de experimentos, libros, y de allí sacaba el material para los suyos. La base de *El Soberbio Orinoco* la constituyen los escritos de Jean Chaffanjohn, geógrafo francés que había recorrido el Orinoco y sus afluentes y publicado varios estudios al respecto, buenamente ilustrados con mapas. Su misión se cumplió en tiempos de Joaquín Crespo y bajo la protección de éste. Pero hubo de actuar en Verne otra fuente de inspiración, con inevitable, caliente, fuerza. Es su hermano Charles Verne, su aventura vivida en Venezuela.

Con los redondos y rosados senos al aire

La historia es de tradición oral, pero fue publicada en artículo de *El Nacional* de Caracas durante la década de los noventa. Charles Verne era capitán de barco, un poco comerciante, un poco

contrabandista, para el caso conspirador. Entró a Venezuela por el Orinoco, trayendo un contrabando de armas para iniciar una revolución. Otras revoluciones se abrirían en los territorios de Colombia, de Perú y de Brasil llamados Amazonas. Iba a ser una cosa continental y tendría por objetivo abrir el canal intersuramericano en posesión francesa.

Al atracar el barco en Ciudad Bolívar, entonces Angostura, se subió a la cubierta un coronel Gómez, aduanero que siempre revisaba la carga del barco de Verne. Los hombres de Gómez fueron extrayendo del vientre del barco cajas de fusiles. También una fila de viejos libros hugonotes, extraídos del castillo de madame Recamier e integrantes de la biblioteca del escritor René de Chateaubriand, tío abuelo o algo así del capitán Verne y por ende del escritor, los cuales venían para un destinatario residente en Venezuela. Subieron también unos pequeños envoltorios de papel, que, abiertos sobre la cubierta, mostraron contener el mismo retrato, repetido miles de veces, de una mujer de gran belleza. La mujer aparecía sentada en un trono, tenía tipo de española y ostentaba una corona. Era Eugenia de Montijo, emperatriz de Francia, esposa de Napoleón Tercero. Según programa, los cromos serían repartidos por millones a los indígenas, como imagen de la madre Yara, deidad intemporal de la selva y la navegación por ríos, para producir una substitución inconsciente que ya habían hecho, a su manera, los misioneros católicos mediante las pinturas y esculturas de la virgen María. Eugenia debía aparecer meses después, en carne y hueso, sobre las aguas del gran río.

Acaso la sustituiría una actriz, vendría de pie, con los redondos y rosados senos al aire, en la proa de una curiara movida por un remero indígena que movería un remo muy delgado, casi sin pala. Según los antropólogos franceses asesorados por el Ilustre Americano Guzmán Blanco, el desplazamiento portentoso y antinatural de la curiara, debido a la acción de un pequeño motor oculto, y la

imagen, fugacísima, a un tiempo real e irreal, de la Montijo, sería agitada por los conspiradores blancos, que habrían de aparecer al año siguiente, para mover a los indígenas a la batalla, dispuestos a rajar cabezas con la macana y a que les rajaran las de ellos. La rebelión sucedería al mismo tiempo en Venezuela y en Brasil, Perú, Bolivia y Paraguay. Unos sesenta años más tarde los cromos quitados a Charles Verne aparecerían por toda Venezuela y a la señora se la conocería como María Leonza, la reina milagrera del principal culto popular venezolano, pintada al infinito en tarjetas, medallas y estatuillas.

Verne cumplió unos años en la cárcel de Ciudad Bolívar, donde engendró en una muchacha local, una hija que se llamó Rosa Verne. Al volver a Francia llevaba un costal de unas hojas correosas, de color verde grisáceo, llamadas boldo, que aprendió a mascar en la cárcel, imitando a los lugareños, para hacer ligera la digestión. Allá las industrializó e hizo circular por toda Francia y después por la completa Europa con el nombre de Amargo de Angostura. Rico, importaba las hojas a barcos llenos, de Angostura y de Chile, y nunca más emprendió viajes de aventuras.

Capítulo 3

Recolonización de Nicaragua

Santos Zelaya había cometido la indiscreción de tratar de cancelar la concesión de la Compañía Minera La Luz y Los Angeles, que explotaba una mina de oro nicaragüense que tal vez fuera aquella de la que Cristóbal Colón «rescató» oro durante su cuarto viaje. En 1908 tenía por principal accionista el ex-Secretario de Estado Philander Knox. Un sobrino de Knox era el gerente de la Compañía en Bluefields y por lo tanto el patrón del futuro «presidente» Adolfo Díaz. Interesante es la biografía política de este dignatario.

Con un salario de veinticinco dólares semanales como oficinista de contabilidades de la Minera aportó seiscientos mil dólares en efectivo a la revolución que estalló contra Zelaya poco después de su acción sobre el oro. La presidió un general Estrada y tuvo a Emiliano Chamorro como comandante en Jefe. Zelaya es liberal y la revolución es conservadora, por lo que también se involucra la religión. Ya el liberalismo masónico había caracterizado al ecuatoriano Alfaro, que se hizo conocer como «el Garibaldi de América». Zelaya había quitado los conventos a la orden jesuita para convertirlos en escuelas. La revolución de Estrada y Chamorro expresa una articulación del catolicismo con el expansionismo norteamericano que había asomado la cara largamente en Colombia durante la guerra de los Mil días, sin que ello significara que no se hayan articulado con mister Roosevelt los liberales colombianos finalmente.

Adviene una invasión a Nicaragua de mercenarios comandados por dos ciudadanos de nacionalidad norteamericana, llamados Cannon y Groce⁸. Capturados cuando intentaban colocar una poderosa mina explosiva y sometidos a juicio, fueron condenados a muerte y ejecutados. Implicando que poner minas explosivas era un derecho de los ciudadanos de la nación norteamericana, el secretario de Estado Knox dirige el 1º de diciembre de 1909, una comunicación al gobierno en la que se declara la abierta intervención norteamericana en Nicaragua. Zelaya renuncia al gobierno y lo entrega a José Madriz, vicepresidente, adscrito también al partido liberal.

La revolución conservadora llegó al borde de la derrota pero la salvó el Gobierno de los Estados Unidos al declarar ilegal el bloqueo nicaragüense al puerto de Bluefields. Gracias a esto, Emiliano Chamorro logró el 19 de agosto de 1910 derrocar al Presidente Madriz. Devenido presidente, Adolfo Díaz inició negociaciones para endeudar a Nicaragua.

Pero estallaba una revolución liberal. El 25 de mayo de 1911, el Ministro americano notificó a Washington:

«Hay rumores de que los liberales organizan un levantamiento concertado en todo el país con el objeto de derrotar el empréstito. Es difícil calcular cuan seria pudiera ser esta medida si estuviese bien organizada y dirigida, ya que los liberales están en mayoría sobre los conservadores. En consecuencia, me apresuro a repetir mi sugerencia en cuanto a la conveniencia de estacionar permanentemente un barco de guerra en Corinto, hasta que haya sido sacado adelante el empréstito».

El «presidente» Díaz parece que anunciaba deseos de retirarse pues Knox contestó que no se debía permitir a Díaz renunciar, al tiempo que anunciaba el despacho del buque de guerra norteamericano a Nicaragua.

El endeudamiento se firmó el 1º de septiembre de 1911. Era por 15 millones de dólares, que banqueros norteamericanos privados prestaban a Nicaragua. Pero no se entregaron a Nicaragua. La mayor reclamación contra el gobierno nicaragüense se basaba en los bonos del Empréstito Ethelburga, que entraban en liquidación, hecho lógico ya que, con Nicaragua en poder de los Estados Unidos, el proyecto alemán de canal estaba muerto. Los prestamistas procedieron a pagar la deuda Ethelburga deduciéndola del préstamo a Nicaragua, quedando con ello propietarios del ferrocarril nacional nicaragüense. Zelaya había rechazado cuatro millones de dólares por esa obra, a los banqueros les queda por un millón. Sumados, los diversos costos bancarios de la operación ascenderían a más del cuarenta por ciento de la deuda, lo cual era un menudo chichero en comparación al semi control del canal nicaragüense que mediante él se legalizaba.

Pero nunca faltan fastidiosos moralistas. Le apareció uno a la operación nicaragüense en el señor Woodrow Wilson, profesor

universitario ilustre. Encuentra contradicción entre el *fair play* que debe caracterizar a la potencia rectora del mundo y las mal disimuladas trácalas de los banqueros apoyados por los acorazados. Las críticas de Woodrow Wilson no pueden ser ignoradas, es el rector de la Universidad de Princeton y está en campaña electoral para presidente de los Estados Unidos.

La prédica ética de Woodrow Wilson movilizó al electorado norteamericano aunque, hay que aclararlo, fue ayudada por una oportuna división del partido rival, el Republicano. Una vez en el cargo presidencial, en respuesta a una nota de Diego Manuel Chamorro, ministro del exterior del gobierno de Adolfo Díaz pidiendo «que el gobierno de Estados Unidos garantice con sus propias fuerzas la seguridad y la prosperidad de los ciudadanos norteamericanos en Nicaragua y haga extensiva la protección a todos los habitantes de la república», Wilson envía a las costas nicaragüense los barcos de guerra *California*, *Colorado*, *Denver*, *Cleveland*, *Annapolis*, *Búffalo*, *Tacoma* y *Glacier*, y 3.000 marinos y 125 oficiales norteamericanos, que entran a actuar allí. El árbitro real de los destinos nicaragüenses es el representante local del sindicato de banqueros de Nueva York, que tanto había criticado Wilson.

El 5 de agosto de 1914, el moralista gobierno de Wilson firma con Nicaragua, por mano de su Secretario de Estado, William Bryan, el Tratado Bryan-Chamorro, por el cual Estados Unidos obtiene el derecho a construir un canal interoceánico a través de aquel país. Estados Unidos se garantizaba también el arriendo durante 99 años de las islas del Maíz y la opción para construir una base naval en el golfo de Fonseca. Como detalle anecdótico de las políticas empleadas en la operación, narra Rafael de Nogales Méndez que:

«A fin de lograr que el Congreso nicaragüense aprobara el Tratado Bryan-Chamorro, Adolfo Díaz lo hizo leer en inglés a un grupo de senadores y diputados —a quienes había escogido ex-profeso porque no comprendían

una palabra de inglés— (era el tiempo en que nadie se preocupaba por aprenderlo). A despecho de esta indiferencia lingüística, los marines americanos permanecieron apostados en torno al edificio del Congreso a fin de impedir que ciertos intrusos (conocedores tal vez del idioma) penetraran antes de que el Tratado hubiera sido plenamente aceptado»⁹.

Quedó expresamente convenido por las «altas partes contratantes», que el territorio arrendado y la base naval «estarán sujetos, exclusivamente, a las leyes y soberanía de los Estados Unidos durante el período del arriendo y de la concesión, y de su renovación o renovaciones».

El tratado Bryan-Chamorro se benefició de algunos silencios. Inglaterra, por ejemplo, había hecho la balcanización de Centroamérica para estorbar a los Estados Unidos cualquier intento de canal en Nicaragua, pero ahora, superada aquella época de diferencias, buscando alianza norteamericana y metida en guerra con Alemania, no quiere disturbar la operación ni con el pétalo de una rosa. Pero nada perfecto hay bajo el sol, si la primera vez se produjeron las críticas del señor Wilson, esta vez la balcanización produjo nuevos reclamos. Los países creados por ella se sienten golpeados en sus derechos. Nogales Méndez¹⁰ lo explica citando a Horacio Blanco Fombona,

«...el Tratado no sólo puso en jaque la independencia de Nicaragua sino que también privó a Costa Rica, El Salvador y Honduras de ciertos derechos de aguas que dichas tres repúblicas poseían en el río San Juan y en la bahía de Fonseca».

En verdad, respecto al río San Juan, ruta del canal, existía entre Costa Rica y Nicaragua un tratado llamado Cañas-Jerez por el que ninguna de las dos podía disponer de sus derechos en las aguas navegables del río sin mutuo acuerdo. Ni Adolfo Díaz ni Chamorro consultaron

a Costa Rica antes de vender a los Estados Unidos la vía acuática, ni Wilson o Bryan al comprarla. Igual sucedía con el derecho para establecer una base naval en la Bahía de Fonseca, que es tan nicaragüense como de Honduras y El Salvador. Eso envenenará las relaciones de los tres países pero la gran mano norteamericana no permitirá que la sangre llegue al río. Diez días después de promulgado el tratado Bryan-Chamorro, se inaugura oficialmente el canal de Panamá.

Capítulo 4

Operación ocultación histórica

El escritor panameño Gil Blas Tejeira¹¹ hubiera sido clasificado por Rubén Darío entre *los raros* a causa de su novela *Pueblos perdidos*, cuya edición carece de pie de imprenta y muestra una portada de dibujo aficionado y notable magritud de medios gráficos. Destituido de mayores calidades literarias, el extraño texto tal vez revela secretos. Secretos del incendio de la ciudad de Panamá, por ejemplo, de los vínculos de este acto con Buneau Varillat, que entonces no se anunciaba como preparador de la secesión. Lo traemos a estas páginas no por eso sino por su presentación de la inauguración del canal de Panamá, interesante en cuanto comparte la inocencia y desconexión con que el trascendental acontecimiento fue presentado a la opinión panameña de la época y al mundo y es presentado hasta hoy:

«Bien comenzó el día sábado 15 de agosto de 1914, señalado para que el vapor Ancón, de la Compañía del Ferrocarril de Panamá, estrenara oficialmente el Canal. La temperatura era agradable y el cielo, aunque opaco, no amenazaba lluvia.

Se había escogido el Ancón para el primer cruce de la nueva vía canalera en gracia de haber sido este vapor el

que más viajes hiciera entre Nueva York y el Istmo durante los largos años de la excavación de la Gran Zanja, para traer gente y materiales.

El barco, de 9.600 toneladas, amaneció acoderado a un muelle de Cristóbal. Lucía recién pintado de blanco y su cobre brillaba con pretensiones de oro.

Por algún tiempo el mundo esperó con ansia y optimismo aquel acontecimiento. Tres meses antes, el presidente Wilson había autorizado un programa de celebraciones para la ocasión.

Mas el 28 del mes de junio de aquel año fue asesinado en Sarajevo el príncipe Francisco Fernando, por un joven nacionalista serbio. Los disparos que ultimaron al heredero de la monarquía del águila bicéfala repercutieron hasta en las todavía no estrenadas esclusas del Canal de Panamá. La primera conflagración mundial tuvo comienzo en aquel crimen. Hizo crisis la civilización occidental y las naciones cultas se dedicaron a destruir lo que la técnica y las artes habían creado a lo largo de muchos siglos.

El acontecimiento que debió celebrarse con el regocijo de la Humanidad, el resumido felizmente en la frase: “La tierra dividida, el mundo unido”, iba a pasar soslayado de la atención de las naciones empeñadas en la gran matanza.

Las páginas de los periódicos de este Hemisferio dedicaban sus grandes titulares a las noticias venidas de los frentes guerreros. Había la conciencia de que la suerte de América y Europa se jugaban conjuntamente en los campos de batalla del Viejo Mundo.

En California se preparaba una gran fiesta con motivo de la apertura del Canal y Panamá se disponía a celebrar en 1915 una exposición. Ambos proyectos se llevaron

adelante, pero los dos fueron ruinosamente restados de importancia por la tormenta de sangre».

En la vivencia de Tejeiro apenas la casualidad hace que coincidan en 1914 la apertura del canal de Panamá y el estallido de la Primera Guerra mundial. La guerra, constata, le «robó el show» al canal lamentablemente. Y tal es la percepción universal. Toda la lucha de Alemania, Estados Unidos e Inglaterra por el control de Centroamérica y sus canales, que llena el capítulo de este libro dedicado a Cipriano Castro y parte de éste, no existe en la historia oficial. Hay una desenfaticación del vínculo causal de Centroamérica y la Primera Guerra Mundial que acaso debería adjetivarse de trascendental y propende a ser el pico principal de este libro. Para visualizarlo por contraste, revisemos la versión oficial de los hechos que llevaron a la humanidad a la Primera Guerra Mundial: el intenso espíritu nacionalista que se extendió por Europa a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX también se puso de manifiesto en el terreno económico. La Revolución Industrial, iniciada en Alemania a partir de 1870, provocó un gran incremento de productos manufacturados que llevó a buscar nuevos mercados en el exterior. El área en la que se desarrolló principalmente la política alemana y la europea en general de expansión económica fue África, donde los respectivos intereses coloniales entraron en conflicto con frecuencia. El primer choque sucedió en Sudáfrica a partir de 1898, luego Alemania apoyó a Marruecos en 1905 y 1906 contra Francia, para la independencia. Los Balcanes fueron el escenario de un nuevo enfrentamiento en 1908, motivado por la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría. Había sido tocado el panserbianismo o movimiento para la creación de una Gran Serbia, aliada nata de Rusia. En 1911 estalló una nueva crisis en Marruecos mientras las guerras Balcánicas de 1912-1913 aumentaban el interés de Serbia por obtener el control de las áreas del Imperio Austro-Húngaro habitadas por pueblos eslavos. Ello agudizó el

recelo Austro-Húngaro hacia los serbios. Entretanto en Alemania, había crisis, injusticia social. Y el almirante Tirpitz, ministro de Marina, movía desde 1897 la construcción de una gran flota alemana provocando una costosa carrera de armamentos con Gran Bretaña. Las clases privilegiadas se oponían a cualquier intento de introducir un sistema tributario más justo. En 1912 y 1913 los estados balcánicos, bajo los auspicios de Rusia, desmantelaban el Imperio otomano en Europa, lo que pondría fin a la Monarquía Dual Astro Húngara y, así las cosas, acontece el atentado de Sarajevo.

¿Por qué Alemania estuvo tan dispuesta a involucrarse en una guerra que no era suya sino de Austria Hungría contra Serbia? Según la historia oficial

«Los motivos por los que el II Imperio Alemán se involucró en la guerra se han atribuido a que la élite gobernante germana pensó que la guerra y la conquista podrían reunir a las clases trabajadoras en torno al Imperio. Este objetivo se logró, a partir de agosto de 1914 la mayoría de los alemanes se unió emotivamente bajo el estandarte imperial».

¿Qué hay aquí? Todo esto es verdad, pero el motor centroamericano alemán, la vocación germana por el océano Pacífico y Asia están olvidados. Extraña es esta falla de memoria, los temas de expansión industrial fueron extensamente discutidos en Alemania en los años previos a la guerra y se analizó extensamente el virtual choque con los Estados Unidos e Inglaterra que vendría por causa de esa competencia. Igual se discutió en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos. Los episodios del bloqueo a Venezuela y los desenvueltos alrededor de Nicaragua y Santos Zelaya constituyeron, al tiempo que intentos concretos, testeos prácticos de ello. Respecto al canalismo, hubo mucha difusión del pensamiento de Mahan, amén del despliegue contenido en la correspondencia reproducida en el libro de Herwig, citado aquí. Contra toda esa

realidad, en la historia de Wolfgang Mommsen: *La época del imperialismo, Europa 1885-1918*, un clásico¹², el ítem Panamá apenas aparece tres veces en el índice, reflejando notas sin relieve.

Centroamérica no conduce hacia Centroamérica. Si nos situamos, como punto de vista o de partida, en Europa y atravesamos el Atlántico y también el canal de Panamá, tendremos opciones de ir a la costa norteamericana del Pacífico y a la equivalente suramericana. Y si atravesamos el Pacífico, podemos llegar a China, a Rusia o a La India. ¿Para qué se atraviesa un canal? Para trasladar productos de la industria. Concretémonos al caso de Alemania y China. Alemania poseía enclaves en China. Recuérdese la discusión de Theodore Roosevelt con el embajador Holleben donde sale mencionado el enclave de Kiochow sobre el que los alemanes se habían garantizado una posesión de 99 años y recuérdese también que en los días de firma del Tratado Hay-Pauncefote estaba recién apagada en Pekín la terrible rebelión de los boxers, antieuropea, particularmente antibritánica, gestada dentro de dinámicas derivadas de ser la británica la potencia más metida en la economía china y tener pendientes las sangrientas cuentas abiertas por la Guerra del Opio. Correlaciónese esto con la premonición sobre el país chino, estampada por Alejandro Humboldt en su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*:

«Cuando un canal de comunicación sea abierto entre los dos océanos, las producciones de Nootka Sound y de China serán acercadas en más de 2.000 leguas a Europa y los Estados Unidos. Ello sólo podrá traer grandes cambios en el estado político del este de Asia. Esta cinta de tierra (Centroamérica) ha sido la barrera contra las olas del océano Atlántico, ha sido por muchas edades la defensa de la independencia de China y Japón»¹³.

Tanto en 1808, cuando Humboldt publicó su libro, como en 1914, tiempo de guerra mundial, el de China era el principal mercado

del mundo numéricamente, con un pasado de inmensa potencia económica, muy poco conocido porque la historia eurocéntrica ignoró u ocultó a China, como señala el profesor Enrique Dussel.

La expansión prevista por Humboldt no sucedió pero hoy vemos una de sentido geográfico contrario que está señalándole a China, en su vocación de plenitud y enormidad económico-industrial, la necesidad de poseer un canal interoceánico o ser accionista de uno. En ello coincide con Rusia y con La India, convertida hoy en una de las principales potencias intelectuales del globo. Todo esto existía en grados y énfasis distintos durante la Primera Guerra Mundial.

En punto a calidad, las manufacturas alemanas aplastaban literalmente a sus competidoras norteamericanas, británicas o francesas en todos los mercados. Pero esa competencia liberal, de producto a producto, podía ser frenada, la producción podía ser «esperada en la bajadita», como se dice en el lenguaje coloquial venezolano. ¿Cómo? Veamos el proceso general industrial, que es el principal mecanismo de riqueza de las naciones. Imaginemos una fábrica alemana de máquinas de coser. A partir de unas pocas piezas de metal fundido, pintadas al horno y correctamente ensambladas, agregándoles una correa de cuero, tenemos una máquina. Imaginémosla sólida, pintada de negro con el logotipo en dorado, ofreciendo ser perfecta y eterna en el trabajo. Vale muchísimo más de lo que costó, aún incluyéndole en la factura los gastos de capitalización, facturación, secretaría, etc., pero todavía la fábrica no ha recibido nada por ella. Para convertirla en dinero la máquina tendrá que ser empacada y trasladada hasta el cliente final. Si la empresa es mediana, distribuye sus máquinas dentro del país, pero si es grande, las envía a otros países. Para tal caso, la máquina es trasladada al puerto, donde se la coloca dentro de containers, que son subidos a un barco. La nave, cargada con numerosos contenedores con muchas máquinas terminadas adentro cada uno, una fortuna inmensa,

atraviesa el océano Atlántico, en dirección, por ejemplo, al Perú o a la costa del Pacífico norteamericana, o a los mercados de Rusia o China. Si encontrara cerrado el canal de Panamá por el propietario norteamericano y el paso Sur por el propietario inglés, apostado en las islas Malvinas, deberá devolverse a Alemania. La industria maquinera tendrá que ser más pequeña, estará castrada. Y esto le sucederá a todas las industrias de Alemania, a toda Alemania.

Ya que nombramos las islas Malvinas en este discurso sobre estrechos, cabe presentarlas. Lo haremos otra vez de acuerdo a la versión oficial: «La lana es el artículo que más se exporta, aunque también salen de la isla cuero y otras pieles», señala una conocida enciclopedia como único elemento económico vinculado a ellas pero, raro, el artículo aborda en el siguiente párrafo la Guerra de las Malvinas y explica que Inglaterra hizo cruzar el océano Atlántico a lo más fuerte de su flota de guerra y perdió una parte de ella antes de derrotar a la Argentina. Raro, desde luego, es que se motiven esa movilización y esas subidas pérdidas por unas pacas de lana y algunas pieles. El episodio de 1982, es abordado en profundidad en el capítulo dedicado al gobierno de Luis Herrera Campíns, pero aclaremos de una vez que lo canalero no excluye otros valores de estas islas. En enero de 2010 sonaron noticias de que se busca allí petróleo, que debería existir allí ya que Brasil lo descubrió en cantidades inmensas en un paralelo cercano. Y un abogado inglés experto en darle la razón al imperialismo, declaraba por diciembre de 2009 en televisión que fuese cual fuese la asignación final que se diera a las Malvinas, no podría ignorarse que allí se encuentra la mayor concentración de krill del mundo, especie de camarón mínimo en tamaño, cuya potencia de ciframiento biológico lo capacita para alimentar una parte de la humanidad.

Pero no hay que ir tan lejos, volvamos a 1914. Si en tiempos de paz los estrechos funcionaron como una horca para la industria alemana, en la guerra mundial se registra su utilidad militar: inme-

diatamente después de la batalla británica y alemana en la ensenada de Helgoland, la primera de importancia en lo naval, se produce la de las Malvinas¹⁴. Es entre fuerzas inglesas y una escuadra de cruceros alemanes destacada en el Pacífico sur, al mando del almirante Maximilian von Spee o Graf Spee. Bajo órdenes de dirigirse al Atlántico, la escuadra de Spee debió pasar por el Estrecho Sur, donde fue vencida el 8 de diciembre de 1914 por los británicos acantonados en las islas Malvinas. Fue una demostración práctica del uso inglés de las islas, combinado obviamente con el control norteamericano-británico de Panamá, porque si los alemanes hubiesen podido cruzar ese canal, que estaba abierto desde meses antes, no habrían ido al muy hostil desfiladero de las Malvinas.

Reciente estaba otro uso militar de estrecho¹⁵. En 1898, Inglaterra había impedido, por petición de los Estados Unidos, el paso por el canal de Suez a la flota española que se dirigía a Las Filipinas, rodeada en ese momento por los acorazados del almirante Dewey, que expulsaba a los hispanos.

¿Lo principal no se nombra?

Continuaba la guerra. 1915 está marcado por el bloqueo submarino impuesto por Alemania a Gran Bretaña y por un episodio especial, el hundimiento del trasatlántico inglés de pasajeros *Lusitania* por fuego de un submarino alemán. El sentimiento popular antialemán en Estados Unidos alcanzó con esto su punto máximo y hubo grandes presiones para declarar la guerra a Alemania. Pero el presidente Wilson se negaba a romper su elegante neutralidad y optó por enviar al ministro de Asuntos Exteriores alemán tres notas sucesivas en las que exigía el reconocimiento de culpabilidad alemana por el hundimiento y el pago de una indemnización, cosas que finalmente obtuvo. Pero ¿Es sincero este neutralismo? Flamante contradicción muestra la cronología entre la conducta pública de Wilson, que inclusive empezaba a oler a progermanismo,

y sus acciones en Centroamérica de ahorcamiento a la potencia germana. Recapitulando, podríamos anotar los siguientes puntos de constatación e hipótesis:

- a) El cierre de los estrechos centroamericanos y los de las Malvinas y Suez constituyó freno a la industrialización alemana.
- b) Tal freno es una de las causas más importantes de la Primera Guerra Mundial. Casi seguramente la principal.
- c) También constituyó desventaja para Alemania durante la guerra.
- d) Ello ha estructurado a Europa.
- e) Centroamérica fue uno de los escenarios más importantes de la Primera Guerra Mundial.

Ya puestos en esa hipótesis, constatemos que

- A) Todo lo anterior ha sido desenfaticado o más bien ocultado por la historia oficial mundial. La batalla de las Malvinas ocupa dos líneas en la historia de Michael Lewis, *The History of the British Navy*, donde además, no hay una coma sobre la importancia del paso Sur y de ese enclave. Lo principal no se nombra. Estaríamos ante una operación de ocultación histórica sistemática.

Avancemos otra hipótesis: lo que está en juego en el pase de las naves por los canales y estrechos es nada menos que la estructura económica del mundo, la condición de cada país como industrial o subdesarrollado. Alemania fue a ese deterioro antes y después de la Primera Guerra Mundial. Hoy podrían ir también Francia, España, Rusia, Italia o China pero eso no sucede. Esto señala, si atendemos a la hipótesis, la existencia, no pública pero eficaz, con una estructura de funcionamiento afín a la de las cámaras de compensación bancaria, de una instancia o bolsa especializada en permisos —reales— de circulación canalera, donde se realizan alianzas

y concesiones. Lo pactado allí se traduciría en pechajes indirectos, fácilmente disimulables en los acuerdos de aranceles y cosas así, desconectadas en principio del asunto canalero (que mantiene su apariencia de tarifas igualitarias) y en consecuencia invisibles para quienes no están adentro de los arreglos. Al respecto cabe notar que Alemania, país muy industrial y protagonista de dos guerras mundiales, practica desde 1945 una quietud ejemplar, un comportamiento de los que en las escuelas de antes era premiado con 20 puntos. ¿Será que aprendió la lección? ¿O que la aprendieron sus adversarios? Igual regiría para las otras potencias industrializadas, aunque no tengan el “currículum” de guerras alemán. Las cuotas de ahorcamiento industrial serían obviamente objeto de discusión y pugnas entre países dueños de canales y países pechados, pero el mecanismo general debe ser ocultado a terceros. ¿Por qué?

Cuando adversarios están asociados en ocultar su pugna se debe a que los excluidos del juego podrían, en caso de conocerlo, exigir su parte, reduciendo la tajada de los comensales que están sentados a la mesa. La prudencia aconseja que pocos conozcan el juego. Esa es la mecánica de todos los cenáculos, económicos, científicos y sobre todo políticos, el origen de todas las ocultaciones, incluidas las históricas. ¿Cuáles comensales estarían ausentes? Centroamérica y Argentina, los verdaderos países propietarios de las vías. Y más extensamente, Latinoamérica, África, también Asia.

Al silenciamiento lo auxiliaría el poder de la óptica, lo aparentemente absurdo de estudiar las claves de la estructura europea en función de la pequeña Centroamérica. Un caso significativo de demostración del peso de los canales (con futuro) en la relación entre naciones y en su existencia misma, importantísimo porque hablaría de la estructura de la mayor potencia del mundo, sería el de la Guerra de secesión de los Estados Unidos. Se enfrentaron allí, como es conocido, economía industrial y economía agrícola esclavista. El tema está abordado por el filibustero William Walker, que intentó

evitar la Secesión a través de la apertura de un canal en Nicaragua (y la instauración de la esclavitud en Centroamérica) y cuya muerte precedió sólo en semanas al estallido de la Guerra de secesión. Lo desarrolla en su libro. Una mirada objetiva sobre estos temas podría beneficiarse de estudiar la conducta de las economías del mundo en los períodos de apertura de canales, incluido el de Suez, en los períodos en que ha habido conatos de apertura de Nicaragua, de clausura del paso malvino, etc. Por supuesto, análisis económicos proyectivos del impacto de paso canalero barato sobre las economías mundiales y sobre sus relaciones de poder, dependencia, etc., serían las piezas principales de este conocimiento.

Lo dicho en el párrafo anterior es, repetimos, una hipótesis. Los hechos la corroborarán o negarán con su sólido lenguaje. Pronto, porque Latinoamérica está abriendo los brazos y Centroamérica es parte de ella, y en cuanto a clientes, China, Rusia y potencialmente La India, estarán colocadas ante la necesidad de poseer un canal interoceánico o ser accionistas de uno, o avanzar por el camino del ahorcamiento, o entrar en el hipotetizado reparto secreto.

Capítulo 5

La carne del coronel Aureliano Buendía

Encadenada legalmente Nicaragua con el tratado Bryan-Chamorro, los Estados Unidos avanzan un proceso equivalente en Panamá. Para ello, le proponen a Colombia un Tratado Urrutia-Thompson, por el que Colombia renuncia a su reclamación por el despojo del istmo. Visto en plazo largo, el Tratado Urrutia-Thompson vendría a ser un giro más de una política colombiana de entrega de Panamá a los Estados Unidos que en la primera vuelta reforzó la conquista por Polk de los territorios mexicanos mediante el tratado Mallarino-Bildack de privilegio para Estados Unidos en el istmo; que en la

segunda vuelta consolidó esa posesión norteamericana con la conquista en 1903 y ahora, en esta tercera vuelta, blindaría legalmente esa posesión con un «saneamiento de Ley». Pero no es fácil la aceptación del tratado por Colombia. Terrible y detallada, coleccionada en 1903 y 1904 en situación de máxima debilidad neogranadina, la reclamación colombiana adquiriría fuerza y vida con la guerra mundial que estaba estallando. La cosa se discute en el Congreso colombiano. Colombia podría reclamar el atropello, podía aliarse con Alemania y, si ésta triunfara, recuperar Panamá o semirrecuperarla. O podía mantener una neutralidad que le permitiera defenderse. Todo aconsejaba esperar a que los resultados de la guerra hablaran.

Lógicamente, los estadounidenses estaban urgidos de firmar el Tratado antes. Si entraban en la guerra contra Alemania con ese caso legal no resuelto y perdían, su derecho sobre el canal sería fragilísimo, las revisiones tribunalicias del muy inmoral episodio serían obviamente favorables a Colombia. Así la entrada cómoda de Estados Unidos a la guerra mundial pendía de la decisión del Congreso colombiano. No definitivamente, actuaban en Wilson y el poder norteamericano otros considerandos, pero el punto de Panamá era muy importante. ¿Cuánto ofrecía Estados Unidos por solucionar el problema? 25 millones de dólares. Si, lo que dio en un día ese canal, sólo en ganancias públicas, era la oferta (las impublicadas no son cuantificables, implicarían industrialización del continente latinoamericano, de regiones europeas y asiáticas). Por 25 millones de dólares, Colombia renunciaría a todo reclamo futuro por el despojo y reestablecería las relaciones diplomáticas con Estados Unidos, rotas a raíz de la secesión.

La discusión estaba encendida en el Congreso colombiano cuando los diputados que entraban al capitolio el 15 de octubre de 1914 encontraron sobre las escaleras, un cadáver de hombre abierto en el pecho y el cuello por hondas cortaduras. Le rodeaban pozos de sangre, vestía terno formal de tela marrón. Era el general Rafael Uribe Uribe. Era natural que el hombre a quien Gabriel García

Márquez utilizaría como modelo para construir su personaje del coronel Aureliano Buendía por su enorme nostalgia y limpidez, estuviera denunciando el muy sinvergüenza tratado. Estaba haciéndolo desde hacía días, como antes, hacía once años, había escrito páginas ilustres y pedagógicas contra la firma del Tratado Herrán-Hay, proyecto que entregaba la provincia panameña a Estados Unidos a cambio de nada.

El canciller postulante del tratado Urrutia-Thompson se llamaba Marco Fidel Suárez, era político y gramático, miembro del partido Conservador. Se alarmaba ante la posibilidad de que el partido de Theodore Roosevelt saboteara el arreglo en el Congreso norteamericano porque la frase «sincere regret», colocada en el texto, intentaba excusar la acción que el mismo Roosevelt había descrito con la orgullosa expresión «I took Panamá». Suárez expresaba su angustia en escritos redactados a imitación de la *Divina Comedia*, que titulaba *Sueños* (número 1, p. 95), calificaba a los Estados Unidos como «La estrella del norte» y veía al presidente Wilson como un salvador. Tocó a este canciller decir la oración fúnebre ante la tumba del general Uribe Uribe. El tratado Urrutia-Thompson sólo vino a signarse algunos años después. Por mano de anexionistas del estilo de Marco Fidel Suárez, había perdido Colombia la Primera Guerra Mundial y con ella la perdió América Latina y a cambio de 25 millones de dólares se refrendaba la pérdida legalmente. «Pagamos por eso», dirán sin mentir los estadounidenses ante cualquier factibilidad de devolución de Panamá.

Capítulo 6

¿Misterio alemán en Maracaibo?

Mientras Venezuela sigue siendo el país de arreos de ganado que cruzan los caminos polvorientos y novios que hablan a través de los barrotes de la ventana, suenan los golpes de percusión a la tie-

rra del Zulia, coordinados por ingenieros rubios. Los jefes civiles se encargan de espantar a los indios y los propietarios criollos de las tierras recibirán después al contador de la compañía petrolera anglosajona, venido a malpagarles. Pero no hay bulla petrolera, fama, hasta que con la rota del pozo Zumaque 1, en el campo de Mene Grande¹⁶, 120 kilómetros al sureste de Maracaibo, Venezuela ingresa al panorama de la industria internacional del petróleo. El chorro negro se elevó durante varios días, formando un lago cuya superficie reflejaba el cielo.

En la guerra europea, el “Benemérito”, como llamaban a Gómez, simpatiza con Alemania. Acaso ello sea por temperamento, quizá actúan en él los viejos vínculos con la casa Steinwort y otras del Táchira, que con la prosperidad y el poder no podían sino haber crecido. En razón lógica, evidente, los antigomecistas se hacían pronorteamericanos. No obtendrán con ello muchos réditos porque el progermanismo de Gómez es discreto, expresado, por ejemplo, en visitas «de cortesía» de buques alemanes a Puerto Cabello. Pero en los hechos, el dictador jamás reta al tremebundo poder estadounidense, que impidió el regreso de Castro y lo sigue impidiendo, lo que es tranquilidad para él pero también lección. Venezuela es un frente de guerra que no aparece en los mapas pero es importante porque, como dirá Delcassé, «la guerra se ganó sobre una ola de petróleo». En este contexto sucede un episodio que ha permanecido en el misterio hasta hoy, el Motín de Maracaibo. Básicamente consiste en que, estando ausente de Maracaibo su gobernador, José María García, estalla un alzamiento en la ciudad comandado por el gobernador encargado, Juan Alberto Aranguren. Extraño es el caso ya que a ambos gobernantes los ha colocado en los cargos Gómez.

Había en Maracaibo dos grupos de poder y dinero en pugna, el alemán y el aliado. El primero había sido sembrado dentro de la entraña social zuliana con extensión andina por cincuenta años

de créditos cafetaleros y tenía en Gómez uno de sus militantes. El segundo se alimentaba de un anexionismo que ya dio muestras en 1848 y que en las primeras décadas del siglo, se emanaba de las compañías petroleras. *El Fonógrafo*, periódico que José Rafael Pocaterria codirigía, se alineaba con los aliados. En los días previos al episodio, el hundimiento del barco *Lusitania* creaba en todo el mundo una sensación de inminencia de entrada de los Estados Unidos a la Guerra Mundial del lado británico y ello, por supuesto, se sentía en Venezuela. Según el escritor valenciano, que narra el asunto¹⁷ con una prosa donde se combinan la necesidad de decir la verdad con la necesidad de no decirla toda, la actitud norteamericana era vivida por Gómez como un acto enemigo. Por su parte, José María García abordará el Motín en su libro publicado 60 años después de los hechos, que ya hemos citado a propósito de la exposición del plan grancolombiano del general Cipriano Castro¹⁸. De su narración salen detalles interesantes. Por ejemplo, el clima de conspiración que precedió su viaje a Caracas, clima marcado por una famosa fiesta hipócrita donde el poeta Udón Pérez le dedicó un poema titulado «Mi aplauso al general José María García, Presidente del Estado, en la inauguración del pavimento del Boulevard Baralt».

Gómez llama a Caracas a su gobernador de la región del petróleo, y se lo lleva como acompañante en una gira de inauguración de obras por el interior de Venezuela. No es el único incorporado a la gira, van los otros gobernadores de estado, pero aún así el paseo es raro en vista del dicho clima conspirativo existente en la zona petrolera. Más raro aún es que, cuando llegan las noticias de que Aranguren está alzado en el Zulia, de que destituye los empleados de confianza de García y les quita el armamento, el dictador no hace nada distinto a mantener a García a su lado. Interpelado por éste, responde: «Deje a ese hombre en eso para ver hasta donde va a llegar». Gómez auspiciaba en secreto el alzamiento. Así lo afirma

García y lo muestran los telegramas cruzados entre Aranguren y el secretario de Gómez, que dirigía desde Caracas el complot. Están en el archivo histórico de Miraflores. Hay otro hecho, concomitante. El mismo archivo mostrará que Eustoquio Gómez, presidente del estado Táchira, también apoyaba a Aranguren. Eustoquio era alemán, aparecía como primo de Juan Vicente Gómez pero era un hijo “metido” por un alemán en Cúcuta a una muchacha bonita que apareció en La Mulera con el niño recién nacido y se casó con un tío de Juan Vicente. No sólo era alemán Eustoquio, actuaba beligerantemente en una guerra tribunalicia entre empresas alemanas y norteamericanas en torno a la posesión de una enorme hacienda, la *Bramón States*, sita bajo su jurisdicción tachirense. El Departamento de Estado norteamericano presionaba a favor de sus coterreños pero Eustoquio amedrentaba a los jueces para arrancarles decisiones favorables al país germano. Pocaterra afirma que las casas comerciales y bancarias tedescas apoyaron el alzamiento de Aranguren y ello tiene lógica.

García, por su parte, era titular de una concesión petrolera explotada por una empresa de los Estados Unidos y Pocaterra, asociado de García, estaba en los días del alzamiento de Aranguren en Caracas, en gestiones de fundación de un periódico «con el apoyo de las simpatías aliadas». Ver así es adentrarse en la muy compleja política de la época y en la mente de Gómez, en su estar en el filo de la navaja, caminando por entresijos políticos y mentales para golpear y para sobrevivir. Porque al que es caracterizado como tirano terrible y omnímodo, debe suponersele, si quiere favorecer a Alemania, posibilidad de remover a García de la gobernación zuliana y colocar en ella a Aranguren en un instante, sin necesidad de giras y cosas por el estilo. Que no lo haga significa que algo tenía poder suficiente para impedirsele, algo que sólo podía ser los Estados Unidos. El dictador trabaja el asunto a su manera sibilina y su secretario continúa dirigiendo las acciones de Aranguren desde

Caracas por telegramas cifrados, mientras él retiene a García entre otros gobernadores, en el desarrollo de la aparatosa gira. También debería suponersele a Gómez suficiente poder como para retirar a Aranguren con un simple telegrama. Tampoco lo hace. El Motín de Maracaibo parece haber sido una maniobra de Gómez dirigida a facilitar el dominio de aquel petróleo por Alemania, cosa que sucedería bajo responsabilidad, no de él sino de Aranguren.

La «revolución» arangurista duró tres meses, tuvo tres meses para cumplir su objetivo. Luego, Gómez permite a García regresar al Zulia. ¿Qué ha sucedido en el mundo? En abril de 1916 Alemania había conciliado con Wilson, prometiendo cesar sus ataques submarinos, aceptando la culpabilidad por el hundimiento del *Lusitania* y pagando una indemnización a las víctimas. El almirante Tirpitz, autor de la línea de guerra submarina despiadada, quedaba con esto desautorizado y renunciaría de su cargo al año siguiente. En síntesis, las tensiones entre Alemania y los Estados Unidos se relajaban.

Gómez parece tener conducta obediente a la realidad mundial. Pero juegan, él y José María García, un gambito más. Gómez ofrece a García un barco de guerra para regresar a la ciudad alzada y García rechaza el amable ofrecimiento, dice preferir una nave desarmada. ¿Qué significaba la reconquista de Maracaibo con una batalla? Quizá quemar la incipiente industria petrolera, de lo que Gómez no aparecería como autor. Tras pensarlo un poco, Gómez acepta la proposición de García. Parece dejar a la suerte que García muera en el desembarco o que triunfe sobre Aranguren. Es el Gómez político nato, que sobrenada sobre clanes y tendencias que se pelean entre ellos, se apoya a ratos en uno, a ratos en el otro. Simpatiza con Alemania pero simpatiza más consigo mismo.

Pocatererra vivió el levantamiento desde Caracas. «Cansado de intentar movilizar a mentes inertes» en la capital, el escritor torna a Maracaibo. Lo hace, por coincidencia, que desde luego no debió

tener nada de tal, en el barco donde viaja el gobernador García de regreso a Maracaibo.

El barco hace escala en Curazao, Pocaterra inserta algunas frases antijudías a propósito de visiones de la isla, describe a una mujer espía de la oposición a Gómez, a la que ve desde lejos. Unos acaudalados marabinos visitan a García en el hotel curazoleño para explicarle que Aranguren ha organizado una celada para matarlo. Acerca del mar, visto desde la borda mientras el barco avanza hacia la ciudad en motín, el escritor señala que es «un camino misterioso». «La única manera de progresar es por los vericuetos de la conspiración», añade. Llegan a Maracaibo, hay tiros contra el barco y a tiros son recibidos el gobernador y los suyos al poner pié en el muelle. La narración está dirigida a presentar José María García con bonitos colores, olvidados los adjetivos críticos y despectivos hacia los gomeros que marcan el resto del libro. Y la pelea aparece como absurda: «Viva Gómez», gritan los de Aranguren, “Viva Gómez”, responden los de García. García se impone, domina la ciudad. Pero trae órdenes de Gómez de no castigar a Aranguren, sólo capturarlo y remitirlo a Caracas. Cuando Aranguren sufre un atentado, García lo protege. Después, lo envía a Caracas y libera sin más a los aranguristas que tanto habían violado su autoridad y da por terminado el incidente. El resto es que Pocaterra entra a trabajar cerca del gobernador, como presidente de la Asamblea Legislativa. El Motín de Maracaibo tal vez ha involucrado una trama mundial.

Capítulo 7

Tierra del sol amada

El 31 de mayo de 1916 se inicia entre la Gran Flota británica y la Flota de Alta Mar alemana, el enfrentamiento naval más importante de la guerra, la batalla de Jutlandia. Era decisiva, se involucraba

número grande de barcos de ambos lados. Cercanamente a esto se producen dos noticias sorprendentes sobre Venezuela. La primera es del 11 de junio del mismo 1916. *El New York Times*¹⁹ publica un artículo titulado: «Perú y Venezuela reportados listos para tomar tierra de Colombia y Ecuador». No aparecerán más detalles de esta guerra de conquista o corrección general del mapa suramericano jamás realizada, coincidente con el Motín de Maracaibo.

En 1919 Pocaterra publicará una novela que titula *Tierra del sol amada*²⁰, nombre poético que se da a Maracaibo. Dedicar un capítulo a retratar en clave despectivamente sociológica y racial, el separatismo zuliano. Todo el tono de la novela sugiere que narra experiencias que viene de vivir, en otras palabras muestra que la separación de la región petrolera respecto a Venezuela fue un fondo, el principal seguramente, de la vida política zuliana de los años de la guerra, lo que señala al Motín de Maracaibo como preponderado por ese signo. O tal vez no habla del Motín, evidentemente alemán y tal vez también separatista, sino de un movimiento pronorteamericano, «yancófilo», palabra con que el autor adjetiva a uno de sus personajes. El ambiente es una reunión social centrada por Tardío Céspedes, personaje que es encarnación de los «Notables» locales y acaso represente al poeta maracaibero por definición, Udón Pérez. He aquí algunos párrafos:

«—¡El separatismo, el separatismo! —exclamó metiendo baza en la conversación de los viejos Tardío Céspedes, «cronista social», poeta galante y adscrito a las nuevas tendencias y a los presupuestos municipales del Estado—sin dejar de olerse el eterno malabar...

La frase cayó como una pedrada en una bandada de pájaros. Don Cástulo volvióse azorado a todas partes; el viejo Zubillaga inclinó la calva y lanzó un tímido gruñido; en casi todas las caras dejóse ver una prudencia miedosa; hasta el mismo de la cabecita viperina que se oía hablar con deleite, cortó en su obligación de res-

ponsable de aquellas opiniones, de un modo tímido e hipócritón:

—No... eso no; eso no... es ir demasiado lejos, amigo Céspedes.

Éste, ya lanzado, puesto en evidencia, olvidó un instante el francés y se lanzó, insensato, cuesta abajo, esguazó el Canal de Panamá, expuso cosas abominables de los hombres de gobierno, de los hombres de pensamiento, de las mujeres “nuestras” que se casan con extranjeros... Él quería un Zulia independiente, anexándose al Estado, Falcón, la Cordillera, el departamento Santander...

—¡Como cuando la Gran Colombia! ¡Como cuando la Gran Colombia!—terminó en alta voz, erudito, sin saber “una papa” —según Pinillos— ni de la “Gran Colombia”, ni de él, ni del Nuncio Apostólico...». [...]

«...Habíanse formado dos bandos, el de los zulianos “propriadamente dichos”, como por mejor decir calificaba el de la cabecita viperina: éste, Penca, don Cástulo entre los moderados; Tardío Céspedes y acaso Frontón en la extrema izquierda, separatistas *a ustrance*, como decía Tardío y el “moderado conciliador” a la cabeza del cual estaba don Pancho Irala. Había una minoría que representaba Tromps, yancófilo, admirador decidido de las “cabezas comerciales” de Wall Street; Navas Reyes que asignaba a los alemanes de Maracaibo los males todos, sociales, económicos y morales del país; Pinillos, escéptico, indiferente, que a ratos estaba con uno y luego, tranquilamente, opinaba con los otros.../...De los dos Mejías, el mayor —porque el otro apenas sabía hablar inglés y poner sus grandes fondillos sobre una motocicleta hedionda, estrepitosa, que escandalizaba el bulevar y “le amargaba” la vida a Pinillos— tomaba parte en la disputa para dejar caer con una sonrisa superior palabras desdeñosas, frías, cierto tono de banquero que escucha, despreciativamente las patrioterías

parlamentarias porque bien sabe que luego, con amable sonrisa, el pedagogo y el aristócrata, el jacobino y el conservador irán a su caja, humildemente...

—Yo creo que uno no le debe a la patria lo que la patria no le pague... Yo soy hombre práctico. Si es necesario salvaguardar nuestros intereses bajo cualquier bandera, pues, se garantizan así...». [...]

«—Tomando en cuenta —concilió don Cástulo— que es el primer puerto exportador de Venezuela.

—¡Nada! Lo que dice no sé qué autor célebre —ilustró Tardío para aniquilar esta vez a Pinillos—. Ésta, ésta es la Cataluña de Venezuela».

Pocaterra continúa el capítulo en la noche, en el lecho donde el personaje que representa al autor continúa mentalmente las discusiones del día sobre la Cataluña de la época, modelo separatista.

«¿Cataluña? No: había allá, en la exaltación mediterránea, algo “soñador”, sin dejar de ser profundamente práctico, esencial, con un objetivo señalado, sabiendo a dónde se va... producto de una raza misma, de una común inspiración, del alma regional identificada en sus dos tipos: el que trabaja y el que piensa, pero el pensador activo y el trabajador pensativo... Aquí ¿qué...?, un rincón de provincia, lleno de recelos y de desconfianzas de unos a otros.../...y en el mundo moderno, el fusilamiento de un vago apóstol, de un pedagogo equívoco en los fosos de Montjuich hacía conmover la opinión pública y había una “semana sangrienta”, y era menester un Valeriano Weyler, plebeyo cruel y traidor a su casta. Y aquí..., ¿qué? O las “protestas” risibles de Tardío Céspedes...».

Capítulo 8

Buscaron alianza con Cipriano Castro

Ya cerca del final de la guerra, el 19 de Julio de 1917 el *New York Times* trae la siguiente nota:

«El Departamento de Estado ha descubierto un plan alemán para obtener la isla de Margarita para una base naval. El Departamento de Estado no hará ningún llamado público pero ha hablado con el gobierno venezolano»²¹.

Julio 30, 1917: «Gómez declara que no negociará Margarita a los alemanes»²².

Los Estados Unidos, y ello es significativo, no creyeron en el antialemanismo del dictador, buscaron alianza con Cipriano Castro para derrocar a Gómez. Eso lo ha escrito Mariano Picón Salas y está en el siguiente párrafo de las Memorias de José María García:

«...la simpatía de Gómez por la causa alemana y por el Kaiser causó inquietud en el Departamento de Estado norteamericano, puesto que en el año de 1917 un representante de aquél acudió al General Cipriano Castro en su exilio de Puerto Rico para proponerle ayuda militar norteamericana en una expedición para derrocar a Gómez y reinstalarlo a él en el poder, si Castro aceptaba hacer ingresar a Venezuela en la guerra del lado aliado. Castro se negó a ello, no obstante el profundo odio que profesaba por Gómez. No considerando de ninguna utilidad la intervención militar de Venezuela en la guerra, pensando que sería un sacrificio excesivo para el pueblo venezolano y animado por un genuino patriotismo que repugnaba de la ayuda intervencionista norteamericana, el General Castro rechazó la oferta, a pesar de que sabía que era esa la última oportunidad que había de presentársele para derrocar a Gómez»²³.

En este juego, donde de pronto aparecen máscaras, es factible que hayan movido el ánimo de don Cipriano las causas que García señala. Es posible que detestara a Gómez pero es igualmente posible que hubiese en ello comedia, que la salida de Cipriano Castro de Venezuela en 1908 se hubiese dirigido a desinflar las causales de una guerra de conquista norteamericana en Venezuela, que habría estado factible en aquel momento de máxima tensión de Castro con Estados Unidos. Habrían Castro y Gómez, de consuno, pospuesto la pelea para el momento en que la, también previsible, guerra alemana, abriera nuevos chances al nacionalismo ciprianiista. Niegan esto los intentos de Castro de entrar a Venezuela inmediatamente después de salido de la operación quirúrgica, frustrados por la flota norteamericana, lo apoyan lo extraño de que hubiera un único médico en el mundo que pudiera operar al «Cabito», que tal médico no pudiera trasladarse a Venezuela a practicar la operación, y en general, redondeando, que Castro, tan astuto, saliera de Venezuela en momentos en que la pulsión de Theodore Roosevelt se incrementaba y en que el país estaba de conspiradores «como se pone de gusanos el cadáver de cinco días». El progermanismo de Gómez, afín al de Castro, habla en el mismo sentido. La prohibición del Motín de Maracaibo por Juan Vicente Gómez habría estado entonces articulada con una devolución del poder del compadre al compadre, acción proalemana, desarrollada en grado de intento.

La vergüenza de América

En la euforia del triunfo sobre Alemania en la Primera Guerra Mundial, el presidente estadounidense Woodrow Wilson desataría en el mundo un ventarrón de pureza protestante. Lo llamaron «el espíritu de 1919» y se resumió programáticamente en los llamados «Catorce puntos de Wilson». El idealismo de dichas propuestas gozó de gran apoyo y proporcionó a Wilson una posición de li-

derazgo moral en la Conferencia de Paz de Versalles. Para lograr apoyos para su punto 14° que preparaba, la Sociedad de Naciones, antecesora de la ONU, Wilson se vio obligado a renunciar a la aprobación del conjunto de su programa, resultando el moralismo un fuelle útil para meter aire al poder y que empezaba a vaciarse.

En este ambiente se producen en Caracas manifestaciones de estudiantes que celebran la victoria aliada y llevan a la Embajada de Francia una carta pidiendo que las libertades triunfen también en Venezuela. Y hay levantamientos militares y conspiraciones, duramente reprimidos por la dictadura. El tan citado escritor Pocaterra, político y principal testigo literario de la época, afirma haber participado en dichas acciones, acerca de las cuales escribe: «Nada más puro se hizo». Pero la palabra «puro» puede tener diversas connotaciones, Wilson había proclamado su decisión de eliminar de América las «vergüenzas» y el libro *Memorias de un venezolano de la decadencia*, donde viene la afirmación citada, lleva por antetítulo *La vergüenza de América* y constituye una detallada —y brillante— denuncia de los procedimientos del dictador. Parece que se está pidiendo al presidente norteamericano que borre de Venezuela «la vergüenza de América». ¿Cuál será el precio de esta mano de obra limpiadora? En la Sala Arcaya de la Biblioteca Nacional de Venezuela, el lector curioso podrá ver un texto narrativo del bautizo de las *Memorias de un venezolano* en un templete anexo a un acto del presidente Harding, en un parque de Nueva York.

Carlos Andrés Pérez nace

Con los años de 1920 vino la langosta. Casi nadie en los Andes salvó la cosecha. Esa vez los alemanes hicieron caída y mesa limpia. Ejecutaron las propiedades de mucha gente. Entre los ejecutados estuvo el señor Eusebio Pérez. Petulante, como todo lo de los «boches» en aquel entonces, era la casa Steinfort, la única de dos pisos en San Cristóbal. Se decía que el señor Pérez viajó a San Cristóbal,

que se humilló en la oficina con balcón grande del segundo piso de la casa, pero no pudo salvar su hacienda, llamada «La Argentina». Entonces se puso raro, aparecía en la plaza de Rubio con un pumpá y no saludaba a la gente amiga de toda la vida; se daba aires. Se le aceptó esto pero el vaso se colmó el domingo en que subió al púlpito, interrumpiendo la misa, y dijo un discurso. Sus palabras no fueron de masón de los que le quitan la acera al cura, tampoco reñidas con la Bula de la cena; en realidad vivaron a Dios, pero se sabía que no era cura autorizado para dar sermón, de modo que lo tacharon de loco. Es que pasaban hambre entonces los Pérez. Enflaqueció el señor Eusebio Pérez y enflaquecieron sus hijos Julián, Jorge y Carlos Andrés Pérez, que andando el tiempo sería presidente de Venezuela. Nadie ayudaba a nadie en aquel mínimo pueblo en que la pobreza caminaba por las calles mezclada en la niebla.

Obediente al poder, Gómez entrega el petróleo. Sobre todo lo da a las empresas británicas. La Royal Dutch Shell recibe las concesiones a nombre de compañías que crea localmente: Caribbean, Venezuelan Oil Concessions, etcétera. Las condiciones de esos contratos son un gran crimen contra Venezuela. La Standard Oil no figura en el reparto, lo cual traerá guerra entre petroleros.

Capítulo 9

Asesinato en la casa presidencial

Los regímenes se renuevan mediante elecciones, a través de revoluciones o a través de golpes de Estado. También se puede acabar un gobierno por muerte natural del presidente o por su asesinato. Se evita el asesinato, por supuesto, y Gómez escribirá en un papelito: «Vida que Dios la cuida nunca se pierde».

Una forma entre muchas de evitar el magnicidio es convertirlo en inútil, garantizar que habrá Gómez aunque maten a Gómez. Seguramente pensando así, el previsor dictador andino pone a su hermano Juancho Gómez como Vicepresidente y como segundo en la línea de sucesión a «Vicentico» Gómez, su hijo; está creada una dinastía gomera. Tuvo poca fortuna el experimento. Su destrucción se anunciará con un velorio, el de una sobrina de Dionisia, la primera mujer de Gómez, madre de Vicentico. Se narrará aquí a partir del testimonio de José Antonio Giaccopini Zárraga, que asistió al dicho velorio. La muchacha se ha suicidado. La causa: el hombre que se iba a casar con ella la repudió. Se ve tras el vidrio de la urna el rostro femenino y joven, pálido, con el largo cabello negro recogido en crinejas como a ella le gustaba. La madre, demacrada, solemne, pronuncia lentas palabras contra la vida del Vicepresidente de la República, Juancho Gómez. No lo condena por política sino por haber dicho al novio de la hija, mientras vaciaban una botella de brandy, que la muchacha no era santa, que él la había gozado. En el sistema de hablar de entonces, mezclando pecado y placer, quizá Juancho había ponderado a la sobrina de Dionisia como «más bien diabla». El hombre le notificó a la novia los comentarios que sobre ella había emitido Juancho y terminó: «Te quiero como amante, ni pensar en que te lleve al altar». Continúan los juramentos de venganza de la dolida madre. La noche siguiente, antes de que pudiera moverse del colchón donde dormía, el cuerpo del Vicepresidente de la República era atravesado por puñaladas, muchas. El sexo pareciera que rodeaba a Juancho por todos lados, pues un teniente Barrientos fue torturado hasta la muerte bajo acusación de haber apuñalado al vicepresidente en la cama donde los dos pecaban.

Justo en el momento en que las puñaladas entraban en el cuerpo de Juancho, en el camarote de un barco que cruzaba frente a la isla de Trinidad una pasajera abría los ojos en la cama. Había intentado dormirse

pero era imposible, la despertaba un rostro de hombre que tomaba figura en la oscura madera del escaparate. La miraba mostachudo, triste. La miró así todo el resto de la noche. Era el vicepresidente.

La dinastía que Gómez trató de crear fue rota por causas personales. No hay por qué dudarlo, pero debió actuar también un factor de puja por el poder, pues es conocido que pocos días después, el dictador llamó a su hijo Vicentico, le arrancó las charreteras y le ordenó:

—¡Vaya y quítese el uniforme y prepare viaje, porque se va para Francia!

Existía un partido vicentista, formado por ricos caraqueños principalmente, ligados por amistades y vínculos de clase con la esposa de Vicentico, una Revenga. Esa alianza Gómez-oligarquía era por supuesto algo perfectamente calculado por Juan Vicente. También el muy astuto dictador tenía que haberse paseado por la rivalidad que nacería entre Juancho Gómez, primer heredero del puesto en tanto vicepresidente, y Vicentico.

Si Juancho heredaba la presidencia, Vicentico habría de esperar a la muerte de éste para acceder a la silla, lo que significaba una década, quizá más. Y con él esperarían sus amigos oligarcas pues Juancho, lógicamente, gobernaría con los viejos clanes andinos cuyos hombres eran de su confianza desde los tiempos de Castro, tal vez desde antes. Una década o más de espera era mucho y ni Vicentico ni nadie sabía qué sucedería después, si continuaría el régimen andino, si fuerzas ahora aplastadas volcarían la mesa y el futuro de los vicentistas se evaporaría hasta jamás.

Todo le aconsejaba a Vicentico apartar el obstáculo ya. Imposible que tal mecánica de poder no la hubiera calculado Gómez, pero debió también calcular que el partido vicentista aguantaría la frustración, sabría esperar. Debió colocar elementos que indujeran aceptación. Algo falló. El dictador continuó gobernando solo.

Apareció el comunismo

Dentro de la guerra europea, ha aparecido el comunismo. En una de las sesiones de cine para el «Benemérito», que mucho las gustaba y que sucedían en el patio trasero de su casa de Maracay, se vio *El acorazado Potemkin*. Las muy poéticas imágenes «chocan» por el montaje contrastado que está inventando Serge Marie Eisenstein, presentando aquella revolución nueva, tan distinta de las de don Cipriano y el Mocho Hernández. Y aparece el líder, llamado Lenin. Es nervioso y asiático. También inteligente, según le ha contado a Gómez el doctor Álamo Ibarra, que lo conoció y tuvo por vecino en Suiza. Peligrosísima es aquella revolución que fusiló al zar y su familia, desheredó a los ricos y pone a los peones de amos de la hacienda. Lo peor del comunismo es que conspira terriblemente, donde menos se espera salta esa liebre.

Fascina a los jóvenes, aparece como el futuro, como que va a ser mundial. Comunistas son los muchachos más ricos de Caracas, le han informado a Gómez. Lo son los Machado, los Conde Jahn, los Gabaldón del general Gabaldón. ¿Cómo se explica eso? ¿Es que quieren perder el lujo en el que viven? Toda la universidad hierve de comunismo. Parece que meten libros de comunismo por Maracaibo. Toca prohibir su circulación. Y un día hacen su mandado. Inventan una fiesta de homenaje a la reina de la Universidad y lo que de verdad tienen es una falta de respeto. Entre ellos está Raúl Leoni, un joven que debió soltarse a los dos días de preso porque lo reclamó la embajada de Francia debido a que nació allá y llegó a Venezuela a los catorce años, aunque se dice venezolano, nacido en El Manteco. Y están Rómulo Betancourt y Jóvito Villalba, un pico de plata. Y otros. Salieron cantando «Sicalá y bajalá, y saca la pata lajá». No es chiste español, es alusión a la pierna que a él le dejó dura una bala en Ciudad Bolívar, defendiendo la paz de la República.

Es 1928. Estas currumbetas coinciden, hasta donde existen coincidencias, con la guerra que le tiene montada al gobierno la Standard Oil. Los estudiantes irán presos. ¿No quisieron estudiar? Pues él les va a poner encima «la pata lajá», los va a enseñar a trabajar, así también se le sirve a la patria. En aquel 1928 sucede también un alzamiento militar, casualidad de casualidades.

El doctor Pedro Manuel Arcaya informa siempre a Gómez de los progresos en Italia de un hombre de orden y carácter, y anticomunista, Benito Mussolini²⁴. Arcaya lo llama admirable y quisiera que Gómez fuera el Mussolini de Venezuela, pero no hay que hacerse ilusión, Gómez está muy viejo y no tiene la butría del italiano. El que sí podría ser el Mussolini venezolano es el doctor Arcaya, que piensa en sistemas y en sociologías al tiempo que vigila a los enemigos en Washington y los insulta como nadie. Qué famoso su folleto ¡Bajo el ala de Gompers!, donde denunció a los comunistas que buscan apoyo de los sindicatos estadounidenses contra él. Ante la amenaza del comunismo, el doctor Arcaya le ha aconsejado a Gómez buscar alianza con los viejos enemigos. No andaba descaminado el doctor. El comunismo ve como la misma cosa a Gómez y a antigomecistas como Olivares, Pocaterra, Delgado Chabaud o Arévalo Cedeño.

En el *Archivo de José Rafael Pocaterra* ²⁵ se ve el nacimiento de la conciencia social, que pone contraste entre las motivaciones de los viejos generales y doctores y las de los jóvenes que conspiran contra Gómez. Los jóvenes racionalizan su acción antigomecista con banderas de salud, educación, vivienda. Los viejos no entienden de eso, sienten que merecen ejercer el gobierno por sus luchas o por sus prisiones o su varonía. Quieren mandar bajo la santa idea liberal, o son del Partido Conservador y siempre los mueven asuntos de fronteras que poco confiesan. Hay polémica generacional. Las diferencias las resumirá magistralmente uno de los jóvenes cuando intercale en su correspondencia la siguiente agresiva exigencia:

«No le preguntamos a los señores caudillos qué van a hacer por Venezuela, les preguntamos qué hicieron por Venezuela».

A tanto como amistad con los caudillos no puede llegar Gómez, pero sí instruye a sus ministros: «Al comunismo no hay que nombrarlo, ni en bien ni en mal».

Los comunistas están a su vez divididos. Unos son de Lenin; los otros, de Trotsky, que se declara tan revolucionario que a los de Lenin hace parecer mansas palomas. Entre esos trotskistas está uno al cual se le ve el barlovento de jefe de verdad, Rómulo Betancourt. Es astuto, no se deja jamás coger preso. Los trotskistas y los comunistas son como los judíos y los cristianos en tiempos de Nerón, lo mismo pero odiándose. A sus relaciones se podrá aplicar el decir de que no hay peor cuña que la del mismo palo.

Capítulo 10

Augusto César Sandino,
su verdadero Plan continental

Los años también son de agitación comunista en el resto del continente y muy particularmente en Centroamérica. Cuba, El Salvador, México, viven la violencia de jóvenes que aspiran a eliminar las injusticias ya. Nicaragua es el caso más ardido. El gobierno del contabilista Adolfo Díaz ha preparado con su cipayismo extremo, el terreno para la aparición de una revolución fuerte en el país del gran lago, y ésta ya existe. Sus victorias contra los soldados estadounidenses son cotidianas, su héroe es Augusto César Sandino. La imagen del hombre flaco, desgarbado, de mirada profunda y tímida, vestido con un flux barato, circula por el mundo despertando admiración. Pero tras el heroísmo de Sandino actúa —es inevitable— un motor económico. El propio Augusto César Sandino lo

presenta en un documento trascendentalísimo que corre inserto en el folleto «Plan de realización del Supremo sueño de Bolívar»²⁶. Se subtitula «Proyecto Original que el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua presenta a los representantes de los Gobiernos de los veintidós Estados Latinoamericanos». En el Exordio asienta:

«...ya hemos tenido oportunidad de declarar que “se cometió el primer error en nuestra América Indo-Latina al no haber consultado para la apertura del Canal de Panamá; pero todavía podemos evitar un error más con el Canal de Nicaragua”».

En el texto resuena aquel párrafo de la Carta de Jamaica donde Bolívar dice:

«Sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo».

La verdad es que, transcurridos 189 años de aquel 1815, no es feliz la región centroamericana ni los canales le han traído tributos de las cuatro partes del globo, aunque ciertamente debería ser la más o una de las más ricas del mundo. Luego afirma Sandino:

«...llegamos a comprender la necesidad absoluta de que el intenso drama vivido por las madres, esposas y huérfanos centroamericanos, despojados de sus seres más queridos en los campos de batalla de las Segovias por los soldados del imperialismo norteamericano no fuera estéril, tampoco defraudada, antes bien, se aprovechará para el afianzamiento de la *Nacionalidad Latinoamericana*, rechazando cuantos tratados, pactos o convenios se hayan celebrado con pretensiones de legalidad que lesionen, en una u otra forma, la soberanía absoluta, tanto de Nicaragua como de los demás Estados Latinoamericanos».

El primero de los tratados y pactos de que habla es el firmado por el indignísimo Adolfo Díaz hipotecando el canal nicaragüense para siempre.

A continuación, Sandino se coloca como el realizador del sueño de Bolívar:

«Nada más lógico, más decisivo ni vital, que la fusión de los veintidós Estados de nuestra América en una sola y única Nacionalidad Latinoamericana, de modo de poder considerar, dentro de ella, como consecuencia inmediata, los derechos sobre la ruta del Canal Interoceánico por territorio centroamericano y sobre el Golfo de Fonseca, en aguas también centroamericanas».

El exordio termina con la siguiente frase: «Empero, unidos a otros graves problemas que afectan la estabilidad autónoma de los Estados Latinoamericanos, lo que nos interesa salvar, sin más dilaciones, son la Base Naval en el Golfo de Fonseca y la ruta del Canal Interoceánico a través de Nicaragua; lugares que, en un día no remoto, llegarán a constituir tanto el imán como la llave del mundo y, por consiguiente, de hallarse bajo la soberanía latinoamericana, serán un baluarte para la defensa de su independencia sin limitaciones, y una válvula maravillosa para el desarrollo de su progreso material y espiritual rotundos».

Hoy llamaríamos «desarrollo», a secas, a lo logable por el canal, y más específicamente «ventajas comparativas para la industrialización» y a la no posesión canalera, «desarrollo e industrialización baldados». De eso hablaba el valiente Sandino.

El Proyecto en sí consta de 44 ítems, donde sienta las siguientes proposiciones: Unidad de los 21 Estados, creación de la Nacionalidad Latinoamericana, creación de la Corte de Justicia Latinoamericana con sede en Centroamérica, Fuerzas de Mar y Tierra de la Alianza Latinoamericana cuyo comandante sería el presidente de la Corte de Justicia Latinoamericana.

Vale la pena transcribir el primer artículo:

1. La Conferencia de Representantes de los veintiún Estados integrantes de la Nacionalidad Latinoamericana, declara abolida la Doctrina Monroe y, por consiguiente, anula el vigor que dicha doctrina pretende poseer para inmiscuirse en la política interna y externa de los Estados Latinoamericanos.

Detalle llamativo y final: este dirigente antinorteamericano e izquierdista se dirige, como ya se acota en el título del documento, a los representantes de los gobiernos de «los veintiún Estados Latinoamericanos», vale decir a todos los presidentes, el muy proimperialista Juan Vicente Gómez, entre ellos.

¿Será la venganza de Alemania?

Gómez lleva ya más de dos décadas en el gobierno. Es bien poco lo que ha hecho por Venezuela con la renta petrolera. Algo ha hecho, por ejemplo la promulgación de una Ley del Trabajo, la fundación del Banco Obrero y del Banco Agrícola y Pecuario para ayudar a la agricultura y la cría, y hay un plan especial de obras públicas en toda la República, financiado por las reservas del Tesoro y que debería atender al mucho desempleo; ha creado la Ganadería Industrial y el Ministerio de Salubridad, Agricultura y Cría. Y lo más importante, en 1930, con el Centenario de la muerte del Libertador, el Gobierno finalizó el pago de la deuda externa que Venezuela venía arrastrando desde los días de la emancipación. Venezuela es uno de los pocos países del mundo que no tiene deuda externa. Del resto la educación casi no existe, la salud es nula. Ha tenido, sí, sus gabinetes atenienses, como los llaman, porque en ellos se sientan los más finos «plumarios» del tipo de Pedro Emilio Coll. Y, cosa rara, hay muchas revistas literarias, y aparecen los pintores, escritores y gente así. Se han organizado en el Círculo de Bellas Artes. Pero ésas no son cosas del gobierno. Han salido

novelistas famosos, como Teresa de la Parra y Arturo Usler Pietri, que es amigo de la causa gomecista, como lo es Teresa. Y hay uno, muy principal, Rómulo Gallegos, que a ése sí lo ayudó el Gobierno, aunque después se puso criticón. Gómez lo admira mucho. Pero sólo los gomereros, ya generales, ya doctores, han hecho su agosto con el mercadeo de las concesiones de petróleo, ésa es la verdad. Al pueblo no le toca nada.

En julio del mismo año ha cruzado el Atlántico un barco cargado de estudiantes enemigos de Gómez bajo el mando de un caudillo, Rafael Simín Urbina; y en agosto otro, llamado el *Falke*, con parecida militancia de enemigos de la dictadura gomera y comando de Román Delgado Chalbaud. Las dos fracasan, los apellidos Urbina y Delgado Chalbaud se cruzarán en las décadas próximas en un tejido político y trágico.

Parece acercarse una nueva guerra mundial. De esto también le escribe el doctor Arcaya. ¿Será la venganza de Alemania contra los que barrieron el suelo con ella en el Tratado de Versalles? Alemania conoció la miseria sin cuento. Ahora Inglaterra está arruinada y no se diga los Estados Unidos, donde el hambre juega garrote. Nadie cree sino en el oro después del *crack* de 1929, en el gramo de oro.

Capítulo 11

Fantasma de cien años

Y hete aquí que de pronto aparece en Bogotá una noticia histórica sensacional:

«El 20 de marzo de 1929 se presentó ante el párroco de la población de Candelaria, padre Sagardoy, un anciano que dijo y comprobó ser hijo de Apolinar Morillo. Declaró que su padre no había sido fusilado y que falleció

de muerte natural el 7 de julio de 1865, a las 4 de la tarde, un día viernes, a la edad de 81 años»²⁷.

Así pues, el hombre que fue fusilado en una plaza de Bogotá ante inmensa multitud, jueces, curas, etcétera, con la cabeza cubierta con una capucha, no era el coronel graduado Apolinar Morillo, asesino del mariscal de Ayacucho. O, si lo era, no fue fusilado según el presidente de la Academia Colombiana de la Historia, señor Luis Martínez Delgado:

«Según documentos que obran en mi poder, hecho el simulacro de fusilamiento, Morillo, disfrazado de campesino, salió de Bogotá y se dirigió al Valle del Cauca. Allí adquirió una propiedad llamada Balsora en donde se estableció».

La exhumación conmueve al Bogotá político, genera inmediatas reacciones del partido Conservador, de cuyo signo era el gobierno que ejecutó a Apolinar Morillo dentro de un proceso de condena nacional contra los liberales como asesinos del mariscal de Ayacucho. ¿Qué está detrás de esta polémica aparentemente desvinculada del presente? Está conmovida Colombia por los episodios sucedidos en la zona bananera el año anterior, una huelga cuyo asesinato formaría uno de los principales capítulos de *Cien años de soledad*, además de constituir un recuerdo obsesivo muchas veces reelaborado en las novelas anteriores del escritor colombiano. A las acusaciones de genocidio de los liberales en el caso de la bananera, los conservadores están respondiendo con afirmaciones de que el conflicto bananero fue y es secesionista, constituye traición a Colombia que justificó la pena de muerte. Es en tal momento —el gobierno no afirma la cosa por escrito, difunde el terrible rumor— que los historiadores liberales lanzan a la publicidad estas historias que implicarían a los conservadores en pactos inmorales, fingimiento en la investigación y el castigo del magnicidio cometido en Sucre. Y por supuesto, si hubo secreto hubo razones para que lo

hubiese, y un mostramiento, áspero al tiempo que elíptico, como el realizado por el presidente de la Academia Colombiana de la Historia, este hablar de «documentos que obran en mi poder» pero no muestra, es uso chantajista de la historia, típico de cierta política.

Capítulo 12

El crack de 1929 y la república del Zulia

Al *crack* de 1929 se conoce como una quiebra generalizada de las empresas capitalistas de los Estados Unidos, ocurrida en 1929. Se habría originado cuando los financieros que operaban en Wall Street y que en general negociaban valores extranjeros, se centraron en comprar en el mercado interior. A medida que adquirían valores nacionales aumentaban los precios de éstos. Cuanto más compraban, mayor era la subida de los precios, lo que atraía a un mayor número de inversores. A mediados de 1929 nueve millones de estadounidenses (de una población de 122 millones) habían invertido todos sus ahorros o casi todos en la Bolsa, animados por asesores económicos y por la prensa. Se creaban nuevas empresas con fines meramente de multiplicación especulativa del valor de las acciones y efectivamente éstas aumentaban de precio maravillosamente. Calvin Coolidge, el presidente, declaró que el precio de las acciones era todavía muy bajo. No se sabe si alguien habló de que aquello era una burbuja, que tenía las paredes muy delgadas y mientras más crecía por la entrada de aire, más delgadas se volvían. El banco de la Reserva Federal de los Estados Unidos dio el primer pinchazo cuando aumentó en un 1% el tipo de interés y aconsejó a sus bancos que no concediesen créditos para invertir en la Bolsa. Algunos profesionales financieros comenzaron a invertir en activos que estaban fuera de la Bolsa y para eso vendieron sus activos bursátiles. Pronto la gente supo y se inició un movimiento

de ventas. Fue tímido, pero ya el 23 de octubre se vendieron seis millones de acciones. Al día siguiente, el denominado «jueves negro», se vendió el doble a precios menores. El lunes se vendieron nueve millones de acciones; el precio había caído en más de 14.000 millones de dólares en menos de una semana. En el «martes negro» se colapsó la Bolsa; el precio de las acciones de empresas como General Electric o Woolworth, también cayó. Entonces se vendieron más de 16 millones de acciones, con una pérdida superior a los 10.000 millones de dólares. Lo ocurrido en Wall Street se reprodujo de una forma vertiginosa en las demás bolsas de Estados Unidos, desde Chicago hasta San Francisco. La confianza en la banca, los banqueros, la Bolsa y los agentes financieros desapareció. Los que eran ricos ayer se lanzaban de los pisos altos de los rascacielos para no enfrentar una vida de miseria. La morosidad en las hipotecas se disparó. Aumentó el desempleo en más de dos millones de personas en menos de seis meses. No era un ajuste pasajero del mercado, se iniciaba la Gran Depresión de la década de 1930, que sólo el keynesianismo de Franklin Delano Roosevelt iba a aliviar. Argentina, México y Brasil, que tenían negocios grandes con los Estados Unidos, pagaron también el destrozo, también Venezuela. Esta es la explicación oficial, digamos. Pero algunos datos muestran un fondo poco conocido del asunto, ignorado en las historias del período. Muestran que la región de Maracaibo tuvo relación con el Crac norteamericano. En realidad fue uno de los escenarios de una guerra internacional petrolera que lo precedió y tal vez lo hizo inevitable.

En el libro *Eduardo Machado, un general de la utopía*, Guillermo García Ponce²⁸ cuenta que en el año 1927 nació una división dentro del Partido Comunista estadounidense a raíz de la interpretación de algunos líderes de la puja entre Estados Unidos e Inglaterra como principal pugna interimperialista del momento. En verdad hay una dinámica de vaivén en la relación de las dos potencias

anglosajonas que, si bien las opone en la guerra de Independencia norteamericana, las alía en la Doctrina Monroe, las lleva a varias crisis durante todo el siglo XIX por causa de México, Centroamérica y Venezuela, las concilia con el Hay-Pauncefote y la Guerra mundial y de ahí en adelante continúa pendularmente. Después de 1925, se pone agria y adviene una guerra comercial entre la Shell y la Standard Oil.

No es por supuesto estudio académico el que hacen los «camaradas» de 1927, el comunismo de esos años era intensamente conspirativo, de acción. Dentro de la guerra petrolera, la filial norteamericana de la Shell, la Roxana, llegó a ser casi paralizada por maniobras legales de sus adversarios. La Standard daba a la recién nacida URSS, una ayuda objetiva y poderosa que se incrementará en los años siguientes, dentro del cálculo ulterior, que resultó acertado, de que los ejércitos comunistas serían un valladar decisivo contra Alemania. Por contra, la Shell estuvo alineada con Hitler, poseída del anticomunismo de su Presidente Henry Deterding. Luego Deterding se tornará antihitleriano a medida que Inglaterra lo hace y motivado por el antijudaísmo del nazismo. De resto, la dicha guerra entre petroleras se libraba en muchos escenarios a lo largo del mundo, con copia de zancadillas, maniobras y golpes. García Ponce refiere un intento de república del Zulia que tuvo por escenario la Goajira colombiana y coloca al respecto los nombres de dos estadounidenses petroleros, Smith y London, que formaron un reclamo a fin de convertirlo en un caso diplomático que finalmente justificara una intervención militar apelando a la ultraimperialista declaración del Presidente Coolidge, según la cual «donde está la propiedad de un norteamericano está el territorio de los EE.UU. y nuestra marina y nuestro ejército lo protegerán». La acción de los dos estadounidenses debió provocar un incidente al estilo del que justificó el derrocamiento de Zelaya en Nicaragua. El embajador norteamericano en Bogotá practicaba lo que llamaron

«diplomacia en mangas de camisa», declaraba «Concesiones o secesión», recordando con su máscara de duros trazos el antecedente de Panamá. El complot tenía sus entusiastas del lado colombiano, asimismo del lado venezolano. Algún venezolano compró masivamente tierras del sur del lago en los días de máximo furor secesionista. La Standard presiona para entrar a los campos petroleros venezolanos y la Shell no lo admite. Gómez está en apuros.

A los nombres anotados hay que añadir el de William F. Buckley, también estadounidense, que venía expulsado de México, donde electrificó la cerca de unos terrenos de los que sacaba petróleos, haciendo que los indios que habitaban allí murieran electrocutados. Buckley aterriza en Venezuela, donde sería de los más destacados gestores de la República del Zulia, entre 1924 y 1926. Figura misteriosa, el norteamericano parece ser un pescador en río revuelto, ni hombre de la Shell ni de la Standard.

Acaso la mejor documentación sobre esto está contenida en algunos artículos del periódico *Libertad*, editado en México en 1929 por exiliados venezolanos, donde menudean noticias de la lucha de Sandino enviadas desde el campo de batalla y otras por el estilo. Es una de esas publicaciones de frecuencia irregular, tipografía borrosa y papel barato²⁹ que siempre son más interesantes al historiador que los periódicos de gran tiraje, obedientes al gran capital. Su encuadre básico era que el petróleo venezolano iba en camino de convertirse en causa de una guerra entre Estados Unidos e Inglaterra, tema por el que se inició este subcapítulo. En el número de mayo de 1928, viene el siguiente texto de J. A. Silva Márquez:

«La separación del Zulia en república independiente

La riqueza petrolera de Venezuela la ha colocado en una posición internacional muy complicada. Venezuela será, y esto no es una afirmación nuestra sino de varios técnicos internacionales, la presa que dará origen a la futura guerra entre las naciones imperiales. El próximo

conflicto no será como el anterior por el control de los mercados sino por el control de la materia prima que permite producir para los mercados y que permite transportar para los mercados, y esa materia prima es el petróleo. Pero no sólo el petróleo es la causa principal de las guerras, sino también la situación geográfica de los yacimientos en disputa.

La producción de Venezuela sobrepasará a la de Estados Unidos en pocos años y la posición geográfica del Zulia en las mismas puertas del canal de Panamá, su cercanía a los yacimientos colombianos, que permiten a Estados Unidos tener una sola zona de explotación y la materia lista y pronta para sus avances sobre los países el Pacífico hacen de Venezuela el lugar de disputa más ambicionado por los dos imperialismos en lucha, el inglés y el yanqui. La conquista de los mercados, en el proceso imperialista, requiere a su vez la obtención de bases estratégicas para la protección de las vías de comunicación y la obtención, además, de depósitos de materias primas con una producción a bajo precio. De aquí que al crecimiento económico de Estados Unidos haya seguido la conquista de las entradas del Caribe: Puerto Rico, Haití, Santo Domingo y Cuba y luego, la salida al Pacífico, por medio del canal de Panamá y la conquista de Centroamérica, la obstinación en controlar a Nicaragua no obstante la resistencia de Sandino sólo se explica por el control del canal que en esa república puede construirse con mayores ventajas estratégicas que el de Panamá, expuesto a ser destruido con el sólo lanzamiento de algunas bombas dada su construcción de esclusas. El proceso de control político y económico de América Latina sigue pues un curso determinado por el crecimiento económico de Estados Unidos y por la posición geográfica y riqueza en materias de nuestros países. Por eso Haití, por ejemplo, tiene para Estados Unidos más importancia hoy que la Argentina, y Venezuela adquiere en el campo internacional una categoría

que extraña a los que están acostumbrados a medir las naciones por su cultura, engrandecimiento y vejez y a despreciar a aquellas que aún gimen bajo la tiranía de algún matón analfabeto.

Pero Venezuela no sería todo lo que es, si no existiera un antecedente que es necesario explicar. Su petróleo no está todo controlado por Estados Unidos y de aquí que el peligro de guerra internacional se encuentre justamente en sus yacimientos. La astucia inglesa logró, durante los años en que la lucha por el petróleo se iniciaba, burlar la vigilancia de los Estados Unidos y apoderarse de la mejor parte. En 1910 fundaron la Petróleo Caribbean Co. en Nueva York con un simulado capital estadounidense y con un personal todo yanqui. Solicitaron de Aquiles Iturbe una concesión por diez años para explorar todo el territorio de la república y vencido este plazo, acusar los yacimientos que creyeran convenientes. Finalizado el plazo, efectuaron un traspaso a la Royal Dutch y los petroleros yanquis se dieron cuenta de la burla. Toda la influencia que la Casa Blanca ha ejercido sobre Gómez no ha sido suficiente para desalojar a los ingleses de todas sus posesiones. Se han llevado a cabo pactos entre la Royal y la Standard Oil por los cuales la primera ha cedido algunas concesiones a la segunda y se debe haber efectuado en estos días la operación definitiva que precipitará los acontecimientos, cual es el traspaso a capitalistas yanquis de la Petrolera Venezolana, compañía formada por Gómez y sus familiares con las reservas nacionales. Este traspaso, implica por lo que se entiende por reservas en Venezuela, el control de los intereses ingleses por los yanquis, pues las concesiones se dan dividiendo el terreno en cuadriláteros de los cuales la mitad en diagonal es la reserva, por lo que abierto un pozo en una concesión es fácil participar de su explotación abriendo otro pozo en la reserva contigua.

(Se refiere al sistema de ajedrez, por el que las concesiones se daban, dentro de la comparación, sobre los cuadros negros, quedando los blancos en poder de la nación. El escritor asume que las propiedades de la Petrolera Venezolana son los cuadros blancos. La posesión por capitalistas norteamericanos de parcelas contiguas a las británicas no tenía que significar “el control de los intereses ingleses por los yanquis” y no sucedió así. Nota de GPR)

Pero antes de esta operación ya calculada seguramente al organizar dicha compañía, los petroleros yanquis habían comenzado a preparar la separación del estado Zulia en república independiente, para de esta manera, declarándose protectores de la nueva nacionalidad, ejercer un control más estrecho mediante una legislación petrolera a su favor que no podrían hacer aprobar en Venezuela a pesar de tener al frente de ésta a Juan Vicente.

Morgan mismo declaró que el Zulia tenía una importancia tal que debía estar bajo el control político de Estados Unidos, los agentes yanquis en Venezuela y principalmente en el Zulia, han estado fraguando el plan, incitando a Pérez Soto, un vulgar asesino y perro de presa del Bisonte que se encuentra de presidente de dicho estado, a que se declare independiente, utilizando los sentimientos reinantes en el pueblo zuliano contra Juan Vicente Gómez».

La fecha de este trabajo, mayo 1º de 1928, es interesante en cuanto contrapunto con la preparación de la crisis económica norteamericana. Se vivía la euforia de la burbuja de inversiones. Para el articulista de *Libertad*, es inminente el estallido de la guerra, bastaría para ello una acción en Venezuela. Atribuye a la oposición derechista a Gómez el trabajar en ello:

«Muchos venezolanos, aquellos que aspiran a derrocar a Gómez con el oro inglés o yanqui (los caudillos de-

rechistas) se escandalizan de que se denuncien claramente las maniobras yanquis y califican a los que tal hacen de “bolcheviques”. Nada más antipatriótico que semejante tarea y nada más pueril.../...Es la seguridad mayor o menor que los imperialistas tengan en tal o cual gobierno, lo que determinará a proteger u obstaculizar. Si los caudillos y los hombres “sensatos” están dispuestos a dar más a Wall Street que a Londres ellos serán financiados por Wall Street y si sucede que Gómez se incline a dar más a Londres que a la Casa Blanca, entonces, inmediatamente, saldrá un barco de Nueva York con municiones, fusiles, y Baptista, Ortega Martínez y algunos engañados, a bombardear a La Guayra y la flota yanqui partirá inmediatamente también a proteger los intereses norteamericanos desembarcando marines, obstaculizando a los ingleses y...la guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos, la nueva conflagración mundial se encenderá».

En el número 3 de *Libertad*, de agosto de 1928, se estampa un artículo de Salvador de la Plaza, descriptivo de la función de Panamá y la de un Panamá petrolero:

“Por otra parte la intervención armada en Venezuela y Colombia como medio de garantizarse el control de la explotación de ambos países y la seguridad para la inversión de nuevos capitales contra una posible organización de gobiernos nacionalistas, saben los Estados Unidos no sólo por los fracasos de México y ahora en Nicaragua, sino por la extensión territorial de ambos países, que es una empresa de resultados negativos. Ellos necesitan un Panamá en el que por el control económico, político y militar, no sólo obtengan las bases de operaciones para un caso de guerra y la protección necesaria para el canal de Panamá, sino la facilidad de entorpecer la explotación de las concesiones inglesas por medio de leyes que el nuevo Estado podría ir dictando a medida que las necesidades fueran precisándo-

las.../...En el Departamento de Santander la agitación tomó tales caracteres que el gobernador del mismo se vio obligado a pasar comunicación oficial al gobierno central asegurando que sería reprimida por la fuerza toda manifestación separatista. En el Zulia la propaganda ha sido más velada. La prensa de Wall Street ha hecho circular un rumor de que los zulianos desean la separación y la constitución de una república independiente y en el interior han ofrecido a Pérez Soto, actual Presidente del Estado, toda protección en caso de levantarse contra Gómez. Realizado el movimiento los marines “protegerían” los intereses y luego ya encontrarían a un Moncada o Chamorro o Belisario Porras, que se declarara “héroe” de la independencia, obligando pacíficamente por medio de las armas al resto de la población a proclamarse independiente del resto del país.../...¿estará próxima la guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos?».

Entre agosto de 1928, cuando escribe Salvador de la Plaza, y octubre de 1929 median solamente 15 meses. La Reserva Federal está estimulando el crecimiento de la burbuja al bajar las tasas de interés, las casas de bolsa se endeudan grandemente para comprar acciones, cuyo valor está muy alto. Los hombres de nivel medio que en la Bolsa de Nueva York se hacen ricos en un día no saben que está creciendo la tensión entre el país donde viven e Inglaterra. De repente cambian las reglas del juego, es reducida a la cuarta parte la cantidad de dinero a prestar para comprar acciones a crédito. La gente es presa de pánico, vende, y todo el edificio se derrumba. Y comienzan las explicaciones, ya técnicas, ya de conspiración. Dentro de estas últimas se ventila el origen de la Reserva Federal, su condición de enclave británico que recoloniza a los Estados Unidos sin barcos ni cañones. ¿Cómo es posible eso? ¿Qué posee Gran Bretaña que le permite esa «mainmisa» sobre su antigua colonia? Nadie lo sabe a ciencia cierta, se la señala como resultado de

la Segunda guerra de Independencia norteamericana, la de 1814. Alguien compraba por mil dólares lo que ayer valía cien mil.

El *crack* coincide con la suspensión de la guerra entre Shell y Standard Oil y de los rumores de guerra entre las dos potencias y esa paz coincide también, por casualidad o causalidad, con el hecho de que Juan Vicente Gómez da concesiones a la Standard en el Oriente de Venezuela. Es ponerle un plomo en el ala a la «república» porque la Standard sabe que, si se mete a secesionar en Maracaibo perderá los campos de Anzoátegui, de donde comienza a sacar muy buen aceite.

Capítulo 13

Una bañera llena de whisky

Los exiliados venezolanos no se están quietos. En Nueva York los *g-men* del FBI allanan un apartamento de venezolanos bajo denuncia formulada por el ministro de Venezuela, Pedro Manuel Arcaya, quien acusa de guardarse allí armas destinadas a atentar contra la estabilidad de un país amigo, como lo es Venezuela. Los hombres con paltó a rayas y cruzado recorren el recibo, las habitaciones del apartamento, con el dedo sobre el gatillo de las ametralladoras Thompson, o «Piano de Chicago», dotadas de un depósito circular de balas. Nada encuentran, apenas a tres venezolanos en estado de ebriedad evidente, a los que colocan de espaldas, con las manos sobre la pared. Por último entran al baño, donde descubren una bañera llena de un líquido color oro, bellamente transparente. No se engañan, es whisky. Conducidos al precinto policial e interrogados con ayuda de un intérprete, los venezolanos declararon que el objeto de aquella bebida era financiar, con su venta al detal, ya embotellada, las armas y el barco de una revolución que iba a derrocar a Gómez. Manifiestan haber ingerido alguno que otro vaso

del licor, para alegrarse el cuerpo y calentarse en este invierno tan fuerte, como no se los conoce en Venezuela.

Difícil era derribar a Gómez con una bañera de whisky, más bien aquello era un episodio de la Ley Seca y la Gran Depresión. La «empresa» de estos conspiradores recuerda el pesimista *leit motiv* de la canción, muy de moda en aquellos años treinta: «El Norte es una quimera».

Por causa de la Depresión, la opinión del norteamericano común se llena de fascismo antijudío o de propensión al comunismo soviético, que pone miedo a los ricos. En Alemania la situación es aún peor. Las temblorosas películas de noticiario muestran a las mujeres ojerosas, a los niños hambrientos, al hombre que va a comprar víveres llevando una carreta llena de billetes de banco porque la moneda alemana ha sido destrizada. Es que Inglaterra y sobre todo Francia, se ensañan sobre la Alemania vencida en las cláusulas del Tratado de Versalles.

A mí me gustaban los alemanes —le había dicho Gómez a Fernando González³⁰— porque ese Kaiser me parecía un hombre que tenía fe, pues desafiaba sólo al mundo. Yo admiro mucho a los hombres así. Pero yo esperaba que hubiera dicho: «Aquí me tienen; yo soy el responsable de la guerra; denme cuatro tiros, si quieren, pero Alemania no es la responsable.

«Por eso no ganaron, porque no era el hombre; prefirió salvarse... Y no lo hubieran matado, porque a un hombre que procede así no lo matan».

A continuación sale el tema de la participación de Venezuela en el conflicto mundial.

«Aquí todos querían que Venezuela se decidiera. Yo fui el que no quiso y yo solo lo resolví, para poder decir que yo era el único responsable; no quise reunir el Consejo para la decisión... ¿Dinero? —añadió— Hubiéramos

mos podido darles nueve millones y eso lo gastaban en un minuto... ¿Gente? Yo no podía mandar veinte mil jóvenes a la carnicería. Somos apenas un país que comienza; nada vale nuestro influjo... Y nada podían hacernos porque no entramos en la guerra, pues sería como pegarle a este niño. (Señalaba a su nieto, que jugaba por ahí)».

Mientras Gómez habla con el intelectual colombiano, un pintor frustrado de apellido Schikegruber está denunciando la gran miseria alemana. Su discurso de venganza levanta popularidad en ola. En 1933 el pintor, alias Hitler, es elegido canciller, poco después el Reichstag traslada todas sus facultades legislativas al gabinete presidido por él, confiriéndole un poder omnímodo. En 1934 Hitler hace la Noche de los cuchillos largos, una purga terrible dentro del propio nazismo. En 1935 inicia el rearme público, con violación del Tratado de Versalles.

Muerte de Gómez

En Venezuela la unión carretera y aérea de todas las partes del país y el desarrollo del centralismo que marcan los años gomecistas, desdibujan aún más el proyecto secesionista del Zulia, que sólo tenderá a reaparecer con la globalización.

A medida que el gran cuerpo de Gómez entra en deterioro, se va muriendo su gobierno. El segundo hombre del gomecismo, Eleazar López Contreras, inicia tratos secretos con los enemigos en la frontera con Colombia. Gómez quizá lo sabe. Quizá es lo mejor, una transición suave. Viene la gravedad, la muerte, relentada o sucedida antes y ocultada para que coincida con la fecha de la desaparición de Bolívar, el 17 de diciembre. O acontecida de verdad el mismo día. Con esto parece perfeccionarse una construcción de Dios, porque también la fecha de nacimiento de los dos hombres fue la misma, y eso no lo inventó ningún adúlante sino la Santa

mano que todo lo puede. Afín también con la trayectoria de Bolívar es que había tocado a Gómez presidir la celebración de los diversos centenarios de los eventos de la Independencia, iniciando en 1910 con el centenario del 19 de abril y concluyendo el 17 de diciembre de 1930, con el de la muerte del Libertador.

El gomecismo más cerril trata de resistir la evolución, encabezado por Eustoquio Gómez. Su fama es de hombre que cuelga por las bolas a cualquiera. Eustoquio trata de dominar al pueblo alebrestado en la plaza Bolívar de Caracas para celebrar la muerte de Gómez. Un tiro le llega por detrás. Los que tratan de mantenerle la vida le colocan como almohada un paquete de novelas de Rómulo Gallegos, que estaba allí, quizá por compra, quizá por decomiso. Moja el papel de envoltorio y los libros la sangre bajada de la rubia cabeza.

NOTAS

1. Pocaterra: *Op cit.*
2. Ramón J. Velásquez: *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1989.
3. Francisco Herrera Luque: *En la casa del pez que escupe el agua*, Editorial Fuentes, Caracas, 1980.
4. Yolanda Segnini: *Las luces del gomecismo*, Alfadil Ediciones, Caracas, 1987.
5. Fernando González: *Mi compadre*, Ediciones Ateneo, Caracas, p.169.
6. *Ibid.*, p. 173.
7. Fernando Márquez Cairós: *Este combate no se decide todavía*, Editorial Fuentes, Caracas, 1973.
8. Carlos Fonseca: *Bajo la bandera del Sandinismo*, Tomo I, Edit. Centauro, Caracas, 1984, p. 478.
9. Rafael de Nogales Méndez: *El saqueo de Nicaragua*, Edit. Centauro, Caracas, 1984, p. 84.
10. *Ibid.*, p. 88.
11. Gil Blas Tejeira: *Pueblos perdidos*, Impresora Panamá, S.A., Panamá, 1962, p. 215.
12. W. M. Mommsen: *La época del imperialismo, Europa 1885-1918*. Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
13. Alejandro Humboldt: *Op.cit.*, p. 18.
14. Michael Lewis: *The History of the British Navy*, Penguin Books Ltd, Harmondsworth, Middlesex, 1957, p. 244.
15. Vicente Sáenz: *Nuestras vías interoceánicas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, p. 70.
16. Aníbal R. Martínez: *Diccionario del petróleo venezolano*, Editorial Los Libros de El Nacional, Caracas, 1997, p. 190.
17. Pocaterra: *Op cit.*, pp. 290-300.

18. García: *Op cit.*
19. *The New York Times*, New York, USA, 1916, junio 11, microfilm.
20. José Rafael Pocaterra: *Tierra del sol amada*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1996.
21. *The New York Times*, New York, USA, 1917, julio 19, microfilm.
22. *The New York Times*, New York, USA, 1917, julio 30, microfilm.
23. García: *Op. cit.*
24. Pedro Manuel Arcaya: *Memorias del doctor Pedro Manuel Arcaya*, 2ª ed., Librería Historia, Caracas, 1983.
25. José Rafael Pocaterra y otros: *Archivo de José Rafael Pocaterra*, (editor Ramón J. Velásquez), Banco Industrial de Venezuela, Caracas, 1973.
26. Augusto César Sandino, *Plan de realización del Supremo sueño de Bolívar*, IPASME, Fondo Editorial, Caracas, 2009. [También en el tomo *Sandino. Pensamiento político*, de la Biblioteca Ayacucho y en *Nuestro rol ante la historia*, PSUV, Partido Socialista Unido de Venezuela, N° 1, agosto 2009].
27. Ángel Grisanti: *Op.cit.*
28. Guillermo García Ponce: *Eduardo Machado, un general de la utopía*, Ediciones La Muralla, Caracas, 1996.
29. *Libertad*. México. Noviembre 1929. Edición facsimilar, Colegio Nacional de Periodistas, Caracas, 1984. Lectura complementaria: Luis Cipriano Rodríguez: *El anticomunismo en Venezuela (1917-1937)*. 2 Vols., inédito, 1992. Este libro es un caso de represión de una obra porque dice verdades. Ganador de Mención publicación cuando fue presentado como Tesis de Grado en la Escuela de Historia de la UCV en 1992 y ganador del Premio de Investigación de la APUCV de 1993, permanece inédito.
30. González: *Op. cit.*, p. 174.

IX

1936-1945

ELEAZAR LÓPEZ CONTRERAS –
ISAÍAS MEDINA ANGARITA – 18 DE OCTUBRE DE 1945

El Programa de Febrero – Inaugurar el keynesianismo – Sembrar el petróleo – La culoscopia de Rómulo Betancourt – Lopecismo – Isaías Medina Angarita – Canales y petróleo durante la Segunda Guerra Mundial – Urredistas, comunistas, pedevistas y pedenecos – Logias militares – Se le fueron los tapones a Escalante – 18 de octubre de 1945.

Capítulo 1

El Programa de Febrero

Eleazar López Contreras escribiría de Gómez que era «grande hasta en las cosas pequeñas», pero inicia su gobierno con una traición al gomecismo. Ante los rumores de que la gente del pueblo rompe las puertas y penetra en cambote en las casas de los gomereros para saquear, no hace nada. Sólo cuando los saqueos han concluido, aparecen los soldados a cuidar con el fusil aquellas viviendas donde por décadas él tomó bebidas espirituosas con los hombres y coqueteó con las mujeres. Debíó pensar que era un desahogo necesario y usando un criterio parecido gobierna con los enemigos de Gómez. Es parte de su estilo racional, sofrenado. Hombres como Olivares, Pocaterra, Blanco Fombona, Alejandro Rescaniere, Luis Pimentel, son gobernadores. Y es ministro Alberto Smith, quien fuera «la maravillita del gobierno» de Joaquín Crespo y ahora se duerme en las largas sesiones de gabinete. Son todos hombres de derecha.

El país está demasiado politizado, como corresponde al momento de salida de una dictadura de veintisiete años. Desde la Tribuna Popular, levantada en la plaza Bolívar, hablan y hablan líderes muchachos como Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt, Gustavo Machado o Juan Bautista Fuenmayor. La gente se apasiona alrededor de los vaivenes de la guerra que está sucediendo en España, guerra civil. Nadie en Venezuela es neutral. Muchos están con la Falange de Francisco Franco, que defiende a Dios y mata a los rojos. Esa gente tiene sus númenes en los jesuitas y en los jóvenes

que comanda Rafael Caldera, un brillante abogado formado por los mismos jesuitas. Otros son partidarios de los comunistas, cuyo jefe es Gustavo Machado. Uno de estos jóvenes comunistas, Luis Miquilena, es para la gente de Caracas un «fin de mundo» desde que organizó un entierro donde la bandera roja con la hoz y el martillo forraba la urna.

Los trotskistas son otros fin de mundo, pero especiales porque odian por igual a Franco y a los comunistas, que terminarán matando a Trotsky en México. Al lado de los trotskistas, de alguna manera distintos y quizá iguales a éstos, están los anarco-sindicalistas, cuya anécdota, más que exótica es sintomática de la esencia del futuro partido Acción Democrática. Eran varios, todos obreros, casi todos hijos naturales. Uno, Francisco Olivo, es hijo del intelectual y escritor de principios de siglo Tosta García; otro, Salom Mesa Espinoza, vástago de un Espinoza de San José de Guaribe, dueño de buenas tierras. Dos más había, Regalado y Arreaza. Recibían y leían en cenáculo las publicaciones anarco-sindicalistas que venían de España, incendiadas de denuncias contra el Partido Comunista español, que tachaban de minoritario y afiliado a la URSS. También apostrofan a los fascistas de la Falange franquista, por supuesto, pero la enemistad con el Partido Comunista es lo que los hace hervir. Hasta fusilamientos se producen entre los dos grupos que se proclaman y son socialistas. Esto expresa a la vez la profunda división que se vive en la Rusia de Stalin con derivaciones en Francia, Italia, la Argentina, Perú, Brasil, en realidad en el mundo entero. Los anarco-sindicalistas venezolanos reivindican el origen obrero y la condición de hijos naturales como su prueba de sangre revolucionaria. Francisco Olivo crea el Frente Obrero.

En un cierto momento, Rómulo Betancourt se reúne con el grupo anarco-sindicalista y le ofrece ingresar al partido que está fundando. Tras algunas dudas, especialmente de Salom Mesa, aceptan. Entrarán, pero manteniendo su ultraísmo revolucionario.

rio, que se pretenderá distinto y más radical que el partido de Rómulo Betancourt.

Están saliendo, pues, en Venezuela tres partidos nacionales, jóvenes y fuertes, coincidentes con las tres corrientes enfrentadas en España, que son a la vez las tres actantes en el mundo. Dos son de origen marxista: el Partido Comunista y el PDN, futuro Acción Democrática. El otro es fascista: Copei. Cosa importante: los tres muestran una ardorosa preocupación social. En los dos primeros proviene o es alimentada de la relectura histórica de Marx; para los copeyanos se alimenta de la letra de las encíclicas papales. Nadie quiere ser liberal, a excepción de Miguel Delgado Chalbaud, hermano viudo de Román Delgado, quien funda un Partido Liberal que pronto muere de inanición. Otro liberal es un muchacho pico de plata que escribió una novela muy bella, *Las lanzas coloradas*, Arturo Uslar Pietri. Pero no lo dice demasiado alto.

Preocupado por la agitación social y dispuesto a mantenerse en «la encoñetadura de la horqueta», como dicen del que no se deja llevar ni a un extremo ni al otro y siempre termina cobrando la tajada grande, López Contreras lee el «Programa de Febrero» —20 de febrero— donde «agarra el toro (izquierdista) por los cuernos». Horas y horas permanece Venezuela parada ante los radios grandes y de color marrón propios de la época, escuchando el discurso donde se incorporan a la vida nacional muchos cambios.

Así se producen el Ministerio de Educación de Rómulo Gallegos y la organización del Instituto Pedagógico de Caracas, con base en profesores chilenos que la pueblerina Caracas ve como «comunistas». La educación recibe, toda ella, un gran impulso. Gallegos está en el momento de mayor gloria de su obra. Nadie ha escapado a la seducción de los capítulos que inicia diciendo: «Un bongo remonta el Arauca...»¹ ni a los episodios —de estro más trabajado, implícito y mágico— de *Cantaclaro*, que analizaría brillantemente Elena Dorante en los años ochenta en su trabajo *Venezuela, magia y*

ficción, con el que ameritó el Premio «José Antonio Ramos Sucre»². Nadie de derecha ignora a Gallegos, nadie de izquierda. Ni siquiera Gómez, quien en vez de sentirse aludido por la peligrosa Doña Bárbara, amiga y aliada de mister Danger, gozó la lectura que le hizo un ministro mientras viajaba en su carro hacia Maracay y, ante la caída de la noche que interrumpía la percepción de la anécdota, hizo suspender el viaje y ordenó al ministro leer hasta el final, iluminándose con los faros de los automóviles. La figura del dictador sentado a la orilla de la carretera escuchando, muy atento, los capítulos finales de la novela, es modélica de la reacción que despierta el maestro de la novelística venezolana³.

O más exactamente su obra, porque en lo personal no despliega mayor brillo. Rufino Blanco Fombona, que ha lucido en los ambientes literarios europeos y articuló amistad grande con el poeta Rubén Darío, trata de cogerle la caída al novelista por esa cortedad social. Se corre una anécdota según la cual Gallegos le preguntó si había leído a *Pobre negro*. «No leo autobiografías», habría sido la respuesta del espadachín Rufino. Inútil, los jóvenes de la futura Acción Democrática leen en *Doña Bárbara* el programa de civilización que se proponen implantar en Venezuela contra la barbarie, y también se identifican con la tremenda denuncia escrita en *Pobre negro*.

Una huelga heroicamente dirigida por los comunistas en 1936, paraliza los campos petroleros hasta la firma de un contrato que reconoce a los trabajadores unos derechos hasta entonces ignorados en Venezuela. Gracias a esa misma presión, otras numerosas mejoras aparecen en la condición de los obreros venezolanos, largamente preteridos por los años gomeros. ¿Es que se ha vuelto «bolchevique» el sensato general que titula «Bolivariano» a su movimiento, las Cívicas Bolivarianas, y llama a «calma y cordura» en las interminables peroratas de radio que dirige al país? Nada de eso. Sucede que esa línea es lo que se está aplicando en Estados Unidos, con el nombre de keynesianismo.

Capítulo 2

Inaugurar el keynesianismo

Vale la pena historiar el keynesianismo en este texto porque, nacido como respuesta al comunismo, va a ser el signo dominante de la vida venezolana y la de todo el tercer mundo, e inclusive todo el primer mundo y morirá, lógicamente, junto al comunismo por 1989. Se originó en la Gran Depresión de los Estados Unidos, cuyo pico es 1929. Drenada y vuelta a drenar la economía norteamericana por la economía liberal y por la competencia industrial europea, principalmente alemana, vivía escenas que hemos visto en las películas con argumento de gangsters porque la prohibición de tomar alcohol —retumbe del moralismo wilsoniano, intento decidido, radical, de crear en pleno siglo veinte la sociedad sin vicios cuyo proyecto alentara a los puritanos fundadores de Norteamérica— coincide con la crisis. Hay pobreza grande en los Estados Unidos y ello trae crisis de fe en el sistema capitalista estadounidense y búsqueda de alternativas. ¿Cuáles alternativas? El público estadounidense lee en la revista *The Nation* las cifras de salud, educación y vivienda de la Rusia comunista. Y son entusiasmantes. Hay allá castigo para los zaristas y burgueses explotadores, y en los noticieros del cine se ve, junto a la cabeza cerebrotónica de Lenin, que los obreros sonríen a la salida de la fábrica, vestidos pobre pero dignamente; y sonríen en el autobús que los conduce al hogar, modesto pero electrificado, en el cual los espera la mujer; y sonríen viendo a los hijos regresar de la escuela, nueva, donde una maestra de ojos brillantes de amor les enseña las virtudes de la Patria y del comunismo. Los sindicatos comunistas crecen como la espuma en el interior de los Estados Unidos. Ofrecen un mundo sin hambre, sin ricos, sin blancos del Ku-Klux-Klan, quemadores de cruces, linchadores de negros. ¿Será el comunismo la solución? El comunismo es estatismo extremo.

El fascismo también se desarrolla y su contenido es igualmente muy peligroso. Muestra la Italia de Mussolini, donde las masas obreras gozan de empleos, viviendas. Y para los requerimientos de plenitud espiritual, el muy carismático jefe del *fascio* ofrece la idea de Patria, de una Italia que originará un nuevo Imperio Romano. Adolfo Hitler ofrece una cosa igual en Alemania. El país famélico que salió de la Primera Guerra, el de las mujeres con ojeras tristes y los hombres sin trabajo, se ha convertido en una potencia que desfila, armada, uniformada, saludable y unánime, ante la elevada tribuna del Führer. Y aspira a purificar a Occidente de «la escoria judía y la amenaza comunista». Acaso haga falta un fascismo o nazismo para sacar las manos de los bolsillos a los desempleados estadounidenses. Quizá es verdad que los judíos han destruido a los Estados Unidos. ¿Será el fascismo la solución? Aunque respeta y estimula las grandes fortunas, el fascismo es un estatismo radical, también.

Entonces apareció un inglés llamado John Maynard Keynes y dijo estatismo, dijo: «Hay que impulsar la economía con grandes trabajos, represas, carreteras, ferrocarriles construidos y financiados por el Estado». Franklin Delano Roosevelt le hace caso a este programa. Las grandes obras públicas del Valle del Tennessee evocan y superan el secamiento de las marismas Pontinas por Mussolini; el gobierno rooseveltiano reparte dinero, mucho dinero a los desempleados, en un estilo que hubiera causado la indignación de los neoliberales de hoy. Los obreros pudieron comprar automóviles, con lo que le dieron vida a la industria automovilística, y comprar alimentos, poniendo prosperidad en las granjas. Y las granjas pagaron mejores sueldos a los obreros y los obreros se construyeron casas, y los constructores de casas se hicieron riquísimos. La cosa tiene éxito fulgurante y los «fantasmas» del comunismo y del fascismo se alejan del horizonte norteamericano.

Y va apareciendo en las sociedades al sur del río Bravo la Seguridad Social. Es urgente, toca evitar que venga a hacerlo el Partido Comunista, privando a los Estados Unidos de su patio trasero, de bananas, petróleo y cobre baratos, pasándolos al dominio de Rusia. A excepción de algunos recalcitrantes, el más connotado el banquero liberal Pérez Dupuy, todos los políticos de la Venezuela de Eleazar López Contreras tomarán el camino keynesiano.

Sembrar el petróleo

Todos quieren dar soluciones. Progresista es o lo parece Alberto Adriani, economista que quiere poner orden positivista en las finanzas venezolanas, evitando que el país se convierta en una economía petrolera⁴. «El petróleo es una mina», dice, y plantea que el país debe regresar a la agricultura y cría. Y también progresista es o lo parece Arturo Uslar Pietri, asistente de Adriani en el Ministerio, quien difiere de su jefe proclamando la inutilidad de esa evitación porque «ya somos una economía petrolera. Debemos poseer, sí, esa agricultura y esa cría y una industria pero a partir de invertir el dinero que sale del petróleo». Por el magnavoz de su gran prosa, Uslar lanza la consigna de «sembrar el petróleo».

Se está, pues, marcando distancia con el liberalismo intuitivo que caracterizó la economía de Juan Vicente Gómez. «El Plan de Febrero» de López, además de lo ya dicho, comprende un proyecto de ley de arancel de aduanas, preparado por el ministro Alberto Adriani y aprobado el 13 de octubre de 1936. Pero no todo es tranquilidad, se están moviendo unos proyectos de legislación petrolera en el Congreso de Estados Unidos que pondrán impuestos a los hidrocarburos venezolanos. Es la nueva política comercial establecida por Franklin Delano Roosevelt con el *Trade Agreement Act*, que lo habilita para eliminar y modificar las barreras internas al comercio exterior, a la par que influye en la eliminación de las mismas en el comercio internacional, mediante la firma de tratados comerciales,

sobre la base de la cláusula incondicional de la nación favorecida. Esta política constituye una nueva fórmula liberal, contradictoria con la política proteccionista que se adelanta en el interior de los Estados Unidos. Escasos beneficios recibiría Venezuela de las concesiones petroleras con estas formulas, pues los términos del tratado le eran claramente desfavorables. Pero López teme aislarse del proceso de concertación global de tratados comerciales que firmaban los otros países latinoamericanos con Estados Unidos, no quiere granjearse discriminaciones y represalias, y termina sugiriendo establecer un *modus vivendi* con una duración de un año.

Puntúa aquellos años un episodio que tuvo por causa una disyuntiva acerca del Congreso. Mucho había criticado Rómulo Betancourt a los hombres del Congreso que venía de Juan Vicente Gómez. De hecho, había creado un destaque moral propio a partir de la crítica de los «aúlicos y cómplices de la dictadura». De pronto, por un esguince de la lucha política, los diputados del lopecismo y el gomecismo quedaron acorralados legalmente. Tocaba defenestrarlos, podía hacerse. Pero, problema, la izquierda comunista obtendría ventajas grandes del hecho. La decisión de Betancourt indicó lo que sería su anticomunismo visceral: apoyó la supervivencia del Congreso gomero. ¿Cómo asistirían Betancourt y sus compañeros de partido a aquel sitio poblado de «aúlicos y cómplices»? Betancourt lo anunció: irían «con el pañuelo en la nariz».

Capítulo 3

La culoscopia de Rómulo Betancourt

Hay una anécdota que vale la pena referir porque describe humorísticamente el encuentro de generaciones y de estilos de aquella Venezuela de 1936 a 1940. Los protagonistas son Rafael Simón Urbina, caudillo falconiano famoso por sus alzamientos coloridos,

fracasados y sangrientos, y Rómulo Betancourt, entonces un estudiante muy marxista. Era 1929 y se preparaba un asalto al cuartel de la isla de Curazao y la invasión a Coro. Vivía Betancourt con otros estudiantes comunistas en una pensión de la isla, propiedad de unas hermanas Max, donde también habitaba Urbina. Siendo las diez de la mañana de un buen día estaban en el baño Betancourt, Miguel Otero Silva, Juliac y otros. Otero Silva se dio a bromear a Betancourt, parándosele atrás y moviéndose como si Rómulo fuera un homosexual pasivo y él el activo. Betancourt le respondía, aceptador. Eran sólo bromas, palabras, pero Urbina, que entró en ese momento y ya le tenía a Betancourt gran antipatía, tomó lo visto y lo oído por artículo de fe y declaró a Otero Silva y Betancourt maricos, Otero el marido, Betancourt la hembra. Vinieron luego el asalto al cuartel curazoleño, el pase del grupo a Venezuela en son de invasión armada en la sierra de Falcón, el fracaso y la huida hacia Colombia.

Muerto Gómez y vueltos todos a Venezuela y viviéndose la presidencia del general López Contreras, publicó Urbina un libro, *Victoria, dolor y tragedia*⁵, contando las aventuras vividas y presentándose como héroe. No fue que Urbina escribiera el libro, él no tenía ciencia para eso, sino que le fue diciendo a un doctor Cedillo, que sí la tenía y era su amigo, «pasó esto y pasó esto otro. Póngalo ahí». El doctor escribía, leía en voz alta lo escrito, corregían y después le «espolvoreaban» a las páginas unos puntos y comas. Así salió el libro. Los enemigos del doctor dijeron que el libro tenía una prosa dispéptica, pero circuló *Victoria, dolor y tragedia* por Caracas y en toda Venezuela.

Se acostumbraba en un libro de esta especie, acusar a los enemigos y mostrarlos bajo luz mala, de modo que Urbina presentó a Miguel Otero Silva como cobarde, en la parte de Falcón, cuando desembarcaron, y, tras pintarlo huyendo, añadió como colofón del párrafo: «Iba quizá tras los amores de Rómulo Betancourt que en

horas de relajación vivió en Curazao y tuve ocasión de presenciar». Betancourt introdujo en un tribunal de Caracas una acusación contra Urbina. Al llegarle la citación a éste, interrumpió el desayuno que estaba tomando y que debe suponerse de suero coriano y arepas cocinadas en ceniza, se metió el papel doblado de cualquier manera en el bolsillo del paltó y se fue a la oficina de Cedillo, que era abogado, amén de escribidor de libros, y le espetó:

—¡Doctor! ¡Rómulo Betancourt me va a quitar hasta los zapatos por culpa suya! ¿Cómo arreglamos esto?

Un «por culpa suya» de Urbina no era para ser tomado a risa. Ya le había retirado las tripas a muchos allá en la sierra de Coro. El legista calmó el susto en el corazón y respondió:

—No se preocupe, general. Eso lo vamos a arreglar.

El día de la audiencia las cosas se desarrollaron de acuerdo con la cadencia normal. El abogado de Betancourt introdujo un legajo, que leyó en voz alta, donde anunciaba la anexión de una copia de un libro titulado *Victoria, dolor y tragedia*, edición de fecha tal, en cuya página número tal, párrafo tal, aparecía una afirmación injuriosa para el señor Betancourt que se abstenía de transcribir por respeto a la decencia del tribunal. Le tocó la palabra al apoderado del señor Urbina, el cual contestó:

—La inserción de esa nota en el libro en cuestión es cierta. Y hay más, mantenemos las afirmaciones allí formuladas.

Esto no se lo esperaba el juez, tampoco Betancourt, ni su abogado, ni nadie. El doctor Cedillo aprovechó el silencio para añadir:

—Y dado que para todos es indispensable una definición inapelable de los hechos, solicitamos que se proceda a una verificación *in situ*.

Las palabras en latín dieron paso a la definición llana, en castellano, de la proposición del jurista:

—Solicitamos que se realice una experticia anal al señor Betancourt.

¡Betancourt no podía permitir esto! Estaba rojo de la rabia. Agarró su sombrero y echó a caminar hacia la puerta del tribunal y desapareció con un mal tirón de puerta, dejándole al abogado el trabajo de pedirle al juez el retiro de la causa y aceptando el pago de los gastos. La cosa se quedó así. Es de suponer que Betancourt se dio a madurar la venganza. La conversaría con Raúl Mestre o Tortolero, que fueron sus hombres para esa clase de cosas toda la vida, pero exteriormente no se le veía nada, cruzaba la calle tranquilo. Pero vino a alterar la paz Miguel Otero Silva. Él sacó la novela *Fiebre*⁶ para explicar la aventura de Falcón y poner mal a Urbina. Hasta ahí todo estuvo bien, venganza de letras. Pero aconteció que Otero Silva se encontró a Betancourt en una calle del centro y le dijo, riéndose de lo del juicio, que había conocido por el periódico:

—Ajá, eres mi hembra.

Betancourt juró que iba a matar a Urbina, aunque Otero Silva le decía:

—Pendejo. Tú vas a ser presidente de la República y Urbina no es nadie. ¿Cómo se te ocurre ponerte de pico y pata con él?

¿Nadie? Bien que reivindicaban a Urbina los enemigos de Betancourt, que ya entonces los tenía. Se asociaban para contar el cuento, lo bautizaron como el de «la culoscopia». Y lo bordaban de detalles: que si el juez ordenó que se hicieran pruebas del ano de Betancourt lleno de tiza; que si funcionó como un sello de caucho; que si ello fue imposible porque carecía de presión. La burla era interminable en aquella Caracas todavía pueblerina, en la que circulaba el general Soler en su jeep descapotado, respondiendo los saludos, calvo, gordo y reído, llevando en la mano izquierda un vaso lleno de whiskey al tiempo que en el brazo derecho, que iba desnudo, se hacía visible una aguja pinchada, que descendía de

una bolsa de suero fisiológico y usaba todo el día por orden de su médico, para controlarle la diabetes.

Otro episodio diario era el del duque de Rocas Negras, ciudadano que cruzaba la Plaza Bolívar a las cuatro de la tarde, vestido impecablemente, todas las piezas del mismo color, pero en una variante. Por ejemplo, si el flux era verde claro, la corbata era verde un punto más oscuro, los zapatos —de cuero de cocodrilo, brillantes— verdes más oscuros aún, los calcetines de un verde diferente y el sombrero de otro tono de verde. Al día siguiente desfilaba de marrón, y así. Vito Modesto Franklin, como se llamaba el duque en la vida civil, era alto y buenmozo y había obtenido la fortuna que le permitía ese vivir a base de las viudas ricas, a las cuales visitaba vistiendo la sotana del sacerdote. Les comentaba su preocupación por el degradamiento de las costumbres, manifiesto en la cantidad de parejas que vivían en concubinato, unidas por el deseo carnal, que siempre fenece, y sin los santos auxilios del matrimonio eclesiástico. Causa de ello y otros alarmantes desarreglos de la sociedad era, según él, la falta de un templo digno, grande, que hiciera sentir al Señor que estaba en su casa. Les decía estar dispuesto a entregar su vida a una recolecta que apenas iniciaba con ellas para, aunque fuese ya viejo, ver la inauguración de esa magna obra, que sería su alegría final. De aquella iglesia no se conocieron ni los cimientos, en su lugar se había construido el teatro *Montecarlo*, bonito, con grandes pinturas de bailes en las paredes, inaugurado el año 32. Se realizaban allí actos nada santos. Célebre fue aquel donde el duque se exhibió sin camisa, acostado boca arriba, mientras Rafael Guinand y otros de la misma estofa, le vaciaban champaña sobre el ombligo, desde altura que facilitaba la vista al público. Cada tanto interrumpían el chorro para que la actriz Lydda Puti, de visita en Venezuela, bebiera allí, tras lo cual, excitada y hablando mitad en español, mitad en italiano, proclamó que Vito Modesto Franklin tenía el ombligo más bello del mundo.

Lopecismo

A mediados de su período, López Contreras saca del país a los comunistas a bordo del vapor *Flandre* y ahí los mezcla con los adecos. Los fascistas más bien gobiernan. Rafael Caldera redacta una Ley del Trabajo que es copia de la que está aplicando Mussolini en Italia. No está exenta de detalles justicieros. El gobierno la proclama.

Otro hecho clave del gobierno de López es el Tratado de Límites que firma con Colombia, desfavorable a Venezuela. Apareció justificado por la supuesta o real superioridad militar colombiana, pero quizá estuvo más causado por presiones norteamericanas debido a la alarmante presencia alemana cerca del canal de Panamá y de Curazao, factibilizadora de que esa potencia ofreciera apoyo a Colombia para una reivindicación violenta en caso de no producirse una pacífica.

Aunque haya «traicionado» a la familia Gómez y al gomecismo y haya ejecutado los keynesianismos del Plan de febrero, López Contreras es la esperanza de un partido extremo derechista, de viejos doctores y generales con pasado gomecista y antigomecista, que empiezan a estar descolocados en un mundo de mecanización e ideas de izquierda que odian con angustia. Es el Lopecismo.

Capítulo 4

Isaías Medina Angarita

Mediante una elección que no es tal sino colocación de su ministro de Guerra y hombre de confianza, López Contreras hace nombrar Presidente de la República por el Congreso al general Isaías Medina Angarita. Será un cuidón, al estilo de los que ponía Joaquín Crespo y, antes, Guzmán Blanco; y también usó el general

Gómez, que puso puros doctores. El contrato de Medina es por un período de gobierno, luego deberá devolver la presidencia al general López. Arturo Uslar Pietri es ministro universal del nuevo gobierno medinista, y puede convertir en programa de gobierno la frase «Sembrar el petróleo», que lanzó desde un famoso editorial del diario *Ahora*.

La idea de «sembrar el petróleo» es perfectamente conciliable con el keynesianismo: en educación, se construye un sistema de edificaciones escolares valioso y hay un incremento de matrícula; y en salud, los programas del doctor Arnoldo Gabaldón erradicando la malaria serán famosos. El mismo sentido tiene la aprobación de la Ley del Impuesto sobre la Renta, de la del Seguro Social Obligatorio y de la de Reforma Agraria, elaborada pero no implementada.

Oscar Battaglini, serio analista del medinismo, detecta contradicciones del industrialismo venezolano de ese momento con la necesidad norteamericana de exportar:

Se vive la Guerra Mundial y los Estados Unidos le exigen a los países latinoamericanos mantener la importación. «Es lo que se va a conocer como Plan Clayton⁷ o Plan para las Américas, que los Estados Unidos hacen aprobar en la Conferencia de Chapultepec, de principios de 1945. La delegación venezolana firma las resoluciones, pero observa que la firma no obliga al Estado venezolano al cumplimiento de éstas. Lo mismo había sucedido en la Conferencia de Bretton Woods, en junio de 1944.

De estas diferencias reales del medinismo con la estrategia económica norteamericana del momento extrae el historiador de *El medinismo* un signo de hostilidad que coincidiría con la sospecha universal de haberse movido mano norteamericana en el derrocamiento del demócrata presidente Medina. Y en este mismo sentido sería legible la reforma de la Ley petrolera promulgada por Medina, que, al regularizar el régimen de concesiones y regalías,

aumentó la participación estatal. Ello habría concitado la antipatía norteamericana. Y de alguna manera coincide con ello el ministro de Fomento, Eugenio Mendoza, al considerar tal Ley como «creadora de nuestra independencia económica». ¿Es ello suficiente para ver mano norteamericana en la caída de Medina? No. Son apenas indicios.

El mundo no es sólo economía. Uslar expresa al «ala luminosa» del PDV, que integra a gente como Mariano Picón Salas, acaso el mejor prosista habido alguna vez en Venezuela, y Andrés Eloy Blanco, poeta superior, cuyo genio ha sido ocultado por el exceso de felicidad técnica. Otra manera de definir el fenómeno Andrés Eloy, requeriría acotar que su pecado fue su fabulosa capacidad para transmitir el sentimiento. Ello ocultó su brillo de palabras. Recitado por el pueblo «pata en el suelo» tanto como por los doctores, Blanco devendrá el poeta símbolo de Acción Democrática. En los años sesenta aparecerá como paradigma de lo cursi «adeco» y la generación de escritores de entonces prohibirá su recitación con pena de paredón de risas. La polémica la vino a concluir Jorge Luis Borges cuando, respondiendo a un periodista, declaró: «será un clásico, porque los clásicos son los que recita el pueblo». Muchos son literatos al tiempo que políticos en el medinismo, todos son moderados políticamente. Y alrededor de la cabeza de Uslar circula el aire del prestigio de *Las lanzas coloradas*, novela que inicia su ciclo narrativo, de anécdotas siempre históricas o sociales, mejoradas por un tono intensamente interior.

Pero no todo es Ateneo en el medinismo. Circulan por las calles y por los pasillos de Miraflores numerosos andinos marrajos, doctores gomecistas de mucha intriga, hombres de peligro, como Rafael Simón Urbina, maquinador de un plan para secuestrar a Medina Angarita, que ejecutará años después en Carlos Delgado Chalbaud. Los retratos de la época muestran a Uslar con sombrero, y con sombrero a Pedro Sotillo y ensombrerado aparece el calvo

presidente. La prenda hace falta sobre todo en las mañanas, cuando Caracas amanece con las copas de sus árboles envueltas en niebla.

Está encendida la Segunda Guerra Mundial. En los altos del cine «Rialto» funciona una oficina de Alemania, se dice que del Servicio Secreto. A veces se ve asomar por la ventana de ésta, a catires germanos y catires venezolanos vestidos con el uniforme de los camisas pardas. Miran hacia la plaza Bolívar. ¿Es posible que sean tan imprudentes? Entre ellos está el candidato a ser Capitán general de Venezuela si ganan los nazis. El Servicio Secreto británico funciona unas cuatro cuadras más al norte y una y media hacia el oeste, en una casa a la que un pasadizo subterráneo comunica con el Palacio de Miraflores. Y hablando de caminos secretos, hay uno que no lo sería por subterráneo pues se extendería bajo el sol, sino porque se plantea a nivel de presidentes y de embajadores, con la máxima discreción, y tal vez se construya en secreto. Es el canal intersuramericano.

Canales y petróleo durante la Segunda Guerra Mundial

Se lo plantea por razones de seguridad marítima. Algunos puntos del tema los recogió el autor de este trabajo directamente del doctor Arturo Uslar Pietri, otros los había escuchado en Madrid al general Pérez Jiménez, quien pidió que la conversación fuera revelada sólo cuando él muriera. Lo que no dijeron ni Uslar ni Pérez Jiménez es el potencial anexionista de la obra. Oigámoslos:

Uslar:

«—El intercambio comercial de América Latina con los Estados Unidos era muy grande, implicaba petróleo, estaño, cobre, caucho, café y otras muchas cosas menores, azúcar por ejemplo. Estaba amenazado por los submarinos alemanes que podían hundir barcos a lo largo de las costas de América del Sur, aguardándolos cuando salían por las cuatro grandes bocas de

ríos del continente. Con eso se amenazaba el esfuerzo de guerra americano y la vida misma de los Estados Unidos. Los americanos hicieron planes de construir el canal intersuramericano, que permitiría transportar con seguridad las mercancías dentro del interior de Suramérica, sobre todo dentro del Amazonas de Brasil, que es enorme. Allí los submarinos no alcanzaban y un avión que viniera a bombardear tendría que volar muchas horas sobre la selva. Se iba a centralizar la salida de todo en un puerto, el de las bocas del Orinoco. Allí se vigilaría la mercancía y la acompañaría una flota en su traslado a través del mar Caribe hasta el puerto estadounidense».

Pérez Jiménez:

«—Alemania había ofrecido libertar a América Latina del sistema de taponos Monroe a cambio de neutralidad en la guerra. Se lo ofreció formalmente a Argentina antes de iniciar la guerra y ello implicaba la construcción del canal Intersuramericano entre otras muchas cosas. Para congelar el canal, los Estados Unidos imponen el Tratado de Río, que garantiza la inamovilidad de la geopolítica suramericana bajo dirección de Brasil, que estaba muy colonizado por Inglaterra a través de [la cancillería de] Itamaraty. A cambio de que Latinoamérica aceptara el Tratado de Río, los americanos se comprometieron a quitarnos ellos mismos a los Estados tapón ingleses de encima cuando terminara la guerra. Fue un compromiso militar, no con los gobiernos sino con los ejércitos latinoamericanos».

Quitar los taponos implicaba construir el canal. El estudio estadounidense sobre el canal está en los anaqueles de la Biblioteca Nacional de Caracas, en su título figura la palabra «waterway». No se lo construyó a pesar de sus razonables motivaciones militares, y ello fue lógico. Si en tiempos de paz Inglaterra no había aceptado la remoción del tapón Guayana británica, mucho menos lo aceptaría

durante la guerra, hacerlo hubiera puesto en crisis su alianza con los Estados Unidos, factibilizándose el triunfo de Alemania.

Los estrechos estaban en máximo uso por Inglaterra. Ello se había visto el día 17 de diciembre de 1939, o sea 4 meses después de iniciadas las hostilidades de la Segunda Guerra, con el caso del acorazado alemán *Admiral Graf Spee*. Ya el nombre del barco hablaba de los peligros del paso malvino para Alemania, citaba el recuerdo del almirante Maximilian von Spee, comandante de una escuadra de esa nacionalidad hundida en el Estrecho Sur en los días iniciales de la Primera Guerra Mundial por la marina británica. Es pensable que el acorazado *Admiral Graf Spee* haya sido bautizado con el nombre del almirante derrotado, con la pretensión de mostrar superioridad y venganza alemanas, un espíritu igual al que llevó a Hitler a obligar a Francia a firmar una paz con él en el mismo vagón de Versalles donde se había firmado la humillante capitulación germana de 1919. Pero el *Admiral Graf Spee* de 1939 no fue superior; por el contrario, alcanzado por obuses de barcos británicos apostados en el paso de las Malvinas, debió refugiarse en el puerto de Punta del Este, Uruguay. Narra *Orbe*, publicación semanal de Prensa Latina, en un artículo titulado «La historia desconocida de la Batalla del Río de la Plata», que el capitán del Graf Spee⁸, al fracasar en la obtención de unas piezas para reparar su nave, hizo salir a ésta a mar abierto y allí la voló. En los inicios de la Segunda Guerra Mundial se repetía la demostración de la ventaja que la posesión del estrecho malvino confería a Inglaterra.

El interamericanismo radical antibritánico tendrá que esperar a los años posteriores a 1945, cuando reaparecerá con fuerza, tanto en los Estados Unidos como en América Latina.

Capítulo 5

Urredistas, comunistas, pedevistas y pedenecos

Un liberal de facetada demagogia oratoria como Jóvito Villalba es amigo del gobierno de Medina. Y los comunistas están en el gobierno. Adversos a Medina y a la Unión Soviética son Betancourt y Acción Democrática, que no perdonan día sin atribuir y publicar en sus periódicos un latrocinio, verdadero o falso, del presidente o sus hombres. El más atacado de éstos es el millonario Eugenio Mendoza, en cuyos bolsillos en verdad está siendo sembrado mucho petróleo por el gobierno. Desde *La Esfera*, y más desde los periódicos del partido, Rómulo Betancourt va desarrollando un discurso disolvente. Es muy anticomunista Betancourt, y los comunistas le tienen un odio que viene desde los años de López Contreras y se concretó en el episodio de la asistencia al Congreso gomecista «con el pañuelo en la nariz». Los dos sectores pelean en el mundo sindical.

La retórica de Betancourt es marxista, lo cual puede lucir contradictorio con la praxis política del líder adeco. Pero no lo es. El análisis de clases y de plusvalías que Betancourt hace en esos años cumple varios objetivos. Está creando una vanguardia de «adecos» que vea clara la realidad social y sobre todo la economía nacional, y se beneficie de esa claridad como instrumento para la conquista del poder. También podrá este personal político, en una posterior etapa, desde el poder, instaurar cambios sociales verdaderos, requeridos para una política keynesiana que, en cuanto estatismo, tiene varias afinidades funcionales con el marxismo. Dicho de otra manera, Betancourt está moviendo una revolución social para hacerse dueño de ella. Una vez dueño, podrá impulsarla, traicionarla, estimularla, mediatizarla, desde adentro, articularla con factores extranjeros y/o nacionales, invitar a combinaciones, mediatizaciones. Por supuesto, no todo es perfecto, el líder socialdemócrata

topará a través de sus años de vida y de gobierno con divergencias nacidas de la conciencia que contribuyó a propagar, vendrán divisiones de su partido, rupturas, vencimientos, pero de momento está creando capital político. Repite verdades y mentiras sobre el medinismo, partido aliado con los comunistas pero dominado por señoritos aristocratizantes, desconfiados en principio de cualquier ascenso social de los negros o los pobres. Betancourt posa como el Presidente de la República que todavía no es.

Así como el zar tuvo su primer ministro Stolypin, que trató de cambiar las cosas para evitar la revolución, el andinismo gomecista tiene su Uslar Pietri, que intenta civilizar al régimen. No fue muerto en un balcón de teatro, pero está mal visto por los lopecistas, cuyo jefe colocó a su subordinado Medina Angarita para que «presidenteara» por cuatro años y luego le devolviera el coroto. Para ser un «cuidón», en síntesis, se lo puso ahí, no para hacer renovaciones que archiven a López Contreras para siempre, como las que impulsa Uslar desde el gabinete. Ha salido malagradecido Medina, cortado con la misma tijera que los cuidones del general Crespo. Desde luego, no teme a López Contreras como se temía al general Gómez.

La ultraderecha ve los moderados cambios uslaristas como comunismo y tal imagen no se corrige por la esencia oligarca del intelectual. En los corrillos se recuerda que muchos condes y miembros de la clase dominante de Rusia se pasaron a la revolución y están todavía en aquel 1945 gobernando con Stalin. Hay que hacerle la guerra a Medina, dice López Contreras, y los generales lopecistas que gozan de comando y que no son pocos, planean un golpe de Estado. Y guerra se le hace desde *La Esfera*, diario financiado por la Standard Oil Company, de Rockefeller. Desde su extremismo de derecha, la gente de López Contreras coincide con Betancourt contra Medina y con ambos trabaja Nelson Rockefeller que, para-

lamente a su lopecismo del diario, mueve un padrinazgo a Rómulo Betancourt que apenas empieza y durará toda la vida.

Logias militares

Pero dentro del Ejército se mueve un grupo de jóvenes oficiales andinos no lopecistas. Estos oficiales admiran a Benito Mussolini y admiran a Juan Domingo Perón, el Mussolini latinoamericano, que coordina logias militares fascistoides y pone y quita generales presidentes en la Casa Rosada, sin sentarse él, a causa de ser demasiado mal visto por la Casa Blanca. Ése sí es un hombre anticomunista de verdad, y a la vez es altanero ante los Estados Unidos e Inglaterra, que es la verdadera dictadora del mundo, la verdadera ama del comunismo en secreto, según dicen don Benito y Adolfo Hitler y repite Francisco Franco, demostrando la conspiración judeo-masónica comunista que domina el mundo. Estos capitanes y tenientes coroneles desprecian a los «chopos de piedra» lopecistas y a López, e igualmente miran con desvío al doctor Uslar, a quien ven como el ejemplo del burgués —en un uso fascista de la palabra— antinacional. Porque son nacionalistas, mucho. Sabiendo Medina que hay un único general «chopo de piedra» a quien estos capitanes en logia respetan, José Trinidad Morán, lo envía a dar unas conferencias «principistas y de disciplina militar» a los cuarteles. Mejor no lo hubiera hecho. Después de una conferencia de Morán, el capitán Marcos Pérez Jiménez se paró, pidió la palabra y demolió todos los argumentos del conferencista, uno a uno. Los apellidos Pérez y Jiménez fueron puestos en las listas de los sospechados, pero también el flaco oficial tachirenses —entonces era flaco— queda adornado por el liderazgo entre la oficialidad joven.

Fue natural que Pérez Jiménez frecuentara a Carlos Delgado Chalbaud, un oficial inteligente, de gran cultura, sobre todo francesa, a quien nimba el prestigio de su padre, Román Delgado Chalbaud,

que murió en Cumaná presidiendo la más sólida invasión contra Gómez. Delgado lo conduce a la casa de José Antonio Jacobbini Soler, hombre importante, agente de nivel directivo del Servicio Secreto británico. Desde su gran cultura histórica, Jacobbini entiende todo de Venezuela. Tiene por trabajo reforzar al máximo el poder de Inglaterra en Venezuela lo que vale decir el de la Royal Dutch Shell, lo que significa monitorear y derrotar a los nazis o más bien significó, porque la guerra está terminando y hace ya más de un año que los alemanes carecen de fuerza para tirar una parada en este país petrolero. Jacobbini tiene en la cabeza toda la oficialidad venezolana, sabe en cual sitio o comando está colocado cada oficial y si es capaz para el cargo y, en caso de ser sustituible, los nombres de quienes pueden ocupar su puesto. También conoce toda Venezuela, sobre todo la región del llano. Sabe la piedra buena para esconderse y cazar el tigre que hay cerca de Mantecal, en qué época realizan su remate de caballos los hermanos González de El Furrial y por este conocimiento tuvo el gusto de ser guía del historiador Arnold Toynbee en su visita a Venezuela, invitado por la Shell petroleum.

Un detalle siniestro preside la casa del doctor: la momia del Tomás Lander, gran ideólogo liberal del siglo XIX, director de los periódicos de ese signo junto a Antonio Leocadio Guzmán. Al morir Tomás Lander sucedió que su esposa se negó a prescindir de su compañía y ordenó momificar el cadáver al doctor Knoch, suerte de científico brujo alemán que vivía en un castillete del Cerro del Ávila rodeado de momias, entre ellas la de su querida esposa alemana y la de un sirviente negro. Es así que quien transita ante la casa de Jacobbini ve por la entreabierta ventana a Lander sentado tras su mesa de trabajo, con los lentes puestos y armada la mano con una pluma de ganso con la que se dispone a firmar un documento que se intuye trascendental por la severidad que exhibe el delicado rostro inmóvil.

Ante su puerta se ve frecuentemente estacionado el carro descapotable del general Soler, hermano de la madre del doctor que le prohibió ser militar escarmentada por las angustias que sufrió desde niña en una casa de coroneles y generales montoneros, gomecistas y antigomecistas. Jacobbini ha canalizado la vocación militar con su gran conocimiento del mundo castrense y con la actividad de espía con nivel de estadista. De enlaces de sus abuelas con italianos garibaldinos emigrados a la montañosa región de Trujillo le viene la astucia, lo británico y una pinta que lo hace triunfar en las fiestas de alta sociedad. Los oficiales visitantes y el doctor desechan el salón de la momia y se sientan en el recibo a dialogar. Jacobbini está enterado de la conspiración que bulle en las Fuerzas Armadas, Londres la conoce en detalle y le encarga combatir el fuerte sesgo peronista que ostenta. Adelante tiene al máximo peronista, Pérez Jiménez. Perón es el peor enemigo que tiene Inglaterra, habiendo sido aliado de Hitler, funciona como jefe de Odessa, nombre en código del santuario en donde se están escondiendo los jefes nazis derrotados, los capitales nazis, los proyectos nazis secretos dirigidos a una resurrección del Reich, que para el caso sería el Cuarto Reich. Lo peor es que Perón tiene su clientela. Con el fin de la guerra se están separando los aliados; Rusia agarra su camino, los Estados Unidos el suyo e Inglaterra el suyo.

Para el doctor Jacobbini las cosas no debieran suceder así, debiera continuar la doctrina Monroe que tan buenos resultados le ha dado tanto a Estados Unidos como a Inglaterra, pero están resurgiendo en los Estados Unidos las fuerzas antibritánicas que tanto amenazaron la Doctrina en tiempos de Cipriano Castro y dicen «basta ya, bastante nos costó la alianza con los británicos». Y, por supuesto, miran con simpatía a Perón. Los visitantes saben que si quieren ir hacia el poder en Venezuela, toca visitar esta casa. A Jacobbini le tocó instruirlos en que es grande el poder inglés, muy grande, también en que se puede ser militarista y derechista y anticomunista,

como lo es el propio Jacobbini, sin comulgar con Perón. No ganó a Pérez para su causa pero estableció una amistad caballerosa y señorial con los visitantes. Jacobbini desciende del general Alcántara, el protagonista del ametrallamiento de Tocuyito, que fuera socio en muchas paradas de Román Delgado Chalbaud, padre del visitante Carlos, de modo que no fue extraño que apareciera en la reunión. Tras varias entrevistas con Pérez Jiménez, le comentaría a Jacobbini: “Este oficialito es notable, en Estados Unidos sería un miembro de alto Estado Mayor“

Otro día Pérez Jiménez se reúne con Betancourt. Tal vez ello sucedió en un salón iluminado pero la imaginación compone la escena en un sitio semioscuro pues los dos hombres eran enemigos natos. Betancourt es fuerte, extrovertido, con tendencia al trato brutal, Pérez tímido, frío y reconcentrado, sólo cree en los hechos. Los dos son inteligentes, es el único punto de contacto. Betancourt comentará el encuentro en *Venezuela, política y petróleo*¹⁰. Le asombró el conocimiento del oficial andino acerca del país, le asombró —y seguramente le alarmó, aunque no lo dice— la existencia de logias militares fascistoides en las Fuerzas Armadas. Se pusieron de acuerdo para dar un golpe de Estado si Medina seguía oponiéndose a hacer elecciones directas, fórmula que Betancourt veía como un camino bueno para él llegar al poder.

Seguramente tenía razón. Mientras el medinismo se regodeaba en los clanes caraqueños y el lopecismo era un quiste de reaccionarios, Betancourt recorría el país, adoctrinando, formando líderes locales. No había pueblecito de Venezuela donde faltara la casa de Acción Democrática. Y sabía recostarse de Gallegos, que era el candidato del partido en toda elección, sin violentar las cosas, pues el ideario civilizatorio del escritor era intensamente afín al adequismo, con excepciones, que no eran relevantes en aquel momento. Principalmente se puede señalar una, acerca de la técnica de lucha por el poder, que en Betancourt no presentaba mayor escrúpulo y

mucho tenía de leninista y de trotskista, y en Gallegos, por el contrario, se sometía al civilismo. Compartían las ideas de educación, salud, alejamiento de los rezagos de barbarie.

Cuando se acerca el año final del período medinista y hay ambiente de elecciones y candidatos, el general López Contreras le recuerda a Medina Angarita su compromiso de devolverle la presidencia. Lo hace a su manera implícita, muy andina. Pero Medina está en el camino de «la patada histórica», como diría Rómulo Betancourt. Quizá sea cosa mecánica, de egos, de ego que conduce al presidente-delegado a independizarse de los miembros de su grupo que se sienten casi tan presidentes como él, codueños del poder porque perfectamente pudieron ser los elegidos. El Presidente busca valor propio en el sector adverso al caudillo, ejecuta exclusiones, marginamientos, y cuando se viene a ver está colocado en la fila contraria. Estas situaciones se repetirán en algún grado contra Rómulo Betancourt en los años de Raúl Leoni. Medina lanza la candidatura de Diógenes Escalante, quien, a excepción de que es abogado y no militar, puede encarnar sectores e intereses muy parecidos a los que representa López. Es largamente gomero (reaccionando contra el dictador mientras era embajador de éste en los Estados Unidos) y muy pro-norteamericano. Quizá en la inteligencia que inventa a Escalante hay cálculo de que, ajeno a las mafias, desvinculado del país, dependerá largamente de quien lo pone y continuará el programa y el poder uslaristas. En todo caso, la nominación de Escalante es un intento de apartar a López Contreras.

Capítulo 6

Se le fueron los tapones a Escalante

Betancourt acepta a Escalante. Ciertamente, no es adeco y no será presidente por elección directa, pero ofrece hacerlas para el futuro y es

muy bien visto por los Estados Unidos. Eso coincide con que Be-tancourt sostuvo en esos días una entrevista en el Departamento de Estado, que visitó durante una «tranquila tarde washingtoniana»¹¹, como escribe, confesando la visita y banalizando con adjetivos un episodio que sabe sus enemigos revelarán con tono de denuncia. El tiempo demostrará que en el Departamento de Estado predomina una línea favorable a él. También se entrevista con Escalante esa vez, parece que fue éste quien lo condujo ante los funcionarios norteamericanos.

Escalante viaja a Venezuela y es entrevistado por Ramón J. Velásquez, que comienza a explicitar —venía de mucho antes— su profunda visión de historiador andino. La proclamación se haría en un banquete de cuatro cubiertos. Los invitados van llegando, pasa el tiempo, el candidato no aparece en el banquete. Las personas enviadas a la habitación del hotel «El Conde» a buscarlo, lo encuentran angustiado. Responde:

—No puedo asistir al acto.

—¿Por qué, doctor?

—Porque no tengo camisa.

Revisado el clóset, se encontró una abundante dotación de camisas blancas en perfecto estado. Se le mostraban al candidato, pero éste continuaba señalando la imposibilidad de asistir al acto por carecer de camisa. Quedó intocada en los platos la comida del banquete, los invitados se retiraban, del brazo de sus esposas, con la premonición de cosas graves pintada en los rostros.

«Se le fueron los tapones», se dictaminó respecto al candidato en la calle, comparando su sistema nervioso con los cables eléctricos de las casas de entonces, siempre atendidados a la quema de los fusibles —enroscables, que afectaban la forma de un tapón— en situaciones de sobrecarga de corriente eléctrica.

¿Qué sobrecorriente había quemado los fusibles del doctor Escalante? Corrían historias de aldea, de antecesores de Escalante en los Andes que se volvieron locos después de cierta edad. Tal vez había en eso verdad o quizá no, tal vez la locura fue un truco del doctor, quien confió después a alguien que todos los que lo esperaban en el banquete eran sus enemigos.

Había razón para preocuparse en Venezuela. Otro candidato que conciliara a medinistas y adecos no era fácil de hallar. El medinismo escoge al doctor Ángel Biaggini, también andino pero menos internacional, menos pronorteamericano, desde luego. Con él no concilia AD y el golpe AD-Pérez Jiménez echa a andar.

18 de octubre de 1945

Lo demás es el día 18 de octubre de 1945 en sí mismo. El golpe integra la oficialidad media pero no a la mayoría, apenas 120 de 800 oficiales están juramentados. Por la radio militar, transmitiendo para todo el país, se oyen las arengas de Domingo Alberto Rangel, citando conceptos de materialismo dialéctico, de economía, de revolución. Sesenta años después, Rangel escribirá¹² que aquellas horas se sentía León Trotsky en los instantes iniciales de la revolución soviética, cuando se dirigía al pueblo ruso. En el mismo libro de confesiones —*Alzado contra todo*— que aspira ser su testamento político, confiesa que siempre fue trotskista, desde el día en que, muy joven en Mérida, compró y leyó con pasión las obras completas del revolucionario ruso. Y revela que lo eran muchos de los hombres que construían en los años de López Contreras el partido Acción Democrática. Y que eso se mantuvo oculto y es tiempo de revelarlo. Rómulo Betancourt había militado en el movimiento trotskista durante sus años iniciáticos en América Central. Rangel, el más brillante orador político de su generación, será el jefe del MIR, desprendimiento de AD protagonista de la violencia guerrillera de los años sesenta junto al Partido Comunista.

A las calles de Caracas —volvamos al 18 de octubre de 1945— salían grupos populares de Acción Democrática a pedir su fusil para luchar por la revolución. Muchos de esos hombres usan sombrero de cogollo y calzan alpargatas. Se agolpan ante los cuarteles; de las puertas del San Carlos, abiertas de improviso, salen algunos centenares de armas. Blandiéndolas, los manifestantes se dispersan entre los automóviles y los tranvías, en busca de los policías identificables por su vestido color caqui. Hay tiroteos.

Luis Miquilena, jefe comunista de los conductores de autobús, le pide a Medina Angarita cinco mil fusiles para combatir a los adecos. Medina se los niega al tiempo que arguye: «Soy un venezolano en una hora menguada». Los lopecistas aflúan al Palacio de Miraflores a recibir el poder. Iban siendo encañonados, despojados del revólver y conducidos a un salón convertido en calabozo improvisado. Rumian su indignación de veteranos. Al ex presidente López Contreras se le capturó de manera igual. No revelaría quién lo engañó aquella mañana informándole por teléfono que se le esperaba en palacio para entregarle el poder. Anotó mentalmente la humillación.

En cierto momento el golpe estuvo a punto de ser derrotado. López Contreras había recibido por prisión la pieza de Carlos Delgado Chalbaud en la Escuela Militar, junto con Arturo Uslar Pietri y el historiador Mario Briceño Iragorry, presidente del Congreso¹³. Imposible pensar que fuese inocente la colocación en aquella habitación de las cabezas que devendrían en el momento álgido, piezas importantes de negociación. Los conspiradores habían estudiado y discutido doscientos golpes de Estado antes de emprender éste. De pronto, entró a la habitación el mayor Delgado Chalbaud y le ofreció la rendición del golpe a López. Podían cambiar y entregarle a él la presidencia. López aceptó la muy sorprendente y extrañísima proposición y Delgado salió a hacer las coordinaciones necesarias. ¿Estaba fracasado el golpe y el inteligente Delgado

intentaba «ponerse en la buena» con el gobierno que inauguraría López Contreras? ¿Había querido medir la fuerza con que contaba López, oír nombres de lopecistas, sus posiciones y escondrijos, para decidir en el instante final, con todas las cartas en las manos, si debía hacérselo presidente o lanzárselo a la derrota final? La realidad dejaría esto sin respuesta, porque mientras tanto, Medina Angarita se presentaba en el calabozo donde estaban presos Pérez Jiménez y Julio César Vargas a darse preso. Era un sitio mal iluminado, ellos tenían barba de dos días. Les dijo:

—Ahora el preso soy yo.

Momentos después abandonaban la prisión Pérez y Vargas. Llegaron al palacio de Miraflores a formar gobierno. Ahí sucede una escena que Rómulo Betancourt narrará en *Venezuela, política y petróleo*. Reunidos en un salón los dirigentes máximos del partido Acción Democrática y los de los militares para constituir la Junta que sustituirá a Medina y habiéndose nombrado a los tres miembros adecos más el independiente Edmundo Fernández, que había actuado como enlace entre los grupos civil y militar, y estando nombrado Betancourt, que sería el presidente, y también el teniente coronel Mario Vargas como uno de los miembros militares, faltaba otro miembro militar. Marcos Pérez Jiménez probablemente estaba inhabilitado por ser mal visto por la embajada norteamericana, o porque no deseaba integrar la Junta sino concentrarse en el mando militar como Jefe del Ejército, que consideraba el verdadero poder. Entonces tomó la palabra Carlos Delgado Chalbaud y, recapitulando, dijo:

—Queda un cargo vacante de miembro de la Junta. Julio César (hablaba del teniente coronel Julio César Vargas, importante miembro de la directiva golpista) tiene sobrados méritos para ello, pero no puede serlo porque es hermano de Mario (señaló a Mario Vargas). Que estuvieran dos hermanos en la Junta sería inadecuado. En consecuencia, el cargo debe ser para mí.

Y se sentó en el sillón vacío.

Nadie había tenido tiempo de reaccionar. En su narración del hecho, Betancourt declara que en ese momento comprendió que Delgado era un tímido capaz de dar pasos de audacia en el momento oportuno. Se quedaba corto el astuto político adeco, Delgado demostraría abundantes condiciones maquiavélicas en la corta e intensa carrera política que tenía por delante.

Los años de Medina habían coincidido con los de la alianza de la URSS y los Estados Unidos que después llamarán «Nuestros años felices», aquellos cuando una escarapela roja no quedaba mal sobre la gorra de un marino de guerra estadounidense y decir judío era decir comunista. En ese 1945, los años felices concluían. Dos fuerzas estaban creciendo e imponiéndose en el seno del poder norteamericano, eran las viejas tendencias probritánica y antibritánica.

NOTAS

1. Rómulo Gallegos: *Doña Bárbara*, Araluce, Madrid, 1929.
2. Elena Dorante: *Venezuela, Magia y Ficción*, Universidad de Oriente, Cumaná, 1980.
3. Juan Liscano: *La geografía venezolana en la obra de Rómulo Gallegos*. Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, Caracas, 1984 / *Rómulo Gallegos y su tiempo*. Monte Ávila, Caracas, 1988.
4. Oscar Battaglini: *El Medinismo*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, CA., Caracas, 1997.
5. Rafael Simón Urbina: *Victoria, dolor y tragedia*, Tipografía Americana, Caracas, 1936.
6. Miguel Otero Silva: *Fiebre*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1980.
7. Oscar Battaglini: *Op. cit.*
8. *Orbe*, publicación de Prensa latina, año IV, N° 23, 24 al 30 de enero de 2010. Encartado en *VEA*, Caracas, 24 de enero de 2010.
10. Rómulo Betancourt: *Venezuela, Política y petróleo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.
11. Rómulo Betancourt: *Op. cit.*
12. Domingo Alberto Rangel: *Alzado contra todo*, Vadell Hermanos Editores, 2003.
13. Mario Briceño Iragorry: *Memorias*. Monte Ávila Editores. [En proceso de edición].

X

RÓMULO BETANCOURT Y RÓMULO GALLEGOS

1945-1948. Rómulo Betancourt y su Junta de Gobierno – La Legión del Caribe – Keynesianismo en acción – 1948. Gallegos Presidente – Las maravillas del memorando Mallet-Prevost – Hacia el Bogotazo – Fidel y el Bogotazo – ¡Mataron a Gaitán! – Como la Roma de Nerón – ¿Quién podía estar más enterado de este «busilis»? – 24 de noviembre de 1948. Derrocamiento de Rómulo Gallegos

Capítulo 1

1945-1948. Rómulo Betancourt y su Junta de Gobierno

Los comunistas odian y adversan a Rómulo Betancourt. Pero la derecha lo considera comunista, ejecutor de un plan concebido en los años 1920-30, cuando Betancourt, Valmore Rodríguez, Raúl Leoni, Montilla y otros mantenían una frutería en Barranquilla. El plan es, según la conseja que se dice y se repite en las quintas del Country Club, un mandato y plan secreto, coordinado con una revolución comunista mundial que se producirá en 1946. Han tomado el poder en 1945, preparando la cosa. Otro dato significativo es que a su revolución la llaman «Revolución de Octubre». En tal mes se produjo la «otra», la rusa. Allí hay un código. Viéndose tan clara la cosa, el nombre la resume: AD se llama a sí mismo el partido, para abreviar Acción Democrática, pero se les llama adecos, que es ad + comunistas.

El comunismo de AD estaría implícito en las confesiones que escribía Betancourt desde Barranquilla a sus camaradas de Caracas en los años veinte y treinta, las que obtuvo policialmente el general López Contreras e hizo publicar en *El libro rojo*¹. Allí Rómulo decía que con el cuento de la democracia podía meterse «con vaselina todo Marx y Lenin». ¿Y qué hace en todos sus discursos y mítines sino hablar de democracia? ¡Cuidado!, la mano de Stalin trabaja en esa Junta de Gobierno, donde también participa Carlos Delgado Chalbaud, un hombre lleno de venganza contra la oligarquía caraqueña, porque le entregó a Gómez la conspiración de 1913 de su

padre y después la de 1929. Y no se diga Luis Beltrán Prieto, miembro igualmente de la Junta, negro y desprovisto de todos los dientes de adelante, lleno de teorías educativas leídas en John Dewey.

Betancourt hace unos cambios en la Ley petrolera y entran más dólares al presupuesto. Pero para la derecha gomera, lopecista y medinista, la perjudicada fue la Shell, y la Standard mejoró su posición en la competencia mundial que mantiene con la Shell. Eso es lógico porque Betancourt es un protegido de Nelson Rockefeller. ¿Cómo se explica esto? ¿Rockefeller es comunista? Sí, aunque no se lo crea. Lo tiene muy claro el padre Aguirre, un jesuita que se trajo de España la lista completa de los comunistas secretos de toda América Latina y les sabe los planes, íntegros. Todos esos sindicatos que Betancourt está apoyando buscan el comunismo, igual todos los planes de educación de Prieto que invalidan la educación católica, igual los discursos comunistoides de Mario Vargas en el Ejército. Valmore Rodríguez es de los más virulentos, del grupo Acción Directa, de los trotskistas de México, y Domingo Alberto Rangel lo mismo, son caimanes del mismo pozo. Valmore inscribió un hijo en la Escuela Militar; todos los adecos están metiendo hijos en la Escuela Militar para que dentro de veinte años sean los generales de la revolución. Rockefeller apoyó el comunismo en Rusia en los años de Lenin y la alianza de Estados Unidos con Rusia contra Alemania en la Segunda Guerra Mundial. Participaba en el plan para instalarlo en los Estados Unidos aprovechando el envión y son reyes en el Departamento de Estado, desde donde apoyan al camarada Betancourt y le responden a los que van a denunciarlo que son personas «con resistencia al cambio». Pero los está desenmascarando el director del FBI, J. Edgar Hoover y sus aliados, el senador McCarthy y Richard Nixon, que también es senador. Nixon cita a todos los comunistas a la Comisión de Actividades Antinorteamericanas del Congreso y ahí los pone en confesión, con amenaza de mandarlos presos si incurren en perjurio.

Para la derecha republicana comunismo y judaísmo son lo mismo y en esa idea se inspira la «gente decente» de Caracas y de Venezuela toda, que se hace cruces de un gobierno que clama: «Los negros “t’amos mandando”». *El Universal* exagera la oposición a los «recién vestidos» con argumentos y actitudes casi idénticos a los que se desplegarán medio siglo después contra los seguidores de Hugo Chávez. *El Nacional* es opositorista desde un medinismo que se combina con el comunismo. Humorista, Miguel Otero Silva se burla junto con sus amigos Kotepa Delgado y los Nazoa del estilo de Rómulo Betancourt. *El Morrocoy Azul*² hace reír con el «18 brumario del Napoleón de Guatire»; pinta a Betancourt culón, como en verdad lo es, la cabeza tocada con un tricornio que es un barquito de papel, y arma la gran befa cuando un investigador genealógico español filia al venezolano con Jean de Betancourt, el barón francés descubridor y conquistador de las Islas Canarias.

Capítulo 2

Keynesianismo en acción

Betancourt está creando puestos y empleos para los miembros del partido AD, que es decir para casi todos los venezolanos pobres. «El compañero» es jefe de oficina aunque no sepa leer ni escribir. Se aparta a quien no tenga carnet del partido. Es el sectarismo adeco, muy combatido; pero a la larga, los «compañeros» aprenderán a mandar y a administrar; irán a universidades, devendrán «genios» indispensables, haciendo de Acción Democrática lo que Domingo Alberto Rangel denomina «Un partido de Estado». El sectarismo será uno de los pilares inconmovibles del poder adeco de cincuenta años, y sobrevivirá aún en los tiempos de Chávez por el agradecimiento de los venezolanos al movimiento político que los dotó de salud, educación, vivienda y sólido ascenso social. Si el

medinismo anunció el deseo de «robarle las banderas al comunismo», las medidas de Betancourt están ejecutando esa intención en cierto grado.

La educación recibe un impulso sustancial aunque, según reseña Battaglini en la entrevista citada en capítulo anterior: «La Ley de Reforma Agraria que Medina había elaborado y que estaba a punto de ponerse en vigencia cuando se produce el golpe, es derogada en marzo de 1946».

Uno de los actos de mayor radicalidad política del período adeco es el Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa, donde se inventarió las fortunas de los partidarios de los regímenes andinos, invirtiéndose la carga de la prueba, vale decir, considerándolas mal habidas y pasibles de expropiación, a menos que los propietarios demostraran haberlas atesorado legalmente. Uslar Pietri será la víctima más sonora de este procedimiento y fue famosa su carta a Betancourt donde describía el Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa como «la grotesca guillotina de su revolución». A López Contreras el Jurado le quita catorce millones de bolívares³ ¡de los de aquel entonces! La cifra ingresa al Tesoro público y ahí se disuelve pero la herida de esta expropiación rebotará sobre la superficie de la historia venezolana de los próximos veinte años como activa pelota de secretos.

Acción Democrática se publicita anexa a la figura de «Juan Bimba», caricatura del peón campesino que lleva un bollo de pan en el bolsillo y en la mano el machete justiciero que espanta a la oligarquía. Y desarrolla una retórica restallantemente antioligárquica, pero Betancourt crea la Corporación Venezolana de Fomento para meter en los bolsillos de los ricos de la recién creada Fedecámaras una parte substancial del ingreso petrolero. Va ganando amigos así, crea nuevos ricos y renueva una vez más la oligarquía. Si la Independencia le añadió al mantuanaje colonial algunos apellidos

salidos de la guerra, como el Páez, y el liberalismo de Guzmán metió a comerciantes hasta entonces sin crédito y militares de las montoneras federales, y Cipriano Castro enriqueció a sus andinos, Acción Democrática está fabricando oligarcas adecos.

Con las décadas, esta nueva oligarquía y la tradicional se convertirán en una, pero de momento hay lucha, odios. Betancourt evocará los muchos intentos golpistas que sorteó en el trienio de 1945 al 48 señalando que su régimen vivió peligrosamente. Militares lopecistas, gomeros, antigomecistas, medinistas, que ejercieron comando antes del golpe de octubre de 1945 y han sido arruinados por el Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa, comandan las primeras intentonas, pronto se producen otras, de signo distinto, comandadas por oficiales jóvenes, que actuaron en el derrocamiento de Medina y combinan la ambición, el origen andino, que se interpreta como necesariamente dotado para el poder, y un talante derechista, difusamente peronista. El teniente coronel Julio César Vargas comanda el más sonado de ellos desde su posición de Inspector General del Ejército. Pertenece a la cúpula octubrista, es el desplazado de la Junta de Gobierno por Carlos Delgado Chabaud, a quien odia. Con él figura Juan Pérez Jiménez, hermano de Marcos. Jóvenes y veteranos van a dar a Ciudad Trujillo, donde se mezclan Vargas, el general López Contreras, Rafael Simón Urbina, León Jurado o Vincencio Pérez Soto y no faltan doctores como el inquieto Altuve Carrillo, sempiternamente vinculado a sectores vaticanos adversos a los jesuitas y a su delfín Caldera y como Luis Gerónimo Pietri, maquiavélico y superior, que tiene aliados en los Estados Unidos. Pietri es el abogado del general López por definición. Un libro que se puede leer en la Biblioteca Nacional de Caracas, *Cuando reinaron las sombras*, detalla los tratos del ambiente dominicano. Un mesonero de alto estilo sirve champaña a los venezolanos que dialogan con Rafael Leonidas Trujillo, dictador y criminal barroco. También hay puntos de esto en el libro del

profesor Almoina, uno de los secretarios de Trujillo, inexistente en bibliotecas venezolanas. Señala que se examinó con interés la figura del doctor Arturo Uslar Pietri —lejana, estaba en la Universidad de Columbia como profesor— como el hombre adecuado para una transición que sacara a Betancourt. Pero el presidente ideal para ellos es Eleazar López Contreras.

Entre los enemigos del gobierno no está Rafael Caldera, que le aceptó a Betancourt la Procuraduría General de la República durante los primeros meses del trienio. Después renunció; se mantiene en un bajo perfil, que no lo amarra a la Venezuela resistente al cambio adeco pero tampoco lo enemista con ésta. Está casado con una Pietri, hija de Andrés Pietri, abogado de la Standard Oil y hermano de Luis Gerónimo Pietri, por todo lo cual es prima de Arturo Uslar Pietri.

Quien sí se destaca mucho como enemigo del adequismo es Jóvito Villalba. Él y Betancourt viven una rivalidad que nació en los días de la Tribuna Popular, si no fue por la Semana del Estudiante de 1928. Jóvito es un orador nato, fascinante. En la juventud fue nazi, algo que nadie supo, ahora es un liberal, pero no con la seriedad de Uslar. Fue un niño consentido del medinismo y a la casa de su partido Unión Republicana Democrática (URD) en la avenida San Martín, visible desde lejos por su gran frente amarillo, entran en los años de Acción Democrática con paso de dirigentes, por igual, grandes ricos que comunistas como Luis Miquilena o Gustavo Machado (Villalba tiene un vínculo semifamiliar con Machado), o lopecistas como Ignacio Luis Arcaya, que salió abogado como su familiar Pedro Manuel Arcaya y está en contacto con Juan Pérez Jiménez y oficiales lopecistas para un golpe «que es triunfo inevitable». También la frecuentan jóvenes políticos con futuro como Alirio Ugarte Pelayo o José Vicente Rangel y abundan los que son, simplemente, buenas personas, y también gente del pueblo fasci-

nada por la labia del líder calvo que, curiosamente, no da confianza ni a periodistas, ni a secretarías, ni a pobres.

Villalba toma la palabra en el Congreso, apostrofa y pinta como irrisorio y ridículo al gobierno, sin escatimar la lateral extensión de estos adjetivos al propio Rómulo Betancourt. Éste le responde agresivamente. Carece del vuelo palabrista del líder margariteño pero le sobran mano izquierda, economicismo, leninismo organizativo y alianzas sólidas en el Norte. Cuando pasen dos décadas habrá devorado a este hermano-rival. Completa el cuadro de fuerzas Marcos Pérez Jiménez. Él es otra cosa, es el comandante del Ejército, el líder de los militares jóvenes hondamente antiadecos. Es el objeto de guiños de ojo de los enemigos del gobierno y está mal visto por Betancourt, muy mal visto. Pero se mantiene tras su escritorio, imperturbable, institucional.

Y llega el muy sonado episodio del decreto 321, emanado del Ministerio de Educación que preside Luis Beltrán Prieto. Ponía cortapisas a la educación religiosa, la colocaba bajo la égida del Estado. El resultado fue una apasionada y masiva movilización de los profesores, y sobre todo de los alumnos de los colegios de curas y monjas. Tampoco faltan los padres en la manifestación, que plena el centro de Caracas. Rómulo Betancourt, que no simpatizaba con el 321, aprovechó el borbollón para echar atrás el decreto. Debo a José Ángel Arenas la descripción del plan estratégico de Prieto Figueroa y su Federación Venezolana de Maestros. La educación era concebida como un ejército, como un ariete político, o tal vez debería decirse un ejército con dimensiones y forma de mar, destinado a sustentar un poder de tipo adeco en el país. ¿Sería el poder de Rómulo Betancourt? No, es más bien trostkista, de un grupo que comanda Salom Meza y tiene un plan propio dentro de Acción Democrática.

Betancourt no saca de la Comandancia del Ejército a Pérez Jiménez, porque eso desataría un golpe de Estado. Interviene, eso sí,

en los ascensos, colocando a los oficiales adecos en los comandos, incluso contra las credenciales académicas. Pérez Jiménez es el represor eficaz de los golpes y conspiraciones apadrinadas por Trujillo y Somoza. La dictadura quiere hacerla él.

Capítulo 3

1948. Gallegos Presidente

A todas éstas, hay Asamblea Constituyente y elecciones. Son las primeras con voto universal, directo y secreto de la historia venezolana. Tras haber gastado las de la pugnacidad, Betancourt juega la carta moderada e institucional de Rómulo Gallegos. Y sale bien. Los adecos votan por el ilustre compañero Gallegos, el resto de Venezuela vota por el gran escritor que la ha nombrado. Los comunistas votan por Gallegos por admiración, muchos ultraderechistas por el hombre moderado, que atemperará la violencia verbal y de hechos de Rómulo Betancourt. El escritor llega a la Presidencia con la admiración universal. El poeta Juan Liscano adoba los actos de proclamación con un festival folklórico que reúne por primera vez en la historia las manifestaciones de las más ignotas regiones de Venezuela. Caracas y el mundo, representado por los invitados internacionales, presencian las canciones de ordeno llaneras —cuyo desgarbo es reliquia modificada de cantos árabes aclimatados en la España medieval—, conocen la merideña Paradura del Niño y también el baile falconiano al que preside el cadáver de un niño, sancochado.

Gallegos es tranquilidad y seguridad para todos. Y entre esos todos figuran los militares. Nada de manipulaciones y hostigamientos. Pérez Jiménez puede estar tranquilo en su comando, siempre y cuando su conducta sea institucional. E igual Edito Ramírez y el «Mono» Mendoza y otros así, levantiscos.

Las maravillas del memorando Mallet-Prevost

A propósito del golpe de Estado que lo derrocó el 24 de noviembre de 1948, Rómulo Gallegos declaró: «Señalo al coronel Adams, Agregado militar de los Estados Unidos, como participante en el derrocamiento de mi gobierno». Días después aparecerá una declaración del coronel norteamericano explicando que asistió a La Planicie (el Ministerio de Defensa de entonces) «a buscar unas entradas de regalo que me habían ofrecido para una corrida de toros», asumiendo una inocencia muy extraña porque hasta el secretario parroquial de Yaguaraparo Alto sabía que a aquella hora, en el Ministerio de la Defensa se estaba produciendo el derrocamiento del gobierno presidido por el gran escritor.

La presencia de Adams da un aspecto de golpe de Estado típicamente imperial al 24 de noviembre de 1948, pero: ¿Le era lógico a un agregado militar norteamericano participar en un golpe de Estado contra un presidente que, menos de tres meses antes había sido recibido con honores por el presidente Truman?

Es tiempo de revelar algunos datos de este periplo, hasta hoy ocultos. El mundo estaba cambiando en 1948, los Estados Unidos se alejaban de la atmósfera laxamente izquierdista que acompañó a su alianza con la URSS contra los nazis, gira a la derecha, está en alza el macarthismo. Pero otro tema es más importante, desgarró a los Estados Unidos la discusión sobre la entrada a la OTAN —Organización del Tratado del Atlántico Norte— o el rechazo a ésta. Los sectores antibritánicos se movilizaban con paroxismo contra la creación de la OTAN, los probritánicos, por su parte, avanzaban poderosa y poco públicamente hacia la creación de la alianza que uniría a las dos potencias anglosajonas para organizar el mundo de la posguerra. La OTAN aparecía como un desarrollo y natural estabilización de la alianza contra Hitler, sería la formulación militar de la Doctrina Monroe.

La credencial central del antibritanismo era haber protagonizado la Guerra de Independencia de los Estados Unidos y tal antecedente heroico lo refrescaban sus publicaciones al tiempo que citaban el nombre de Aaron Burr como ejemplo de traidores proingleses, describiendo a la Federal Reserve como banco británico que expolia a los Estados Unidos mediante mecánicas descritas en las cláusulas secretas de la Paz de París. ¿Debían eternizarse las concesiones dadas en 1814 al almirante Cochrane por unos Estados Unidos con el agua al cuello? Desde luego que no, afirmaban, veían traición a la Patria en cualquiera que simpatizara con la creación de la OTAN. El Pentágono aparecía alineado contra la firma del pacto OTAN, el Departamento de Estado a favor de la OTAN.

Y aparecía el asunto de la Descolonización. Era así: en los días de su jipateada ante Hitler, los estadounidenses, británicos y franceses, y también los rusos (aunque estos últimos no tenían colonias) habían ofrecido a África, Asia y América Latina la eliminación de todo vestigio de colonialismo, al cual descubrían de pronto como vergüenza y atropello a los pueblos. Muchos oradores políticos de América Latina plantearon que debía observarse neutralidad en la Guerra mundial. En Colombia las proposiciones fueron más enfáticas a causa del odio a los Estados Unidos por el asunto de Panamá, en México florecieron partidos pronazis o filonazis como la Sinarquía o el poderosísimo movimiento que tuvo su filósofo y mitólogo en José Vasconcelos y ha sido narrado en profundidad por Malcolm Lowry en *Bajo el Volcán*. Pero al final, unos más, otros menos, los países fueron obedeciendo las líneas yanquis y británicas, aportando las materias primas —caucho, petróleo, café, etc.— que el esfuerzo de guerra reclamaba. Delcasse, primer ministro francés, resumiría el dato central de esto al decir: «La guerra se ganó sobre una ola de petróleo».

Ahora tocaba cumplir el compromiso de Descolonización pero ya no había ni en Inglaterra ni en Francia los miedos que sembraban

las noticias de estar los tanques de Rommel en el desierto africano. Inglaterra inicia una serie de maniobras para evitar la Descolonización, de las cuales la principal respecto a América Latina es la creación de la OTAN. No es que fuera la única motivación para una alianza militar en el Atlántico norte pero no podía saberles mal la ratificación de la Doctrina Monroe con su reparto colonial disfrazado. Muy tentadora era para los Estados Unidos la alianza con Inglaterra pero los sectores antibritánicos exigen el cumplimiento de la Descolonización, que, llevada astutamente y a fondo, ofrecía la captura total de América Latina, no veían motivo para usufructuar una parte si se podía tener el todo. Con la Descolonización Norteamérica le arrancó en las décadas de 1950 y 1960 a Inglaterra Arabia Saudita, Irán (de eso trata extensamente el libro *La guerra secreta del petróleo*, de Jacques Bergier⁴ y Egipto, y a Francia Vietnam y Argelia. Claro que en todos esos países hubo fuerzas autóctonas que lucharon por la liberación —notables por su heroísmo los casos de Vietnam y Argelia—, pero siempre aparecieron mano norteamericana y beneficio norteamericano. Respecto a América Latina debe recordarse la expresión de Pérez Jiménez de que la expulsión de Inglaterra del continente era cosa prometida a los estados mayores latinoamericanos mediante pacto secreto anexo al Tratado de Río.

Capítulo 4

Filosas eran esas maravillas

Exiliado desde hace tres años, vive en Washington César González. Es hijo de un ministro de Juan Vicente Gómez y sobrino de otro y él mismo fue ministro del Interior de Medina Angarita. Está metido en los pasillos del Congreso y del Departamento de Estado y trabaja para destruir todo lo que huela a Rómulo Betancourt, Rómulo Gallegos y Acción Democrática. González obtiene el memorándum Mallet-

Prevost, que constituiría su arma contundente. Mallet-Prevost es aquel joven abogado que participara como secretario del expresidente Cleveland en las discusiones del laudo arbitral de 1899 sobre la Guayana Esequiba, en 1948 presidía un bufete importantísimo, encargado de los casos de Venezuela. Aunque lo tomaba muy viejo el asunto, Mallet debió alegrarse de que la asociación de los Estados Unidos con Inglaterra en la Guayana esequiba pudiera entrar en crisis. Había superado intocada los años de Cipriano Castro, los 28 de Gómez, ni siquiera lograron molestarla los distanciamientos del fin del Primera guerra, tampoco se la tocó en los tiempos de López Contreras, y menos, por supuesto, durante la Segunda guerra mundial. Pero ahora podían pasar cosas. Dijo César González al autor de estas páginas:

«—Mallet-Prevost había sido uno de los primeros presidentes de la Unión Panamericana. En 1944, al plantear el gobierno venezolano de manera oficial la rectificación del Laudo de 1899, fue solicitado por Venezuela como testigo para avalar los fundamentos del reclamo venezolano».

Ojo a la fecha, 1944, concluía la guerra, Alemania estaba perdida y se sabía que vendría reparto mundial.

Mallet-Prevost le dictó a uno de sus compañeros de bufete, Otto Shoenrich, un memorándum donde precisaba los vicios del Laudo Arbitral de París pero, por alguna causa, prohibió que se publicara antes de él morir. Estaba muy anciano, no quería abandonar el mundo sin dejar testimonio escrito de la iniquidad que había presenciado en las discusiones del laudo arbitral de 1899. Yo fui a buscar a Otto Schoenrich, de quien me había hecho amigo, a su casa, en un barrio residencial de Washington. Schoenrich también estaba muy viejo, me entregó el documento. No era un acuerdo diplomático de verdadera fuerza pero sí una narración testimonial de los hechos con la que se podía iniciar un reclamo. Decía: «Inglaterra no tiene ni sombra de derecho sobre

esos territorios»⁵. Yo no podía entrar a Venezuela, tampoco publicar el documento Mallet-Prevost porque el compromiso es que lo publicaría Schoenrich cuando lo tuviera a bien, que fue finalmente en 1949, pero le hice llegar una copia a Pérez Jiménez. Yo sabía que él haría maravillas entre los militares con eso.

Filosas eran esas maravillas. El documento Mallet Prevost apuntalaba cualquier estrategia dirigida a remover la llave inglesa intercalada en las bocas del Orinoco.

Pérez Jiménez hace circular copias del memorándum Schoenrich en los cuarteles, logra que las Fuerzas Armadas se enciendan de nacionalismo, la tendencia peronista sube.

Perón, se dice y repite sin mentir, rescató de manos británicas los ferrocarriles argentinos, está industrializando a Argentina a ritmo tremendo contra los consejos de Inglaterra —emitidos en el mundo entero por sus embajadas, por ministros sugeridos por ella, según Carl Schmitt— de no industrializarse, centrarse en el comercio que hace la riqueza de las naciones como escribió Adam Smith. A Alemania siempre la presionó en este sentido, buscando mantener su ventaja, pues ella ya se industrializó, fue la sede de la revolución industrial del siglo XIX. Argentina aprovechó la guerra mundial para venderle a los dos bandos, sobre todo a Alemania, y se hizo tan rica que en un determinado momento hubo necesidad de guardar los lingotes de oro en un zaguán.

El asunto se presentaba a la oficialidad sólo como un patriótico programa que, tras rescatar la Guayana Británica y Trinidad, realizaría la unión canalera suramericana, desarrollando en Venezuela y el resto de Suramérica en el gran capitalismo industrial, todo en colaboración con Perón y los otros gobiernos de la Internacional de las espadas. Ni sílaba se decía de concatenar el canal Intersuramericano con uno norteamericano, de asimilación económica de los países suramericanos a los Estados Unidos.

Pérez Jiménez crece, hay pulsiones fuertes para un golpe de Estado que derroque a Gallegos, expulse a Betancourt y ponga de presidente a Pérez Jiménez. El momento es oportuno, el Departamento de Defensa está feliz con Perón, más allá de declaraciones públicas de hostilidad, estimula golpes de Estado antiOTAN en toda América Latina. A la casa del doctor Jacobbini Soler están llegando detalles de todo esto.

Betancourt responde con una jugada fuerte. Saca a Pérez Jiménez de Venezuela. Lo envían en un viaje dizque de contactos interamericanos que terminaría en Lima, donde le iba a llegar de sorpresa el nombramiento de agregado militar, para que se quedara allá, en un exilio disfrazado. «Lima debe gustarle porque estará cerca del general Odría, que es su padrino», dijo Betancourt riéndose.

Ante esto, la posición de Delgado Chalbaud fue ambigua, como siempre fueron las de este personaje. Por un lado no se enfrentó a Betancourt, una cosa que podía hacer porque tenía influencia grande sobre Gallegos y a éste no le gustaban los procedimientos antiinstitucionales, pero a la vez le ofreció a Pérez Jiménez cuidarle el puesto durante la ausencia, devolvérselo cuando regresara, porque se calculaba que Pérez podría volver.

La Legión del Caribe

Era inevitable que la guerra OTAN anti OTAN se librara en Centroamérica. Allí actúa la Legión del Caribe, extraño ejército irregular con sede básica en Costa Rica. Lo forman veteranos de la Guerra Civil española, trotskistas, anarco-sindicalistas y demás republicanos no comunistas que o son socialdemócratas, o con el tiempo devendrán en tales. Su enemigo confeso son las dictaduras de la Internacional de las espadas. La Legión está bajo el mando de José Figueres, un civil que es también general por su exitosa lucha de guerrillas contra un gobierno derechista en Costa Rica y un presidente de la vecina Nicaragua que funge de comunista, pero

es hombre de Anastasio Somoza. Rómulo Betancourt, Juan Bosch y Carlos Prío Socarrás, de Cuba, están entre los «generales» continentales de ese ejército, que hace algunas acciones famosas contra Rafael Leonidas Trujillo, la más sonada la de Luperón.

El joven Fidel Castro milita de la Legión del Caribe, lo que vale decir es «ortodoxo» de Chibás en Cuba. Es un hombre de acción a quien todavía no se le conoce el vuelo intelectual y estratégico que exhibirá después, se integra en una zona ambigua de adherentes eternamente existente en los grupos de izquierda, que funciona como caldo de cultivo de donde igual saldrán izquierdistas extremos que futuros socialdemócratas pronorteamericanos. Fuerte y audaz, tiene acción heroica en Luperón. Años más tarde cultivará en México la amistad de venezolanos tales como la poetisa Lucila Palacios, amén de la del Che Guevara, con quien preparará en 1955-56, la invasión del *Gramma*. Más radical que Castro aparece Guevara, a quien traumatizará la muy descarada y muy fascista intervención norteamericana para sacar de Guatemala a Jacobo Árbenz, por el «delito» de nacionalizar a la United Fruit Company, que no pagaba impuestos.

«La Legión del Caribe era nuestro enemigo —declara César González—. La alimentaba Inglaterra a través de una empresa masónica, la Bosh, de Londres. Bosh es el apellido de oro de la Legión, que yo diría que existía como conspiración desde unos veinticinco años antes, previo a la guerra civil española, porque un señor Bosh, judío, vivía en Ciudad Bolívar ejerciendo como sastre y en realidad conspirando con apoyo de Vincencio Pérez Soto, que estaba de gobernador allá en nombre del general Juan Vicente Gómez. Misterioso era Pérez Soto, sexual, cruel, gomecista y anticomunista pero financiador del Partido Comunista en Maracay. Fue candidato a presidente de la república del Zulia, el más sonado. En tiempos de Acción Democrática integraba el círculo feroz que se reunía alrededor de Rafael Leónidas Truji-

llo pero apareció en el asiento de atrás de una motocicleta grande sobre la que entró José Figueres a la capital de Costa Rica el día de su triunfo. Bosh no es menos misterioso: dejó una hija en Ciudad Bolívar, a la que llamó Velia y abandonó al pasar a Brasil, donde estuvo algunos años, luego se le ve en la Argentina. Hay una Velia Bosh brasilera y otra argentina que, al igual que la venezolana, son dadas a las bellas letras y se conocen y encuentran en los congresos de literatura. Luego se pierde la pista de Bosh pero debió participar con la Legión del Caribe, en vínculo con su pariente Juan Bosh, hombre importante».

«La Legión del Caribe combatía a las dictaduras, por elecciones, por atentados, por intriga. Llamaban a las dictaduras “La internacional de las espadas”. Creo que fue Rómulo Betancourt quien las bautizó así, provocando que nosotros bautizáramos a los adecos de toda Latinoamérica como “la Internacional de las espaldas”, dando a entender que Haya de la Torre, Rómulo Betancourt y José Figueres eran homosexuales. Más allá de combatir las dictaduras, el objetivo de la Legión del Caribe no se sabía, no se decía ni se escribía. Era como una ola residual de la República española, algo misterioso que estuvo allá y corría ahora sobre el Caribe y los países centroamericanos. Los republicanos españoles con que contaba eran hombres bragados, de peligro».

Capítulo 5

Hacia el Bogotazo

Para abril de 1948 se convoca una reunión interamericana de gobiernos en Bogotá. Asistirán los cancilleres de todos los países americanos y el plan es desarrollar y ampliar la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas, que existía desde 1890, hacia una or-

ganización más importante por sus atribuciones y estructura, que se titulará Organización de Estados Americanos, OEA. Revisando los antecedentes de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas se encuentra antibritanismo: había nacido cuando la paz monroísta del tratado Clayton Bulwer se disolvía ante el inicio de la expansión estadounidense por el océano Pacífico y por el Caribe, que dirigió a esa potencia hacia la toma de Panamá, Nicaragua, Puerto Rico, Cuba, y Haway. Y no era casualidad que Blaine, el Secretario de Estado de la amenaza a Inglaterra en 1895 fuera su fundador y que Mallet-Prevost figurara entre sus directivos.

La OEA es la anti-OTAN, los Estados Unidos actuaban como el hombre comprometido con dos mujeres a la vez. Dentro de esa dinámica, en 1947 visitó La Habana el senador justicialista Diego Luis Molinari⁶, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado argentino. Llega a bordo del acorazado *Rivadavia* e inicia sus contactos con los sectores estudiantiles exponiendo los puntos de vista de su gobierno. Le plantea a la FEU, Federación Estudiantil Unida de Cuba, iniciar trabajos conjuntos para la preparación de un Congreso Estudiantil Latinoamericano con el financiamiento del gobierno de Juan Domingo Perón. En la FEU militaban jóvenes muy izquierdistas, otros adecos, todos muy adversos, por ejemplo, a Rafael Leónidas Trujillo y su régimen impuesto por los estadounidenses en la República Dominicana, pero aceptan la oferta peronista de sufragar los gastos del congreso estudiantil, pasajes aéreos, etcétera. Fidel Castro es un estudiante de derecho, miembro de la FEU, y emite una idea algo distinta, una conferencia, preparatoria del dicho Congreso de Estudiantes Latinoamericanos. En sus extensas conversaciones con Arturo Alape⁷, centradas en el tremendo episodio que tuvo por sede a Bogotá, dirá:

«La idea de la organización del Congreso fue mía (...)
En Bogotá se iban a reunir, y eso estaba asegurado por
el financiamiento argentino, un buen número de diri-

gentes estudiantiles. Por otra parte nos parecía justo participar y apoyar la Conferencia que se organizaba en Bogotá y al mismo tiempo, y mucho más importante, transformarla, porque el grupo argentino traía las bases concretas de la Conferencia y las quería limitar al caso de las colonias europeas en América Latina, olvidando a Puerto Rico, Panamá y la Base Naval de Guantánamo. Especialmente lo relacionado con las Malvinas y con Belice (les interesaba), (también la Guayana Esequiba), es decir, estaba dirigido contra el imperialismo inglés... pero nosotros teníamos la convicción de que el enemigo principal era el imperialismo norteamericano y queríamos plantear allí estos puntos».

En marzo de 1948, unas dos semanas antes de los eventos del «Bogotazo», Fidel Castro y Francisco Del Pino visitan Venezuela. Traen una carta de presentación de Juan Bosch para Rómulo Betancourt, donde él le informa que los dos viajeros organizan «un congreso de estudiantes latinoamericanos».

«Tales sesiones deberán celebrarse en Bogotá, al tiempo que la Conferencia Interamericana próxima. La razón de tal coincidencia es que el estudiantado de nuestros países pueda plantear en la oportunidad más propicia la necesidad de que sea liquidado cuanto antes el imperio colonial europeo en América».

Extraño es el tono de la comunicación de Bosh «que sea liquidado cuanto antes el imperio colonial europeo en América». No se toca al imperio norteamericano. El democrático y adeco Bosh tiene posición igual a la de Perón y supone que los objetivos antiOTAN pueden ser compartidos por Rómulo Betancourt, lo cual no parece acertado.

No pudo entrevistarse Castro con Betancourt, quien habría estado fuera de Caracas por ser aquéllos días de Semana Santa. Tampoco, por razones accidentales, pudo hablar con Rómulo Gallegos.

Fidel y el Bogotazo

Con quien sí sostuvo una entrevista fue con Omar Pérez, periodista adeco, que la publicó en *El País*, órgano oficial de ese partido. De la entrevista son los siguientes apuntes y párrafos: Fidel Castro «lucía una chaqueta de cuero de la cual se despojó cuando entró en confianza, a causa del calor». Antetítulo: «Estudiantes cubanos apoyarán en Bogotá la lucha contra el Coloniaje». Inician su exposición colocando como objetivo final del Congreso estudiantil al que asisten, la unión del continente latinoamericano, nada menos:

«—Vamos a la Conferencia de Bogotá, donde nos reuniremos con representantes de varias universidades de América, a fin de realizar sesiones de un Congreso Latinoamericano de Estudiantes que tiene por objeto establecer vínculos de confraternidad y unión entre todos los estudiantes del continente e ir formando la identidad absoluta de todos los pueblos latinoamericanos que pueda servir de base a una futura fusión de nuestros países».

Acota el periodista:

«Pasado un instante y encendido un cigarrillo, el dirigente Fidel Castro declara:

—Diga usted que en Cuba, Venezuela goza de muchas simpatías. Entre nosotros tienen ustedes fama de nación progresista y rica con un gobierno revolucionario y un alto sentido de la democracia. Hemos sido recibidos cordialmente. Se ve que tienen ustedes convicción de sus derechos ciudadanos. Aquí nos sentimos como en nuestra propia tierra, podríamos decir que somos como provincianos, con la sola diferencia del acento».

Fidel venía peleado con el sector ortodoxamente adeco de la Federación de Estudiantes Unidos de Cuba, pero tenía, y así lo

declarará años después, la percepción de que el gobierno de Acción Democrática era revolucionario.

Tarde en la noche y con muchos tragos entre pecho y espalda, se despidieron Castro y Del Pino de Omar Pérez. Quedaron en encontrarse a la mañana siguiente en la sede del periódico para tomar las fotografías. En vano los esperó Pérez, aparecerían en Bogotá, en una pensión de estudiantes.

Paniaguados

Varios gobiernos de América Latina hablan en las sesiones de la IX Conferencia Panamericana solicitando apoyo de los gobernantes estadounidenses para paliar sus deficitarias o quebradas economías. Hubo quien incluso expuso, entusiasmado, la esperanza de que estaba en puertas un nuevo Plan Marshall. ¡Si hasta tenían al general Marshall en Bogotá, como representante de Estados Unidos y gran protagonista de la Conferencia! El discurso inaugural de Marshall resfriaría estas ilusiones, explicó que para la América Latina no habría ningún plan económico equivalente al que se estaba instrumentando con Europa. No dijo, por supuesto, que naciones como Francia, Alemania, Italia, eran fuertes aunque estuviesen golpeadas por la guerra, fuertes como aliadas si se reconstruían, pero fuertes también como posibles enemigas si se pasaban al lado soviético. Tampoco que el plan llamado «Desacoplamiento europeo» por el cual Francia, Italia, incluso la España de Franco, se harían comunistas, estaba en marcha a nivel de conspiración, sólidamente apoyado por los partidos comunistas locales, acorados por la experiencia guerrera, prestigiados por las credenciales de heroísmo y respaldados por el padrecito Stalin; que la única manera de frenarlo era dar dinero a Europa, a la cual, por cierto, se incluiría en la OTAN. Latinoamérica había colaborado con el esfuerzo de guerra aliado pero no había ayuda para ella. Menos aún el cumplimiento de la promesa de Descolonización, a menos que

existiera como sistema de promesas ocultas. En lo público, el pacto interamericano se redujo a varias lecciones, expuestas por Marshall en su discurso inaugural, sobre la conveniencia de crear condiciones cómodas para la instalación en los países latinoamericanos de las inversiones norteamericanas. En aquellos salones, con el aire habitado por intensa posguerra, el peso del general era enorme y los perfumados y encorbatados delegados latinoamericanos eran, con excepción del canciller argentino Bramuglia, paniaguados.

Los estudiantes estaban en plan subversivo. León Levy, pintor venezolano muy comunista, había hecho pintas antiimperiales en sitios públicos de Bogotá. Ante el Congreso Nacional de Colombia, sede de la Conferencia, colocó un enorme cartel de seis metros de alto con la leyenda: ¡Heil Marshall, Laureano te saluda! y el dibujo de Marshall cayendo con una bomba atómica sobre la Catedral de Bogotá y de Laureano Gómez con la swástica en el trasero y las manos ensangrentadas. Traían abundantes panfletos subversivos que lanzaron desde la galería del teatro en pleno concierto de gala inaugural de la Conferencia Interamericana, maculando la compostura del acto.

Pero Bogotá no era sólo la sede de la Reunión Interamericana y del Congreso de Estudiantes Antiimperialistas. Era el sitio desde donde Jorge Eliécer Gaitán conmocionaba a Colombia. La miseria del pueblo colombiano era nombrada por Gaitán en sus mítines, y describía la injusticia que se traduce en que aún en 2010 el 0,6% de Colombia posea el 80% de la tierra laborable del país. No son claros los objetivos de Gaitán. Laureanito Vallenilla Lanz, ministro del Interior de Pérez Jiménez, lo evoca en su libro *Escrito de Memoria*⁸, en los años de juventud de ambos, como estudiante de seminarios e institutos religiosos en la Roma de Mussolini. Con su decir «igual combato la miseria de un liberal que la de un conservador», con su múltiple nombrar a la oligarquía liberal conservadora de Colombia como el contubernio oligárquico más inmoral

de América Latina, había vaciado de militancia a los dos partidos tradicionales de Colombia, particularmente el Partido Liberal había sido víctima de Gaitán que, separado de la organización, la había hecho perder las elecciones a manos del Conservador. La carga social de su discurso creó a Gaitán una fama de mártir izquierdista que el nacimiento a raíz de su muerte, de una guerrilla de la Colombia irredenta, violada en sus aspiraciones por el terrible hecho, se encargó de convertir en verdad, pero acaso no sea cierta, en los archivos británicos de Colinwood reposa una carta fechada en Bogotá tres días antes del asesinato del brillante político, donde se anuncia: «próximo golpe de Estado en Colombia presidido por el doctor Gaitán». El tono es de alerta, no debía ser británico el golpe, la presencia de Marshall en la ciudad hace fantástica tal posibilidad, acaso fuera de signo vaticano, de una corriente vaticana antijesuitica que mucho combatió a Rafael Caldera en Venezuela y se asoció con la dictadura de Pérez Jiménez y afinaba, en síntesis, con el anexionismo y con una OEA fuerte, acelerada en ese objetivo. ¿Acaso coincidía con los objetivos de Gaitán? ¿A qué venía Marshall a Bogotá?

Declararía Fidel Castro:

«Los estudiantes liberales me pusieron en contacto con Gaitán y me llevaron a visitarlo. Nosotros fuimos a explicarle todas las ideas que teníamos y a pedirle apoyo. A Gaitán le entusiasmó la idea del Congreso y nos ofreció su apoyo. Conversó con nosotros, se habló y él estuvo de acuerdo con la idea de clausurar el Congreso con un gran acto de masas. Nos prometió que clausuraría el Congreso. Nosotros, naturalmente, nos sentíamos muy satisfechos, muy optimistas con el apoyo de Gaitán, porque eso garantizaba el éxito del Congreso, además, con movilización de masas y con su presencia en la clausura. Nos citó para dos días después como a las dos o dos y cuarto de la tarde, en su oficina. En esa ocasión, él nos obsequió distintos materiales políticos,

nos explicó la situación de Colombia y, por cierto, nos entregó un folleto con su famoso discurso conocido como la “Oración de la Paz”, que fue una pieza oratoria magnífica⁹.

Gaitán anotó en su agenda «Fidel Castro-Rafael del Pino». Ese mismo día tenía pautada una entrevista con Rómulo Betancourt, que estaba en Bogotá presidiendo la delegación gubernamental venezolana a la IX Conferencia Panamericana.

Argentina se mantenía sólida en su exigencia de eliminación de los enclaves coloniales británicos, el canciller Bramuglia expuso sus puntos. Mientras tanto, en el Congreso estudiantil los cubanos, sobre todo Fidel Castro y Alfredo Guevara, según recoge Humberto Gómez García en su biografía de Fidel Castro¹⁰, argumentaban ante los delegados asistentes a las plenarias para que el Congreso asumiera un carácter abiertamente antinorteamericano. Ningún problema en enfrentar y denunciar los enclaves coloniales ingleses, pero no exclusivamente, como pretendían los estudiantes argentinos.

Capítulo 6

¡Mataron a Gaitán!

Evoca Fidel Castro en los citados libros que a la una y cuarto o la una y veinte del 9 de abril de 1948, salían él y algunos compañeros del hotel para ir acercándose al sitio de la reunión con Gaitán cuando comenzó a aparecer gente corriendo como enloquecida corriendo en una dirección, en otra o en otra y gritaban «¡Mataron a Gaitán!». Plinio Mendoza Neira, senador y amigo de Gaitán, narraría el crimen de la siguiente manera:

«Yo necesitaba conversar con Gaitán, tomé yo del brazo a Gaitán y, adelantándonos a los demás amigos, le dije:

—Lo que tengo que decirte es muy corto.

Sentí de pronto que Gaitán retrocedía, tratando de cubrirse la cara con las manos y procurando ganar de nuevo el edificio. Simultáneamente escuché tres disparos consecutivos y un cuarto retardado, pero sólo unos fragmentos de segundo más tarde. Gaitán cayó al suelo. Me incliné para ayudarlo, sin poder salir de la inmensa sorpresa que aquel hecho absurdo me causaba.

—¿Qué te pasa, Jorge? —le pregunté.

No me contestó. Estaba demudado, los ojos semiabiertos, un rictus amargo en los labios y los cabellos en desorden, mientras un hilillo de sangre corría bajo su cabeza.

Cuando sonó la primera detonación volví la cara al frente y pude ver en forma absolutamente nítida, al individuo que disparaba. Traté de dar un paso adelante para arrojarme sobre él e inmediatamente levantó el revólver a la altura de mi cara y entonces yo hice un movimiento similar al de Gaitán, esto es, quise ponerme a salvo entrando al edificio. Alcancé a poner un pie en el piso de la puerta, reaccioné enseguida y me volví. En ese momento el asesino bajaba el revólver en ademán de apuntarle a Gaitán, que yacía absolutamente inmóvil sobre el pavimento y luego fue retirándose, protegiéndose la fuga con el revólver, un poco vacilante sobre la dirección que debía tomar en su fuga. El policía, que se encontraba casi en la esquina, dentro de un grupo de gentes, vaciló».

León Levy le contaría al autor de estos párrafos que Fidel Castro y él se sumaron a los alborotos bogotanos y que poco después corrían envueltos en la multitud. «Hubo una confusión y de pronto ví que Fidel tenía un fusil».

«En ese momento —narra Castro— había muchos lugares ardiendo, oficinas ardiendo. La multitud, cuando

nosotros vamos por la carrera séptima, había atacado todos los establecimientos. En esas circunstancias, estamos llegando a un lugar que más tarde me di cuenta que era el Ministerio de Guerra. Llegamos. Yo recuerdo que yendo hacia el norte, vimos un lugar en que había un parque a la derecha y otro a la izquierda. Cuando llegamos vemos que viene un batallón de soldados enfrente, vienen hacia el sur, vienen con sus cascos alemanes, que eran los que se usaban en esa época, no sé cuáles usen ahora, sus fusiles. Venía marchando todo un batallón con algunos tanques, vienen avanzando».

Como la Roma de Nerón

Pero el batallón no les hace ningún caso y sigue de largo por la Carrera 7ª. En las radios se escuchaba:

«Aquí Radio Nacional tomada por el Comando Revolucionario de la Universidad. En este momento Bogotá es un mar de llamas como la Roma de Nerón. Pero no ha sido incendiada por el Emperador sino por el pueblo en legítima venganza de su Jefe. El Gobierno ha asesinado a Gaitán pero a estas horas ya el cuerpo de Guillermo León Valencia cuelga de la lengua en un poste de la plaza Bolívar. Igual suerte han corrido los ministros Montalvo y Laureano Gómez. ¡Arden los edificios del gobierno asesino! ¡El pueblo se levanta grandioso e incontenible para vengar a su jefe y pasean por la calle el cadáver de Ospina Pérez! Pueblo, ¡a la carga! ¡A las armas! ¡Tomaos las ferreterías y armaos con las herramientas!».

Y otro:

«Aquí el comando de la Universidad con vosotros: ¡La juventud toda está con nosotros! ¡La policía nacional y el ejército están con nuestro movimiento! El edificio de (el periódico) *El Siglo* arde y ese cuartel del asesinato y la calumnia ya no es más que un puñado de cenizas,

como lo será pronto el Palacio de la Carrera y el señor Ospina Pérez. Comunicamos al país que Bogotá ha caído, que el ejército y la policía están con nosotros y que nos guardan las espaldas aquí en el edificio de la Radio Nacional. Pueblo, buscad las armas donde las encontréis, asaltad las ferreterías. ¡Sacad los machetes y a sangre y fuego tomaos las posiciones del Gobierno!».

Prácticamente todas las emisoras están en esos primeros momentos en manos de los insurrectos. Debe de ser en tal tiempo cuando se sitúa la narración oral de León Levy según la cual Fidel Castro y él se dirigieron a la sede del periódico *El Tiempo*. Desde un balcón ubicado en el primer piso hablaban a una multitud los grandes oradores del Partido Liberal. Calificaban a Gaitán de liberal, lo cual era verdad, pero ocultando el tremendo cuestionamiento a ellos como directiva traidora del liberalismo que el líder había emprendido. Fidel y León se presentaron como estudiantes liberales, solidarios con el partido y a Fidel le fue permitido ocupar el puesto central en el balcón. Una vez allí abrió los brazos para convocar silencio y atención e inició una oración que no fue de solidaridad con el liberalismo sino altamente subversiva, denunciando a los mismos que estaban al lado de él, a los oradores que lo habían precedido, a la directiva del Partido Liberal, a la que acusó de cómplice en el asesinato del líder Gaitán.

«Entonces sacaron a Fidel del balcón a empujones. Y así rodeados bajamos las escaleras. Fidel iba adelante, con el puño en alto, yo iba atrás, asustadísimo porque los colombianos sacaban puñales de debajo de las ruanas y estaban en todos los escalones».

Esta imagen de Fidel Castro avanzando con el puño en alto, amenazante ante hombres que esgrimen cuchillos es paradigmática de la figura del enorme líder cubano. Mientras Castro decía su discurso, Levy había colocado con ánimo de descanso momentáneo

un paquete de papeles subversivos sobre alguna mesa y con los empujones y violencias que vinieron luego se olvidó de ellos. Al día siguiente aparecería en *El Tiempo* la noticia de que un agitador cubano había estado en *El Tiempo* arengando subversivamente acompañado de un «agente rumano», que abandonó en la huida unos papeles subversivos. En realidad Levy, con su pinta de judío, colorado el rostro, bien podía pasar por un europeo del Este.

Castro narra que en un momento dado penetraron a otro cuartel y allí se sumaron a una tropa que permanecía inmóvil. Probablemente aguardaba órdenes de la dirección liberal para salir a reprimir los disturbios o, por el contrario, de derrocar al gobierno conservador de Ospina Pérez. Él los incitó a la acción antigubernamentalmente, pero fue inútil.

En el momento en que mataban a Gaitán, el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez estaba en un almuerzo con el canciller de México. Lo acompañaban los militares que hacían también la gira y también se quedarían en Perú. En eso entra un empleado con un mensaje urgente para el canciller, que lo lee y les dice, inmutado: «Señores, ha ocurrido una gran desgracia. Me informan que acaban de matar en Bogotá al doctor Jorge Eliécer Gaitán». Terminaron la reunión comentando la noticia y al retirarse, ya en la acera, Pérez reúne a los oficiales y les dice: «Vamos para el hotel, regresamos inmediatamente a Venezuela». Ellos se sorprendieron porque tenían mucho viaje por delante, incluso invitaciones para la Asamblea de Bogotá y el viaje a Lima, pero así fue y al día siguiente estaban en Caracas.

Entre tanto, en Bogotá habían llegado a un acuerdo el presidente Ospina y los liberales para poner fin al conflicto. Es la típica negociación donde, unidas por «las mejores causas», se recomponen las oligarquías. El gobierno y los medios de comunicación comenzaron a acusar a la Legión del Caribe y dentro de ésta a Betancourt

y a los cubanos de ser los fomentadores de la insurrección. La cita de la violenta escena en el balcón de *El Tiempo* debió de ser fundamental en este señalamiento.

Pero algo se ha quebrado en la reunión que presidía Marshall. Hay que reseñar que Betancourt introdujo un documento de reclamo venezolano sobre la Guayana esequiba, pero no queda constituida la OEA en plenitud, apenas se firma un Tratado Americano de Soluciones Pacíficas el 30 de abril de 1948 que, por su artículo 1º pauta que las «altas partes contratantes» convienen «en abstenerse de las amenazas, del uso de la fuerza o de cualquier otro medio de coacción para el arreglo de sus controversias y en recurrir en todo tiempo a procedimientos pacíficos». También se comprometieron a evitar acudir al Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas. El resto fue una declaración sobre la necesidad de impedir la expansión del comunismo en el continente americano. Ha sido tan poderoso el Bogotazo que los planes norteamericanos quedan pospuestos por cinco años, hasta 1954, fecha de reunión de la X Conferencia Interamericana, a suceder en Caracas.

Y estalla la violencia en Colombia. En las páginas de los periódicos aparecerán feas imágenes de hombres y mujeres de cuyo cuello cuelga la lengua a modo de corbata. Es el «corte de franela» que pone terror en los campesinos colombianos, alzaprimados por el grito de Gaitán. Trescientos mil colombianos morirán en la violencia, millones huirán, el ochenta por ciento de la tierra quedará en manos de tres por ciento de la población.

El Bogotazo sucedió en abril, el mes siguiente, José Figueres llega al poder en Costa Rica. Sus medidas muestran la verdad de la Legión del Caribe con más precisión que cualquier documento. Eliminó el ejército costarricense, con lo que quedó como fuerza armada de ese país la de los Estados Unidos. Costa Rica ha renunciado a la independencia y queda colocado el canal costarricense-

nicaragüense en manos norteamericanas para siempre. También proclama como pabellón nacional la bandera azul y blanca de origen argentino, sanmartiniano y poinsettiano. Eso podía parecer un triunfo de los antibritánicos norteamericanos pero no fue así, fue un triunfo de la OTAN, que también es norteamericana, sólo que parcialmente.

Precisó César González:

«...que Figueres clausure el canal no significa que Anastasio Somoza estuviera por abrirlo, ejercía el poder en Nicaragua para impedir la construcción, mató a Sandino, que era canalero. Aquí también la clave es el industrialismo, un canal interoceánico es el principal instrumento de transporte de peso industrial, su existencia hace rentable la industria y en definitiva industrializa los países vecinos y lejanos. “Los antibritánicos éramos industrialistas, somos industrialistas, la clausura de Nicaragua es una puñalada antiindustrial, típicamente británica”.»

Capítulo 7

¿Quién podía estar más enterado de este «busilis»?

Continúa la distribución intensiva del documento Mallet-Prevost en los cuarteles venezolanos. Es una carrera contra el tiempo. Creada la OTAN, los Estados Unidos quedarán más comprometidos que antes a garantizar las posesiones británicas y las posibilidades de Pérez Jiménez disminuirán. Este apuro lo comparte el Pentágono.

Del Bogotazo hacían sólo tres meses cuando Gallegos visita al presidente Truman en los Estados Unidos. El hombre gordo, alto, enfluxado de marrón y ensombrerado, que se asoma a la puerta

del avión en el aeropuerto de Washington del brazo de doña Teotiste en julio de 1948, goza de la autoridad que le da su gran prestigio literario y la que le viene de estar atendiendo una invitación del gobernante más poderoso del mundo, pero se podría decir que los peldaños de la escalera que tiene enfrente están enjabonados, se dirige a un mundo que está cambiando. González reveló al autor de estas notas el principal tema tratado entre los presidentes Gallegos y Truman. No se trataba de lopecismo ni de comunismo, tampoco de cifras de comercio; el tema es el memorándum Mallet-Prevost:

«Truman necesitaba que Venezuela no llevara el memorándum Mallet-Prevost a las instancias de reclamo internacional porque ello viciaría de dudosa la alianza norteamericana con Inglaterra, paralizaría la acción de la OTAN quién sabe por cuántos años. Se lo solicitó a Gallegos».

La papa caliente que la intriga González-Schoenrich había puesto en las manos de Truman ha pasado a las del escritor-presidente venezolano. Aparentemente Gallegos accedió a la petición. No es que haya de eso pruebas, hablan los hechos: Venezuela no llevó la cosa a la ONU.

Schoenrich era algo más que un viejito anheloso de decir la verdad antes de morir; González, algo más que un político.

¿Quién podía estar más enterado de este «busilis», como se nombraba en aquellos días a la esencia de una situación, que el teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud, inteligentísimo ministro de la Defensa y encargado de la Presidencia de la República durante la ausencia de Gallegos? Lo tenía en la sangre, su padre había sido el almirante de Cipriano Castro durante el bloqueo donde Inglaterra participó al lado de Alemania y abandonándola, se alió con los Estados Unidos. Eso fue una OTAN *avant la lettre*. El almirante vivió la captura y el hundimiento de sus barcos. Carlos Delgado recibió

al Presidente en el aeropuerto de Maiquetía, con las muestras de respeto de siempre... pero ya había entrado en la confidencia de Marcos Pérez Jiménez, a quien había recibido muy bien y reinstalado en su comando. El «oficialito» había diagnosticado con acierto los cambios que traía el Bogotazo, de exiliado pasaba a jefe en plenitud de poder, lograba la adhesión de la casi totalidad de los mandos militares.

Continuaba la distribución del memorándum Mallet Prevost. La solución que tenía el conflicto colombiano, con el reforzamiento del presidente Ospina y la estructuración de una oligarquía más fuerte y unida y antivenezolana, reforzaba aún más a Pérez Jiménez, siempre ubicado como anticolombiano. Pronto podrá sacar de Venezuela a su real enemigo, Rómulo Betancourt.

Pero no todo era perfecto para Marcos Pérez. Truman apoyaba a Gallegos, derrocarlo sería una agresión al mayor poder del mundo. Los golpistas tratan de evitar eso, le ofrecen a Gallegos dejarle en la Presidencia de la República. Solicitan, eso sí, que se retire del poder y de Venezuela a Rómulo Betancourt y al partido Acción Democrática. Carlos Delgado Chalbaud era perfecto, como amigo que se finge alumno del Presidente, para formular estas ofertas. Tienen todo el aspecto de acuñaciones de «Carlitos», a quien José Rafael Pocaterra había acusado de creerse, a los 21 años, «un Maquiavelo forrado de Metternich». Gallegos sabe que Truman lo apoya, aun así, se niega a seguir siendo presidente, ve estas ofertas como maquinaciones dirigidas a manchar con el barro golpista su figura impoluta.

Muy excepcional es esta negativa de Gallegos, pues un político que tenga bien puesto el nombre de tal no rechaza el poder, se mancha con todos los barroes en una disyuntiva como ésta, convencido de que desde el margen de poder que mantendrá, dominará a los demás y finalmente la situación. Gallegos no ama el poder por el

poder: ve que una vez manchado, los militares lo convertirán en un títere, cada vez más títere, y finalmente lo expulsarán. Casi con esas mismas palabras se lo dijo a Delgado, Pérez Jiménez, Llovera Páez y otros militares que le fueron con el planteamiento: «Si yo aceptara expatriar a Rómulo Betancourt, no serían ya ustedes sino el portero de Miraflores el que me impediría la entrada a palacio». Resumiría aquella angustiosa víspera del derrocamiento con esta frase: «En este momento soy Santos Luzardo enfrentado a la barbarie». ¿A quién le dijo esto? Al doctor Jacobbini Soler, que le había organizado una reunión clandestina con José León Rangel, un comandante militar dispuesto a salvar su gobierno en una acción de última hora.

Porque los dos bandos habían confiado su destino al jefe del Servicio secreto británico. Jacobbini coronaba así una semana de gestiones de mediación donde desplegaba suprema caballerosidad y elegancia para representar a los dos bandos que depositaban en él su confianza. Reunía a Betancourt, Mario Vargas, Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez en un lugar secreto, en busca de solución donde él aportaría el voto final, aceptado previamente por todos. No fue posible, y entonces Jacobbini se sacó de la manga a Rangel. Lo único que éste pedía era que la orden se la impartiera el propio Presidente de la República, procedería a capturar a los golpistas. Gallegos se negó, su majestad de presidente civil no podía degradarse a entrar en tratos a oscuras con un oficial inferior, dijo.

La figura civilista y elevada del escritor será utilizada por AD para estilizar en la conciencia venezolana el 24 de noviembre de 1948 como un encuentro entre la barbarie y la civilización. El perezjimenismo, por su parte, presentó el evento como la reacción de un país que quería trabajar y estaba hastiado de holgazanes, negros y arroceros. Esos factores nacionales tuvieron su peso, los unos y los otros, pero primaron los dichos reacomodos de fuerzas internacionales y es en esa perspectiva que debe verse la visita del co-

ronel Adams a la sede del Ministerio de la Defensa en La Planicie, mientras el golpe de Estado está caminando. Había refinerías petroleras que cuidar y sindicatos adecos y comunistas que aquietar.

24 de noviembre de 1948. Derrocamiento de Rómulo Gallegos

El 24 de noviembre de 1948 las calles del centro de Caracas son recorridas por tanques de guerra cuyas orugas de acero dejan muescas en las aceras de las esquinas donde doblan. Aviones militares cruzan el cielo en advertencia a los adecos y a los pocos uniformados que pudieran intentar una defensa del gobierno. Y algo de eso hay. En la ciudadela militar de Maracay, Valmore Rodríguez parece haber formado un gobierno de resistencia bajo la protección del «sordo» Gámez. Pronto quedará en nada. En Caracas, un capitán, al frente de cuatro soldados se para en la puerta del diario *Últimas Noticias*, rastrillando una peinilla contra el piso al tiempo que pregunta: «¿Dónde están los 50.000 obreros que saldrán a defender la democracia?». Alude a un titular del día anterior, amenazante para los golpistas. Ni un gesto contra el golpe sucede en Caracas, nada en las ciudades del interior del país. En la plaza Bolívar los contertulios de siempre comentan en sus sillas alquiladas a veinticinco céntimos de bolívar, que están poniendo presos a los adecos, que el Motoblindado se alineó desde el principio con el golpe, que el «Mono» Mendoza desconoció a Gallegos primero que nadie en La Guaira y no ha recibido el comando que merece, que todavía tienen que suceder acomodados «allá arriba». Poca atención fijan en ellos los apacibles policías vestidos de caqui.

Betancourt se ha asilado en la Embajada de Colombia. Hacia las seis de la tarde, se instala Rafael Simón Urbina en la acera de enfrente con un mariachi que canta *Adiós mariquita linda*. Betancourt se asoma cada tanto al balcón con un revólver en la mano y reta a Urbina a entrar a la legación y batirse a tiros con él. El mariachi canta toda la noche.

NOTAS

1. Policía política venezolana: *El libro rojo*, Imprenta Nacional, Caracas, 1937.
2. José Rivas Rivas y Juan José Verde: *Cincuenta años de humorismo en Venezuela*. Pensamiento Vivo Editores, Caracas, 1964.
3. Jurado de responsabilidad civil y administrativa: *Sentencias del Jurado de responsabilidad civil y administrativa*, Imprenta Nacional, Caracas, 1946.
4. Jacques Bergier & Bernard Thomas: *La Guerra secreta del petróleo*, Plaza & Janés, Colección Rotativa, Barcelona, 1969.
5. *American Journal of International Law*, Julio de 1949.
6. Humberto Gómez García: *Fidel Castro, Huracán revolucionario de América*, Fondo editorial y comercial Caracola, Caracas, 2007.
7. Arturo Alape: *Fidel y el Bogotazo*, Editora Política, La Habana, 1984.
8. Laureano Vallenilla Lanz: *Escrito de Memoria*. Edición del autor, Caracas, 1958.
9. Arturo Alape: *Op.cit.*
10. Gómez García: *Ob.cit.*

XI

1948-1958

CARLOS DELGADO CHALBAUD –
MARCOS PÉREZ JIMÉNEZ – WOLFGANG LARRAZÁBAL

Carlos Delgado Chalbaud, Presidente – Nelson Rockefeller más Diego Cisneros – Winston Churchill, Primer Ministro inglés – Asesinato de Carlos Delgado Chalbaud – Fraude de 1952 – Al ritmo de la descolonización – X Conferencia Interamericana – «América contra el coloniaje» – Sardinias vestidas con frac – Che Guevara – Dien Bien Phu y torturas – Pérez Jiménez y la OTAN – Proposición en Panamá - Pinchar el culo a los mamuts - Agua, Guayana Esequiba y comunistas de Pérez Jiménez – Boquerón – Secretos de un derrocamiento – Sputnik – Arreglos y pactos en Nueva York – El doctor Jacobbini – 23 de Enero – Wolfgang Larrazábal – Fidel Castro en Caracas y Betancourt electo

Capítulo 1

Carlos Delgado Chalbaud, Presidente

El nuevo gobierno está organizándose. Carlos Delgado Chalbaud camina entre los muchos tenientes coroneles y mayores que llenan el salón y comenta: «No sé qué están esperando para ponerme preso». Hace silencio. Es lógico lo que acaba de decir, porque está connotado como adeco. Fue debelador de aquellas conspiraciones de ultraderecha que se preparaban en Ciudad Trujillo, de las que hubo cerca de seis durante los tres años del gobierno que termina; conspiraciones hacia las que sintieron demasiada simpatía casi todos los oficiales que llenan el recinto. Ciertamente, en esas debelaciones también actuó Pérez Jiménez, pero ellos saben a qué atenerse con Pérez; en cambio Delgado, con sus lentes de intelectual, su esposa rumana y comunista, sus años izquierdistas en Francia y su larga amistad con Rómulo Gallegos, es un personaje ambiguo, rodeado por un indefinible halo de peligro. Aquellos oficiales obedecerían con placer una orden de capturar a Delgado que salga de los labios de Pérez. Éste las ha dado contra los adecos, que van siendo reunidos en la Cárcel Modelo, o andan escondidos en casas de barrio o refugiados en embajadas.

Se barajan nombres para la Junta de Gobierno, Félix Román Moreno, por ejemplo. Pero no va. En su lugar actuará su hermano, Miguel Moreno, como secretario de la Junta. Félix Román ocupará un comando de fuerza. Salen otros nombres. En un tenso momento, Pérez Jiménez toma la palabra y anuncia: «El presidente es el Ministro de la Defensa» y señala, respetuoso, hacia Carlos Delgado

Chalbaud¹. Hay sorpresa y desagrado entre muchos de los capitanes y mayores, que desean un régimen de orden y anticomunismo. Y autoridad de ellos. Y negocios. De los negocios se encargarán los hermanos, abogados, ingenieros, médicos. Esperan un régimen tachirense, continuador del gomecismo, que llenó la Escuela Militar con ellos, muchachos de los Andes, allá en los años veinte. Un gomecismo moderno, eso sí, con tanques en lugar de los caballos. Ahora Marcos impone este «franchute» medio adeco... él sabrá por qué. Quizá sea por las condiciones decorativas del hombre, su saber hablar francés, su pinta de profesor. Así lo llama Pérez Jiménez, «el profesor», y dice querer que maneje el país mientras él se ocupa de reforzar y pulir a las Fuerzas Armadas para el gran asunto que es su obsesión. Habrá que vigilar a Delgado y quizá la cosa no sea tan grave, pues, como se sabe, el primer maíz es de los pericos. Delgado da las primeras órdenes con voz tranquila. Éstas se obedecen. Después permanece en silencio, superior y frío.

Además de ser miembro de la Junta Militar de Gobierno, Pérez Jiménez se ha autodesignado Ministro de la Defensa; Luis Felipe Llovera Páez es el tercer miembro. ¿Quién es Llovera? Rara combinación de hombre valiente a la vez que inteligente, frívolo, amigo de las mujeres bellas y masón, funcionará como el vado al poder, necesario para los que buscan negocios y necesario a los tímidos y distantes Pérez Jiménez y Delgado Chalbaud, para entenderse con esa gente. En los años de la dictadura, mientras Pérez Jiménez se entregue al estudio de un proyecto, Llovera se entregará al estudio de un culo.

Los periódicos del día siguiente traen fotografías del cielo cruzado por los aviones; de la Junta Militar de Gobierno, con Delgado Chalbaud en el centro; de Jóvito Villalba y Rafael Caldera, que visitan a la Junta para darle sus parabienes; de Gallegos sentado en el puesto de atrás del carro presidencial, serio en extremo el grueso rostro tras el vidrio. En toda América Latina están sentándose dictaduras militares en los palacios de gobierno. Es el sistema que se llamará

«La internacional de las espadas» y ello, como se verá, no es buena noticia para los lores que gestionan desde Londres la OTAN.

Nelson Rockefeller y Diego Cisneros

En *El Nacional* de los siguientes días vienen artículos a página completa firmados por Guillermo Meneses, fino escritor sin el estro popular de Gallegos o Uslar, donde se señala el papel dominante de Nelson Rockefeller en los recién caídos gobiernos adecos. Y quien dice Rockefeller dice el testaferro de éste, Diego Cisneros, hombre muy vinculado a Rómulo Betancourt. Ostentaba la representación de una parte de la Pepsi-Cola en Venezuela. El empresario Eugenio Mendoza se retrata en la escalerilla del avión que lo llevará a los Estados Unidos. Declara que va en misión de explicar el golpe en los círculos del capital de aquel país. César González recibe el merecido empleo de embajador en Washington. Su primer encargo será obtener el reconocimiento del nuevo gobierno, desarrollando la tesis jurídica de que no ha habido ruptura del orden constitucional sino continuidad parcial del equipo gobernante; parcial pero sobre todo basal, porque las Fuerzas Armadas, verdadero sustentáculo del poder, habían llamado al partido AD cuando derrocaron a Medina Angarita y ahora lo despedían, como se despide a un secretario. La idea aparecería implicada en una declaración de prensa de Delgado Chalbaud en la que afirmó que el 18 de octubre y el 24 de noviembre eran «instantes de un mismo proceso». La había vertido ante una reunión multitudinaria de oficiales, en el centro de una mesa directiva donde aparecía flanqueado por Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez. En su rostro se combinan la aristocracia heredada de su madre, una Gómez Velutini, y una seriedad que adeuda bastantes gramos a la severidad que exhibió Román Delgado al frente de la marina de guerra de Cipriano Castro, combatiendo la Revolución Libertadora. La inmensa mayoría de aquellos oficiales continúa mirándolo mal.

En rápida secuencia están apareciendo en América Latina los regímenes militares de Perón, Odría, Rojas Pinilla, que se suman en la lucha anticomunista y antidemocracia representativa, a dictaduras derechistas viejas, como las de Somoza o Trujillo. Es la dicha instauración de «La internacional de las espadas», como la bautizaría Rómulo Betancourt. (No confundirla con la «Internacional de las espaldas», como bautizan los derechistas en respuesta a la democrática, a Haya de la Torre, Rómulo Betancourt y José Figueres dando a entender que son «del otro lado», vale decir, homosexuales).

Capítulo 2

Winston Churchill, Primer Ministro inglés

En Venezuela la cosa es distinta, la presidencia de Delgado Chalbaud avanza en lo que llaman la «dictablanda», es decir, casi no hay presos políticos, la tortura no existe, la prensa es más o menos libre. Eso sí, desde el Ministerio de Trabajo se ataca a los sindicatos petroleros. La política económica sigue siendo el keynesianismo, pero en una versión tecnocrática que Delgado concibe y bautiza como Nuevo Ideal Nacional y significa eficacia y avanzar hacia un país de clase media. El país delgadista lo puede ver quien recorra la urbanización llamada justamente «Carlos Delgado Chalbaud», sita en la zona caraqueña de Coche: quintas de dos plantas, elegantes pero no con gran lujo. Ingeniero graduado en la École Nationale de Ponts et Chaussées, Delgado planea, en perfecto acuerdo con Pérez Jiménez, un gobierno de muchas obras públicas, que realice la «Transformación del medio físico», un lema que repetirán los años de la dictadura perezjiménista.

A todos los gomeros, medinistas y lopecistas se les están devolviendo los bienes confiscados por el Jurado de Responsabilidad

Civil y Administrativa, la única condición es escribir una carta a la Junta Militar de Gobierno solicitando la restitución, reconociendo con ello implícitamente la vigencia y autoridad de la Junta Militar, cosa importante porque más de uno de aquellos hombres conservaba la altanería gomecista o lopecista que exhibiera en la corte de Rafael Leonidas Trujillo. Hay uno que se niega a escribir la carta, es el general Rafael Simón Urbina, afamado por el asalto a Curazao y por la anécdota pintoresquísima de la culoscopia de Betancourt. A Urbina parece que le han metido en la cabeza ideas de que merece más de la cifra en que está tasada su fortuna, y que la Junta le daría ese aumento de buena gana, pero Carlos Delgado Chalbaud se ha cerrado en que no puede dársele trato especial, porque le tiene mala voluntad. Urbina es peligroso, en sus alzamientos de la sierra de Coro murieron seiscientos hombres.

Otros derechistas, los del círculo y generación de Pérez Jiménez, también están inquietos por el liderazgo que Delgado está tomando en las Fuerzas Armadas. Son, entre otros, Roberto Casanova y el «Mono» Mendoza. Piensan que «Marcos está bajado por este franchute». Cada día crece más. Pero «Marcos» sabe lo que hace. Hay hilos mundiales que no puede romper, que no debe tocar siquiera, y para el trato con ellos Delgado es útil. Por ejemplo, Winston Churchill, Primer Ministro inglés, está haciendo una gira mundial promocionando la OTAN. Es vocero de Inglaterra, lo que vale decir de la Royal Dutch Shell, incluso de la Royal Dutch Shell venezolana. El pretexto de Churchill es el anticomunismo. La amenaza tremebunda de Hitler, dice y repite, obligó a los Estados Unidos e Inglaterra a cerrar alianza con la URSS. Pero ya hace cuatro años que Hitler murió, Alemania está vencida y dividida, es el momento de volver al anticomunismo activo, de rodear a la URSS. Y para eso la fuerza ideal vendría de la unión de las dos potencias de lengua inglesa, repite esto en los cenáculos de influencia de La Haya, Washington o Nueva York.

La campaña de opinión de Churchill en los Estados Unidos tiene éxito, en 1949 se firma el acta de creación de la OTAN. Los círculos antibritánicos estadounidenses han debido replegarse y toca a Pérez Jiménez hacer lo mismo, y principalmente no olvidar que en aquel arreglo se garantiza respeto a los enclaves coloniales ingleses en América Latina. Las dictaduras latinoamericanas deben guardarse su ideología aprendida y acuñada en la Escuela Militar de Chorrillos, en el Perú, donde Pérez Jiménez fue brillante alumno, saludado en el acto de su graduación por el director, el futuro presidente Velasco Alvarado, como futuro presidente de Venezuela. Para después quedarán las ideas de acciones contra los enclaves de la Gran Bretaña en el subcontinente. De momento, Delgado Chalbaud queda como el hombre de equilibrio, anti-OTAN pero ambiguo, no comprometido con la línea dictatorial pero nada adverso a Pérez Jiménez. Puede producir la paz, está produciendo esa paz, evitando un enfrentamiento que no desean ni unos ni otros.

URD está cómoda y se apresta a ganar las elecciones, ofrecidas por los militares a los Estados Unidos, que en el comunicado de reconocimiento del golpe señalaron la fe en que se realizarían prontamente. ¿Cómo conciliar eso con los planes de largo plazo de Pérez Jiménez y Delgado?

Asesinato de Carlos Delgado Chalbaud

Urbina está ofreciendo en su casa fiestas con dos orquestas, donde los doctores y los militares hablan de que hay rivalidad entre Pérez Jiménez y Delgado Chalbaud. Bulle el odio de los perezjimenistas hacia Delgado, pero, ¿quiere el jefe Pérez romper el equilibrio que significa Delgado? Entre los enemigos de Delgado, muchos son de la derecha cerril pero también los hay adecos, que ven en el militar al maldito traidor que engañó al maestro Gallegos y ahora está a punto de endiosarse porque ha llegado a Caracas un embajador norteamericano, Norman Armour, del cual se rumora que viene

a poner a Delgado Chalbaud en la Presidencia. Están sucediendo reuniones entre Delgado y Armour en la quinta del doctor Machado Hernández, que va a reseñar desde el lado afuera de la puerta, Juan Bautista Fuenmayor en su libro *Aves de rapiña sobre Venezuela*². ¿A cuál sector estadounidense representa Armour? ¿A la OTAN? ¿A la anti-OTAN? Durante 1949, Delgado ha enviado al Medio Oriente una misión para repartir entre príncipes, emires y ministros de petróleo de Omán o Arabia Saudita copias de la legislación petrolera venezolana. Pauta cuotas más gordas que las cobradas por los árabes. ¿Qué significará eso? En verdad era un palpar aquel terreno para virtuales asociaciones de países productores, tipo cartel, que en el fondo son lo mismo que será la OPEP diez años más tarde. ¿Qué pensará de esto Churchill? ¿Lo hace más fuerte? ¿Más débil? Las quintas de Caracas están llenas de partidas de dominó que son hervideros de chismes, de intrigas, de rumores, de sondeos para posibles complicidades, de contactos para magnicidios. Rafael Simón Urbina es como una gran hoya hidrográfica a la cual van a confluir muchos ríos independientes los unos de los otros. Había muchas venganzas pendientes, Carlos Delgado Chalbaud había jugado gambito de caballo a demasiados hombres. Los gordos rostros sudan, acalorados, corre el whisky, las piedras blanqui-negras con puntos chocan y giran sobre su clavo central, Rafael Simón Urbina baila, vestido de negro, mientras un catire alto pasa, sólo con una amiga, bajo las redondas letras del cine Lido, cercano a Chacaíto, a ver las películas del cine francés. Casi nadie descubre en el catire que admira los parlamentos de Gerard Philippe o está dando besos en la sombra, a Carlos Delgado Chalbaud.

El 13 de noviembre de 1950, el carro en el que viaja Delgado por la bajada de Chapellín debe detenerse bruscamente. Son las nueve de la mañana. Un automóvil está bloqueando la calle. El chofer intenta retroceder. Es imposible, otro carro está atrás. Son todos autos lujosos, negros, que Urbina ha alquilado en una agencia de

festejos³. El presidente se asoma a la ventana de su vehículo, ve que el general Urbina viene corriendo hacia él, con una pistola en la mano y rodeado de hombres de aspecto campesino. Otros están brotando de los montes cercanos. Lo demás son unos tiros que suenan en el patio de una quinta de la urbanización Las Mercedes y la cadena nacional de radio anunciando el magnicidio.

La lógica de las rivalidades de poder, el hecho de que es el principal y gran beneficiario, la poco disimulada alegría de los perezjime-nistas, todo, en síntesis, señala la mano de Pérez Jiménez como la que organizó las piezas del atentado. Y a ello da fuerza el hecho de que Rafael Simón Urbina envió, desde la embajada de Nicaragua, donde corrió a asilarse, una esquila a Pérez Jiménez dándole cuenta de que la muerte había sido accidental. Pero es engañoso el aspecto, las investigaciones harán aparecer a personajes vinculados a la Shell Petroleum en relaciones seguidas y protectivas con Urbina. Desde la quinta del representante de la OTAN en Venezuela y concesionario de la Rolls Royce se vigilaba la quinta de Delgado con telescopios.

Capítulo 3

Germán Suárez Flamerich.

Fraude de 1952

Pérez Jiménez no toma la presidencia de inmediato. Llama a un doctor adicto a su régimen, Germán Suárez Flamerich, que ejercía de embajador en el Perú, lo cual significa que estaba imbuido de la ideología de la «Internacional de las espadas». El gobierno se aboca a organizar las elecciones ofrecidas a los Estados Unidos. Era muy fácil prever que las ganaría Acción Democrática, y dado que ese partido está ilegalizado, las ganará a través de URD, partido al que ha pactado apoyo. Jóvito Villalba recorre el país exhibiendo lo más

exaltado de su oratoria. El 2 de diciembre de 1952 las urnas electorales rebosan de tarjetas urredistas; el muy tímido y poco simpático coronel Marcos Pérez Jiménez saca unos pocos votos con su FEI, Frente Electoral Independiente, torpe creación de políticos de trastienda. Pero de pronto, los locutores cesan de anunciar los resultados y, tras un silencio, se radia un boletín oficial que anuncia la victoria perezjimenista. Laureano Vallenilla Planchart (usa los apellidos Vallenilla Lanz, para identificarse con su padre, el sociólogo gomecista) ha narrado los detalles de la presión militar hecha a Villalba y su entorno de doctores en la oficina donde él ejercía como Ministro del Interior. Los montan en un avión del que descenderán en Europa; el fraude queda consumado.

Los frentes de las casas caraqueñas aparecen entonces adornados con carteles en cuatricromía donde el gordito Pérez Jiménez es declarado presidente constitucional. Y suena un resbaloso porro colombiano:

«General Marcos Pérez Jiménez,
presidente constitucional.
Elegido por el pueblo,
con orgullo nacional».

Es la estabilización de la dictadura. Pedro Estrada, graduado en la escuela del FBI y con la doble nacionalidad —venezolana y norteamericana—, ha entrado de director de la Seguridad Nacional, subordinado formalmente al Ministro de Relaciones Interiores, Laureano Vallenilla Lanz y en realidad en relación directa con el Presidente.

Al ritmo de la descolonización

La confrontación entre partidarios y adversarios de la OTAN en Washington no ha concluido con la creación de la organización noratlántica. El partido gringo antibritánico esgrime contra la Gran

Bretaña la política de descolonización, que fue ofrecida durante la Segunda Guerra Mundial por los enemigos de Hitler para convencer al Tercer Mundo de que los Estados Unidos, Inglaterra y Francia no eran lo mismo que la Alemania nazi. En medio de la jipateada, se han comprometido a llevar a hechos ese proceso democrático. Democracia para los pueblos es la idea. Otra cosa es que la democracia se estructura representativamente, mediante élites y por ello, sobre todo a las élites del Tercer Mundo se dirigía el mensaje de la descolonización, a las élites establecidas, colaboradoras de los imperios pero siempre anhelosas de poder pleno y presas de esa fantasía, e igualmente a las que están en ciernes, por ejemplo, las generaciones militares jóvenes del tipo de la que integraban Pérez Jiménez y sus amigos, que sin ese señuelo propenderían a dejarse llevar por sus reflejos biológicos profascistas; también a los políticos de tipo adeco, que tenían que ver en la descolonización una sabrosísima oferta, e igual las generaciones jóvenes comunistas o revolucionarias de diverso tipo y grado.

El problema de las promesas empieza a la hora de cumplirlas. La descolonización es empujada por los Estados Unidos y por los rusos. Sí, andaban juntos en eso. Ante la opinión occidental capitalista, los Estados Unidos aducían una causa bonitamente afín al keynesianismo: con la descolonización se evitaba la radicalización de los pueblos por los comunistas. Los pueblos habían abierto los ojos y si el capitalismo no les ofrecía prosperidad sino colonialismo, se pasarían al comunismo. «El pase a la esfera de la URSS», era la frase que nombraba «el coco» que se debía evitar. Las razones de Stalin al exigir la descolonización eran las del marxista «inevitable despertar de los pueblos de las viejas cadenas de la injusticia».

Los europeos habían prometido descolonización, pero ahora se disponen a resistir a lo que ven como un truco norteamericano y soviético para robarles las colonias. Principalmente lo harán los ingleses, dueños de taimadas, violentas e inmensamente flexibles

estrategias, triunfadoras en centenares de guerras desde que se formuló el imperialismo por los años 1500 finales. Muchas frases resumen lo que debió pensar la autoridad de Gran Bretaña. «Hay que darle tiempo al tiempo» es una de ellas. Inglaterra había triunfado con la creación de la OTAN, también podía impedir que unos intrigantes le arruinasen su ramillete colonial.

La descolonización es juego rápido y de grandes dineros. En menos de cinco años el exultante país de Foster Dulles sustituye a Inglaterra en Arabia Saudita, o más exactamente, en el petróleo de Arabia Saudita. En Irán, el Primer Ministro Mossadeq acerca el fósforo de la nacionalización a los pozos de la británica Anglo Persian, arguyendo la descolonización. Mossadeq figura en la conciencia del mundo como el primer ministro nacionalista tercermundista derrocado por la CIA, y ello fue verdad en 1953. Pero, atención, al principio Mossadeq actuó con apoyo de EE.UU. Por dos años y medio su nacionalización goza de apoyo estadounidense y ruso. El doctor iraní que se exhibe ante los periodistas en pijama, oscila entre la URSS de José Stalin y los Estados Unidos de Truman y Dwight Eisenhower para mantener a raya a «los barones del petróleo» y a la Inglaterra de Churchill. Sólo en 1953, únicamente después de cerrado un negocio entre Inglaterra y los Estados Unidos, en el que los británicos aceptaron poner a nombre de la Standard Oil un 51 por ciento del capital de la Anglo Persian, la CIA derroca a Mossadeq. Muy mal tenían que sentirse los británicos dentro de una OTAN que servía para arrebatárles la mayoría accionaria de una petrolera fundada por ellos.

Había pues dos guerras. Una pública, la Guerra Fría, de enfrentamiento de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, etcétera, contra la URSS, China comunista y otros países aliados de éstas; y otra secreta, o guerra número dos, que enfrentaba a los Estados Unidos contra Inglaterra. No era secreta del todo, sus episodios se analizaban

en revistas sesudas y se narraron en el libro de Jacques Bergier, *La guerra secreta del petróleo*⁴. Tampoco era nueva, como tenemos sabido, arranca de los tiempos *whig*.

Capítulo 4

X Conferencia Interamericana

Si en 1948 los Estados Unidos han dado un paso anti-OTAN con la reunión de Bogotá, reafirmativa del TIAR, Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, en 1949 han firmado la creación de la OTAN. En ambas organizaciones rivales se compromete el poder estadounidense al mismo tiempo. Cinco años después se realiza en Caracas, en la Décima Conferencia Interamericana, nuevo paso anti-OTAN. Continúa la bifrontalidad de alianzas y promesas contradictorias, necesitaban por igual y con urgencia a América Latina y a Inglaterra. Así nace la OEA.

El negocio urgente para los Estados Unidos en la Décima Conferencia Interamericana es el siguiente: pronto van a invadir a Guatemala para derrocar el régimen de Jacobo Árbenz, que ha nacionalizado a la United Fruit, por cierto la compañía bananera del Macondo de García Márquez, y necesitan que toda América Latina se retrate detrás de ellos. Necesitan que la acción aparezca colectiva y para la conferencia se estrena el escenario esplendente del Aula Magna de la UCV, con sus paneles de Calder y su modernismo. Pero surge un problema, no sorprendente, por supuesto, para los asistentes pero desconocido y aleccionador para el público en general. El delegado colombiano, Darío Samper lo narrará en un libro: *La X Conferencia Interamericana de Caracas ante los Pueblos del Continente*⁵, que es básicamente, la transcripción glosada de las ponencias leídas por los delegados pero resulta un retrato patético de los gobernantes latinoamericanos de ese tiempo.

Los dictadores en general y Pérez Jiménez particularmente, aunque manifiestan estar muy contentos con el golpe anticomunista en Guatemala, quieren también sacarle jugo antibritánico. Exigían que en la redacción del motivo argüido para tumbar a Árbenz, en vez de la redacción original que dice «penetración comunista en el continente», se escriba «penetración extracontinental en el continente». ¿Qué significa esto? Significa que en vez de quedar descrita como intolerable la sola penetración soviética, se nombra también a la Gran Bretaña, que es tan extracontinental como Rusia. Pretenden pues que esta intervención contra Árbenz cree una justificación para una futura acción venezolana en la Guayana Británica. Nada menos. Una acción argentina en las Islas Malvinas quedaba igualmente justificada, y así sucesivamente se podía mirar a Jamaica, Curazao y Belice, el punto más caliente porque era un tapón justamente a Guatemala.

Con esta traba suspendida en los ánimos se inicia la lectura de acusaciones a Guatemala de estar acumulando armas para imponer el comunismo en el continente. Samper, distanciándose del encargo oficial que llevó a la conferencia, muestra al redactar este libro un sentimiento de solidaridad con Guatemala, no exagerado pero existente, que tal vez expresa su necesidad de tener «buena conciencia» en el sentido en que alguien dijo que no se puede vivir sin un poco de dignidad como sin un poco de oxígeno. Terribles escenas de crueldad se sucedían en aquellos días en los campos colombianos, la prensa las exhibía con abundancia de retratos y era fácil que el autor escribiera con el ánimo golpeado por ello. Es así que en la página 87 de su trabajo glosa extensamente la respuesta que a las acusaciones dio el delegado guatemalteco, Toriello:

«Hizo el Canciller de Guatemala un recuento de las medidas que en el orden económico venían poniéndose en práctica (en su país), la promulgación de leyes sociales, la organización de un sistema monetario y bancario

adecuado a las necesidades del crédito, el desarrollo de los mercados internos mediante el aumento del nivel de vida, la construcción de vías de comunicación a los puertos y zonas de producción, el plan de electrificación para cubrir las necesidades de la industria, “el sometimiento de las empresas monopolísticas extranjeras a las leyes vigentes, en igualdad de condiciones a las nacionales, el fomento industrial y la redistribución de los latifundios”.»

Sobre el tema de la reforma agraria Toriello dio a conocer estos datos muy elocuentes:

«El censo agropecuario de 1950 reveló esta pavorosa verdad: en el país los pequeños campesinos que tenían extensiones menores de 3,5 hectáreas (la mayoría de ellos en calidad de simples arrendatarios), constituían el 72% de la suma de productores agrícolas, poseyendo en su conjunto solamente el 9% de la superficie total de las tierras. Y, en cambio, en el otro extremo de esta realidad, encontramos que el 2% de los propietarios de fincas poseían en conjunto el 78% de las tierras; y que entre ellos, veintidós propietarios latifundistas con más de mil hectáreas, poseían el 13% del total de las tierras.

“Al 20 de febrero de este año ya habían sido beneficiados 55.734 campesinos que recibieron 247.833 hectáreas, pero la cantidad de tierras en proceso de distribución, de acuerdo con la ley, es hasta hoy de más de 915.000 hectáreas, que alcanzan aproximadamente al 25% del total registrado en el censo agropecuario de 1950 antes citado, o sea que sólo en año y medio de la aplicación de la ley, una cuarta parte de las tierras afectadas han sido ya otorgadas sin provocar ningún trastorno económico de importancia. Por el contrario, la producción ha mejorado en algunos renglones y se ha logrado una distribución más justa y equitativa del ingreso nacional, y como consecuencia empieza a mejorarse

el nivel de vida de la población”. ¿Por qué entonces se acusa a Guatemala de “cabeza de playa del comunismo en América?” ¿Por qué se dice que su gobierno “amenaza la solidaridad continental?” ¿No está cumpliendo un programa nacional, propio, de liberación económica dentro de las normas de la democracia representativa y no goza del apoyo del pueblo guatemalteco?

“Las respuestas son sencillas y evidentes: el plan de liberación nacional que está realizando con firmeza mi gobierno ha tenido que afectar los privilegios de las empresas extranjeras que estaban frenando el progreso y el desarrollo económico del país: con la carretera al Atlántico, ruta que además de comunicar las zonas importantes de producción que atraviesa, estamos rompiendo el monopolio del transporte interior hacia los puertos que ahora tienen los Ferrocarriles Internacionales de Centro América (Empresa controlada por la United Fruit Company), para lograr un incremento del intercambio exterior libre de tarifas gravosas y discriminatorias. Con la construcción de puertos y muelles nacionales, terminaremos con el monopolio que tiene la United Fruit Company, y facilitaremos así a la nación acrecentar y diversificar su comercio exterior a través del uso de más transportes marítimos distintos de la Flota Blanca, perteneciente también a la United Fruit Company, que ahora controla este instrumento esencial de nuestras relaciones comerciales internacionales.../...Con la realización del plan de electrificación nacional pondremos fin al monopolio extranjero de la energía eléctrica, fuerza indispensable para nuestro desarrollo industrial que se ha visto detenido por la carestía, la escasez y las deficiencias de dicho importante renglón de la producción”.

“Con la Reforma Agraria, estamos liquidando los latifundios, incluso los de la misma United Fruit Company”.»

Dice Samper:

«Es indudable que el discurso del Canciller de Guatemala, fue muy aplaudido por las delegaciones, las cuales expresaron su manifestación de simpatía cuando el doctor Toriello bajó de la tribuna, en forma casi unánime, con la sola excepción de la delegación de los Estados Unidos».

El aplauso de los delegados es básicamente instrumental, es un mensaje a Dulles de que tal vez no se aprobará la acción en Guatemala si no se aprueba la cláusula antibritánica. También es factible que la realidad de aquel país haya tocado la sensibilidad hacia sus pueblos que pudiera existir en alguno o algunos delegados. Más exacto sería decir «subsistir» porque en esos ambientes y gobiernos un verdadero amor por los pospuestos era cosa tonta además de inconveniente para el buen desarrollo de la carrera burocrática.

«América contra el coloniaje»

Contra el enemigo enorme y dispuesto a aplastarla, la pequeña nación guatemalteca se defendía como gata boca arriba. Samper transcribe el discurso del delegado de ese país en la Comisión Jurídico Política de la Conferencia interamericana, en el cual se nota el esfuerzo por vincular el problema de la presencia británica en América Latina con el de la supervivencia de Guatemala. No es una vinculación traída por los cabellos, se nombran problemas concretos en este esfuerzo que hoy sabemos desesperado por sobrevivir. Comienza por involucrar el problema de Venezuela y Guayana Británica, involucrar a Pérez Jiménez.

«Ayer no más, en un territorio vecino a esta República de Venezuela (Guayana Británica), una Constitución, altamente limitada por cierto, al sólo empezar a funcionar, ha sido objeto de suspensión o derogación, porque su ejercicio ha dado lugar a que lleguen a puestos im-

portantes del gobierno local elementos de la población opuestos a los métodos y sistemas del coloniaje, que creyeron, de buena fe, que podían elaborar y realizar algún programa económico y social de su propia concepción. Fácil fue para la poderosa metrópoli recurrir al socorrido expediente del “peligro comunista” y, tomando medidas para “preservar la democracia”, dejar sin efecto esa Constitución, destituir a los elementos opositores y dar omnímodos poderes dictatoriales al Gobernador, plenamente respaldado por barcos de guerra y tropas de desembarque. Una vez más hemos visto el lamentable espectáculo del desembarco de tropas europeas en tierras de América para perpetuar por la fuerza el coloniaje, casi en las costas mismas del país que tuvo el privilegio de ser la patria del Libertador. No deseamos entrar al análisis del pretexto invocado. Señalamos simplemente el hecho y, como cuestión de principio, condenamos el procedimiento. Queremos, sí, denunciar la tendencia a usar de este subterfugio cuantas veces estén en peligro la hegemonía y los intereses coloniales de la metrópoli».

Sentado este punto de interés venezolano, imposible de sospechar de comunismo, se aborda el tema guatemalteco. El problema no es de comunismo, es de presencia de Inglaterra:

«Lo que ocurrió ayer en la Guayana, está ocurriendo hoy en Belice, que ni siquiera es una colonia, sino un territorio ocupado por la fuerza. Toda la prensa da cuenta de los pasos que el gobierno británico está dando para impedir que, en las elecciones que el próximo mes de abril tengan lugar en Belice, elementos de oposición al coloniaje puedan obtener una mayoría en el Consejo Legislativo del territorio, no obstante lo precario de sus facultades constitucionales. Ya se insinúa el pretexto de que se trata de “elementos de extrema izquierda” y se ha hablado, aún en la Cámara de los Comunes, de la posibilidad de suspender la limitadísima Constitución

que Inglaterra ha dado a ese territorio ocupado. Se invoca también el argumento de que el partido político a que esos elementos pertenecen “recibe una subvención del gobierno de Guatemala”. Se llegará, sin duda, hasta calificar de comunistas a esos elementos que, además de ser todos ellos fervientes católicos, han declarado pública y oficialmente su profesión de “anticomunismo”. Por otra parte, y aunque Guatemala ve con simpatía la lucha de todos los pueblos por su liberación, mal podría subvencionar a un partido político que ignora los derechos legítimos de soberanía que tiene Guatemala sobre Belice, y postula la independencia del territorio, prescindiendo de la justicia que asiste a mi país para reivindicar esa parte integrante del suelo nacional”.

He citado estos dos casos, señor Presidente, por el peligro que esta manifestación del neocolonialismo, al igual que la otra relativa a cambiar el nombre de la cosa y mantener la cosa misma, encierra para la realización de las aspiraciones de América de poner término al coloniaje y a la ocupación de territorios americanos».

Que el problema de Guatemala sea de colonialismo británico no excluye la culpa de la United Fruit, como se ve en el siguiente párrafo:

«Al hablar aquí del coloniaje en América, no podemos olvidar que, además de los sistemas que algunas potencias europeas mantienen en territorios de este continente, existe también otra forma de coloniaje, mediante la cual, los grandes monopolios extranjeros mantienen en triste situación de dependencia económica aún a países independientes, y les impiden su desarrollo integral.

Lo que más nos preocupa a este respecto, es la alianza manifiesta que se ha creado y se perpetúa entre ambos coloniajes que, inclusive, recurren a los mismos métodos para eternizar su poder y afianzar su permanencia en países cuyos pueblos claman y luchan por su liberación».

Quedan unificados la United Fruit y la City de Londres. El delegado aumenta el peso de su posición al pasar a describir el criminal taponamiento británico contra Guatemala:

«Tampoco deseo hablar de lo que significa la ocupación británica en Belice para la economía de Guatemala, pero considero necesario subrayar que esa ocupación constituye un dique que, al impedir la salida al mar del departamento del Peten, bloquea todo el desarrollo económico de casi la mitad de la República, obstaculizando además la debida explotación de sus riquezas naturales.../...Belice no es solamente un jirón de tierra americana en poder de Europa. Es mucho más: es el símbolo de la afrenta que la piratería ha hecho a este continente. Belice muestra en toda su dolorosa realidad el tratamiento que las viejas potencias de Europa han dado y siguen dando a nuestros países. Belice representa el caso clásico del derecho frente a la fuerza y de cómo ésta ha prevalecido y se pretende que siga prevaleciendo sobre aquél».

El delegado no se detiene allí. Así como abarcó el caso venezolano, señala hacia el sur del continente:

«Belice no es sólo un problema y un dolor guatemaltecos, como las Islas Malvinas no son sólo un problema y un dolor argentinos. Belice y las Malvinas son un problema de América, que requiere para su solución la cooperación de América».

Guyana es un tapón al canal intersuramericano, las islas Malvinas taponan el paso sur, y Belice no sólo taponan a la mitad de Guatemala su contacto con el océano Atlántico, sino es un punto de amago sobre el canal de Nicaragua, amén de ejercer función igual respecto a el estrecho de Yucatán que permite la navegación entre el Caribe norte y el Caribe sur. Todo eso lo está nombrando el canciller guatemalteco sin nombrarlo, como lo está nombrando Foster

Dulles al acusar a Guatemala de comunista. Todos los delegados de la Conferencia lo saben pero nadie lo nombra con palabras.

Capítulo 6

Sardinas vestidas con frac

El brutal abogado y secretario de Estado norteamericano Foster Dulles no era adverso a la idea interamericanista y antibritánica, según Leonardo Altuve Carrillo, diplomático estrella de Pérez Jiménez y muy activo en la X Conferencia, pero venía a Caracas a un solo objetivo, de invasión. Aparentemente no esperaba tanto vigor en la mostración del ángulo imperial británico del caso guatemalteco, que, al resonar con casos de otros países latinoamericanos y levantar solidaridades, amenazaba con desviar la asamblea hacia resultados no deseados por el Departamento de Estado. Para colmo, el alegato guatemalteco no era acusable de oportunista, pues señala Samper que se había planteado en la reunión de abril de 1948:

«La palabra de Guatemala en Bogotá repercutió en el corazón generoso de todos los americanos, sin que surgiera una sola voz que intentara justificar la presencia subyugadora de Europa en territorio americano. América, en aquella memorable ocasión, declaró solemnemente su condenación al coloniaje y expresó su preocupación por el hecho de que porciones de su suelo sean objeto de ocupación por parte de países extracontinentales».

La Delegación de los Estados Unidos quedó emplazada. Señala Samper que:

«...negó su apoyo a las ponencias contra el coloniaje por conducto del delegado Mr. John Moors Cabot, sustentando su conducta en la siguiente exposición:

“Como representantes de repúblicas que fueron colonias en otro tiempo, tenemos interés especial en esta materia. Y como miembros de las Naciones Unidas, todos hemos reconocido la importancia de la transición progresiva, pero ordenada, de los territorios dependientes hacia una forma de gobierno propio. La política de mi gobierno a este respecto ha sido clara y explícitamente fijada por el Secretario Dulles recientemente”.»

A partir de allí, la exposición de Moors Cabot concluyó afirmando que la presencia británica en el continente Latinoamericano no era discutible en el seno de una reunión interamericana por no estar en ella presente Inglaterra, la potencia interesada. Señaló la conveniencia de remitir el caso a la ONU y se excusó por no poder apoyar las proposiciones anticolonialistas que surgían.

En cierto momento, la cosa se pone tensa porque los Estados Unidos, dentro del semibloqueo que ha establecido contra Guatemala, impone el «derecho de visita» a los barcos que aspiren llegar a puerto del país de Arbenz. Examinarán si vienen armas en los barcos, etcétera. Esto jamás lo había aceptado Inglaterra, inventora del derecho de visita en los tiempos de la *Navigation Act* para aplicarla ella a otros. Tras algunos muñequeros lo acepta. Anthony Eden en sus *Memorias*⁵ dirá, para justificar la decisión ante sus paisanos que señalan que la opinión británica no autorizó tal retroceso, que a él tampoco le parecía aceptable pero había una alianza con los Estados Unidos y se demuestra el respeto a una alianza cuando se acepta algo con lo que no se está de acuerdo. Si hiciere falta el acuerdo ya no habría alianza, apenas coincidencia de opiniones, siempre condicional. Para redondear su punto señala que «tampoco hay que derramar muchas lágrimas por un dictador latinoamericano», una halada hacia sí de la cabuya de la democracia y los derechos humanos que no le hace nada mal, pero que en realidad está escondiendo un hecho histórico de importancia, como lo es la humillación de Inglaterra, su vencimiento a manos de su hijo socio.

Luego de algunas carantoñas hacia el canciller Toriello, incluida una fiesta con música de cuatro, para darle a entender a mister Duller que tampoco es que estamos así comiendo en la planta de su mano, Latinoamérica acepta la invasión a Guatemala. Olvidados quedaban los aplausos al canciller que ponderó la reforma agraria que dotaba de tierras a una población sometida a expoliación brutal, que narró la construcción de un ferrocarril donde todos los guatemaltecos pudieran movilizarse económicamente. Acaso habían simpatizado en su fuero interno con estas conquistas de progreso social mínimo pero en esta historia que alguien bautizó como “Fábula del tiburón y las sardinas” su destino era ser sardinas vestidas con frac y corbatín y vestidos así se inclinaron sobre el documento a firmar.

En cuanto al aspecto «extracontinental» se llega a una fórmula redaccional de consenso, dentro de la cual, se aprueba la Resolución 96 sobre colonias y territorios ocupados en América, en la cual se proclama la solidaridad continental «con las justas reclamaciones de los pueblos de América en relación con los territorios ocupados por países extracontinentales». Se ha asumido lo pedido por Pérez y sus colegas dictadores. Es un triunfo antibritánico, un triunfo contra la colonización, ¿a cambio de qué? No se crea que hay antiimperialismo, sólo pronorteamericanismo extremo, estrategia de apartar a Inglaterra para matrimoniarse interamericanamente con la potencia que tiene por capital la ciudad de Washington. La línea antibritánica que intentara imponer Napoleón Bonaparte, sigue viva y activa en manos de las dictaduras, (correspondientemente, caerán una tras otra cuando se produzca el renacimiento triunfal de la OTAN en una reunión sucedida en Turquía) y éste es el fin de la X Conferencia Interamericana que oficializó la creación de la OEA.

Cuando los cancilleres se despiden de los funcionarios venezolanos en el aeropuerto internacional de Maiquetía, llevan en sus maletas

una serie de libros editados por el gobierno de Pérez Jiménez para dar fuerza a su postulado. Dos de ellos están dedicados a la gestión de Manuel Palacio Fajardo invitando a Napoleón Bonaparte a conquistar la América española. Uno es *Bosquejo de la revolución de la América española*, autor: Manuel Palacio Fajardo; otro *Una misión diplomática venezolana ante Napoleón en 1813*, autor: Caracciolo Parra Pérez. Después de 1818, Palacio Fajardo fue nombrado canciller por Bolívar en atención a sus méritos en la recluta y constitución de la Legión Británica, de signo antinapoleónico mientras no se pruebe otra cosa. Su *Bosquejo de la revolución*, referido a un hecho anterior, era un libro clandestino hasta esos días. Editado en Inglaterra, luego en Estados Unidos, Francia y Alemania, quedó olvidado y jamás se hizo conocer de la opinión venezolana. Con la Décima Conferencia Interamericana tiene la primera edición en castellano, al tiempo que se publica el inteligente estudio de Parra Pérez, excanciller venezolano e historiador importante. Palacio Fajardo estaba de moda, un tercer libro dedicado a su gestión aparecerá en 1956: *Manuel Palacio Fajardo: patricio en 1811: exégeta de la revolución de la Independencia*, de José Abel Montilla, y un cuarto después de caído el dictador: *El informe de Palacio Fajardo a Napoleón, emperador y rey: documento rigurosamente inédito*, autor: Ángel Grisanti. Nada de ello es casualidad.

Che Guevara

Y se aplastó a Árbenz. «Invadida Guatemala por aire, mar y tierra» es el titular de *Últimas Noticias*, de Caracas, sobre el hecho. Se sabrá luego que la fuerza invasora dirigida por Carlos Castillo Armas utilizó aviones vendidos a él por los Estados Unidos al precio de un dólar cada uno debido a que era ilegal donarlos. Dos anécdotas cabe aditar al episodio. La primera tiene por protagonista al Ché Guevara. Joven médico, pasional de la justicia social y la revolución, había acompañado la revolución guatemalteca. Se albergaba

en una pensión de mala muerte, según lo narró en París al autor de estas páginas Pedro Estrada, agente del FBI, Director de Seguridad Nacional venezolano, quien también confluyó sobre aquel país pero en un rol muy distinto, como enviado de Pérez Jiménez a colaborar con el asalto. Para espiar a los izquierdistas se albergó en la dicha pensión. Allí conoció a un joven «al que se le veía que era comunista por los cuatro costados» y como quiera que Estrada contrajo una gastritis al tomar la muy insalubre agua de la capital guatemalteca, Guevara lo curó con unas pastillas que tenía en su habitación. Así las cosas, estaban conversando una tarde en el recibo de la pensión cuando entraron unos policías del gobierno de Castillo Armas en actitud de solicitar documentación y capturar gente subversiva. Guevara no podía enfrentarlos, tampoco huir, pero fingiendo estirar el cuerpo, se extrajo un revólver de la cintura y, sin interrumpir el movimiento, lo colocó en la superficie inferior de la mesita de centro, disimulándolo dentro de unos periódicos. De allí lo recogió Estrada y cuando los policías les solicitaron la documentación, Estrada se identificó y obtuvo un pronto respeto y Guevara, mostrando una documentación falsa que portaba, se salvó de mayores molestias, tal vez de perder la vida. Rieron después, cuando Estrada le devolvió el arma al revolucionario y ello quedó como pago por la curación. De la experiencia del aplastamiento de Guatemala y la consecuencial condena de aquel pueblo a la miseria, saldría el joven médico comunista convertido en el Che Guevara, incendiado de odio y amor, definitivamente negado a hacer el papel de sardina en la historia hispanoamericana.

La otra anécdota la protagonizó el embajador Leonardo Altuve Carrillo, quien estaba en Guatemala en rol parecido al de Estrada. Todavía no había terminado de estabilizarse Carlos Castillo Armas en el poder cuando Altuve Carrillo lo visitó. Venía a pedirle, en nombre del general Pérez Jiménez, la vida de un general Ramírez, preso y condenado a muerte por su condición de miembro de la

Legión del Caribe, solidario por ende con la revolución de Árbenz. Castillo Armas no podía negarle un favor al hombre de Venezuela, de modo que respondió «Lléveselo» e inmediatamente el general le fue entregado a Altuve, que lo trasladó en su automóvil hasta el aeropuerto y sólo lo desamparó dentro de un avión militar venezolano, a salvo de los asesinos que había enviado Rafael Leónidas Trujillo de quien Ramírez era enemigo personal y público. Ramírez había ofrecido matar a Trujillo apenas pudiera tenerlo cerca. En Venezuela, Ramírez recibiría dinero del gobierno para montar un aserradero en Barquisimeto del cual salió nueve años después a matar a Trujillo en una acción organizada por la CIA y coordinada desde Venezuela por Carlos Andrés Pérez.

Capítulo 7

Dien Bien Phu y torturas

Francia, atacada inteligentemente y valientemente por las fuerzas del Vietcong, conoce en ese mismo año 1954 la derrota generalizada de Dien Bien Phu, en Vietnam. Ha sido propiciada por una «echada de la partida para atrás» de los Estados Unidos a la potencia gala, muy en la línea de la descolonización y la guerra secreta, que en este caso no sería «del petróleo» sino de la geopolítica asiática.

Euforia de construcciones caracteriza los años siguientes de la dictadura. Venezuela ve aparecer las torres de El Silencio y la Ciudad Universitaria. Y dentro de la «transformación del medio físico», el país se puebla de carreteras, autopistas, represas, a un ritmo sin antecedentes y nunca igualado hasta el presente. También hay dura represión, torturas. Se hizo paradigmático el caso de un señor adeco que fue tan humillado y tan puesto ante el pánico las primeras veces que se le llevó a la Seguridad Nacional, que sufrió un infarto tras hablar largo y tendido revelando los escondites de sus

compañeros de la Resistencia. Esa vez había pedido, antes de empezar a hablar, que le suministraran un habano, que fumó durante la declaración. A partir de tal día, Pedro Estrada ordenaba ponerle el cigarro encendido en una cenicera en la mesa antes de someterlo a interrogatorios. El hombre oía la pregunta, le daba una chupada al tabaco y empezaba a hablar. A los que no se mostraban tan colaboradores les obligaban a subir a un ring de automóvil y a permanecer allí horas, días completos, parados, con lo cual se sentía como si hojillas abrieran un canal en las plantas de los pies. Sólo se les permitía descender para «cantar».

Algunos líderes de Acción Democrática, como Leonardo Ruiz Pineda y Alberto Carnevali, mueren a manos de la policía política mientras preparaban golpes militares contra el régimen.

Pérez Jiménez y la OTAN

El próximo choque entre la OTAN y la anti-OTAN sucede en tres frentes a la vez, Egipto, Panamá y América Latina. Bien ilusionado y apoyado por Dean Acheson, embajador estadounidense en El Cairo, el presidente Gamal Abdel Nasser nacionaliza el Canal de Suez. En respuesta, Inglaterra y Francia, accionistas del canal, invadieron Egipto. Y poco después se sumó Israel, por razón de su enemistad contra todo lo árabe. Espantosa derrota fue la de los egipcios.

Los diarios pintaban al David judío esgrimiendo la honda, victorioso, y al gigante Nasser tambaleándose con la frente herida. Pero al trío de vencedores le aguardaba una sorpresa. Actuó el primer ministro ruso Nikita Krushev y les anunció desde Moscú que tenían 72 horas para abandonar territorio egipcio. Los británicos impetraron ante el presidente Eisenhower las obligaciones norteamericanas de solidaridad pautadas en la carta de la OTAN y en otras de «Defensa del mundo libre contra el comunismo».

¿Qué hacen los estadounidenses? ¿Amenazan al ruso, como buenos tíos fuertes de los invasores? Nada de eso. Dijeron a los británicos que debían salir a la brevedad posible de un territorio donde nunca debieron poner los pies. El mensaje era que muy torpes habían sido sirviéndole a Nikita Krushev el perfecto pretexto para aparecer como el héroe salvador de los árabes. Con humillante retirada tuvieron que salir de Egipto ingleses, franceses y judíos. Con el rabo entre las piernas. Sí. El motivo de la anti-otanista conducta de Eisenhower debió ser el miedo a una ola que estaba corriendo sobre el Medio Oriente, una ola inmensa de popularidad llamada Gamal Abdel Nasser. La nación árabe despertaba con este nombre y este discurso.

Proposición en Panamá

Los Estados Unidos convocan a una reunión de la OEA, a realizarse durante la crisis de Suez. El objetivo de la reunión será calificado de misterioso por un hombre involucrado en los mayores planes de Pérez Jiménez como lo era el general José Rafael Gabaldón. La sede será Panamá. Pérez asiste en actitud un sí que es no guachamarona al evento. Detalles de esa actitud son el rechazar la habitación que le han reservado en un hotel como a los otros presidentes, mientras Eisenhower ocupa la suite presidencial. Se alberga en la Embajada venezolana, por cuyos jardines se pasea el general Juan Domingo Perón, enemigo público de los Estados Unidos. Quizá no lo fuera de los Estados Unidos en su conjunto, como no lo es Pérez Jiménez, pero sí del sector otanista, que mostró ser dominante en política exterior yanqui al apoyar el reciente derrocamiento del dictador gaucho. Muy antibritánico sí era Perón, su caída había sido celebrada como la más grande victoria inglesa desde la derrota de Adolfo Hitler, alegría que compartió por cierto la izquierda argentina y mundial. El exdictador argentino fungía de asesor de Pérez Jiménez para el documento que éste presentaría a

la asamblea de la organización panamericana pero en el fin de la semana interrumpía esa actividad para entregarse, junto a su amigo Leonardo Altuve Carrillo, a lo que llamaba «un domingo católico». Un domingo católico para el general argentino comenzaba por la asistencia a una misa, incluyendo confesión de los pecados y comunión. Luego tomaban un desayuno opíparo y, en la mejor tradición fascista, se dirigían al burdel, donde permanecían hasta la noche, probando los placeres e impartiendo rumbosas propinas a las hetairas.

Pérez leyó un Proyecto de Banco Interamericano de Desarrollo, donde cada país pondría un porcentaje fijo de su presupuesto y podría conceder préstamos sin recurrir al Fondo Monetario Internacional. Se lo ha entendido como nacionalista. Y lo es, en cierto modo, pero más exactamente es expresión de grupos anti-británicos, porque el FMI, en tanto expresión de la Conferencia de Bretton Woods, lo es de los vencedores de la Segunda Guerra, entre los cuales Inglaterra tiene peso importante. Al escuchar las cláusulas que leía Pérez Jiménez, Eisenhower arrugó la cara en su escritorio. Consultó a Henry Finch Holland, a quien tenía a su lado: «¿Qué tanto dice el “Venezuelan gordito?”». «Nos pone en problemas», fue la respuesta de Holland. Era la reiterada estrategia de Pérez, los Estados Unidos estaban siendo invitados a aportar su parte para el flamante y nuevo banco que excluía a Inglaterra.

El gordito de Venezuela estaba exigiendo con esto el cumplimiento de los compromisos interamericanos firmados por los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y movidos en la Conferencia Interamericana de Caracas. La crisis de la OTAN presentaba el momento como oportuno, la posición de Eisenhower por Suez había sido antibritánica, pero quizá eso no significara que estaba dispuesto a aumentar los problemas con Inglaterra, matrimoniándose con los dictadores de América Latina. ¿Planeaba más

bien suavizar aquella tensión? De momento Eisenhower no acepta la proposición perezjimenista. El dictador venezolano regresa a Caracas, Perón lo acompaña, será su asesor en las próximas aventuras del régimen.

Capítulo 8

Pinchar el culo a los mamuts

La crisis de la OTAN crecía. Considerándose traicionados por los norteamericanos, los ingleses dijeron «basta» y la organización quedó casi disuelta, la sede en Londres era un edificio con unos escritorios y unas secretarías, sin ningún jefe. Noticiado de esto el «dictadorcito venezolano», siente que es llegado el momento de dar su gran golpe, que denomina «cuadrar el mapa». Así lo llama, así lo pactó con Carlos Delgado Chalbaud en los días en que apareció el memorándum Mallet-Prevost, así lo pensó desde sus tiempos de estudiante. La formación de la OTAN los detuvo, pero ahora se puede, entiende. «Cuadrar el mapa» significa recuperar trozos perdidos por Venezuela en la Guayana Esequiba y en Colombia. Por el lado de Colombia, se prepara para conquistar la margen occidental del Orinoco, y el apostadero del Arauca, que trazando una raya recta hacia el sur llega al sitio donde se encuentran Perú, Brasil y Colombia. Es una enorme banderola que daría a Venezuela acceso al río Amazonas. También se propone conquistar la península de La Goajira, garantizando la perfección del control del lago de Maracaibo, sin immediateces colombianas al petróleo e incluyendo las minas de carbón de Cerrejón, que pasan por las más ricas del mundo. Pero lo grande será en la Guayana Esequiba. Preparando eso mandó a estudiar a Estados Unidos cadetes que se hicieran expertos en el manejo de cierto tipo de aviones de combate, compró los dichos aviones, compró lanchas de suelo plano para

remontar el Esequibo, cinco mil fusiles FAL, calibre 7 mm. Entre sus hombres para eso, jefes, tiene a Carlos Celis Noguera y Martín García Villasmil. Celis Noguera es un gran planificador. Rómulo Fernández será el jefe grande. Tenía tres elementos su estrategia:

a) Petróleo; b) política: nada de compras a Inglaterra, nada de venta de petróleo a quien negocie con Inglaterra; c) acción militar, con ocupación de la Guayana Británica tipo *blitzkrieg*.

Todo contra Inglaterra hasta que procediera a aceptar el memorándum Mallet-Prevost, que daba posesión de la Guayana Esequiba a Venezuela. “A la larga, decía Pérez Jiménez, Albión comprendería que le convenía ceder, porque si continuaba allí terminaría entregándole ese territorio a «los negros» que forman mayoría guayanesa.

Pérez planea desarrollar a fondo la crisis de la OTAN, hasta desbaratar la Doctrina Monroe y excluir a Inglaterra de dominio en América Latina. Combina otra jugada en el tablero del petróleo. Es como sigue:

Ya Harry S. Truman había impulsado la «Détente», una política de incremento de presencia de los Estados Unidos en el Medio Oriente. No bastaba sacar de aquel petróleo a los británicos, hay que parar también a los soviéticos. Exige a las compañías petroleras norteamericanas instalarse en el Medio Oriente, formalmente. Debían meter allí dinero. El destino de los Estados Unidos en el resto del siglo obligaba a la contención de la Unión Soviética, sobre todo porque los comunistas —no en tanto comunistas sino como herederos de la madre Rusia, según la explicación milenarista— tenían por destino extenderse por el Medio Oriente. Ése era su destino manifiesto y a los Estados Unidos le tocaba detener eso.

El general Eisenhower mantenía la Détente en 1956, reforzada. Le ofrece a la Standard Oil, a la Mobil, todo el apoyo diplomático y

militar para que se instalen allá. Siempre se ve a los Estados Unidos y a sus grandes compañías como lo mismo y eso es verdad muchas veces, pero no lo era en 1957, cuando se estaba en un momento de ascenso del Estado americano por encima de las empresas privadas y el Estado imponía políticas a las compañías.

Pero las corporaciones no parecían entusiasmadas con la Détente. Estaban asustadas por el grueso dedo que mantenía Nasser sobre el gatillo del nacionalismo árabe. ¿Qué hace Pérez Jiménez? Ofrece a las petroleras un estable paraíso en Venezuela. En realidad, venía ofreciéndolo antes de que hubiese crisis en el canal egipcio pero ahora da concesiones, cobra bajos impuestos que las multinacionales aceptan contentísimas. Tras firmar los contratos en el salón presidido por la pintura ecuestre de Bolívar, la Shell, la Exxon y nuevas empresas como la Arco, la Pantepec, etcétera, sonrieron, con los hocicos untados en pasta negra y barata. Y el general, lleno de dinero, se dio a hacer esas grandes carreteras, represas y ciudades obreras que eran su obsesión. Contra lo que una visión general del imperialismo aconseja creer, el Estado norteamericano no estaba complacido; no podía estarlo, pues necesitaba en Caracas todo lo contrario, necesitaba un diablito que le pinchara el culo a los mamuts del petróleo, obligándolos a cruzar en manada el Atlántico y el Mediterráneo para ir a echarse sobre las arenas medio-orientales. Es factible que esos mamuts rebeldes a sus instrucciones sean parte del «complejo militar industrial» que Dwight Eisenhower denunciará en su mensaje de despedida de la presidencia —transmitido por televisión— calificándolo de fuerza que gobierna en la Unión norteamericana a contrapelo de lo que diga el presidente elegido por la mayoría ciudadana. A partir de 1956, Pérez Jiménez está bien con las compañías petroleras pero mal con el Estado norteamericano.

Capítulo 9

Agua, Guayana Esequiba y comunistas de Pérez Jiménez

Perón había dicho que el siglo XXI encontraría unidos a los latinoamericanos o los encontraría muy mal. Si uno ve con detención el tamaño de las industrias básicas que crea Pérez Jiménez —siderúrgica y petroquímica—, siente que se las ha pensado para alimentar el subcontinente entero. Y Leonardo Altuve Carrillo llega a Brasil en octubre de 1957, insuflado por una misión trascendentalísima. Viene a combinar con el presidente Juscelino Kubitschek un plan del que el «jefe Pérez» saldrá estabilizado en la presidencia de Venezuela por una década más. Hay más en su encargo: quedará América Latina unida, un cometido de tamaño bolivariano y, según él y quienes en Caracas lo han comisionado, de intención bolivariana.

La cosa viene de la reunión de Panamá. El presidente Juscelino Kubitschek regresaba de aquel evento en una crisis motivada porque la casa matriz de la Standard Oil había ordenado que no se suministrara petróleo a Brasil, del cual era enemiga a causa de haber fundado aquel país a Petrobras. Lo argüido, por supuesto, no era esto sino la crisis de Suez, que ponía escasez de petróleo en el mundo. Esa angustia traía al brasileiro. Por iniciativa de Altuve, Pérez Jiménez recibe en Caracas a Kubitschek y ordena, tras algunos tratos, que se le venda todo el petróleo que necesite. Viene Nunes, presidente de Petrobras, a Venezuela, y viene luna de miel. Antes Venezuela y Brasil vivieron de espaldas.

Altuve tiene un primer contacto, a nivel de Cancillería brasileña. Explica al canciller Macedo Suárez el plan de Pérez Jiménez: en

operación militar aerotransportada, Venezuela tomará Guayana, el 19 de abril de 1958. A Pérez Jiménez y a Kubitschek les toca enfrentar una astucia porque, a raíz de la inserción de la frase «potencia extracontinental», en la decisión donde la OEA se obligaba a actuar contra Guatemala, con lo que quedaba también definida Inglaterra como posible enemiga, ésta optó por darle la independencia a la Guayana Británica. La Guayana Británica no existe, ahora existe la flamante República Independiente de la Guayana, por lo cual lo que estarían atacando Venezuela y Brasil sería un país independiente. Respecto a Pérez Jiménez se dirá en el mundo que es típico acto de militar dictador fascistoide, respecto a Brasil, algo. Acto imperialista parecerá, sin reparar en que es una red mundial de «Estados tapón» lo que está siendo tocado, ya en el Nilo, ya en el Orinoco. ¿Es realmente independiente la República de Guayana? Los resultados de esta crisis y de la de las Malvinas hablarán de esto con hechos.

Macedo Suárez refiere al diplomático venezolano a un hermano suyo, ahora presidente de Petrobras, para que pacten una acción conjunta porque Brasil tiene en la región guayanesa más reivindicaciones inclusive que Venezuela, ya que la Guayana Holandesa y la francesa son territorio robado al enorme país por esas dos potencias europeas y usado para taponarlo por el norte.

—Tomaremos las Guayanas juntos.

El diplomático se ilustra con su intriga y su señorío. Ambos le sobran a Leonardo Altuve, que durante la audiencia de presentación de credenciales ante Kubitschek, retira el papel de envoltorio a un regalo que ha traído. Queda a la vista un jarrón del siglo XVII auténtico, preciosamente azul, con visos dorados. Lo ocupa solamente una orquídea, fresca, viva. Altuve explica que es un regalo del presidente Pérez Jiménez para la señora Kubitschek. Sonroja-

do de la emoción, Kubitschek invita a Altuve a comer en su casa, «en un recibo modesto», puntualiza. Eso es un honor inusitado, pues el estilo diplomático de Brasil es muy pomposo, el entorno de Kubitschek se asemeja a la corte de Felipe II. El recibo modesto fue de cien cubiertos. Tomando el pluscafé, el embajador anuncia que el gobierno venezolano ha acordado concederle al presidente de los Estados Unidos del Brasil su máxima condecoración. Hay sonrisas amabilísimas. Altuve, utilizando una audacia que terminaría por marcar su imagen de diplomático, señala que el máximo honor para Venezuela sería que el presidente recibiera la condecoración en la embajada de Venezuela. Kubitschek acepta y su esposa está encantada.

El embajador venezolano carga entre sus papeles el memorándum Mallet-Prevost. Se lo citará en los tribunales internacionales, en apoyo de la acción venezolano-brasileña en la Guayana Británica. Hará maravillas en la ONU. Venezuela y Brasil gozarían del apoyo del Departamento de Defensa o Pentágono. Ello no significa el apoyo oficial estadounidense: tendrían en contra al Departamento de Estado, en poder de Adolf Berle, muy amigo de Rómulo Betancourt y de la línea OTAN. En el plan de los padrinos estadounidenses de Pérez Jiménez —Henry Holland, el más visible—, una vez invadida la Guayana por los ejércitos venezolano y brasileño, los Estados Unidos aparecerá como fuerza mediadora, evitadora de la violencia, en realidad estabilizando la toma dentro de la política de descolonización, ahondando un poco más la herida que está abierta en la OTAN.

Había otra condecoración en el maletín de Leonardo Altuve Carriello, para el vicepresidente João Goulart, popularísimo líder socialista, el principal de Brasil, vinculado a Juan Domingo Perón por una relación de discípulo a maestro, que pasaba por encima de que el uno era fascista y el otro cercano al comunismo. Al movimien-

to de Goulart se titulaba «travaillismo». Altuve le escribe al «jefe Pérez» que primero debe ser condecorado Kubitschek —PJ está de acuerdo— y luego se «decorará» al vicepresidente travaillista. Y luego, una delegación sindical venezolana viajaría a Brasil y sería recibida por Goulart y apoyada por el travaillismo continental.

También del lado venezolano, el proyecto tiene sus comunistas. Insólito resulta que colabore con «los rojos» quien, como Altuve Carrillo, inició su carrera de político introduciendo una carga de dinero del Vaticano en España para financiar el alzamiento del general Sanjurjo, allá por 1934. E insólito desde luego que comunistas colaboren en un plan de un gobierno fascistoide como el de Pérez Jiménez, contra el cual conspira el Partido Comunista oficial, estando preso Jesús Faría, uno de sus máximos dirigentes. Pero es así, y en Caracas, por la esquina de Cruz Verde, se ha abierto cierto sindicato bolchevique, que preside un señor Villegas, sindicato que está coordinado por un comité masónico-rosacruz-comunista cuyo jefe es el intelectual Miguel Acosta Saignes.

Explicó el general Pérez Jiménez en la entrevista con el autor de este libro, ya referida, lo siguiente:

«—Teníamos un comunismo nacionalista. Juan Bautista Fuenmayor, por ejemplo, era un hombre meritísimo y mío. Chicho Heredia y Nelson Luis Martínez también. Claro, había el ala comunista de Gustavo Machado y Jesús Faría, que estaban en la oposición. De éstos había que cuidarse —dijo. Y añadió: —Pero teníamos amigos, uno de ellos el general José Rafael Gabaldón, que podía ser el presidente a partir del 19 de abril de 1958, estaba apalabrado para eso, porque yo me dedicaría a lo militar. Un hombre muy notable el general Gabaldón, amigo de Eleonora Roosevelt, de Nikita Krushev y del futuro papa Juan XXIII. Hijos de él eran también Aliario Ugarte Pelayo, que se suicidó y Argimiro Gabaldón, que murió como jefe de guerrillas».

Ya otro hijo del general Gabaldón estaba en la Corte Suprema de Justicia de Pérez Jiménez, abocado a los juicios petroleros de alta confianza del poder, teniendo también alcance sobre diferendos de orden internacional por encargo de Pérez Jiménez. Por su parte, el diplomático Altuve Carrillo confió al autor de este libro, ante insistentes preguntas:

«—Cuando los Estados Unidos dominan Arabia Saudita e instalan cohetes apuntando a Rusia, los jefes rusos se sintieron muy agredidos, llamaron a los comunistas venezolanos y les ordenaron colaborar con Pérez Jiménez».

Estas afirmaciones afinan con el hecho de que el rey Saud visitó Estados Unidos en enero de 1957 y a su regreso se anunció que Estados Unidos vendería armas y concedería otras ayudas suplementarias a Arabia Saudí, a cambio de una prórroga en la autorización del uso de la base aérea de Dhahran. Choca sin embargo con las decisiones del XX Congreso del Partido Comunista, previas, de 1956, donde, tras las denuncias de Krushev que llevaron al antiestalinismo, se señaló como línea de conducta a seguir la colaboración con las democracias burguesas contra las dictaduras, lo que llevaba implícita la colaboración con Acción Democrática contra Pérez Jiménez.

Capítulo 10

Boquerón

La Venezuela reconstruida por Pérez Jiménez se condensa, simbólicamente, en las dos torres de El Silencio, situadas en el centro de Caracas y que eran en aquella década de los cincuenta, las mayores de América Latina. Centra esta especie de sagrario del perezjimé-

nismo constructor, la plaza techada «Diego Ibarra», centrada a su vez por un mural de César Rengifo, pintor comunista, dedicado al mito de Hamalivaca, en el que se muestran, evocan y citan los caminos del agua, que existieron y se activaron en tiempos de los indios. Equivalente función simbólica tiene la estatua de María Lionza, del escultor Colina, que se colocó frente a la Universidad Central de Venezuela. Gruesa, realizada en tosco cemento, en contacto diario y físico con los habitantes automovilizados de Caracas, es la versión indígena y original de la diosa, la Yara cabalgante de una danta, el animal que igual avanza por la selva que por el agua. La versión francesa o española de María Leonza, representada por Eugenia de Montijo en su trono, está siendo objeto de difusión masiva por la policía. Y de agua hablan también los nombres —Boquerón 1 y Boquerón 2— de los túneles de la autopista que comunica a Caracas con su puerto de La Guaira, obra que resalta el orgullo del régimen, comparable, según sus propagandistas, al Canal de Panamá.

Boquerón era un nombre venezolano, hubo una estación Boquerón del tren Caracas-La Guaira del siglo XIX, pero también hablaba de agua y de guerra y de unidad de América Latina, pues Boquerón es un punto clave de unión de ríos que se habían disputado Bolivia y Paraguay en la Guerra del Chaco. Nombrar a Boquerón era regresar al tema canalero, pues la dicha unión de ríos constituye acceso a una vía de salida de Bolivia hacia Brasil y el mar Atlántico por el estuario del Plata, salida que se hizo urgente y desesperada cuando una decisión del tribunal de La Haya condenó al país con nombre de Bolívar a la pérdida de su salida al Pacífico, salida que le era natural y que poseía cuando lo creó Antonio José de Sucre e incluso antes. El taponamiento llevó a Bolivia al intento desesperado por el Atlántico, a costa de Paraguay. Fracasó y tuvo por su batalla más terrible a Boquerón.

Boquerón significaba, pues, el taponamiento de la «tierra corazón» de América del Sur.

Hay más: si vemos con detalle más cercano, descubrimos que de las muchas regiones de Bolivia, la que más se beneficiaría de la dicha salida hacia Paraguay, Brasil y el Atlántico es la que forman Santa Cruz y Tarija, regiones ricas en gas y petróleo, dos combustibles que también estuvieron como fondo de la guerra del Chaco. En los prólogos de aquella guerra se decía que el Chaco era un inmenso lago de petróleo subterráneo que llegaba hasta La Asunción, y ello coloreó la injerencia o motivación petrolera de la guerra, pues Bolivia se alió con la Standard Oil de Rockefeller mientras Paraguay se aseguró el apoyo de la Royal Dutch Shell. Con el desenlace de la guerra Bolivia, perdedora, acusaría a la Standard Oil de traición, de haber apostado por Paraguay o por Argentina, madrina de ésta, de haber, además, colocado ductos secretos que sacaran el petróleo boliviano hacia territorio argentino sin pagarle a Bolivia. En retaliación, el Estado boliviano decretó el «desahucio» de la Standard Oil, que duró unos veinte años. En la actualidad se ha conocido que bajo el Paraguay existe el Acuífero Guaraní, uno de los depósitos subterráneos de agua más grandes del mundo, de un tamaño mayor que Paraguay⁷. De la vecindad con una vía hídrica hacia el Atlántico, de la riqueza combustible y del acuífero, en la medida en que fuera conocido, deriva que Santa Cruz y Tarija sean zonas secesionistas, por lo que el nombre de Boquerón contenía memorias de broche terrible. Desde los tiempos de la Independencia, el secesionismo y el misterio marcan a la región tarijeña. Bolívar se ocupó de ese misterio, como se ve en la siguiente carta que el mariscal Antonio José de Sucre, presidente de la recién creada Bolivia, dirigió a su amigo José Alvear, político argentino:

«Septiembre 9 de 1826.

“Los tarijeños desconfiados de la poca protección que habían tenido (de Argentina), y pensando que aquella protesta era el ultimátum que los ligaba a Salta o a aquella república, a lo que ellos han mostrado una repugnancia obstinada, han hecho una revolución el 26 de agosto proclamando su reincorporación a Bolivia (...) yo creo que los del gobierno de Buenos Aires me complican en ese suceso pero aunque hacia ellos me importa tres ble-dos lo que opinen no estoy en el mismo caso con respecto de usted, que fue el encargado de manejar con el Libertador esta negociación (...) por aquí se dice, con referencia a cartas de Buenos Aires, que usted ha vendido a ese gobierno los secretos que le confió el Libertador. Yo no sé si él le ha confiado secretos que valgan algo pero considerando a usted un caballero, he defendido y sostenido que usted es incapaz de una baja acción».

Tarija estaba dentro de la misión que adelantaba Leonardo Altuve Carrillo en Brasil por confianza de Pérez Jiménez y ello se expresará en un levantamiento semisecesionista sucedido en Santa Cruz en diciembre de 1957, con apoyo de Juan Domingo Perón, financiamiento de Marcos Pérez Jiménez y dirección *in situ* de Henry Finch Holland, recién sacado de su oficina de Subsecretario para América Latina del Departamento de Estado⁸. Este levantamiento fracasó y ello acaso tenga que ver con la caída del dictador, que vivía su momento de triunfar o desaparecer.

El separatismo de Tarija y Santa Cruz toma presente con motivo de la existencia del gobierno de Evo Morales. Los Estados Unidos y las otras potencias mundiales se interesarán en él. Las conductas de Argentina, Brasil, Paraguay y Chile sobre el caso influirán, positiva o negativamente, en la unidad latinoamericana. Hasta aquí el agua en la política de Pérez Jiménez.

Secretos de un derrocamiento

Volviendo al tema de la invasión a la Guyana, agregó el ex-presidente:

«—En Guayana Británica había un estado de opinión muy favorable a la intervención que preparábamos. ¿Usted sabe cómo se había obtenido? Con películas. La gente se paraba a aplaudir en los cines de Georgetown cuando pasaban un noticiero con los adelantos de Venezuela, las carreteras, las represas. Era todo lo que ellos querían y no les daba Inglaterra».

Pero no todo es tan triunfal como aparenta Pérez Jiménez. Circulan en Caracas, clandestinamente, ejemplares del libro *Venezuela, política y petróleo*, de Rómulo Betancourt⁶, buida denuncia del régimen perezjimenista. La Seguridad Nacional hace allanamientos, buscándolo. Menos nombrado pero dicho en los altos círculos es que el general López Contreras se ha instalado en Nueva York, en actitud de improbación del gobierno. Y Eugenio Mendoza, el hombre más rico del país, que era gran socio de los planes de siderurgia de la dictadura, también ha salido discretamente de Venezuela y en el restaurante de un lujoso hotel neoyorquino remata las acciones de dichas empresas por un mínimo porcentaje de su valor nominal, diciendo con el unívoco lenguaje del dinero que valora en nada el futuro de Pérez Jiménez y de sus planes.

Llega la Semana de la Patria de 1957. Miguel Acosta Saignes y Mariano Picón Salas desfilaron ante la tribuna presidencial. En ella, al lado de Pérez Jiménez, figuraba Alfredo Stroessner, alemán de nacimiento, dictador entrante de Paraguay. Era julio. Altuve Carrillo continuaba en Brasil. Un delegado de Itamarati, la Cancillería brasileña, lo visitó para pedirle que renunciara a condecorar al presidente Kubitschek en la Embajada. «Ello va contra los usos y tradiciones diplomáticas de Brasil», explicó el hombre, dando a

entender cosas que vienen de antes de Kubitschek y continuarían cuando éste hubiera desaparecido.

—Había advertencia y quizá amenaza en las palabras de aquel hombre —explicó Altuve—. Unos seis años antes un funcionario de la Cancillería brasileña de apellido Fontoura había denunciado tratos de Getulio Vargas —presidente y dictador, tremendamente popular, nacionalista, que todavía aparece en las canciones de rockola y en la literatura de cordel— con el general Perón. Tratos secretos, tan incómodos que su revelación condujo a Getulio al suicidio. Itamarati ha sido una embajada británica eficaz y decisiva en el manejo de América Latina, viene de la época en que Brasil era una colonia de Portugal, que es un enclave inglés en la península española. En aquel momento a Itamarati le tocaba salvar a la OTAN. Altuve rechazó la pacífica oferta, continuó su estilo grandilocuente. Escribiría sus experiencias brasileñas en su libro *Yo fui embajador de Pérez Jiménez*⁹. Años después pensaba que aquel alto perfil fue imprudente.

Entonces se decidió en Caracas violentar el compromiso de elecciones programadas para 1957. Las elecciones no eran sólo un compromiso constitucional. Henry Finch Holland, subsecretario de Estado para asuntos latinoamericanos había viajado a Venezuela con encargo de Eisenhower de convencer a Pérez Jiménez de hacer elecciones. Era perfecto para el rol de mediador, por su cargo, por ser muy cercano a Eisenhower y a la vez apoyador impenitente de Pérez Jiménez.

«Hágalas, general. Amañadas, pero elecciones», le pide el americano, sentados en sendas piedras de las obras de la represa del Guárico, cuya inauguración fue el pretexto para el viaje. Pérez Jiménez le mandó a decir a Eisenhower que sí, pero consultó a los oficiales jefes de Fuerza, que exigieron la continuidad del gobierno

por cinco años. Continuarían ellos en los mandos, continuarían las autopistas, los planes sobre la Guayana y sobre América del Sur. Pero tal vez el cuerpo de Pérez Jiménez no da para realizar los grandes planes. Está gordo, le costó trabajo sentarse en la piedra ante Holland. Quien es gordo nato lo es y punto, pero quien es flaco por constitución y engorda es porque está haciendo trabajar a ritmo inhumano sus glándulas suprarrenales. Es un proceso de seis años, tras los cuales el cuerpo queda dañado irreparablemente. Los seis años del dictador comenzaron en 1950 y se está en 1957. Deciden dar a las elecciones la forma de un plebiscito. Fue una idea del ministro de Relaciones Interiores, Laureano Vallenilla. Hartas veces había hecho elecciones trucadas el general Gómez teniendo de ministro al padre de Vallenilla y «Laureanito» conocía bien el asunto. El plebiscito fue un farsa, el general Pérez Jiménez «triunfa» por amplia ventaja en una noche caracterizada por el transporte de urnas electorales para ser cambiadas por otras.

Capítulo 11

Sputnik

Con el entusiasmo de quien está estrenando legitimación, Pérez Jiménez continúa y acelera sus planes sobre la Guayana Esequiba. La Marina, dotada de modernos destructores, está activada bajo comando de dos contralmirantes, Wolfgang y Carlos Larrazábal, hermanos y de alta confianza del dictador. Se excavaron carreteras en la Guayana venezolana que llevan todas a la frontera con la Guyana, por las cuales avanzarán los tanques. El oficial señalado como comandante de la operación es el general Franz Rísquez Iribarren, que ya había dirigido una misión a las fuentes del Orinoco y el caño Casiquiare en tiempos de Delgado Chalbaud. Había prisa, el *New York Times* publicaba artículo tras artículo contra el

dictador, enviando un mensaje que bien sabían leer los militares venezolanos. Eugenio Mendoza continuaba liquidando sus acciones del Instituto del hierro y del acero.

Si el distanciamiento entre los Estados Unidos e Inglaterra se hubiese acentuado, el general Pérez Jiménez habría triunfado. Pero el tornillo estaba girando a favor de la OTAN. Los hechos hablaban así: la noche del 17 de diciembre de 1957, la transmisión de la lucha libre por la televisión fue interrumpida por una noticia internacional urgente:

«Hace unos minutos, la Unión Soviética anunció que ha colocado en la estratósfera un satélite artificial que describe una órbita terrestre cada quince horas. El satélite se llama *Sputnik* y es el primero de una serie que lanzará la potencia comunista en los próximos años para fines de exploración espacial».

¿Exploración espacial? No sólo eso. Quien tiene potencia para colocar un proyectil en la estratósfera la tiene para ponerlo sobre la ciudad de Nueva York, sobre Londres o París. El 18 de diciembre, más o menos, la mitad inferior de la primera página de *La Esfera* noticiaba de una reunión diplomática entre europeos y norteamericanos que estaba sucediendo en Turquía. ¿Qué tenía que ver eso con el *Sputnik*? Todo, los países europeos estaba aterrados con el poder cohetero soviético y pedían esta reunión para impetrar auxilio. Los comentaristas escribían que era la reunión más importante sucedida desde el Congreso de Viena, de 1815.

El 1º de enero de 1958 a la gente la despiertan los ra-ta-ta-ta de las ametralladoras antiaéreas y los aviones dan curvas en el aire para acercarse al palacio de Miraflores a ametrallar. Son los aviadores pertenecientes al «prestigio» de Félix Román Moreno, uno de los jefes militares más importantes del régimen, apartado por Pérez cuando percibió —incluso antes del plebiscito y acentuadamente

después de él— que se constituía en una esperanza de los Estados Unidos para una evolución que sacara a Pérez Jiménez pero también le cerrara el paso al Partido Comunista, que sabían partícipe de la subversión, y a Acción Democrática, dentro de la cual, si bien contaban con Rómulo Betancourt, existía una corriente izquierdista muy fuerte, acerada en la lucha contra la dictadura, en la cual militaban Domingo Alberto Rangel, Simón Sáez Mérida y la juventud más brillante del partido. Pero también hay izquierdistas y nacionalistas dentro de la juventud militar que actúa el primero de enero. El principal es Hugo Trejo, coronel con sangre de caudillo popular al tiempo que voz de mando, a quien la democracia puntofijista se encargará de silenciar y será reivindicado y reconocido como amigo y maestro por Hugo Chávez.

Subsistía el problema de la presencia del Partido Comunista en la oposición, problema serísimo por tratarse del país del petróleo. Para paliarlo surgen inventos de Miguel Moreno, que vivía en Nueva York exiliado. La escritora Mercedes Senior¹⁰ narró la que sostuvieron López Contreras y Rómulo Betancourt en base a una entrevista con Moreno publicada por el autor de este libro.

Arreglos y pactos en Nueva York

Las gestiones de Miguel Moreno, en este año y en otros que se narrarán después, evocan las del protagonista del film «El mensajero», de Joseph Losey, es un rol que reaparece a través de las décadas, siempre tejiendo acuerdos de consecuencias históricas. A partir de su amistad con una hija de Rafael Caldera, Moreno supo que Caldera cumplía año de nacido durante enero e inventó una fiesta con torta y velitas. A su apartamento en Sutton Place asistieron Jovito Villalba, Rómulo Betancourt y Rafael Caldera. Hubo fotógrafos prestos a convertir en gráficas el momento en que los dirigentes se dieran la mano a tres. Ellos sabían lo que se buscaba

con la fotografía, enviar a Eisenhower el mensaje de que había alianza entre ellos y que en ésta no participaba el comunismo. La gráfica aparecería en la portada de la revista *Elite*, de Caracas, luego de caído Pérez Jiménez.

Según explicación dada por el general Pérez Jiménez al autor de estas líneas en Madrid, su derrocamiento se semiacordó en la reunión de Turquía. Lo de que Inglaterra no perdonaba ultraje se acabó, ella y Francia aparecieron humildísimas delante de Foster Dulles. Perdonaban el abandono que Eisenhower les hizo delante de Nasser, las marramuncias con Mossadeq, lo de Arabia Saudita y Vietnam, todo. Antes se habían negado a que Estados Unidos pusiera cohetería en Europa apuntando a Rusia, ahora la pedían. Lo único que solicitaron a cambio fue la salida de Pérez Jiménez, a quien consideraban intrigante, un nuevo Mossadeq. A Eisenhower tampoco le convenía en Venezuela aquel agasajador de las corporaciones, pero no cedió todavía, persistía el temor a la infiltración comunista en el movimiento.

Capítulo 12

El doctor Jacobbini

El doctor Jacobbini Soler había reaparecido en el palacio de Miraflores. Regresaba del exilio dorado que las conspiraciones anti-británicas de Pérez Jiménez le habían obligado a asumir. Vivió en París, adjunto a la filial de la Shell en esa ciudad, que le suministró los cursos del idioma, una muy hermosa amante francesa, un gran apartamento y cursos de relaciones humanas que completaron su natural propensión al trato señorial. Ahora lo necesitaba porque su presidente Pérez venía de sufrir una humillante derrota ante la Shell, la patrona de Jacobbini, y ante el propio Jacobbini, que

desde luego no había estado ausente de las intrigas que llevaron a Dulles a negar apoyo a la proposición del dictador en la Conferencia Interamericana, y llevaron a Eisenhower a oponerse al banco propuesto por él en Panamá. El dictador nunca sabría a cabalidad cuanto peso tuvo Jacobbini en sus derrotas. Lo había llamado a ser ministro y le otorgaba un poder casi total, era un casi presidente. Con eso buscaba oxígeno, algo que le permitiera sobrevivir en un mar que de pronto se le había vuelto muy hostil.

Jacobbini actuaba con sincero afecto hacia el oficial al que apoyó en los inicios de su carrera, cuando lo visitó en su casa, traído por Carlos Delgado Chalbaud. Pero consideraciones distintas y muy preocupantes pesaban en su ánimo, Pérez Jiménez era peligrosísimo, tenía en la mano una palanca que podía ser mortal para Inglaterra. Los hombres que rodeaban a la reina británica estaban convencidos de que si el gordito venezolano asaltaba y dominaba la Guayana Británica —lo que podía militarmente hacer— nadie podría impedir el triunfo de los sectores antibritánicos dentro del *establishment* de Washington. El tema de Guayana es siempre de seguridad nacional y todo el *lobby* probritánico, de poderosísima influencia en el Congreso, en la Casa Blanca, en el ánimo mismo de Eisenhower no podría detener una oferta que les hiciera Pérez Jiménez, si dijera «Ya está removida la llave inglesa, procedan a canalizar el Orinoco y a concatenarlo con la red canalera norteamericana y a absorber a América Latina». Ante eso advendría un bloqueo norteamericano al delta del Orinoco, asociado a uno impuesto por la Marina de guerra venezolana, equivalente a uno que ya estuvo bosquejado cuando Árbenz pero no se produjo.

Sería el fin de la OTAN, la expulsión de Inglaterra de América Latina y, por supuesto, el fin de la paz mundial, porque Inglaterra estaba capacitada para reaccionar y emplearía esa capacidad. La gestión de Jacobbini era delicadísima, debía, mediante mucha

colaboración y suma cortesía para con Pérez Jiménez, combinadas con amenazas terribles pero muy delicadamente formuladas, convertirlo en un aliado, llevarlo a abandonar su posición antibritánica. Un traidor puede ser más útil que nadie, porque conoce los secretos de su bando y se los entregará al nuevo amo o socio, ansioso de ser aceptado en el rol nuevo. Casos así muestra la historia, demasiados.

En eso trabajaba Jacobbini cuando Pérez Jiménez hizo abrir las cajas de seguridad de la embajada norteamericana. Quizá nunca se sabrá que decían los papeles que le trajeron los hombres de la policía de Seguridad Nacional. En el Ministerio de la Defensa hay un número eléctrico manejado desde Washington, que se enciende cada tres segundos y dice no hay novedad, el 22 de enero de 1958 en la tarde se encendió dando orden de separar al general Marcos Pérez Jiménez de la presidencia de Venezuela.

La noche de ese mismo 22, Pérez Jiménez pone sus piezas en la Junta de Gobierno que lo va a substituir. Coloca al general Pedro José Quevedo, a quien respetaba, al «turco» Casanova, al general Abel Romero Villate y al contralmirante Wolfgang Larrazábal. Aspira a que un cambio en los vientos lo reinstale en el poder. En tal momento estarán en posiciones de mando estos hombres fieles. Vuela el avión presidencial, al que llamaban «La Vaca Sagrada» en la noche del valle de Caracas y lleva adentro al que ya es ex dictador.

El error más general de cálculo de Pérez Jiménez parece haber sido el modelarse en Nasser. Si asociarse con Inglaterra, Francia e Israel contra Gamal Abdel hubiera significado para los Estados Unidos retar a 60 millones de árabes, actuar contra el dictadorcito latinoamericano no implicaba mayor peligro. Domingo Alberto Rangel en *La revolución de las Fantasías* señala que habría tenido Pérez que adoptar este camino para sobrevivir, pero acota

que era tarde para ello, y aporta el ejemplo de Rojas Pinilla, otro dictador de la «Internacional de las Espadas», que lo ensayó tarde y mal.

Jesús Sanoja Hernández evocaba todavía en la década de los 70 las carreteras que penetran en la selva del estado Bolívar hacia la actual Guyana. Sólo estaban en su memoria, se las había tragado la selva.

23 de Enero — Wolfgang Larrazábal

Hay un poderoso calor popular en los eventos del 23 de Enero. A ello contribuyeron el estilo personal, tímido y antipático de Pérez Jiménez, que consideraba despreciable demagogia todo discurso distinto a la lectura, enumeración más bien, de cifras de kilómetros de carreteras, de pistas de aeropuertos, obras de infraestructura en general que hacía una vez al año ante el Congreso y era retransmitida por televisión. Demagogia despreciable, sí, y él lo ilustra con el hecho de que su gobierno construyó la mayor urbanización de apartamentos para obreros de América Latina y una de las mayores del mundo.

—Los que me tumbaron no han hecho otra igual. Eso sí, le cambiaron el nombre, hoy se llama 23 de Enero.

El insistente y no mentiroso rumor de torturas de la sombría Seguridad Nacional, puso a mucha gente en contra de PJ, y lo cierto es que entre los más aguerridos combatientes contra la policía perezjimenista estuvo la gente del 23 de Enero.

Wolfgang Larrazábal es amable, la blancura impoluta de su traje de marino le confiere un aval subjetivo de pureza de intenciones, su rostro emite una serena bondad que le gana el amor de las masas, afinadamente con el tono popular y nacionalista de parte de los militares partícipes del derrocamiento. Para colmo de alegrías, se

persigna antes de cada intervención por televisión. Qué contraste con aquel a quien los medios llaman «Tarugo».

Hay unidad, en Venezuela todo el mundo habla de unidad. Y en verdad, igual declaran contra la dictadura ricos empresarios que pobres, adecos que comunistas. Rómulo Gallegos lo resumirá al decir, en su discurso de regreso a la patria, transmitido por radio a todo el país, que «El Country Club mira con gusto hacia La Char-neca». Van llegando del exilio los cuatro líderes de la unidad antipe-rezjimenista: Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Rafael Caldera y Gustavo Machado. Son oradores. Tienen la palabra «democracia» en la boca, la dicen a propósito de todo. Y cómo brilla el doctor Uslar Pietri que, antes de iniciarse la reunión del primer gabinete de Larrazábal, dijo «Un momento» y se subió a una silla para bajar personalmente el retrato de Pérez Jiménez que presidía la sala.

En los días siguientes, una manifestación poderosa se estaciona ante el Palacio Blanco, sede del nuevo gobierno, a exigir la salida del «turco» Casanova y el «gato» Romero Villate. «¡Civiles a la junta!», es la consigna, y entran dos civiles. Significativo, son Eugenio Mendoza, el hombre más rico de Venezuela, y Blas Lambertí, alto gerente de las empresas Mendoza, y en la manifestación que propició su entrada preponderaban los comunistas.

Fidel Castro en Caracas y Betancourt electo

Richard Nixon, vicepresidente de los Estados Unidos, visita Caracas. Es parte de una gira interpretable como vigilancia ultraderechista sobre los regímenes democráticos que está empujando el nuevo subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, Adolf Berle, buen amigo de Rómulo Betancourt, mal enemigo de los dictadores militares, que están cayendo como barajitas. Demasiado fácilmente se cuelan los comunistas en estas democracias, parece pensar el prodictatorial Nixon. Pero también se cuelan en

las dictaduras, él bien lo sabe, como que una de las causales de la caída de Pérez Jiménez, tan simpatizado por él, fue la conspiración venezolana y brasileña sobre la Guayana Británica, donde no faltaron rojos. Nixon narrará que cuando avanzaban por el gran salón del aeropuerto de Maiquetía, él y su esposa sintieron una leve lluvia que les caía encima. Al mirar hacia arriba descubrió las caras de los venezolanos asomadas a un balcón interior, escupiéndolo. Ante la furia del pueblo contra Nixon¹¹, traducida en patadas al auto presidencial, la flota norteamericana estuvo fondeada frente a Venezuela.

Para participar en las fiestas del primer aniversario de la caída de Pérez Jiménez, el 23 de enero de 1959 viene a Caracas, Fidel Castro, que ha bajado de la Sierra Maestra hace menos de un mes. Su rostro, de barba completamente negra, exhala fuerza e inocencia. Es un héroe latinoamericano y mundial. Inicia su discurso, parado, con los lentes puestos, en el balcón del bloque uno de El Silencio. Hay aplausos, pero pronto un humo picante cubre la plaza haciendo llorar a la masa, a Castro, a Larrazábal, al presidente encargado, Edgard Sanabria. Son las bombas vomitivas, versión de guerra de las lacrimógenas, lanzadas contra los que rechiflaban a Rómulo Betancourt, también presente en la tribuna. Hay pánico en la gente que sube por las escaleras de los edificios, buscando altura adonde no llegue el humo, violentan las puertas de los apartamentos en busca de una toalla con agua o vinagre para cubrirse la nariz. Comenzaba a expresarse el odio entre adecos y comunistas que en los próximos años sonará fuerte. La unidad comienza a ser un eslogan vacío. Pablo Neruda narrará en *Confieso que he vivido*¹² su presentación con Fidel en Caracas en esos días, su asombro por el contraste entre la estatura del líder y la infantilidad de su voz. Juan Liscano narrará otro conocimiento, el habido entre Castro y Rómulo Betancourt, el mutuo e instantáneo rechazo.

Betancourt mueve su candidatura presidencial con Acción Democrática, el partido blanco. Un frente se le opone, es el medinismo redivivo, con Jóvito Villalba como estrella, Uslar Pietri por ahí y el Partido Comunista, que está creciendo mucho en los barrios de Caracas. Los nuclea el almirante Larrazábal, cuyo amable aspecto evoca al general Medina Angarita. Larrazábal parece que va a ganar, mejorada su imagen por la creación del Plan de Emergencia, con el que se reparte dinero a los pobres para que trabajen en obras públicas menores o hagan cola esperando el turno de trabajar. Pero Betancourt gana, por el voto interiorano, por trampas, por veteranía o porque tenía más votos. Esa noche la gente quema autobuses en Caracas.

NOTAS

1. Conversación personal con Miguel Moreno Huérfano.
2. Norman Dupray [Juan Bautista Fuenmayor, pseud.]: *Aves de rapina sobre Venezuela*. Editorial Siembra, Buenos Aires, 1958.
3. «Sumario seguido a las personas acusadas de haber cometido el asesinato del Teniente Coronel Carlos Delgado Chalbaud», Presidente de la Junta Militar de Gobierno, Imprenta Nacional, Caracas, 1951.
4. Jacques Bergier & Bernard Thomas: *La Guerra secreta del petróleo*, Plaza & Janés, Rotativa, Barcelona, 1969.
5. Darío Samper: *La X Conferencia Interamericana de Caracas ante los Pueblos del Continente*, Editorial ARGRA, Bogotá, 1954, p. 175./ Anthony Eden: *Memorias*, Noguer, Madrid, 1960.
6. Manuel Palacio Fajardo: *Bosquejo de la revolución de la América española*. Caracas, Publicaciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, 1953/ Ángel Grisanti: *El informe de Palacio Fajardo a Napoleón, emperador y rey: documento rigurosamente inédito*. Tipografía Principios, Caracas, 1961; José Abel Montilla: *Manuel Palacio Fajardo: patricio en 1811: exégeta de la revolución de la Independencia*. Tipografía Garrido, Caracas, 1956; Caracciolo Parra Pérez: *Una misión diplomática venezolana ante Napoleón en 1813*. Publicaciones de la Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, Caracas, 1953.
7. Luis Britto García: «Las guerras del agua en nuestra América», en *Chimborazo*, Octubre-noviembre, 2006, MINCI, Caracas, 2006.
8. *Enciclopedia Espasa Calpe*, Vol. anual 1957. [Voz: Bolivia].

9. Leonardo Altuve Carrillo: *Yo fui embajador de Pérez Jiménez*, Libroven, S.r.l, Caracas, 1973.
10. Mercedes Senior: *El Rómulo Betancourt que yo conocí*, Panapo, Caracas, 1986., pp. 166-168.
11. *Élite, Momento*, Caracas, julio 1958.
12. Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1974.

FONDO EDITORIAL IPASME

Presidente:

José Gregorio Linares

Asesores:

Alí Ramón Rojas Olaya y Ángel González

Edición:

Nelly Montero, Janeth Suárez, Freddy Best, Darcy Zambrano y Odalys Marcano

Diseño Gráfico:

Luís Durán, María Carolina Varela y Fabiola Berton

Plan Revolucionario de Lectura:

Luis Darío Bernal Pinilla, Yuley Castillo, Verónica Pinto, Mervin Duarte, Saudith Felibertt, Enricelis Guerra y Tania Cañas.

Administración:

Tibisay Rondón, Juan Carlos González Kari y Yesenia Moreno

IPASME va a la Escuela:

Alexis Cárcamo

Informática:

Enderber Hernández

Apoyo Logístico:

Eduardo Ariza y Víctor Manuel Guerra.

Distribución:

Jazmín Santamaría y Ronald Carmona.

Secretaría:

Gladys Basalo.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

en la ciudad de Caracas,
en el mes de junio de 2010

Printed in Venezuela

Esta obra constituye una relectura de la historia de América y de España a un tiempo profunda y audaz, iniciada con la revisión del Descubrimiento de América con base en las poderosas revelaciones documentales del Archivo de Medina Sidonia, las cuales muestran una explotación de El Dorado anterior en dos siglos al viaje de Colón, en regiones de la Colombia actual. Da seguimiento a un complot de siglos para separar la región del Zulia de Venezuela y tres departamentos de Colombia, y a un plan dirigido a anexionar América Latina a los Estados Unidos, cuyos episodios de guerra sorda pero real, han movido a los hombres de poder en el continente desde su Independencia y aun antes, guerra secreta que tiene por protagonistas a los Estados Unidos e Inglaterra, imperios substitutos de España. Esta dinámica ha sido ocultada bajo la denuncia genérica al “imperialismo norteamericano”, ignorándose al británico. Entre sus apasionantes episodios están la conspiración de Gual y España, articulada con un atentado al rey español Carlos IV; las muy desconocidas acciones de Napoleón Bonaparte, verdadero padre de la Doctrina Monroe, y asimismo los planes para coronar rey al Libertador Simón Bolívar; el atentado de septiembre de 1828 contra él y un segundo atentado que permaneció desconocido y aquí se revela.

El anexionismo de venezolanos hacia los Estados Unidos marca todos los períodos, en choque con las presiones inglesas sobre el río Orinoco en una dinámica que desemboca en el bloqueo naval de 1902, enfrentado por Cipriano Castro y en los intentos de éste por rehacer la Gran Colombia, dando origen a la Guerra de los mil días colombiana, poetizada por Gabriel García Márquez en Cien años de Soledad. Liberales y conservadores del siglo XIX, democracias y dictaduras del XX viven este juego hasta que la caída de la URSS desata el neoliberalismo y como reacción adversa, la asombrosa Revolución Bolivariana que ocupa los capítulos finales, centrados en las conspiraciones desatadas por el poder mundial y local en torno al petróleo y la “Caja negra” de PDVSA. La derrota de todo esto constituye precedente histórico y virtual inicio de una nueva era para la humanidad.

FONDO EDITORIAL DEL IPASME

«Este libro ausculta el pasado para entender el presente y quizá augurar el porvenir y ofrece otra virtud: una exposición de novelista, que presenta los protagonistas históricos con la penetración, la vivacidad y la fuerza de personajes narrativos. Todavía otra cualidad exigimos a la buena Historia: que revele las tramas que subyacen tras la ficción de las apariencias. Y debemos añadir que también cumple este cometido Pérez Rescaniere de manera brillante».

LUIS BRITTO GARCÍA

